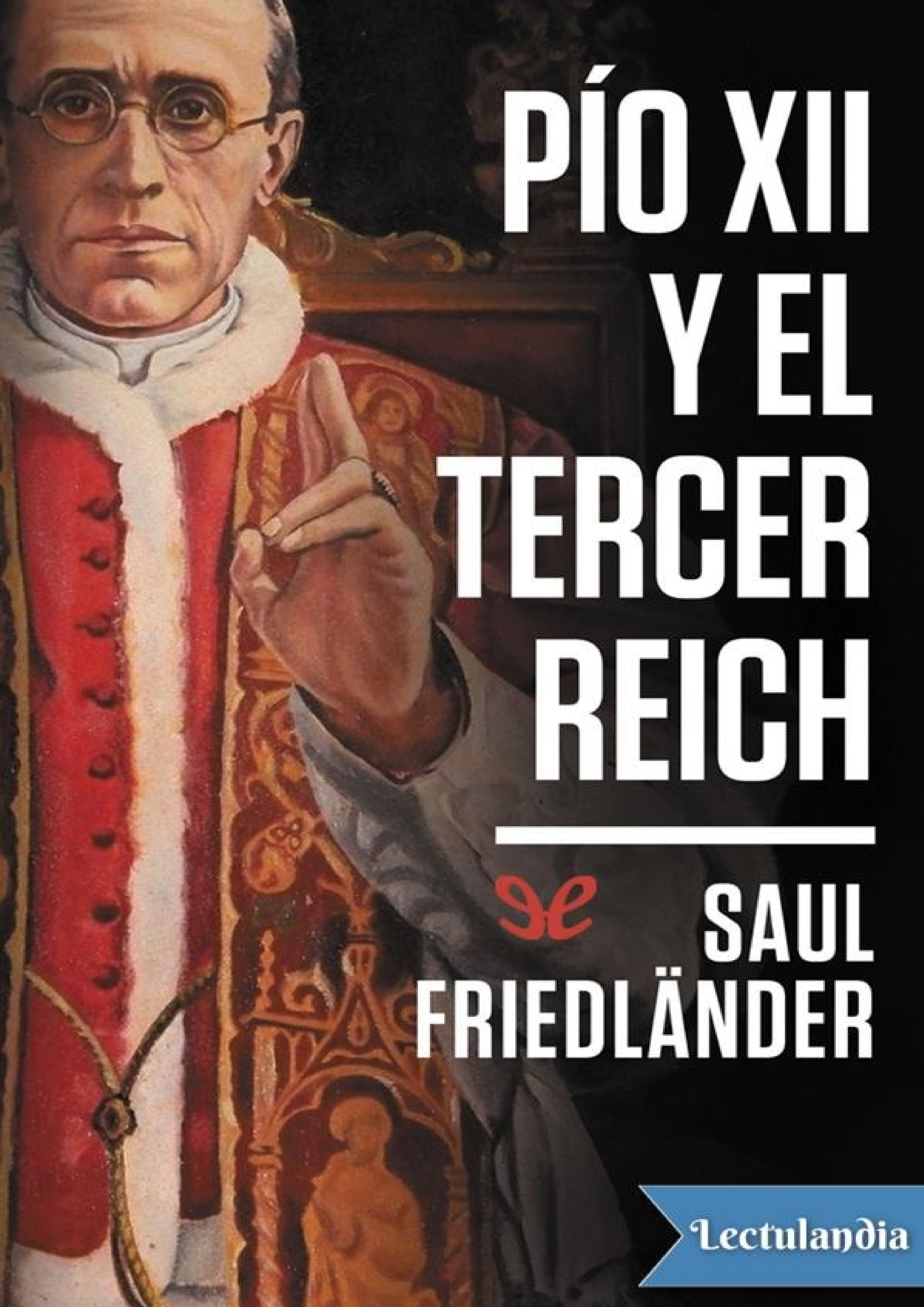

PÍO XII
Y EL
TERCER
REICH
SAUL
FRIEDLÄNDER
Lectulandia

Medio siglo después de su publicación original, *Pío XII y el Tercer Reich* sigue siendo clave para comprender la realidad política y moral de nuestro tiempo.

Completado con textos procedentes de archivos norteamericanos e israelíes, este libro arroja nueva luz sobre una serie de temas que, en el curso de las últimas décadas, han suscitado apasionadas polémicas y acalorados debates: la actitud del sumo pontífice con respecto a la cuestión polaca, a la derrota de Francia, al ataque alemán contra la Unión Soviética, a la entrada en la guerra por parte de Estados Unidos, a los reveses del Reich, a la progresión de los ejércitos soviéticos y, sobre todo, a los crímenes nazis, singularmente el exterminio masivo de judíos.

Saul Friedländer

Pío XII y el Tercer Reich

ePub r1.0
Titivillus 10.02.2020

Título original: *Pie XII et le IIIe Reich*
Saul Friedländer, 1964
Traducción: Esteban Riambau Saurí
Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice

Politisches Archiv

Auswärtiges Amt

Büro des Staatssekretär

Akten

betreffend:

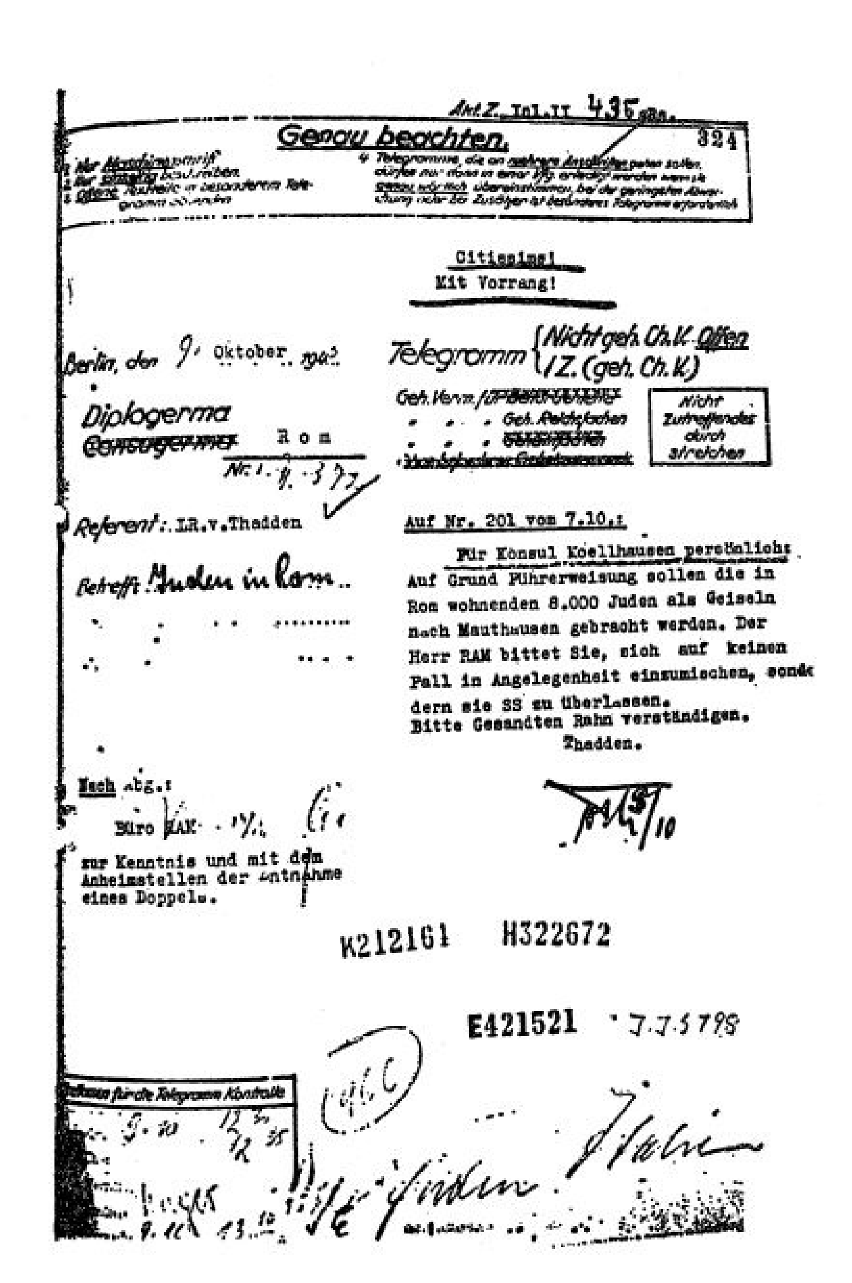
Vatikan

vom 1. Januar 1943.

bis 15. Oktober 1943.

Bd. 5.

s. Bd. 6.



Akt.Z. Inl.II 435 gRs.

Genau beachten. 324

Citissime!
Mit Vorrang!

Berlin, den 9. Oktober 1943

Telegramm (Nicht geh. Ch.V. Offen / Z. (geh. Ch.V.)

Diplogerma Rom

Nr. 1.4.377

Referent: LR.v.Thadden

Betrifft: Juden in Rom

Auf Nr. 201 vom 7.10.:

Für Konsul Moellhausen persönlich:
Auf Grund Führerweisung sollen die in Rom wohnenden 8.000 Juden als Geiseln nach Mauthausen gebracht werden. Der Herr RAM bittet Sie, sich auf keinen Fall in Angelegenheit einzumischen, sondern sie SS zu überlassen.
Bitte Gesandten Rahn verständigen.

Thadden.

Nach Abg.:
Büro RAM
zur Kenntnis und mit dem Anheimstellen der Entnahme eines Doppels.

K212161 H322672

E421521 7.7.5798

A LA MEMORIA DE MIS PADRES,
ASESINADOS EN AUSCHWITZ

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 2007

La edición francesa original de esta obra se publicó en otoño de 1964. A lo largo de las últimas cuatro décadas, han salido a la luz documentos nuevos que reflejan la relación del Vaticano con Alemania y su actitud ante los crímenes nazis, en especial en los distintos volúmenes de documentos escogidos de los archivos del Vaticano y editados con la supervisión del mismo.[1] Pese a dichas publicaciones, no se han producido cambios relevantes en las interpretaciones (contrarias) de la política de Pío XII en lo referente a estos temas, entre ellos el sitio de los judíos de Roma e Italia en general.

Una gran cantidad de obras secundarias sobre el tema han aclarado determinados asuntos y han proporcionado argumentos indirectos, ya sea a favor de las opciones del Papa o ya sea en su contra. De todas formas, insistimos, esas publicaciones posteriores no han añadido información esencial hasta entonces desconocida. La negativa del Vaticano a permitir que los historiadores independientes tengan acceso a sus archivos supone un obstáculo insuperable en el camino de la investigación histórica.

Sin pretender adelantar los datos ni la interpretación que se les da en las páginas que siguen a este prólogo, nos gustaría familiarizar al lector con la esencia de las conclusiones, pues en la actualidad no difieren apenas de aquellas a las que se llegó hace cuarenta años.

Cuando se valoran de manera global los argumentos que podrían explicar el silencio de Pío XII ante la exterminación de los judíos, parece plausible que, en opinión del Pontífice, los perjuicios de una intervención superaran con creces los posibles beneficios. Tal vez el Papa pensara que al intervenir perjudicaría tremendamente su gran proyecto político: la inversión de las alianzas que llevaría a crear un frente de potencias anglosajonas unidas a Alemania (a poder ser, una Alemania sin Hitler) contra la Unión Soviética. Además, cualquier tipo de queja habría supuesto

una represalia feroz contra la Iglesia y sus intereses, en primer lugar y sobre todo en Alemania y, en consecuencia, habría puesto en peligro a los judíos convertidos de procedencia mixta a quienes todavía no habían deportado. Desde su punto de vista, unos resultados tan calamitosos no podían contrarrestarse con ninguna ventaja tangible.

Asimismo es posible que el Papa pensara que nada cambiaría el curso de la política nazi en relación a los judíos. La única línea de acción que quedaba, desde su punto de vista, era proporcionar ayuda a los judíos de forma individual e intervenir hasta cierto punto en los países satélites con predominio católico (Eslovaquia, Croacia y Francia). Sin embargo, solía ser el cardenal secretario de Estado quien llevaba a cabo esas intervenciones, con tal contención diplomática que casi podrían considerarse más pasos dados para cumplir el expediente que con la intención real de provocar un cambio de política[2]

En líneas más generales, si consideramos a la Iglesia católica una institución política que debe calcular las consecuencias de sus decisiones en términos de racionalidad instrumental, debemos reconocer que la opción de Pío XII era sensata teniendo en cuenta los riesgos que corría. Si, por el contrario, la Iglesia católica debe defender una postura moral —como asegura— en especial en momentos de crisis aguda, y por lo tanto debe desplazarse en esas ocasiones del ámbito de los intereses institucionales al del testimonio moral, entonces, por supuesto, las opciones de Pío XII deberían mirarse con otros ojos. No sabemos ni tenemos forma de averiguar (he ahí el meollo de la cuestión) si para Pío XII el destino de los judíos de Europa suponía una situación de crisis aguda y un dilema angustioso, o si no era más que un problema marginal que no debía inquietar la conciencia cristiana.

Por muy angustiado que pudiera sentirse Pío XII por la deportación de Roma, no dejó traslucir su estado de ánimo cuando se entrevistó con el enviado estadounidense Harold Tittmann, el 19 de octubre. Ese día, el tren de deportados había llegado a Viena y el Vaticano lo sabía, pues era informado de los avances del mismo en

cada etapa de su viaje hacia Auschwitz. Según el telegrama de Tittmann a Washington, «el Papa mostró su preocupación ante la falta de una protección policial suficiente, pues podía llevar a los elementos irresponsables (según dijo, existen pequeñas facciones comunistas asentadas en los alrededores de Roma) a cometer actos violentos en la ciudad». Tittmann añadió que el Papa expresó el deseo de que «los Aliados solucionaran la cuestión a su debido tiempo». Por último, el Pontífice comunicó al diplomático estadounidense que «los alemanes habían respetado la Ciudad del Vaticano y la propiedad de la Santa Sede en Roma, y que el general alemán al mando en Roma parecía tener una disposición favorable hacia el Vaticano». Según Tittmann, el Papa añadió que «notaba las restricciones debidas a la “situación anómala”».[3] Es de suponer que al hablar de la «situación anómala» se refería a la deportación de los judíos de Roma.

SAUL FRIEDLÄNDER

INTRODUCCIÓN

La actitud del Papa Pío XII con respecto al Reich hitleriano y las razones de su silencio ante el exterminio sistemático de los judíos de Europa son objeto de preguntas angustiosas y de polémicas apasionadas. Ante un problema de tanta envergadura, difícilmente puede el historiador pretender una objetividad perfecta. Sin embargo, a pesar de la confusión creada en los espíritus por las acusaciones y refutaciones más diversas y, a veces, más extrañas, subsiste una posibilidad de investigación sincera: supeditarse, en tanto sea posible, *a los documentos*. Tal es la norma del estudio que hemos emprendido.

Gran parte de los documentos que citaremos son inéditos; otros sólo son conocidos por un número muy limitado de especialistas; y algunos, por último, han sido mencionados en rigurosos estudios publicados recientemente,[1] pero rara vez en su versión íntegra. No obstante, y éste es el segundo principio metodológico que nos hemos impuesto, *sólo la cita del documento in extenso* permite al lector valorar su verdadero alcance y matices. En consecuencia, hemos evitado casi siempre los cortes en los documentos citados, incluso cuando su estilo es prolijo o cuando ciertos párrafos resultan aparentemente monótonos. Únicamente han sido eliminados los fragmentos que no guardan relación alguna con el tema, las referencias administrativas, las fórmulas de cortesía y ciertas repeticiones.

Hemos ordenado dichos documentos según su contexto histórico, acompañándolos con breves observaciones destinadas a recordar los acontecimientos del momento y a veces hemos añadido comentarios, ya sea para valorar la probable veracidad del documento, o bien para aportar claridad a los hechos que en él se mencionan. En alguna ocasión adoptamos posiciones. En tales casos el lector puede rechazar nuestras afirmaciones. El texto del documento subsiste.

Para realizar este estudio hemos recurrido a las colecciones publicadas de los documentos diplomáticos británicos y americanos, a algunos textos publicados por el Vaticano, a ciertos documentos inéditos del Congreso Judío Mundial y de los Archivos Sionistas de Jerusalén, a un documento inédito procedente de la Cancillería de Hitler, pero sobre todo a los documentos, en su mayor parte inéditos, del Ministerio de Asuntos Exteriores del Tercer Reich.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, los aliados se apoderaron de los archivos de la mayor parte de servicios civiles y militares del Reich que no habían sido destruidos por los propios alemanes o en el transcurso de los bombardeos y combates. La mayoría de los archivos de la Wilhelmstrasse fueron capturados por las fuerzas angloamericanas. Aunque los expedientes del despacho particular del ministro Ribbentrop habían sido destruidos casi por completo, los del gabinete del secretario de Estado, así como los de ciertos departamentos importantes del ministerio, se hallaban casi intactos, excepción hecha de los que abarcaban los últimos meses de la guerra.

Una vez trasladados a Washington y Londres, estos documentos fueron filmados por los ingleses y los americanos, transcurridos unos cuantos años se restituyeron a la República Federal Alemana, hallándose hoy a disposición de los investigadores en el Ministerio alemán de Asuntos Exteriores. Cierto número de dichos documentos ha sido —y continúa siendo— publicado por una comisión de especialistas. Hasta la fecha, tales publicaciones —que, de todos modos, no pueden recoger más que una ínfima parte del material existente— sólo han hecho referencia a los acontecimientos anteriores al ataque alemán contra la Unión Soviética en junio de 1941.

Hemos utilizado la colección de los documentos alemanes publicados y, sobre todo, como hemos indicado antes, los archivos aún inéditos depositados en el Ministerio de Asuntos Exteriores en Bonn. De estos últimos, los archivos del gabinete del secretario de

Estado que hacen referencia a los asuntos vaticanos *(Staatssekretär: Vatikan)* son, con mucho, los más importantes.

Los archivos del secretario de Estado que hacen referencia a los asuntos italianos *(Staatssekretär: Italien)*, así como los del departamento encargado de las relaciones con los servicios de seguridad, en particular para lo que afecta a los asuntos judíos en Italia *(Inland II A/B: Juden in Italien)* y a las cuestiones vaticanas *(Inland IIg: Heiliger Stuhl)*, nos han proporcionado textos importantes. Por último, también hemos utilizado los expedientes del departamento de enlace con las fuerzas armadas *(Pol I M)*.

Los expedientes del gabinete del secretario de Estado relacionados con las cuestiones vaticanas están clasificados por orden cronológico. El último legajo que hemos podido encontrar es el número 5, cerrado con fecha del 15 de octubre de 1943; según las indicaciones anotadas al dorso del clasificador le seguía el número 6, pero éste ha desaparecido. Determinados documentos del legajo número 6 han sido identificados, en forma de copias, en carpetas pertenecientes a otros departamentos del ministerio, pero lo más esencial del material ha escapado a todas nuestras búsquedas. Sin embargo, dicho material no pudo haber sido destruido por los bombardeos puesto que los archivos del gabinete del secretario de Estado que afectaban a otros asuntos han sido conservados y se refieren a fechas posteriores al mes de octubre de 1943. Mencionemos a título incidental que el 15 de octubre de 1943 es la fecha de la deportación de los judíos de Roma, que fue seguida inmediatamente por la deportación de los judíos del norte de Italia. ¿Contenía el legajo número 6 el historial de las entrevistas entre Pío XII y el embajador del Reich en el Vaticano acerca de tales acontecimientos?

Un estudio de la política de la Santa Sede con respecto al Tercer Reich durante la Segunda Guerra Mundial, basado esencialmente en los documentos diplomáticos alemanes, resultaría muy parcial;

es evidente que no podrían sacarse conclusiones definitivas sin conocer los documentos del Vaticano.

Las relaciones diplomáticas se ven influenciadas muy a menudo por el deseo de sus protagonistas de salvar la faz ante los gobiernos a quienes ellos sirven y, en consecuencia, sólo comparando los informes procedentes de las fuentes más dispares y relacionados con el mismo hecho se consigue a veces obtener una imagen objetiva. Como acabamos de decir esto no es posible, por desgracia, en el estudio que hemos emprendido.

En lo que se refiere a los diplomáticos del Tercer Reich, la dificultad es todavía mayor, pues hay que tener en cuenta todos los temores y reticencias —así como sus arranques de fanatismo— de los servidores de un régimen totalitario.

Por último, el estudio de los asuntos vaticanos plantea en sí mismo un problema de índole particular. En efecto, la Santa Sede oculta a menudo su oposición a los proyectos de un gobierno bajo las apariencias de una amabilidad exterior que puede inducir a error.

A pesar de todas estas dificultades, tenemos la impresión de que los documentos alemanes que vamos a presentar pueden contribuir, hasta cierto punto, a la comprensión de los acontecimientos, y ello por tres motivos esenciales: la personalidad de sus autores; la concordancia (en los temas principales) de buen número de textos redactados por diversos diplomáticos durante un período que abarca varios años; la coincidencia entre los informes alemanes y los documentos —diplomáticos o no— procedentes de distintas fuentes (sobre todo inglesas y americanas) que tratan de ciertos hechos concretos.

Examinando con mayor detención estos tres criterios, tenemos que considerar ante todo la personalidad de Bergen y de Weizsäcker, principales autores de los textos que obran en nuestro poder.

Se dispone de muy escasos testimonios acerca de la personalidad de Diego von Bergen, que ocupó el cargo de embajador de Alemania en la Santa Sede desde 1920 hasta 1943.

Señalemos, no obstante, un documento del Ministerio de Asuntos Eclesiásticos del Reich, redactado en 1937. En una nota remitida a la Wilhelmstrasse, Muhs, secretario de Estado del Ministerio de Asuntos Eclesiásticos, escribe:

> Con gran sentimiento por mi parte, me veo obligado a reiterar la opinión que ya he expresado repetidas veces: el Reich nacionalsocialista alemán no está hoy representado ante la Santa Sede con la firmeza necesaria, ni con la voluntad y el fervor tan esenciales en unas negociaciones de alcance considerable que afectan a la política religiosa.[2]

Los despachos del embajador Bergen confirman la «crítica» de Muhs: el embajador era un diplomático de carrera, perfectamente al corriente de los problemas del Vaticano, donde prestaba sus servicios desde hacía muchos años, y al parecer refractario a la mística nazi; jamás se descubrirá en sus escritos un término extraído de la fraseología del buen nacionalsocialista. Es verdad que sus comunicados, como todos los de los diplomáticos de su género que permanecieron al servicio de Hitler, están redactados con gran prudencia cuando versan sobre hechos que hubieran podido poner en evidencia a los dirigentes del Reich, pero en resumidas cuentas no hay motivo para creer que Bergen adornase sus informes hasta el punto de adulterar por completo las noticias que transmitía a Berlín.

Tampoco es ocioso subrayar que, en razón de su larga permanencia en el Vaticano, Bergen pudo establecer con los diversos miembros de la Curia —particularmente con el secretario de Estado Pacelli quien, en marzo de 1939, se convertiría en el Papa Pío XII— unas relaciones amistosas que le permitirían más tarde recoger numerosas informaciones confidenciales.[3] La carta particular que Bergen dirigió al secretario de Estado Von Weizsäcker en el mes de abril de 1943, cuando fue hecho público su cese en el Vaticano, indica claramente la confianza que le otorgaba la Curia y, muy en especial, el Papa. Evidentemente, cabe objetar que Bergen ha inventado las palabras que pone en boca del

cardenal secretario de Estado, pero esto parece muy poco verosímil. He aquí lo que escribió el embajador el día 6 de abril de 1943:

> La petición de beneplácito (para mi sucesor) hirió como un rayo a Maglione.[4] Tuvieron lugar escenas que no juzgo necesario describir aquí. De lo esencial de sus afirmaciones se desprende que estaba totalmente sorprendido y muy trastornado. La Curia estaba convencida de que yo permanecería en Roma hasta que la guerra terminase. Mis relaciones particularmente íntimas con todas las personalidades dirigentes, y muy en especial la actitud excepcional que el Papa observaba conmigo, permitían, en todo momento, cambiar impresiones en un ambiente de confianza amistosa y sin reservas acerca de los problemas más delicados, cosa que, en tales circunstancias, resultaba más que improbable con otros representantes extranjeros. También se esperaba que, dadas estas condiciones, al concluir la guerra se podría iniciar un intercambio de ideas amistoso y discreto acerca del modo más adecuado de solucionar los muy complejos problemas que seguían pendientes. Pero todo esto podía darse por acabado. ¡En su opinión, un cambio de embajador en aquellos momentos era imposible![5]

Bergen tranquilizó al cardenal Maglione con respecto a la personalidad de su sucesor, que era el propio secretario de Estado Weizsäcker. ¿Cómo calibrar la significación de este último en el contexto de nuestro estudio?

La personalidad de Weizsäcker es mucho mejor conocida que la de Bergen. Durante el período que nos interesa, desempeñó en primer lugar el cargo de secretario de Estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores (o sea el personaje más importante después del ministro Ribbentrop) y, a continuación, el de embajador ante la Santa Sede a partir de julio de 1943. Como secretario de Estado, asumirá la principal responsabilidad de los contactos con el nuncio apostólico, monseñor Orsenigo.

Mucho se ha escrito acerca de Weizsäcker y las opiniones sobre su persona difieren. Sin embargo, existe un punto en el que la mayoría de los historiadores se muestran de acuerdo: en el fondo, Weizsäcker habría sido hostil al régimen nacionalsocialista y, en diversas ocasiones, anduvo mezclado con los proyectos de la resistencia alemana contra Hitler. Uno de los miembros más activos

de la oposición contra el régimen en el seno del Ministerio de Asuntos Exteriores, Erich Kordt, lo describe en sus memorias con palabras impregnadas de simpatía y deferencia: «Entre los funcionarios —escribe en especial Kordt— Weizsäcker no gozaba de particular popularidad, pero sabía inspirar respeto y confianza incluso a los que estaban más distanciados de él».[6]

Al igual que Bergen, Weizsäcker, por su actitud con respecto al régimen, no era hombre capaz de inventar buenas noticias para complacer a Ribbentrop y a Hitler. En realidad, y en lo que se refiere a Weizsäcker, se ha podido comprobar en varias ocasiones que solía hacer lo contrario. Inquieto ante la política aventurera de los dirigentes del Reich, trataba a veces de frenar el ardor de sus jefes comunicándoles con toda intención noticias pesimistas. Algunos despachos reproducidos en el sexto capítulo de nuestro estudio dan la impresión de que Bergen utilizaba a veces un método semejante.

La reticencia de Bergen y Weizsäcker en cuanto a remitir informaciones que pecaran por exceso de optimismo y su tendencia a frenar el entusiasmo de los dirigentes nazis recalcando, de vez en cuando, el matiz desfavorable de las noticias que ellos cursaban, nos mueven a sugerir que cuando estos dos diplomáticos enviaban informes particularmente satisfactorios acerca de la actitud del soberano pontífice, de la Curia o del nuncio en Berlín con respecto al Reich, tales informaciones eran exactas en parte.

Es poco lo que se sabe acerca de la personalidad de Menshausen, consejero de la Embajada alemana en la Santa Sede; en cambio, sí se examinó, en el transcurso del proceso de la Wilhelmstrasse en 1948, el comportamiento de Woermann, jefe del departamento político de la Wilhelmstrasse. También él pertenecía al grupo de funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores que nunca fueron fervientes adeptos del nacionalsocialismo. De todos modos, los informes de Menshausen y Woermann no tienen, en conjunto, más que una importancia secundaria en el contexto general de este estudio.

El segundo criterio que nos parece conferir cierto valor a los documentos alemanes citados en el estudio es el de la concordancia de los textos que tratan problemas importantes, el carácter permanente de las indicaciones que nos ofrecen. Durante unos cuatro años, diplomáticos del Reich y agentes de los servicios secretos alemanes conversaron con el soberano pontífice, con miembros importantes de la Curia y con diversos dignatarios de la Iglesia en diferentes países; en lo referente a los problemas esenciales los informes coinciden y las contradicciones son casi inexistentes.

Por último, y ello constituye nuestro tercer criterio de autenticidad, existe concordancia en cuanto a hechos concretos entre los textos alemanes y las fuentes documentales inglesas y americanas, por ejemplo. Comprobaremos en el primer capítulo de nuestro estudio la notable coincidencia entre los documentos alemanes y británicos y las memorias de los estadistas polacos acerca de la actitud de la Santa Sede durante la crisis polaca desde marzo hasta septiembre de 1939.

Para resumir, digamos una vez más que mientras los documentos alemanes no puedan ser comparados con los textos correspondientes de los archivos del Vaticano, la exposición de los hechos sólo nos revelará una faz de las cosas, y tal vez de los hombres. Sin embargo, teniendo en cuenta los diversos criterios que acabamos de examinar, cabe sostener que estos documentos y la imagen que nos ofrecen de la situación poseen un innegable valor histórico; nuestro deber consistirá en tratarlos con toda la prudencia y reservas necesarias. Los comentarios contendrán más interrogantes que afirmaciones.

Como indica su título, el estudio tiende en esencial a poner en claro la actitud del Papa Pío XII con respecto al Tercer Reich. Nos hemos impuesto una estricta limitación en el factor tiempo: el mes de marzo de 1939, fecha de la elección del Papa, señala el principio de nuestras investigaciones; el mes de septiembre de 1944, fecha en

que se extinguen nuestras fuentes documentales, indica el final. Durante este breve período de cinco años, concentramos la investigación sobre el Papa y sus más próximos colaboradores, y sobre sus *partenaires*, los dirigentes del Tercer Reich, en sus relaciones con la Santa Sede.

¿Puede aceptarse semejante restricción del tema? ¿Se puede comprender la actitud de Pío XII sin haber estudiado con detalle los datos anteriores de su carrera, por lo menos a partir de 1917 cuando fue nombrado nuncio en Múnich, hasta su elevación al pontificado? ¿Se pueden captar los motivos de algunas de sus decisiones sin analizar la situación general de la Iglesia y, en particular, la situación de la Iglesia en Alemania y sus relaciones con el nacionalsocialismo?

Creemos que nuestra elección queda justificada por dos motivos: por una parte, al presentar los comentarios de los textos indicaremos en forma tan breve como sea posible (pero tratando de expresar lo esencial) los datos generales necesarios para la comprensión del documento, refiriéndonos a veces al período anterior a 1939 y a menudo a la situación de la Iglesia durante la guerra; por otra parte, los trabajos de Nobécourt y Lewy, de reciente aparición, ilustran con particular claridad «los años de aprendizaje de Dom Eugenio Pacelli» el primero, y las relaciones entre la Iglesia de Alemania y el nacionalsocialismo el segundo. Ambos describen con detalle los contactos entre la Santa Sede y el Tercer Reich durante el pontificado de Pío XII. Nos ha parecido superfluo extendernos con prodigalidad acerca de unos temas estudiados ya tan a fondo.

Por el contrario, estos dos autores han tratado con bastante brevedad el problema que constituye el objeto principal de nuestro trabajo (es verdad que Nobécourt le ha dedicado unas páginas dignas de mención, pero no ha tenido acceso a los documentos de los archivos alemanes; Lewy, por su parte, se dedicó fundamentalmente a rastrear la política de la Iglesia de Alemania y, a pesar de la posibilidad que tenía de utilizar los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores del Reich, casi no se aprovechó

de ella para analizar la actitud de Pío XII durante los años de la contienda).

Al método de investigaciones que hemos elegido podrá oponerse aún otro argumento, más grave tal vez que los precedentes. Por su misma naturaleza, el documento diplomático describe y analiza los datos de una decisión en términos significativos para el «juego» político (o militar); el alcance moral de un acto o la angustia que una decisión grave haya podido provocar en la conciencia del que ha asumido la responsabilidad de la misma no interesan al diplomático o sólo le preocupan de modo incidental. Por lo mismo, los documentos diplomáticos no constituyen fuentes suficientes para el historiador deseoso de comprender los profundos motivos de una decisión cuya importancia rebasa el nivel de la simple maniobra. Estas observaciones, aplicadas al estudio de las iniciativas de todo hombre de Estado, adquieren una evidencia irrefutable cuando se aborda el tema de las decisiones de un jefe espiritual, cuyos motivos se ven muy a menudo influenciados por consideraciones de orden esencialmente religioso.

Aceptamos los límites que nuestra investigación no lograría franquear. Incluso como hombre político, Pío XII no puede ser estudiado únicamente sobre la base de los documentos diplomáticos que han pasado por nuestras manos. Esos textos sólo alumbran determinados aspectos de una política y, nos parece, algunos rasgos de una personalidad. Por parcial que resulte la imagen obtenida, esperamos no obstante que dichos documentos, presentados sin tomar partido alguno, aportarán una contribución útil a la investigación histórica.

Permítasenos expresar nuestro agradecimiento a todos los que nos honraron con su ayuda: en primer lugar al señor Alfred Grosser, por haber aceptado escribir la nota final del presente estudio; a Simonne y Jean Lacouture, así como a Jacques Nobécourt, cuyos consejos y observaciones me fueron valiosos en sumo grado. Señalemos, sin embargo, que aun cuando hayamos tenido en cuenta

numerosas sugerencias, asumimos la entera responsabilidad de este texto y no digamos de los errores que de hecho se hayan podido deslizar en él. Del mismo modo, las lagunas en la evaluación de los acontecimientos o los errores de juicio que el lector pudiera descubrir en él, sólo deben ser achacados al propio autor.

Damos también las gracias a los señores Ullrich y Lange, del Ministerio de Asuntos Exteriores, y Vogel, de los Archivos federales de la República Federal Alemana, así como a los señores Bein, de los Archivos Sionistas de Jerusalén, y Riegner, del Congreso Judío Mundial, por la ayuda que han tenido a bien prestarnos en la búsqueda de documentos. Por último, deseamos expresar nuestro reconocimiento a la señora Surget, por su eficaz colaboración.

1
LA CRISIS INTERNACIONAL

Marzo 1939 - Septiembre 1939

I. EL ACERCAMIENTO ENTRE LA IGLESIA Y EL REICH

El 2 de marzo de 1939, el cardenal Eugenio Pacelli, secretario de Estado de Pío XI, es elegido Papa con el nombre de Pío XII. A la mañana siguiente, el jefe del departamento de asuntos vaticanos en el Ministerio de Asuntos Exteriores del Reich, consejero Du Moulin, preparaba un memorándum sobre las tendencias políticas y la personalidad del nuevo soberano pontífice:

PAPA PÍO XII (CARDENAL PACELLLI)

Biografía

2-3-1876 nacido en Roma
1917 nuncio en Múnich
cooperación leal en las tentativas de paz del Vaticano
1920-1929 nuncio en Berlín
1929 cardenal
1930 cardenal secretario de Estado
viajes a América y Francia

ACTITUD CON RESPECTO A ALEMANIA

Pacelli es considerado como muy amigo de Alemania (*sehr deutschfreundlich*). Es bien sabido su excelente dominio del idioma

alemán. Sin embargo, la defensa de una política ortodoxa de la Iglesia lo ha llevado en diversas ocasiones a una oposición de principio con respecto al nacionalsocialismo. A pesar de ello, no se le puede reprochar el haber cooperado en la política de fuerza de Pío XI y, en particular, en la preparación de los discursos abiertamente hostiles de dicho Papa. Por el contrario, se ha esforzado en distintas ocasiones en llegar a fórmulas de compromiso y ha expresado a nuestra Embajada el deseo de establecer relaciones amistosas.

ACTITUD CON RESPECTO A ITALIA

Pacelli se ha mostrado siempre favorable al mantenimiento de buenas relaciones con Mussolini y la Italia fascista. Particularmente durante la guerra de Abisinia, alentó y apoyó la actitud nacionalista del clero italiano. Su hermano contribuyó en forma muy considerable a la firma de los acuerdos de Letrán.

ACTITUD CON RESPECTO A LOS DEMÁS PAÍSES

No parecen existir nexos políticos entre el nuevo Papa y otros países. Por el lado francés se ha tratado de interpretar los dos viajes de Pacelli a Francia como prueba de una simpatía particular hacia este país. En cambio, nuestra embajada ha destacado el carácter puramente religioso de dichos viajes. De igual modo, sus viajes por América constituyen una manifestación de la política universalista del Vaticano.

CARACTERÍSTICAS GENERALES

A juzgar por los informes de nuestra Embajada, Pacelli parece un hombre muy dotado y muy trabajador, de una personalidad considerablemente superior al promedio y con una gran experiencia

política; sabe adaptarse a las necesidades de la política que le parece justa, sin prejuicios, y no se opone a los compromisos. Se ha destacado varias veces su susceptibilidad personal, muy viva tanto en lo que concierne a los ataques de la prensa como a las caricaturas, etc.

Las críticas que se le hayan podido oponer durante estos últimos tiempos a causa de su no oposición a la política de fuerza del Papa se han acallado cuando, después de la muerte de Pío XI, ha asumido las funciones de cardenal camarlengo de modo ejemplar. Se opuso con todas sus energías a la política de los intransigentes y se inclinó a favor de la comprensión y de la reconciliación. Esa actitud ha pesado en su elección.[1]

Por lo tanto, en Berlín se sabe que el cardenal que acaba de ser elegido Papa es «muy amigo de Alemania». Se recuerda sin duda que el exnuncio en Múnich y Berlín fue el iniciador del concordato entre la Santa Sede y el Tercer Reich[2] y que, cuando se tensaron las relaciones entre la Iglesia y el régimen nacionalsocialista, la actitud del secretario de Estado fue siempre, según los despachos del embajador Bergen, mucho más flexible que la de Pío XI.

Cuando, a partir del otoño de 1933, los nazis empezaron a infringir las cláusulas del concordato, fue monseñor Pacelli quien impidió una protesta abierta de Pío XI;[3] un año más tarde, al agravarse la crisis entre el Reich y la Iglesia encontrándose en Buenos Aires el secretario de Estado, Bergen expresa en un mensaje el temor de que sin la presencia moderadora del cardenal el Papa pueda adoptar, con respecto a Alemania, decisiones de consecuencias desastrosas;[4] unas semanas antes, monseñor Pacelli había intervenido, involuntariamente sin duda, para ayudar a los nazis en su campaña electoral en el Sarre, en vísperas del plebiscito que iba a decidir el futuro de dicha región.[5] A pesar de las crecientes dificultades con las que, a partir de 1936, la Iglesia tropieza en Alemania, la actitud conciliadora del cardenal secretario de Estado no se desmiente a sí misma. En marzo de 1937 se publica

la encíclica *Mit brennender Sorge*, requisitoria contra las teorías neopaganas del nacionalsocialismo y contra las medidas antirreligiosas del Reich.[6]

Algunas semanas más tarde, Pío XI apoyaría abiertamente al cardenal Mundelein, de Chicago, quien había lanzado contra Hitler un ataque de una violencia inaudita; la víspera de la alocución papal, Bergen fue recibido por monseñor Pacelli y el 23 de julio el embajador mandaba a Berlín lo más esencial de su entrevista:

> Las declaraciones que me han sido hechas por el cardenal secretario de Estado durante mi visita del día 16 del corriente se oponen por completo a la actitud del Papa. Era la primera visita que yo le hacía desde mi regreso y la entrevista tuvo carácter privado. Pacelli me recibió con franca amabilidad y me aseguró con insistencia que las relaciones con nosotros debían volver cuanto antes a la amistad y la normalidad. Tal era su empeño puesto que había vivido durante trece años en Alemania y siempre había profesado la mayor simpatía por el pueblo alemán. También estaba dispuesto a entrevistarse en cualquier momento con las personalidades dirigentes, por ejemplo con el ministro de Asuntos Exteriores y el ministro presidente Goering. Yo le expresé entonces mi esperanza de que llegaría el momento en que tal entrevista sería posible. Hablando con franqueza, no la creía factible en aquellos instantes a causa del grave conflicto provocado por la encíclica *Mit brennender Sorge* y por otros acontecimientos, amén de la extraordinaria tensión actual. Al mencionarle la interpretación que de su viaje a Francia había dado la prensa francesa, *Le Journal* y *L’Humanité* por ejemplo, Pacelli me replicó con viveza que el viaje había tenido un carácter estrictamente religioso y que podía asegurarme que se hallaba desprovisto de toda finalidad política. El Vaticano no había tenido nunca la intención de provocar una demostración, ni siquiera indirecta, contra Alemania, y menos aún la de intentar una maniobra de cerco como había pretendido *Angriff*. Si un día se organizaba en Alemania una fiesta religiosa tan importante como la de Lisieux, asistiría a ella con la mayor satisfacción.[7]

En el mes de abril de 1938, el cardenal Pacelli tuvo de nuevo la oportunidad de expresar su buena voluntad con respecto a Alemania al recibir a Greiser, presidente del Senado de Dantzig, de

paso por Roma. El 8 de abril, el secretario de Estado Weizsäcker escribía:

> El presidente del Senado Greiser vino a verme durante su viaje de regreso de Roma a Dantzig; quería completar el informe escrito que me había enviado referente a su conversación con el cardenal secretario de Estado con el siguiente informe verbal:
>
> Pacelli le repitió varias veces y con insistencia su deseo de llegar a un arreglo entre el Vaticano y el Reich y llegó a declarar que él, Pacelli, estaba dispuesto a venir a Berlín para negociar si nosotros lo deseábamos.[8]

En su memorándum del 3 de marzo de 1939, el consejero Du Moulin dejaba entrever, como hemos leído, que la actividad conciliatoria del cardenal Pacelli durante las semanas que transcurrieron entre el fallecimiento de Pío XI, el 9 de febrero, y el comienzo del cónclave, le valieron al exsecretario de Estado ser elegido Papa. Estas observaciones parecen confirmadas por una fuente bastante fidedigna: el 2 de marzo, el mismo día de la elección del soberano pontífice, el conde Ciano (ministro italiano de Asuntos Exteriores) escribía en su diario que Pignati di Custoza, embajador de Italia en la Santa Sede, le había dicho la víspera que Pacelli era el candidato favorito de los alemanes.[9]

El 12 de marzo el cardenal camarlengo se convirtió en el Papa Pío XII. Desde su elección hizo todos los posibles para establecer entre el Vaticano y el Tercer Reich la aproximación que él había deseado cuando sólo era secretario de Estado.

El 5 de marzo, el embajador Bergen comunicaba los detalles de su primera audiencia con Pío XII:

> El Papa —a quien el sustituto del secretario de Estado se había apresurado, a petición mía, a transmitir las felicitaciones del Führer y canciller del Reich y del gobierno alemán— me hizo saber ayer por la tarde que deseaba recibirme esta mañana.
>
> En el transcurso de la audiencia, y después de haber reiterado yo las felicitaciones, el Papa destacó que yo era el primer embajador a quien

recibía. Me encargó expresase personalmente al Führer y canciller del Reich su profunda gratitud, a la que añadía sus votos más sinceros para el pueblo alemán, al que había aprendido a admirar y amar cada vez más en el transcurso de una larga experiencia durante sus actividades en Múnich y en Berlín. El Papa me expresó a continuación su ferviente deseo de paz entre el Estado y la Iglesia; a menudo me lo había expresado cuando era secretario de Estado, pero en su calidad de Papa quería entonces confirmármelo expresamente.

Para caracterizar su postura ante las diversas formas de gobierno, me recordó en el transcurso de la entrevista el discurso que había pronunciado en alemán el año anterior en el Congreso Eucarístico de Budapest, y en el que dijo entre otras cosas: no es misión de la Iglesia intervenir en los asuntos y contingencias puramente terrenales, para elegir entre los diferentes sistemas y métodos que puedan ser empleados con el fin de resolver los problemas del presente.

Pasando al terreno particular, el Papa me felicitó muy cordialmente, subrayando que nuestras amistosas relaciones, que contaban treinta años, debían proseguir sin alteración.[10]

En su primera entrevista con Bergen, Pío XII insiste en su profunda simpatía por Alemania, que data de los trece años que pasó en dicho país como nuncio apostólico. Esta declaración se repetirá a menudo en los años siguientes. Además, el soberano pontífice deja entender claramente que el régimen político instaurado por Hitler le parece tan aceptable como puedan serlo otros.

Defendiendo en primer lugar los intereses de la Iglesia, es evidente que el Papa desea obtener por medio de la más extremada conciliación lo que la firmeza de su predecesor no había podido lograr.

El 6 de marzo, Pío XII dirige a Hitler la carta siguiente:

Habiendo sido elevado al solio pontificio tras un escrutinio regular del Colegio cardenalicio, Nos hemos considerado oportuno informaros, en vuestra calidad de jefe del Estado, de Nuestra elección.

Al propio tiempo Nos deseamos, desde el comienzo de Nuestro Pontificado, expresar la voluntad de permanecer unido por los vínculos de una profunda y benevolente amistad con el pueblo alemán confiado a vuestros cuidados. Invocando al Dios Todopoderoso, Nos ansiamos

paternalmente para este pueblo aquella auténtica felicidad que sólo la religión puede alimentar y aumentar.

Ya durante los largos años, tan gratos a Nuestra memoria, que Nos hemos pasado en Alemania como nuncio apostólico, hicimos cuanto se hallaba en Nuestro poder para establecer amistosos contactos entre la Iglesia y el Estado, con un espíritu de mutua comprensión y de franca colaboración, en interés de ambas partes. Después hemos tratado de contribuir de modo satisfactorio a la aplicación de todo lo que se había establecido.

Con mucho mayor ardor todavía Nos deseamos tender a este fin, hoy, cuando las responsabilidades de Nuestro cargo pastoral aumentan Nuestras posibilidades al mismo tiempo que Nuestros deseos.

Formulamos también el voto de que este gran deseo Nuestro en pro de la prosperidad del pueblo alemán y de su progreso en todos los dominios reciba de Dios su pleno cumplimiento.[11]

Como indica monseñor Giovanetti, uno de los historiadores oficiales de Pío XII, «tanto por su longitud como por los sentimientos que expresaba (esta carta), difería totalmente de otras cartas oficiales expedidas por el Vaticano en la misma fecha».[12]

La carta dirigida al Führer, así como la primera entrevista entre Pío XII y Bergen, indican la naturaleza de las relaciones que el nuevo Papa pretendía establecer con el Reich; no obstante, el 11 de marzo nombra secretario de Estado al cardenal Maglione quien, durante varios años, había sido nuncio en París. Bergen explica el verdadero alcance de este gesto en un comunicado que manda el mismo día:

El cardenal Maglione, nombrado por el Papa para el cargo de secretario de Estado, me es bien conocido desde hace años, cuando cuidaba de las minutas en la secretaría de Estado del Papa, siendo más tarde nuncio en Berna y París. Es persona inteligente y sagaz y no carece de comprensión para con las nuevas tendencias de nuestro tiempo. Siempre se ha esforzado en mantener buenas relaciones con la Embajada y, en sus conversaciones con nosotros, nunca ha ocultado sus sentimientos amistosos hacia Alemania. Cuando fue nombrado nuncio en París, Francia quiso oponerse al nombramiento a causa de sus sentimientos al parecer germanófilos. No obstante, gracias a su habilidad diplomática, consiguió establecer bien pronto excelentes relaciones con

importantes personalidades francesas. La prensa francesa se cree hoy obligada a calificarlo de gran amigo, igual que a Pío XII, pero yo estoy convencido de que se esforzará en seguir la trayectoria adoptada por Pío XII, o sea la que conduce a un arreglo con Alemania.

Me permito recomendar que la prensa observe una reserva benevolente al hablar de Maglione.[13]

El juicio que Bergen ofrece sobre la personalidad de Maglione y sus probables tendencias políticas no presenta particular importancia, pues es lógico suponer que un Papa tan bien informado de los problemas políticos y diplomáticos como Pío XII se encargaría personalmente de asumir todas las decisiones trascendentales, relegando al secretario de Estado a funciones secundarias.

El 13 de marzo, Bergen comentaba así la carta que el Papa había dirigido a Hitler:

El tono general de la carta del Papa Pío XII al Führer y canciller del Reich para anunciarle su elección, y remitida hoy por el secretario de legación Picot sin más formalidades debido a la premura del tiempo, es infinitamente más amable que el de la carta que el Papa Pío XI había dirigido al entonces presidente del Reich. (Instrucción IE 1476 del 23 de marzo de 1922). Conviene señalar en particular el deseo de cooperación que el Papa expresa de nuevo en esta ocasión.

La versión alemana de la carta revela la mano del Papa; según informaciones dignas de crédito se ha reservado expresamente el manejo de todos los asuntos alemanes.

La carta de Pío XII al Führer evoca el recuerdo de la que León XIII mandó al emperador Guillermo I en febrero de 1878, a la mañana siguiente de su elección como sucesor del fanático Pío IX, y en la que aseguraba lamentar, al tomar posesión de su trono, no encontrar ni rastro de las buenas relaciones que habían existido en otro tiempo entre Prusia y la Santa Sede. Las cartas que, en el cambio de correspondencia que siguió, fueron enviadas a León XIII (con el visado de Bismarck), por el emperador Guillermo y por el Kronprinz, representando a su padre herido en un atentado, ponían enérgicamente de relieve la independencia y los intereses del Estado; pero, al propio tiempo, inauguraban con lentitud y mediante palabras conciliadoras, el final, todavía lleno de sobresaltos, de la *Kulturkampf*.[14]

El 17 del mismo mes, Bergen añade nuevos detalles referentes al significado de la carta de Pío XII al Führer:

> El Papa me ha dado a entender que el Führer era el primer jefe de Estado a quien había informado de su elección al papado; también hizo excepción al protocolo habitual cuando no sólo firmó —como es costumbre— la carta redactada en latín, sino también el texto alemán, que no debía ser considerado como una simple traducción. Al obrar de este modo, quiso hacer comprender su actitud de simpatía hacia Alemania y sus deseos de paz.
>
> El nuevo cardenal secretario de Estado, Maglione, al que hasta hoy no he hecho mi primera visita, me ha recibido con marcada cordialidad. Sin entrar en detalles, ha declarado, al aludir a las relaciones germano-vaticanas, que yo conocía sus deseos y esperaba que éstos se convertirían en realidad en un futuro bastante próximo, a pesar de las dificultades existentes que él no ignoraba.
>
> El *Osservatore Romano* ha recibido instrucciones de abstenerse de atacar al gobierno alemán. En efecto, desde hace poco ya no se publican comentarios antigermanos.
>
> Teniendo en cuenta la actitud llena de buena voluntad de la Curia, dejo en sus manos la misión de juzgar si se debe recomendar a la prensa que siga observando una objetividad reservada con respecto a los asuntos del Vaticano, tanto más si se tiene en cuenta que aquí se es muy sensible a dicha actitud, y no digamos en los medios italianos. De momento, no es cuestión de tomar otras medidas.[15]

Se observa que el embajador Bergen, a pesar de destacar el cambio fundamental de la política de la Santa Sede en lo que al Reich se refiere, mantiene todavía una cierta reserva. Sabe, sin duda, que Berlín no adoptará medidas favorables en el campo de la política eclesiástica, y sobre todo que no modificará la virulencia de la lucha que ha emprendido contra las escuelas confesionales. Trata de conseguir que el Ministerio de Propaganda no reanude los ataques contra el Vaticano, tan habituales en tiempos de Pío XI. Al margen del telegrama de Bergen, el secretario de Estado para el Exterior, Weizsäcker, llama la atención de Aschmann, jefe del departamento de prensa del ministerio, sobre la pregunta siguiente: «Ministro Aschmann, ¿será aceptada esta sugerencia? Weizs¨cker (20.3)». A

la mañana siguiente, Aschmann añade en el margen del mismo documento: «Herr Zeileisen, carta al Ministerio de Propaganda del Reich. Aschmann (21.3)», y después para conocimiento de Weizsäcker: «Petición cursada a este efecto al Ministerio de Propaganda del Reich. Aschmann (21.3)».**[16]** De hecho, los ataques contra el Papa y el Vaticano no tardarán en desaparecer de las páginas de los periódicos alemanes.

El 15 de marzo ocupan Checoslovaquia. El 22, Bergen escribe:

> Para información confidencial. Me entero de fuente segura que se han realizado tentativas, en especial por parte francesa, para inducir con urgencia al Papa a que se adhiera a las protestas de los Estados democráticos contra la anexión de Bohemia y Moravia al Reich. El Papa ha rechazado con toda firmeza tales peticiones y ha dado a entender a quienes le rodean que no veía motivo para intervenir en un proceso histórico en el que la Iglesia no estaba interesada desde un punto de vista político.**[17]**

Es posible que hubiese tenido lugar una gestión franco-británica ante la Santa Sede para conseguir que el Papa se uniese a las protestas de las democracias contra el desmembramiento de Checoslovaquia por parte del Reich, pero no se halla ni rastro de ella en las memorias de Charles-Roux, embajador de Francia en el Vaticano, ni en los documentos diplomáticos británicos. Sin embargo, este hecho no resta nada al carácter singular de las afirmaciones que Bergen atribuye al soberano pontífice. El cambio introducido en la política de la Santa Sede con respecto al Reich, después de la muerte de Pío XI, es puesto una vez más en evidencia. Cuando la anexión de Austria por el Reich, proceso que a mucha gente hubiera podido parecer normal, Pío XI obligó al cardenal Innitzer, jefe del episcopado austríaco —quien había ordenado a los obispos y al clero local votar a favor del Anschluss —, a una retracción pública y humillante. Por otra parte, Bergen había comentado el hecho en un mensaje fechado el 6 de abril de 1938.

Me he enterado confidencialmente —escribió el embajador del Reich— de que el comunicado que debe aparecer esta tarde en el *Osservatore Romano* ha sido arrancado al cardenal Innitzer mediante coacciones que sólo cabe calificar de chantaje. Innitzer se ha defendido hasta el límite de sus fuerzas pero sólo ha podido obtener ligeras concesiones. En este asunto, el Papa se ha dejado guiar de nuevo por la malsana irritación contra Alemania…[18]

Muy distinta es, por consiguiente, la actitud de Pío XII. Sin embargo, la liquidación de Checoslovaquia provocó un viraje total en la mayoría de los partidarios de la reconciliación con el Reich. El cambio de política del sucesor de Pío XI se hizo aún más acusado cuando, un mes después de la entrada de las tropas alemanas en Praga, se dirigió a un grupo de peregrinos alemanes:

A juzgar por mis informes —escribe Bergen el 25 de abril— el Papa Pío XII ha recibido anteayer en audiencia a 160 peregrinos alemanes que visitaban Roma. En dicha ocasión pronunció una breve alocución en alemán que, según relatos de oyentes alemanes e italianos, contenía un párrafo que venía a decir más o menos lo siguiente:

Hemos amado siempre a Alemania, donde Nos hemos tenido el privilegio de pasar varios años de Nuestra vida, y hoy la amamos aún más. Nos alegramos de la grandeza, el esplendor y el bienestar de Alemania y sería una falsedad pretender que no deseamos una Alemania floreciente, grande y fuerte. Pero, por esta misma razón, Nos deseamos también que los derechos de Dios y de la Iglesia sean siempre reconocidos, pues toda grandeza tiene una base tanto más segura si estos derechos están mejor defendidos y se convierten en los fundamentos sobre los que se edifica esta grandeza.

También se me ha comunicado que el Papa ha dado la bienvenida a los alemanes con particular cordialidad y, al término de la audiencia, ha unido su voz a las suyas cuando aquéllos han entonado el cántico alemán *Grosser Gott, wir loben Dich*.[19]

El 2 de mayo le llega la vez al secretario de Estado Weizsäcker de anotar informaciones de origen italiano referentes a la política de Pío XII ante el Reich:

El embajador de Italia se ha referido hoy, en el transcurso de una conversación conmigo, a una observación del ministro de Asuntos

> Exteriores según el cual el Papa, durante una reciente alocución, había adoptado una actitud muy conciliadora con respecto a Alemania. Attolico me dijo después que su gobierno había sido informado por un agente italiano de que el Papa, al asumir sus funciones, había prohibido al *Osservatore Romano* prosiguiese su política de fustigar a Italia y Alemania. El Papa deseaba llegar si no a una profunda inteligencia con Alemania, sí por lo menos a un *modus vivendi* conveniente.
>
> Attolico añadió también que cuando el Papa subió al trono pontificio envió no sólo una carta protocolaria corriente al gobierno, sino también una carta personal dirigida al Führer y escrita en alemán, lo que representaba un gesto de buena voluntad muy particular.[20]

La información referente a las instrucciones cursadas al *Osservatore Romano* parece exacta, pues hasta varias semanas después del ataque alemán contra Polonia el órgano del Vaticano no reanudó su política de críticas contra el Reich, política que como veremos provocó diversos incidentes, para finalizar definitivamente el 16 de mayo de 1940, tras una nueva orden del Papa. En cuanto a la carta dirigida por Pío XII a Hitler, conocemos ya su contenido. El significado que le confiere Attolico confirma lo escrito por Bergen, así como las observaciones hechas por monseñor Giovanetti acerca de su particular importancia.

II. UNA TENTATIVA DE MEDIACIÓN

El 14 de abril de 1939 el presidente Roosevelt envió un mensaje a Hitler y a Mussolini, pidiéndoles se abstuvieran de toda agresión durante diez años contra treinta Estados cuyos nombres cita. Unos días antes, Italia había atacado y ocupado Albania.

El mensaje de Roosevelt fue acogido favorablemente en todo el mundo, con la excepción de los países del Eje y, al parecer, del Vaticano. El 21 de abril, el embajador Bergen escribía a la Wilhelmstrasse:

> El llamamiento de Roosevelt en favor de la paz es severamente criticado en los medios afectos al Vaticano. Se afirma, claro está, que toda acción en favor de la paz es acogida con simpatía… Pero Roosevelt

ha cometido el error de dirigirse tan sólo a los jefes de dos gobiernos específicos, y de publicar un llamamiento unilateral. Por su mismo contenido, varios puntos del mensaje podrían merecer que éste fuese calificado de vano e incluso de pueril… El proyecto de garantía contenido en el documento es considerado también como una equivocación pues, dado el límite del tiempo sugerido, deja entrever que América pretende utilizar este período de seguridad para seguir aumentando y reforzando sus armamentos por si acaso estallara una guerra.[21]

En el momento en que Roosevelt lanza su llamamiento, Pío XII prepara por su parte una maniobra de mediación con un espíritu muy distinto al del presidente estadounidense; por consiguiente, no se excluye una reacción negativa por parte del Papa ante el proyecto americano. Monseñor Giovanetti afirma que Roosevelt había dirigido, por medio del delegado apostólico en Washington, una petición al Papa para que éste apoyase su intervención ante los gobiernos de Berlín y Roma. Según Giovanetti, Pío XII mandó contestar que «dado el estado de las relaciones diplomáticas con el gobierno alemán, una gestión de la Santa Sede sería inoportuna, pero que no dejaría de presionar al gobierno italiano».[22] Pero Giovanetti (que, por lo general, no se abstiene de citar los documentos que pueden confirmar sus tesis) no menciona ninguna gestión del Papa ante Mussolini. En cambio, a principios de mayo, Pío XII envía a Hitler sus propias proposiciones, lo cual indica que el argumento de las malas relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y el Reich, invocado en la respuesta a Roosevelt, era sólo una excusa. El 4 de mayo, Cesare Orsenigo, nuncio apostólico en Berlín, fue recibido por el Führer en Berghof:

El nuncio manifestó al Führer que el Papa le había dado instrucciones de proponer al Führer una conferencia de las cinco grandes potencias de Europa para hallar una solución a las cuestiones políticas pendientes. El Papa estaba profundamente preocupado por la tensión reinante en Europa y deseaba hacer cuanto estuviera en su poder para evitar a la humanidad el peligro de una guerra. El objetivo de la conferencia, de la que no especificó ni forma ni naturaleza, consistiría ante todo en hallar las soluciones a los dos asuntos más urgentes, a saber: en primer lugar el

problema germano-polaco, y en segundo lugar el problema francoitaliano.

El Führer rogó al nuncio que transmitiera su agradecimiento al Papa por esta sugerencia y declaró a continuación que primero tendría que ponerse en contacto con Mussolini pues no haría nada sin el beneplácito de éste. Sus relaciones con Mussolini estaban fundadas en una estrecha amistad, basada en la franqueza y la lealtad. El Duce y él actuarían al unísono.

El nuncio expresó su conformidad y declaró que el Papa se dirigiría al mismo tiempo a Mussolini.

Al examinar la posibilidad de una conferencia de aquella índole, el Führer dijo que, en realidad, él no creía en el peligro de una guerra, pues la tensión se debía más a la propaganda que a los hechos…

Siguen largas explicaciones de Hitler haciendo referencia a los problemas internacionales:

En conclusión, el Führer pidió una vez más al nuncio que expresara su sincera gratitud a la Santa Sede. Se pondría enseguida en contacto con el Duce y ordenaría al ministro de Asuntos Exteriores del Reich que tomase inmediatamente todas las medidas necesarias cuando visitara Italia. En un futuro muy cercano, daría a conocer su respuesta al Papa.[23]

El proyecto del Papa, que no obtuvo ningún resultado concreto, presentaba un punto de considerable interés: Pío XII se dirige a las cinco grandes potencias europeas que son, a su criterio, Italia, Alemania, Gran Bretaña, Francia y Polonia. Nada se dice de la Unión Soviética. Lord Halifax, ministro británico de Asuntos Exteriores, hace observar esta omisión a monseñor Godfrey, delegado apostólico:

Son muchos, declaró Halifax, los que lamentarán que Rusia haya sido excluida de la lista de potencias a las que se ha dirigido Su Santidad. El nuncio replicó que en ningún caso el Papa podía cursar semejante invitación…[24]

La categórica respuesta de monseñor Godfrey refleja fielmente la actitud del Papa. La hostilidad hacia el bolchevismo y la Unión Soviética había determinado numerosas decisiones políticas de

monseñor Pacelli cuando no era más que secretario de Estado; esa misma hostilidad tendrá una influencia decisiva en la política de Pío XII durante la guerra. El comunismo ateo había sido solemnemente condenado por Pío XI en su encíclica *Divini Redemptoris* del mes de marzo de 1937, cinco días después de la condenación de las teorías neopaganas del nacionalsocialismo; pero mientras este último sólo era denunciado en términos relativamente moderados, la condena del régimen comunista era categórica y sin apelación.

A los fundamentos doctrinales establecidos por Pío XI, su sucesor vino a añadir una aversión personal hacia el comunismo que databa de sus «contactos» con los soviets de Baviera en el año 1919. En 1921 los describió a un corresponsal del diario *Le Mitin*:

> He sido uno de los raros testigos oculares no alemanes del régimen bolchevique que dominó en Múnich en abril de 1919. Rusos auténticos se hallaban al frente de aquel gobierno soviético; toda idea de derecho, de libertad o de democracia fue suprimida; la prensa soviética era la única admitida. La propia nunciatura fue acribillada a balazos durante el combate entre los comunistas y las tropas del gobierno republicano; espartaquistas armados entraron por la fuerza y cuando yo protesté contra aquella violación del derecho internacional, uno de ellos me amenazó con su revólver. Sé en qué odiosas condiciones fueron asesinados los rehenes.**[25]**

Se concibe, pues, que Pío XII no se sintiese inclinado a invitar a la Unión Soviética a una conferencia cuya iniciativa correspondía a la Santa Sede. Por otra parte es posible que, al excluir a Moscú del encuentro previsto, el soberano pontífice persiguiese un objetivo diplomático inmediato: a partir del mes de abril de 1939 se iniciaron negociaciones entre las potencias occidentales y la Unión Soviética con vistas a la firma eventual de un acuerdo de defensa. Tales negociaciones no eran tan secretas como los primeros contactos entre Berlín y Moscú. La Santa Sede no podía ver con buenos ojos una vuelta de la Unión Soviética al escenario europeo, de donde había sido expulsada por los acuerdos de Múnich. Una

conferencia a la que no fueran invitados los soviéticos podría devolverlos al aislamiento que estaban a punto de romper.

Pero todo esto no son más que hipótesis. Ante todo, parece que Pío XII buscaba un medio para salvaguardar la paz. Su proyecto fracasó.

El 8 de junio, Bergen fue recibido por el Papa en audiencia privada. A la mañana siguiente, escribía a Ribbentrop. Señor ministro:

> Señor ministro:
>
> La audiencia privada que nos fue acordada ayer a mi esposa y a mí —y a la que, a petición mía, asistí yo solo durante los primeros minutos— me dio la oportunidad de expresarme de acuerdo con sus instrucciones.[26] El Papa se mostró tan interesado y encantado ante la idea de una posibilidad de apertura de relaciones amistosas entre nosotros y la Curia que prolongó una y otra vez nuestra conversación, haciendo esperar más de media hora al ministro español Serrano Suñer y a una delegación de legionarios españoles.
>
> La conversación versó sobre distintos temas. Yo hablé del modo siguiente: las declaraciones del Papa, diversas iniciativas, el envío de su felicitación con ocasión del 50 aniversario del Führer, su alocución a los peregrinos alemanes de la que usted ya tiene noticia, etcétera, nos han dado la impresión y han fomentado la esperanza de que se abría una nueva época en las relaciones germano-vaticanas. Según la opinión de usted, era perfectamente posible que la Iglesia y el Estado coexistieran pacíficamente. Si los esfuerzos del Vaticano tendían hacia ese objetivo, nosotros también nos mostraremos favorablemente dispuestos. Tal como usted me ordenó, he indicado que la eliminación de la actual atmósfera de amenaza y la gradual creación de relaciones de confianza eran de primordial importancia. El buen entendimiento, hoy ya perceptible, debería ir en aumento y la tregua de prensa podría coadyuvar a ello con gran eficacia.
>
> Si el ambiente se distendiera se podría iniciar un intercambio de puntos de vista privado y sin compromiso, y si éste evolucionase favorablemente, podría ir seguido de conversaciones más detalladas y tal vez de negociaciones. Usted había autorizado ya estas sugerencias en principio, pero concediendo gran importancia al secreto; una indiscreción

podría provocar un retraso de cinco o diez años; todas las noticias indiscretas serían desmentidas categóricamente.

El Papa me pidió le comunicase que él estaba siempre dispuesto a preparar el camino para establecer relaciones de amistad con Alemania, un país por el que tenía gran afecto, como tantas veces había manifestado. Podemos estar seguros de la discreción de la Curia. Sería una gran satisfacción si, en espera de un arreglo de carácter general, pudieran ser evitadas nuevas «medidas severas». (Es evidente que se refería en especial a Austria). Como usted, el Papa tiene al parecer la idea de una especie de tregua (*Burgfriede*) durante un período de transición. El Papa expresó su inquietud con respecto a la situación internacional sin entrar en detalles…[27]

Es interesante observar la insistencia de Bergen sobre la necesidad de guardar secreto absoluto acerca de todo acercamiento eventual. Parece como si Ribbentrop se diese cuenta de la importancia del apoyo del soberano pontífice en la crisis internacional cada vez más grave; tal vez estuviese dispuesto a conceder ciertas promesas generales referentes a la política eclesiástica del Reich, pero temiendo las reacciones que provocaría un paso atrás de tamaña envergadura si se enteraban de él sus enemigos más encarnizados en el seno del partido, los más inflexibles también en su hostilidad contra el Vaticano, o sea Goering y sobre todo Goebbels y Rosenberg. De todos modos, la maniobra de Ribbentrop fue hábil pues la Santa Sede apoyó a la diplomacia del Reich en las últimas semanas de la crisis polaca, juzgando sin duda que era el único medio de mantener la paz.

III. LA SANTA SEDE Y LA CRISIS POLACA

A principios del verano de 1939, las relaciones entre Berlín y Varsovia se agravaron notablemente. Ya en marzo Alemania había comenzado a exigir que Dantzig fuese devuelto al Reich. Es lógico suponer que sólo se trataba de un primer paso que, como en el caso de Checoslovaquia, iría seguido de nuevas reivindicaciones y que éstas, tarde o temprano, provocarían el total sometimiento de

Polonia. El coronel Beck opuso una negativa categórica a las peticiones de Hitler. El 31 de marzo Inglaterra y Francia garantizaron las fronteras polacas. Por lo tanto, todo ataque contra este país podía significar una guerra general en Europa.

El 20 de junio, el director del departamento político de la Wilhelstrasse, Woermann, telegrafiaba al embajador Bergen:

> Según informaciones publicadas por periódicos extranjeros, el nuncio en Varsovia está a punto de partir, o ha partido ya, hacia Roma para comunicar al Papa la respuesta polaca a su iniciativa de paz. Al parecer, el nuncio ha sostenido durante estos últimos días repetidas entrevistas con el ministro polaco de Asuntos Exteriores sobre la cuestión de Dantzig y la posibilidad de un arreglo pacífico. Los medios católicos polacos se muestran favorables a una mediación del Vaticano. En Varsovia se cree que si el Vaticano queda satisfecho del informe del nuncio emprenderá seguidamente una gestión en Berlín.
>
> Le ruego me mande un informe telegráfico.
>
> Para su propia información: mediante una fuente altamente confidencial nos enteramos de que el nuncio en Varsovia ha sido encargado de recomendar de nuevo, con toda delicadeza, comprensión y moderación con respecto a Alemania. No es posible utilizar esta información.[28]

El mismo día Bergen contestaba que monseñor Cortesi, nuncio en Varsovia, acababa de llegar a Roma siendo recibido inmediatamente por el cardenal secretario de Estado. Los detalles de la entrevista no se conocen aún.[29]

El despacho de Woermann permite comprobar la exactitud de las informaciones llegadas a Berlín. Recuérdese el último párrafo referente a los consejos de moderación dados a los polacos por monseñor Cortesi. Monseñor Giovanetti revela que la Santa Sede había recibido la confirmación por parte de Ciano de que Alemania no pretendía atacar a Polonia. «Por este motivo —escribe Giovanetti— el Vaticano hizo saber el 6 de junio de 1939 que en aquellos momentos Alemania no tenía la intención de atacar a Polonia, y le rogó que reiterase ante el gobierno polaco los consejos de prudencia que ya le había dirigido con anterioridad el Papa»[30]. En cambio, es un hecho manifiesto que las informaciones de la

prensa según las cuales Varsovia deseaba la mediación del Papa eran falsas. Muy al contrario, parece que la «ligera» presión ejercida por la Santa Sede irritó a los polacos.

El 23 de junio, Von Moltke, embajador del Reich en Varsovia, comunicó informaciones más precisas sobre las relaciones entre el nuncio y el coronel Beck:

> El embajador de Italia en Varsovia conoció al nuncio Cortesi pocos días antes de partir éste para Roma, el 17 de junio. El nuncio, que tenía un aspecto muy apesadumbrado, declaró que a causa de la actitud intransigente de los polacos no veía ninguna posibilidad de compromiso. En realidad, esta entrevista tuvo lugar antes de la última conversación del nuncio con Beck y antes de su audiencia con el presidente. Sin embargo, según las informaciones recibidas hasta el momento, no hay motivos para suponer que en dichas conversaciones hayan tenido lugar nuevos cambios. Dirigiéndose a uno de nuestros hombres de confianza, el conde Szembek ha proferido hoy varias críticas referentes a las gestiones emprendidas por el Vaticano hace un mes, *gestiones evidentemente emprendidas de conformidad con las de Berlín*;[31]cuando se le preguntó si se esperaba una nueva iniciativa por parte de la Santa Sede, contestó que el Vaticano manifestaba a veces un optimismo muy singular.[32]

La política vaticana fue precisándose en el transcurso de los días siguientes; al recordar la entrevista entre Pío XII y Bergen el 9 de junio surge la pregunta de si las informaciones que el 7 de julio obtuvo sir Percy Loraine (embajador de Inglaterra en Roma) del consejero de la Embajada soviética en la misma capital no correspondían a los cálculos de la Santa Sede:

> … En lo que se refiere al Vaticano y a Dantzig —escribe sir Percy Loraine—, Helfand cree que en el Vaticano se han preparado ya proposiciones concretas y que éstas han sido probablemente sometidas a Berlín y a Varsovia. Polonia debería admitir no sólo que Dantzig fuese una ciudad alemana, sino también que fuera devuelta al Reich; en este caso, Hitler estaría dispuesto a que la anexión formal de Dantzig al Reich se demorase diez o incluso doce meses para permitir que Alemania y Polonia llegasen entretanto a un arreglo amistoso sobre las modalidades de la transferencia.

Helfand me dijo también, ayer por la tarde, que el Vaticano había emprendido ya negociaciones con Alemania para regularizar la posición de la Iglesia católica en el Reich; según él, el Vaticano estima que el éxito de su mediación entre Alemania y Polonia en la cuestión de Dantzig serviría en gran manera para sus propias negociaciones con Alemania…[33]

Informado de estos conceptos por Osborne, embajador de Inglaterra ante la Santa Sede, el cardenal secretario de Estado desmintió categóricamente la existencia de planes semejantes y explicó a Osborne que «en realidad, la Santa Sede no ha hecho más que recomendar moderación a Varsovia».[34] La verdad diferiría un poco si tuviéramos que atenernos a las memorias del coronel Beek:

Las iniciativas de la Santa Sede fueron aciagas —escribe Beck—. Por instigación de monseñor Orsenigo, nuncio en Berlín, el Papa me hizo llegar a través de monseñor Cortesi un mensaje confidencial en el que me sugería que Polonia ofreciera un régimen favorable a las minorías alemanas e hiciera proposiciones concretas a este respecto. Yo respondí que estas cuestiones habían sido ya discutidas en el pasado entre nosotros y el gobierno del Reich, pero siempre sobre una base de reciprocidad, y que por consiguiente no podíamos tomar en consideración esa sugerencia a no ser que fuese presentada simultáneamente y de una manera idéntica a Berlín y que la Santa Sede nos informara de que el gobierno del Reich estaba dispuesto a contraer compromisos de la misma naturaleza. El nuncio no volvió a tocar ese tema.

En los últimos días de agosto, el Papa volvió a dirigirse a nosotros, explicándonos que la cesión de Pomerania y Dantzig podía salvar la paz. Respondí que si se hiciese pública esta gestión se ofenderían los más vivos sentimientos de la mayoría de la población católica de nuestro país. Añadí que nuestra postura había quedado claramente definida y que me remitía a la discreción de la Santa Sede para decidir si ésta quería o no que su gestión fuese hecha pública. Después, el nuncio me dio las gracias por haber enfocado la cuestión de ese modo.[35]

El informe de Beck queda confirmado por un despacho que Osborne envió el día 30 de agosto a Halifax, así como por las líneas que el conde Szembeck, subsecretario de Estado polaco en el Ministerio de Asuntos Exteriores, anotó en su diario con fecha del

31 de agosto. En conjunto, esos textos indican la insistencia con la que, menos de un año después de Múnich, el Vaticano intentaba una experiencia idéntica.

El 30 de agosto el embajador Osborne informó a Londres de que el cardenal Maglione acababa de comunicarle el contenido de un telegrama remitido a Varsovia:

> El telegrama destaca —escribe Osborne— que el Vaticano ha sido informado de que si Hitler obtiene seguridades de que Dantzig será devuelto al Reich, estará dispuesto a negociar sobre los problemas del pasillo y de las minorías, así como a conceder facilidades económicas para Polonia en Dantzig. El nuncio ha recibido instrucciones para presentar este informe a la inmediata atención personal del presidente de Polonia y comunicarle que el Papa recomienda dicha información para que la examine con el mayor detenimiento.[36]

A la mañana siguiente, el conde Szembeck anotó en su diario:

> *Entrevista con monseñor Cortesi:* a causa de la extrema gravedad de la situación, que amenaza con provocar inmediatamente la guerra, la Santa Sede le ha recomendado manifestar que había recibido, de fuentes de toda confianza, informaciones según las cuales si Polonia daba a entender que estaba dispuesta a entablar conversaciones directas con el Reich y no se oponía a la devolución de Dantzig a Alemania, la guerra podría ser evitada. La Santa Sede considera que unas eventuales conversaciones germano-polacas podrían tratar de: 1) el retorno de Dantzig al Reich, junto con la seguridad de que serían acordadas facilidades comerciales a Polonia en la ciudad libre; 2) las cuestiones referentes al «pasillo»; 3) los asuntos que conciernen a las minorías alemanas en Polonia.
>
> En lo que se refiere al segundo punto, he preguntado al nuncio si se trataba de reivindicaciones territoriales del Reich o bien únicamente de facilitar las comunicaciones entre la Prusia oriental y el resto de Alemania. Monseñor Cortesi me ha respondido que no lo sabía con certeza, y que este punto podría ser precisado por el gobierno polaco. El nuncio ha subrayado seguidamente que la Santa Sede se hallaba informada con exactitud del punto de vista que el gobierno polaco mantenía acerca de la situación. No obstante, dado el peligro de guerra, él estimaba que sería contrario a sus obligaciones el zafarse del deber de comunicar estas informaciones. Al obrar de este modo, la Santa Sede

desea recalcar que le mueve únicamente el afecto especial que profesa a Polonia y el gran temor que le inspira el peligro de guerra.

La Santa Sede sabe también que si, después de haber precisado su actitud, el gobierno polaco se mostrase dispuesto a entablar conversaciones con Berlín y el Reich las rehusara, todo el mundo se apartaría de Alemania y ésta perdería incluso el apoyo de los que hasta el momento la han sostenido.

Entrevista con Beck: le he informado de mi conversación de hoy con el nuncio; observo en todo ello la presencia de la mano de Mussolini. El ministro se ha mostrado enteramente opuesto a este género de mediación. **[37]**

Parece también como si el Papa hubiera pensado en intervenir directamente sin consultar a los polacos. El 29 de agosto el Führer declaró estar dispuesto a negociar si los polacos enviaban un plenipotenciario en un plazo de veinticuatro horas. Era un ultimátum que los polacos no podían aceptar y cuya admisión no podían recomendar los ingleses, a pesar de que ellos transmitieron el texto a Varsovia. El 30 de agosto Weizsäcker anotó en un memorándum dirigido a Ribbentrop:

El embajador de Italia me ha comunicado este mediodía que se había enterado a través del embajador de Inglaterra que en caso de no presentarse en Berlín ningún plenipotenciario polaco, tal vez se podría contar con una nueva iniciativa del Papa. Ésta podría contener sugerencias positivas basadas en la propuesta hecha por el Führer la pasada primavera. Attolico me ha pasado esta noticia únicamente a título de información…[38]

Finalmente, no tuvo lugar ninguna iniciativa pontificia en este sentido. El día primero de septiembre los alemanes atacaban Polonia.

Los primeros meses del pontificado de Pío XII coincidieron con los últimos meses de paz en Europa. Desde un principio, el soberano pontífice se encontró ante un dilema dramático: ansioso por salvaguardar los intereses de la Iglesia en Alemania y deseoso de contribuir al mantenimiento de la paz, no vio otro camino que una política de extrema conciliación con el Reich. En consecuencia,

hubo de adoptar con respecto a la Alemania nazi una actitud muy parecida a aquella otra a la que se ha asociado durante tantos años el nombre de Chamberlain. Pero en marzo de 1939 el primer ministro británico había mudado de parecer, en tanto que Pío XII, esperando que un diálogo con Hitler seguía siendo posible, se lanzaba por un camino de imprevisibles salidas.

2
LAS VICTORIAS DEL REICH

Septiembre - 1939 Junio 1940

I. EL ANIQUILAMIENTO DE POLONIA

> Sabemos de buena tinta —telegrafía Woermann a Bergen el 6 de septiembre de 1939— que Francia e Inglaterra han insistido para que el Papa acuse a Alemania de agresión. El Papa ha rechazado tales peticiones fundamentándose en la actitud tradicional del Vaticano, que es la de evitar el inmiscuirse directamente en los asuntos internacionales. Sin embargo, la razón principal de la negativa es que el Papa no quiere poner en peligro la situación de los católicos en Alemania, las posibilidades de su acción en favor de la paz y sus relaciones con Italia. **[1]**

La información recibida por Woermann era exacta: Pío XII enmudeció ante el ataque alemán contra Polonia, a pesar de las intervenciones de los embajadores de Francia y Gran Bretaña en el Vaticano. Cuando, a partir del 1 de septiembre, el embajador de Francia, Charles-Roux, trató de obtener una adopción de postura por parte de la Santa Sede, el cardenal Maglione se escabulló declarando: «Los hechos hablan por sí mismos; ante todo dejémosles hablar».**[2]** Las razones para el silencio de Pío XII, tal como las analiza Woermann, son probablemente exactas, pero la respuesta de Bergen viene a añadir un elemento inquietante. El 7 de septiembre el embajador del Reich responde a Woermann:

> La negativa del Papa a tomar partido contra Alemania coincide por completo con las promesas que me ha transmitido sobre este punto, por mediación de un hombre de confianza, en el transcurso de estas últimas semanas.**[3]**

En otras palabras, Bergen dice que, durante las cruciales semanas de agosto, el Papa le había dado a entender, a través de un intermediario, que si Alemania atacaba a Polonia el Vaticano no se pronunciaría en contra del Reich.

> En esta hora tan grave, cuando nuestro pueblo alemán debe someterse a la prueba del fuego en un combate destinado a salvaguardar el derecho a la existencia que Dios le ha acordado… me dirijo a vosotros, soldados, que en el frente ostentáis la grande y honrosa responsabilidad de guardar y defender con la espada la vida de la nación alemana… Todos vosotros sabéis lo que se juega nuestro pueblo en estas jornadas difíciles; y sea lo que fuere lo que se os pida, cada uno de vosotros tiene ante sus ojos el fulgurante ejemplo de un auténtico guerrero, nuestro Führer y comandante supremo, el primer y más valeroso soldado del gran Reich alemán, que en estos mismos momentos forma junto a vosotros en la batalla.

Con estas palabras exhortaba a los soldados del Reich, el día del ataque contra Polonia, monseñor Rarkowski, capellán jefe de la Wehrmacht.[4] En su gran mayoría y en los diversos grados de jerarquía, el clero alemán compartía los «ardientes» sentimientos del obispo de los ejércitos. A partir de entonces toda toma de posición en público creaba un nuevo problema para la Santa Sede: alentados por sus propios obispos, fieles en su mayoría al nacionalsocialismo, los católicos alemanes se apartarían probablemente de Roma si Pío XII condenase abiertamente la agresión hitleriana. El temor a un cisma eventual del catolicismo alemán no podía tener otro resultado que nuevas concesiones por parte del soberano pontífice, a lo que se sumaba el deseo de evitar las represalias del régimen contra los católicos fieles y, por último, la esperanza de conseguir un restablecimiento de la paz.

El deseo de contribuir al retorno de la paz movió al Papa, al día siguiente de la liquidación de Polonia, a apoyar las ofertas de Hitler y de Mussolini. Es evidente que una paz que excluyese la vuelta al *statu quo ante* sólo podía hacer el juego a los alemanes. París y Londres rehusaron sin titubear y fue entonces cuando la actitud de la Santa Sede, influenciada sin duda alguna por las noticias que

llegaban de Polonia referentes a la suerte que reservaban los alemanes a las poblaciones civiles y al clero del país, se endureció momentáneamente.

El 20 de octubre de 1939, en su encíclica *Summi Pontificatus*, Pío XII expresó su compasión por el país polaco, aunque evitando condenar explícitamente la acción del Reich. El soberano pontífice afirmó concretamente:

> En muchos aspectos, «Nuestra primera encíclica llega a vosotros, Venerables Hermanos, *a la hora de las tinieblas*»(Lucas 22,53). El espíritu de violencia y discordia extiende sobre la humanidad torrentes de sangre e indecibles sufrimientos. ¿Es necesario aseguraros que Nuestro corazón paternal se halla presente ante todos sus hijos, y de modo muy particular ante los afligidos, los oprimidos, los perseguidos?
>
> Tal vez los pueblos trágicamente arrastrados por el torbellino de la guerra sólo se hallen ante *el comienzo de los dolores* (Mat. 28,8), pero ya en el seno de miles de familias reinan la desolación, la miseria y la muerte. La sangre de innumerables seres humanos, incluso no combatientes, ha sido derramada y clama al cielo, en especial la de una nación que nos es muy querida, Polonia, que tiene pleno derecho a la simpatía humana y fraternal del mundo entero por su fidelidad a la Iglesia y por el ardor que ha puesto en la defensa de la civilización cristiana, títulos imborrables grabados en los fastos de la historia. Y he aquí que Polonia espera, confiando en la poderosa intercesión de María, *Auxilium Christianorum*,la hora de la resurrección por el retorno a los principios de la justicia y la paz verdaderas.[5]

Antes de evaluar el significado de esta encíclica, así como el de la intervención del nuncio Orsenigo en favor de la población polaca que citaremos más adelante, examinemos las reacciones de Berlín ante el mensaje papal. Los documentos de la Wilhelmstrasse comprenden un resumen del mismo, sin más detalles; en cambio, un documento de los archivos de la Cancillería del Reich ofrece un comentario interesante; se trata de una carta hablando de la encíclica y dirigida el 10 de noviembre de 1939 por el jefe de la policía y de los servicios de seguridad (*Chefder Sicherheitspolizei und des SA*) Heydrich a Lammers, jefe de la Cancillería del Reich. (En realidad, quien firma la carta es Müller, jefe de la *Gestapo*).

La mayor parte de la carta está dedicada a un resumen exacto de los principales puntos de la encíclica, así como a la cita de los párrafos más importantes. He aquí el comentario:

> La encíclica —escribe Müller— va dirigida únicamente contra Alemania, tanto al nivel de los conceptos generales como en lo que se refiere al conflicto germano-polaco. El peligro que representa en el plano de la política interior y exterior es evidente.
>
> Basándonos en diversos indicios, se preveía que la encíclica sería leída en las iglesias del Reich el 5-11-1939. No obstante, hasta el momento sólo se dispone de algunas informaciones según las cuales unos extractos de la encíclica han sido leídos en el distrito de Aachen, así como en los de Linz y Wittenberg. La lectura de dichos extractos no ha causado impresión aparente en sus auditores; por el contrario, según informa la policía de Aachen, los fieles han seguido la lectura con indiferencia.
>
> El hecho de que hasta el 5-11-1939 no hayan tenido lugar otras lecturas de la encíclica puede explicarse por el retraso de las instrucciones cursadas a las distintas diócesis y parroquias; debe pues esperarse la difusión del texto durante los domingos venideros. De acuerdo con las instrucciones en vigor, he dado la orden de no oponerse a la lectura de la encíclica en las iglesias, pero sí prohibir cualquier otro medio de difusión, en particular el reparto de octavillas. El Ministerio de Propaganda ha prohibido a la prensa, y en particular a la prensa eclesiástica, toda discusión de la encíclica.[6]

En su primera encíclica, el soberano pontífice eleva la voz para condenar implícitamente ciertos actos del Reich y expresa, explícitamente, su compasión ante los sufrimientos de un pueblo que designa por su nombre: Polonia.

El jefe de la Seguridad alemana considera la encíclica como dirigida únicamente contra Alemania y un peligro evidente, tanto en el plano interior como en el exterior. ¿Cuáles son las medidas a prever? ¿Represalias contra los sacerdotes que lean las encíclica? ¿Represalias contra los católicos alemanes o polacos? Nada de esto. Todo lo más, se prohibirá la difusión de la encíclica en forma de octavillas y los comentarios de la prensa.

Esta prudencia es digna de mención, aunque no pueda servir como criterio de comparación para lo que hubiera podido ocurrir ulteriormente. Parece, no obstante —y lo que sigue lo confirmará— que los dirigentes nazis deseaban evitar una ruptura abierta e irremediable con la Santa Sede, con todas las consecuencias que ello podría acarrear mientras durase la guerra.

Ningún documento alemán indica, como es lógico, que la encíclica *Summi Pontificatus* o la intervención de monseñor Orsenigo que describimos a continuación hayan ejercido un efecto favorable sobre la suerte física de los polacos expulsados de sus hogares, pero ¿es excesivo sugerir que todos los católicos polacos debieron hallar un profundo estímulo moral al enterarse de que los sufrimientos de su pueblo eran conocidos y habían impulsado al jefe supremo de la Iglesia a hablar de ellos explícitamente? Pero pasemos a la intervención del nuncio en Berlín.

El 29 de noviembre monseñor Orsenigo se entrevistó con Woermann y éste anotó las partes esenciales de la conversación:

> El nuncio me ha planteado hoy las siguientes cuestiones, destacando desde un principio que hablaba a título privado —Woermann escribe el 29 de noviembre—. Procedentes de diversas fuentes… le habían llegado informes acerca del trato infligido a los polacos, en particular en el distrito de Posen, pero también en otras regiones … Sabía que como nuncio no tenía ningún derecho para plantear aquí este problema, pero como ser humano se sentía obligado a hacerlo… Recientemente, han ocurrido cosas que Alemania, en su propio interés, no debería permitir. No quería examinar aquí si las ejecuciones de grandes propietarios, etcétera, estaban justificadas; sólo hablaba de las gentes sencillas. Mujeres, niños y ancianos eran arrancados por la noche de sus lechos y expulsados sin que se les facilitaran nuevas viviendas. El nuncio me preguntó si yo podía indicarle a quién dirigirse para este asunto.
>
> Contesté al nuncio que no podía recomendarle se dirigiera a personalidades alemanas con altos cargos, pues éstas tal vez no le escucharían con tanta calma como yo y le recordarían inmediatamente que, como nuncio, no tenía ningún derecho a hablar de tales cosas. Además, yo creía que había sido víctima, sin duda, de falsas noticias. El nuncio desmintió esta afirmación recalcando hasta qué punto se había mostrado prudente en sus apreciaciones. Me pidió le facilitara al menos

> una entrevista con el secretario de Estado para examinar si podía hacerse algo.[7]

Por lo tanto, el Vaticano conocía los sufrimientos que los alemanes ocasionaron al pueblo y a la Iglesia de Polonia. Por este motivo, las palabras que el soberano pontífice dirigió, al parecer, a los diplomáticos del Reich con ocasión de la audiencia de Año Nuevo, son difíciles de interpretar. Debido a su ausencia, Bergen fue reemplazado por Menshausen, encargado de negocios:

> Con ocasión de las recepciones habituales de Año Nuevo —escribe Menshausen—, fui recibido el 31 de diciembre en audiencia privada por el Papa. Me agradeció la felicitación que yo le había dirigido y me rogó hiciera llegar sus votos de felicidad al Führer, al gobierno del Reich y al «querido pueblo alemán». Aprovechó la ocasión para recordar con términos calurosos los años de su estancia en Alemania, de la que se separó con sentimiento por su parte. Su profunda inclinación y su amor por Alemania permanecen invariables y ama a este país aún más —en la medida de lo posible— en los difíciles tiempos actuales.[8]

El 1 de enero Menshausen informó acerca del resto de su audiencia con Pío XII:

> En el transcurso de la entrevista que el Papa prolongó más del tiempo fijado por el protocolo, declaró espontáneamente, después de haber expresado su invariable simpatía por Alemania, que era falsa la opinión tan extendida de que él era opuesto a los Estados totalitarios. El ejemplo de Italia indicaba lo contrario y probaba que la comprensión y las buenas relaciones eran perfectamente posibles. Por desgracia, seguía esperando en vano que Alemania respondiera a su deseo de mutua comprensión tan a menudo expresado. Observé que los mensajes del Papa eran interpretados por las potencias democráticas enemigas como dirigidos contra nosotros con fines propagandísticos. El Papa respondió que, sin duda alguna, sus mensajes eran interpretados erróneamente por los alemanes. Seguidamente yo llamé su atención sobre la actitud más objetiva de nuestra prensa. El Papa explicó entonces que sus mensajes no tenían más que un carácter general y que, además, él se esforzaba muy particularmente en redactarlos de tal forma que no pudieran ser interpretados por Alemania como dirigidos contra ella…[9]

Es posible que el Papa temiera haberse comprometido demasiado con su encíclica *Summi Pontificatus* y que deseara, aprovechando la ocasión de la audiencia de Año Nuevo, acentuar los rasgos de cordialidad ante los diplomáticos alemanes con el fin de restablecer el diálogo que estaba decidido a mantener con los dirigentes nacionalsocialistas. Se trata tan sólo de una hipótesis, evidentemente difícil de verificar.

Por otra parte, a finales de 1939 y comienzos de 1940, en la época en que la Santa Sede tenía que ver con malos ojos las estrechas relaciones entre Berlín y Moscú, parece como si Pío XII hubiese adoptado con respecto a Alemania una actitud compleja, cuyo resultado fueran varias políticas paralelas. Hasta el punto de que durante dichos meses parece ser que el Papa mantuvo contacto con los miembros de la oposición alemana contra Hitler.[10]

II. LA ENTREVISTA PÍO XII-RIBBENTROP

El 11 de marzo Ribbentrop, ministro de Asuntos Exteriores del Reich, llegado a Roma la víspera, fue recibido por el Papa. He aquí el relato de la entrevista, redactado probablemente por el propio Ribbentrop:

> Después de transmitir el ministro de Asuntos Exteriores los saludos del Führer, el Papa inició la conversación recordando sus 17 [*sic*] años de actividad en Alemania. Estos años pasados en la órbita de la cultura alemana representaban, tal vez, el período más agradable de su vida y el gobierno del Reich podía tener la seguridad de que experimentaba un profundo afecto por Alemania, afecto que conservaría siempre.
>
> El ministro de Asuntos Exteriores destacó entonces, con entero asentimiento por parte del Papa, que deseaba hablar con franqueza y sin circunloquios diplomáticos y, abordando el tema de las relaciones fundamentales entre el Estado nacionalsocialista y la Iglesia católica, definió la postura alemana en los siguientes términos:
>
> El Führer opinaba que era perfectamente posible un arreglo de base entre el nacionalsocialismo y la Iglesia católica. En cambio, carecía de sentido tratar de solucionar las relaciones entre uno y otra abordando problemas dispares por separado o estableciendo acuerdos provisionales.

Ellos (el Estado nacionalsocialista y la Iglesia) deberían llegar más bien, en un momento dado, a un acuerdo de carácter general y de principio en sus relaciones, constituyendo una base auténtica y perdurable de armónica cooperación entre ambos. Sin embargo, todavía no había llegado el momento de este arreglo. Alemania estaba librando una lucha en la que se hallaba en juego su propia existencia; en cualquier circunstancia conduciría esta lucha a un final victorioso, pero naturalmente ello requería todos sus esfuerzos y no permitía que el Führer se distrajera con otros problemas. Además, era preciso tener siempre en cuenta que un arreglo entre el nacionalsocialismo y la Iglesia católica dependía de una condición preliminar y principal, la de que el clero católico de Alemania abandonara toda clase de actividad política y se limitara tan sólo al cuidado de las almas, única actividad que entraba en el dominio de la competencia clerical. El reconocimiento de la necesidad de esta separación radical no parecía contar todavía con el consenso unánime del clero católico alemán.

Del mismo modo que en el dominio de la política internacional Inglaterra se había arrogado el papel de guardián del continente y el derecho a intervenir en cualquier problema de terceros países, la Iglesia católica se había acostumbrado también, con el tiempo, a intervenir en el dominio político. La Iglesia católica de Alemania había adquirido posiciones y derechos de todo género, que ella consideraba como adquiridos en justicia, pero que no eran compatibles con la necesidad absoluta de que se limitase a las funciones espirituales.

El clero católico debe convencerse de la idea de que con el nacionalsocialismo ha aparecido en el mundo una forma enteramente nueva de vida política y social. Sólo entonces podrán llevarse a cabo, con probabilidades de éxito, un arreglo fundamental y una cooperación definitiva. No hay que repetir los errores fruto de concordatos prematuramente establecidos (concordatos con los Länder y concordato con el Reich), que deben ser considerados ya como caducados aunque sólo sea a consecuencia de las transformaciones constitucionales ocurridas en Alemania después de su firma. En opinión del Führer, lo que de momento importaba era mantener la tregua existente y, a ser posible, ampliarla. A ese efecto, Alemania había hecho considerables concesiones preliminares. El Führer había anulado por lo menos siete mil procesos judiciales incoados contra sacerdotes católicos. Además, no debía olvidarse que el Estado nacionalsocialista gastaba mil millones de RM *(Reichsmark)* anuales en la Iglesia católica; ningún otro Estado podía jactarse de tamaña realización.

Veamos ahora, según Ribbentrop, la reacción del soberano pontífice:

> El Papa mostró un completo acuerdo con las palabras del ministro de Asuntos Exteriores y admitió sin reservas que los hechos concretos eran tal como él había indicado. Es verdad que el Papa trató de dirigir la conversación hacia ciertos problemas específicos y determinadas quejas de la Curia, pero no insistió cuando el ministro de Asuntos Exteriores subrayó una vez más la necesidad de un arreglo de principio y general de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, arreglo que sólo podía tener lugar en una fecha ulterior.
>
> A modo de conclusión, el ministro de Asuntos Exteriores destacó el hecho histórico de que jamás se había operado en la vida de todo el pueblo una revolución tan radical como la del nacionalsocialismo, con tan pocos perjuicios ocasionados a la Iglesia. Muy al contrario, a fin de cuentas, gracias al nacionalsocialismo, no se había adueñado de Europa el caos bolchevique y destruido por completo la vida de la Iglesia.
>
> Sin embargo, el ministro de Asuntos Exteriores indicó que las relaciones entre Alemania y la Unión Soviética habían sufrido un cambio radical desde hacía algún tiempo. Se había establecido ya una base sólida y duradera para unas relaciones positivas entre ambos pueblos. Ello había sido posible para el nacionalsocialismo porque el pueblo alemán estaba ya inmunizado contra toda clase de infecciones comunistas, y porque los soviets, por su parte, no trataban de atraer a los alemanes hacia sus ideas de revolución mundial.

A continuación, Ribbentrop menciona con brevedad su conversación con Maglione, el cardenal secretario de Estado:

> En el transcurso de la conversación entre el ministro de Asuntos Exteriores y el cardenal secretario de Estado Maglione, este último trató de discutir varias cuestiones concretas, entre ellas el problema de las escuelas confesionales, la autorización para que un representante de la nunciatura de Berlín pudiera trasladarse a Polonia y los subsidios acordados a Polonia por la Curia. El ministro no entró en discusión acerca del problema de las escuelas confesionales. Dijo que la admisión de representantes diplomáticos en Varsovia no era posible todavía y, cuando el cardenal secretario de Estado aprovechó la oportunidad para hablar de la fiscalización en el uso de los subsidios papales, (el ministro de Asuntos Exteriores) rechazó con vigor la sospecha que implícitamente

se lanzaba contra las autoridades alemanas, visto lo cual el cardenal secretario de Estado abandonó también ese tema. En lo referente a otra petición presentada por el cardenal secretario de Estado, sobre la posibilidad de prohibir la difusión de ciertas obras antieclesiásticas publicadas por la editorial Ludendorff, el ministro de Asuntos Exteriores prometió examinar la cuestión sin dar, empero, seguridades de carácter positivo.[11]

Para poder analizar objetivamente los puntos esenciales de la entrevista Pío XII-Ribbentrop, nos agradaría conocer otra versión —la que contienen los archivos del Vaticano—. No obstante, monseñor Giovanetti —en su obra tan citada en nuestro estudio— maneja abundantemente estos archivos y menciona extensamente las entrevistas entre Ribbentrop y el cardenal Maglione sobre problemas concretos de la Iglesia en Alemania y en Polonia, pero sólo cita la entrevista entre el soberano pontífice y el ministro de Asuntos Exteriores del Reich con breves aunque significativas palabras:

«Algunas horas antes [anteriormente a la entrevista con el cardenal Maglione. S. F.], (Ribbentrop) había podido comprobar con viva satisfacción, durante la audiencia que se le había concedido, que el Papa seguía teniendo el corazón puesto en Alemania y que su buena voluntad para conseguir un entendimiento era inmensa».[12] Esta curiosa reticencia de monseñor Giovanetti puede explicarse por el hecho de que tal vez el protocolo de la entrevista, conservado en el Vaticano, confirme los puntos esenciales citados por Ribbentrop, a saber:

—la entrevista se desarrolló en un ambiente de cordialidad y el Papa inició la conversación manifestando una vez más su viva simpatía por Alemania;

—el Papa no insistió en las quejas concretas de la Santa Sede contra el Reich y probablemente aceptó la idea esencial de Ribbentrop, según la cual el reajuste de las relaciones entre la Santa Sede y el Reich sólo podría efectuarse sobre una base global, al terminar la guerra.

Por último, surge aún otra hipótesis: tal vez fueron discutidos ciertos proyectos políticos que Ribbentrop no podía anotar en su memorándum, teniendo en cuenta las relaciones que existían entonces entre el Reich y la Unión Soviética, pero que nada impedía al soberano pontífice confiarlos a los archivos del Vaticano. Estos proyectos, citados por monseñor Giovanetti para desmentirlos, los ha revelado el corresponsal del *New York Times* en Roma, Camille Cianfarra, quien llegó a conocerlos, al parecer, por medio de uno de sus informadores en el Vaticano. Según Cianfarra, Ribbentrop y el Papa hablaron de la posibilidad de un retorno a la paz fundado en el reconocimiento de una hegemonía de hecho de Alemania en la Europa central y oriental; y también de la eventualidad de una «liberación de Rusia».[13]

A pesar de la imposibilidad de su comprobación, esta hipótesis no puede quedar del todo excluida, especialmente si se recuerdan las palabras de la alocución pronunciada por Pío XII el 18 de octubre de 1939, cuando recibió al nuevo ministro de Lituania ante la Santa Sede:

> Consciente de los deberes propios de Nuestro cargo pastoral —declaró el Papa— no permitiremos, a menos que alguien lo solicite, que Nuestra actividad siempre orientada hacia la salvación de las almas se enfoque hacia controversias puramente temporales ni hacia competiciones territoriales entre los Estados. Pero el propio deber de esta carga no Nos permite cerrar los ojos cuando precisamente para la salvación de las almas aparecen nuevos e inconmensurables peligros; cuando sobre la faz de Europa, cristiana en todos sus rasgos fundamentales, se extiende cada día más amenazadora y cercana la sombra siniestra del pensamiento y la obra de los enemigos de Dios. En tales circunstancias, más que en ningún otro período de su historia, la preservación de la cultura e incluso la defensa del patrimonio cristiano adquieren una importancia capital para el futuro destino de Europa y la prosperidad de cada uno de sus pueblos grandes o pequeños.

Al citar estas frases, monseñor Giovanetti escribe que el Papa aludía «a la terrible amenaza del comunismo ateo y juzgaba un deber pastoral señalar el peligro».[14]

III. LA INVASIÓN DE BÉLGICA, HOLANDA Y LUXEMBURGO

El 10 de mayo de 1940 Alemania invadía Bélgica, Holanda y Luxemburgo. El Papa abandonó su reserva y el mismo día dirigió un mensaje a los soberanos de los tres países atacados.

El soberano pontífice escribió al rey Leopoldo:

> En los momentos en que, por segunda vez y contra su voluntad y su derecho, el pueblo belga ve su territorio expuesto a las crueldades de la guerra, profundamente emocionado Nos enviamos a Vuestra Majestad y a toda esta nación tan querida la expresión de nuestro paternal afecto; y mientras elevamos Nuestras oraciones a Dios Todopoderoso para que esta terrible prueba concluya con el restablecimiento de la plena libertad e independencia de Bélgica, acordamos de todo corazón a Vuestra Majestad y a su pueblo Nuestra bendición apostólica.

A la reina Guillermina:

> Al enterarnos con viva emoción de que los esfuerzos de Vuestra Majestad en favor de la paz no han podido evitar que su noble pueblo se convierta, contrariamente a su voluntad y a su derecho, en escenario de una guerra, Nos suplicamos a Dios, árbitro supremo de los destinos de las naciones, que apresure con Su omnipotente ayuda al restablecimiento de la justicia y de la libertad.**[15]**

El 11 de mayo Bergen telegrafiaba a Berlín:

> De fuente bien autorizada con respecto a las intenciones del Papa, se me informa que los telegramas dirigidos por el Papa al rey de los belgas, a la reina Guillermina y a la gran duquesa de Luxemburgo, y cuyos textos han sido publicados esta tarde en el *Osservatore Romano*,no deben ser considerados como una injerencia política y menos aún como una condena unilateral de la actitud alemana. Los mensajes no contienen ni una palabra de protesta. El Papa tenía tan sólo la intención de expresar a los pueblos y jefes de Estado citados su tristeza por el hecho de que se vieran envueltos en la guerra contra su voluntad y les afectaran directamente los sufrimientos de la contienda.
>
> El mensaje dirigido al rey de los belgas no representa una respuesta al llamamiento que éste ha dirigido a Pío XII para condenar a Alemania,

> sino que se ha cruzado con dicho llamamiento.[16]

A la mañana siguiente el embajador Alfieri recibió el encargo de protestar ante el Papa en nombre del Duce. Mackensen, embajador del Reich en el Quirinal, cita lo que el diplomático italiano le contó acerca de la entrevista con Pío XII:

> Alfieri me ha contado hoy muy confidencialmente, en el momento de despedirse, que, durante su audiencia con el Papa antes de marcharse, llamó la atención a éste, en nombre del Duce y en términos muy serios, destacando que los telegramas dirigidos a Bélgica y a Holanda habían causado un penoso efecto al Duce.
>
> El Papa replicó que en dichos telegramas, que eran el resultado de largas horas de reflexión, sólo había hablado como el pastor supremo situado por encima de los acontecimientos mundiales y que, con el mayor cuidado, había evitado todo término político, como por ejemplo «invasión», que hubiese podido implicar una toma de posición. Alfieri le contestó que esta distinción entre la misión pastoral y la política era imposible, pues el mismo hecho de enviar los telegramas era un acto político. Además, el Papa no debía olvidar que 40 millones de católicos vivían en el Reich. El tono de la entrevista, según Alfieri, fue *muy duro*. [17]

Algunos días más tarde Alfieri llegó a Berlín en calidad de nuevo embajador de Italia. En su primera visita a Woermann, explicó los detalles de su entrevista con el Papa; su relato coincide en conjunto con los detalles que ya había facilitado a Mackensen, pero añade un punto importante:

> El Papa se asombró de que la actitud del *Osservatore Romano* pudiera dar lugar a quejas y me prometió ordenar, una vez más, que el periódico no adoptase una postura claramente favorable a Inglaterra y Francia.

El embajador añade después:

> En su propio interés Alemania e Italia deben permanecer en buenas relaciones con el Vaticano, por lo menos mientras dure la guerra. Veremos lo que pasa cuando ésta termine.[18]

Por último, Alfieri relata en sus memorias la entrevista con el Papa, añadiendo un detalle que después ha sido citado repetidas veces:

> El deber de mi cargo me obligaba a expresar, siguiendo las instrucciones que había recibido de Ciano, el pesar del jefe del gobierno por el relieve que los diarios católicos, y sobre todo el *Osservatore Romano*,habían dado a los tres telegramas enviados por el Santo Padre al rey de los belgas, a la reina de Holanda y a la gran duquesa de Luxemburgo, después de la injusta invasión de sus territorios por las tropas nazis.
>
> El Santo Padre me contestó que no comprendía la irritación del jefe del gobierno…
>
> Ocurra lo que ocurra —terminó diciendo con una serena firmeza—, que vengan a detenerme para meterme en un campo de concentración. Cada uno deberá responder ante Dios de sus propios actos.[19]

La primera reflexión que se impone al leer estos textos es la misma que podía suscitar la encíclica *Summi Pontificatus*.El Papa, que supo expresar su dolor ante los sufrimientos de Polonia, expresa esta vez su emoción a los belgas, holandeses y luxemburgueses. ¿Por qué callará cuando se trate de judíos? Tal vez podamos ya sugerir, llegados a este punto, el primer elemento de una respuesta que, sin duda, contendrá otros muchos y más importantes. Este elemento de la respuesta nos viene dado por un artículo del *Osservatore Romano*, publicado unas semanas antes del ataque alemán en Flandes y al día siguiente de la agresión del Reich contra dos pequeños Estados neutrales: Dinamarca y Noruega. El Papa se abstuvo de toda reacción. Y no obstante, ¿acaso la situación no era similar a la que provocó el ataque alemán contra Bélgica, Holanda y Luxemburgo? El *Osservatore Romano* permite captar la diferencia cuando escribe en un artículo que trata de justificar el silencio del soberano pontífice ante los acontecimientos de Escandinavia:

> Sólo hay 2.000 católicos en Noruega; por lo tanto, aunque juzgue severamente el aspecto moral, desde el punto de vista práctico la Santa Sede debe pensar en los 30 millones de católicos alemanes.[20]

Pero en Bélgica la población era católica en su gran mayoría; había también numerosos católicos en Holanda y Luxemburgo; lo mismo ocurría en Polonia. Es verdad que la conclusión induce al titubeo, pero no se puede descartar del todo la pregunta: ¿el soberano pontífice sólo condenó abiertamente la violencia y la agresión cuando las víctimas son católicas? Esta hipótesis no es tendenciosa; implica simplemente, por parte del Papa, un concepto muy restrictivo de su cargo.

La prudencia del soberano pontífice se acentuó, por otra parte, al compás de las victorias alemanas. El 18 de mayo Bergen daba nuevas indicaciones sobre la tesis expuesta a partir de entonces por el Vaticano con respecto a los tres telegramas:

> Se ha dado a entender a la secretaría de Estado que el Papa, previendo un llamamiento del rey Leopoldo, quiso adelantarse a él y evitar con ello una respuesta. Se destaca que en dichos telegramas no había la menor intención hostil contra Alemania.[21]

El 21 de mayo, Radio Vaticano subrayaba en una emisión en inglés[22] que en sus mensajes o en sus palabras el Papa se había abstenido siempre, con toda intención, de mostrar una simpatía particular o de adoptar postura alguna con respecto a uno de los beligerantes.[23] El 16 de mayo, el *Osservatore Romano* puso punto final a sus comentarios políticos.[24]

IV. LA DERROTA DE FRANCIA

A finales del mes de mayo de 1940 la batalla de Francia no estaba aún irremediablemente perdida para los Aliados. El 27 Bergen informó a la Wilhelmstrasse que acababa de enterarse «de fuente muy confidencial» de:

> que en la secretaría de Estado se tiene la opinión de que lo mejor sería que Francia firmase una paz por separado y se dejase a Inglaterra la

tarea de combatir sola.[25]

El 29 Bergen remitió un despacho redactado en términos aún más lapidarios:

> Según informes estrictamente confidenciales, en la secretaría de Estado del Papa se considera que Bélgica ha obrado acertadamente al capitular, y que Francia debería hacer lo mismo.[26]

El 8 de junio, el embajador del Reich confirma:

> Como anteriormente, en el Vaticano se cree que Francia debería seguir el ejemplo de Bélgica.[27]

El 10 de junio, pocas horas antes de la entrada de Italia en la contienda, el nuncio Orsenigo visitó a Woermann; éste describe la entrevista con las palabras siguientes:

> El nuncio, que había venido para hablarme de asuntos corrientes, expresó de modo muy cordial su alegría por las victorias alemanas. Parecía desear verdaderamente la entrada de Italia en la guerra, y declaró bromeando que esperaba que los alemanes entraran en París por Versalles.[28]

Con la lectura de estos textos quizá se comprenda mejor el ambiente que reinaba en el Vaticano a principios de junio de 1940; a este respecto, la carta que el cardenal Tisserant dirigió el 11 de junio al cardenal Suhard, adquiere un nuevo relieve:

> Eminentísimo Señor:
>
> Recibí ayer la carta que Su Eminencia me dirigió el día 4. Muchas gracias por la bondad que Su Eminencia ha tenido a bien manifestarme; si sobrevivimos a la prueba, con sumo gusto aprovecharé cuando pase por París la hospitalidad que me ofrece. Pero ¿qué habrá ocurrido para entonces? Yo había previsto desde el 28 de agosto lo que sucedió ayer y lo había comunicado al general Georges, cuando hablé con él a finales de diciembre. ¿Cómo podremos resistir a este nuevo peligro? Que Dios nos ayude y le ayude.

Evidentemente, el cardenal alude a la entrada de Italia en la guerra, el día antes, por la que monseñor Orsenigo había hecho votos. El cardenal Tisserant continúa:

> Además, los franceses no deben hacerse ilusiones; lo que desean sus enemigos es su destrucción. Estos últimos días los diarios italianos venían repletos de textos de S. E. Mussolini, diciendo: ¡somos prolíficos y queremos tierras! Y esto significa tierras sin habitantes. Por lo tanto, Alemania e Italia se dedicarán a la destrucción de los habitantes de las regiones no ocupadas, como han hecho en Polonia. En vez de morir en los campos de batalla, los franceses tendrán que perecer a fuego lento, los hombres separados de sus mujeres, y los niños tal vez queden con vida para servir de esclavos a los vencedores, pues tal es el derecho de la guerra para nuestros enemigos. Nuestros gobiernos no quieren comprender la verdadera naturaleza del conflicto y se empeñan en creer que se trata de una guerra como las de otros tiempos. Pero la ideología fascista y el hitlerismo han transformado las conciencias de los jóvenes, y los que tienen menos de treinta y cinco años están dispuestos a cometer todos los delitos con tal de que su jefe triunfe.

En este notable párrafo, el cardenal Tisserant define, si no la naturaleza del fascismo italiano, sí la esencia misma del nacionalsocialismo alemán. Quedaba, desde luego, por debajo de la realidad, pues la imaginación humana tiene sus límites: los niños a quienes se respetaba la vida… la muerte lenta… Mas he aquí las líneas más impresionantes, aquellas que se refieren directamente a la actitud del Papa:

> He pedido con insistencia a la Santa Sede, desde primeros de diciembre, una encíclica sobre el deber individual de obedecer al dictamen de la conciencia pues éste es el elemento vital del cristianismo, en tanto que el islamismo que ha servido de modelo a Hitler, gracias al hijo de la musulmana Hess, sustituye a la conciencia individual por el deber de obedecer ciegamente las órdenes del profeta o de sus sucesores.
>
> Me temo que la historia reproche algún día a la Santa Sede haber realizado una política de comodidad para sí misma y poca cosa más. Esto es muy triste, sobre todo cuando se ha vivido bajo el pontificado de Pío XI. Y todo el mundo confía en que, por haber sido declarada Roma ciudad abierta, ningún miembro de la Curia tendrá que sufrir; es una

> ignominia. Tanto más cuanto que la Secretaría de Estado y el nuncio han persuadido a gran número de religiosas y a los religiosos (se trata de religiosos franceses) para que no se marchen, con objeto de procurar rehenes a Italia. Sin embargo, Roma es un campo atrincherado, rodeado por un cinturón de fuertes que siempre han estado ocupados por las tropas, ¡y hay en ella dos grandes fábricas de armas, una de municiones y un taller de reparaciones artilleras! Pero éstos [los italianos S. F.], al igual que los alemanes, ocultarán a sus estados mayores debajo de la Cruz de Ginebra, que los franceses e ingleses deberían negarse a reconocer puesto que no protege a nuestros hospitales.**[29]**

V. EL CAMINO DE LAS CONCESIONES

Al cardenal Tisserant le cuesta admitir la lógica de las concesiones de Pío XII, pues entrevé lo que sería una Europa dominada por la Alemania nacionalsocialista. ¿Lo ignoraba el Papa? Sin duda no del todo, pues a partir del otoño de 1939 le llegan noticias inquietantes desde Polonia. En la primavera de 1940 la Santa Sede está aún mejor informada; el 15 de marzo de 1940 el secretario de Estado Weizsäcker anota la entrevista que acaba de celebrar con el nuncio Orsenigo:

> El nuncio habló de nuevo —escribe el secretario de Estado— de la suerte de los sacerdotes internados en Sachsenhausen. Adelanté al nuncio que no veía esperanzas de que fuese aceptada su instancia para visitar el campo. El nuncio admitió este hecho, pero presentó las peticiones siguientes:
>
> Existía en Sachsenhausen una sección para enfermos donde se hallaban igualmente sacerdotes católicos. Por consiguiente, pedía:
>
> 1) que un sacerdote nombrado por el gobierno fuese autorizado para administrar los últimos sacramentos a los detenidos eclesiásticos de dicha sección;
>
> 2) que los sacerdotes fallecidos no fuesen incinerados, pues la incineración era fundamentalmente contraria a las normas de la Iglesia;
>
> 3) que los sacerdotes fueran autorizados a obtener breviarios y que pudieran oficiar la misa entre ellos, en una celda que sería especialmente puesta a su disposición y sin la participación de sacerdotes extranjeros… **[30]**

A principios de junio, Pío XII conversó con Soro, exsecretario de la Embajada de Italia en Varsovia:

> Acabo de enterarme —escribe Bergen el 6 de junio— de que el secretario Soro, de la antigua Embajada de Italia en Varsovia, quien se había quedado allí hasta finales de abril para ocuparse de la liquidación de los asuntos de la Embajada, ha sido recibido en audiencia privada por el Papa. El Papa declaró en dicha ocasión que estaba bien enterado de que los innumerables rumores provocadores acerca de la situación en el Gobierno general eran exagerados en parte. Sin embargo, pidió a Soro que le dijera, si ello no representaba una indiscreción, si los persistentes rumores que hablaban de la esterilización de mujeres y muchachas polacas, de su traslado a casas públicas alemanas y del número creciente de violaciones perpetradas por las tropas alemanas, se veían confirmados por los hechos. Soro desmintió enérgicamente tales alegatos, destacando que su estancia ininterrumpida en Varsovia le permitía conocer las condiciones reinantes allí y que, a menudo, había efectuado investigaciones personales sobre casos particulares, descubriendo en todos los casos que los rumores carecían de fundamento.[31]

¿Las negativas del diplomático italiano engañaron al soberano pontífice? Las preguntas que hizo indican la probabilidad de que estuviera enterado.

Parece como si hasta comienzos del verano de 1940 la actitud de Pío XII hubiese estado dictada por las consideraciones que ya hemos señalado y, esencialmente, desde el comienzo de la guerra, por el deseo de evitar toda declaración que provocase una separación de los católicos alemanes de Roma.

A finales de junio de 1940 un nuevo elemento (que más tarde llegaría a ser determinante) parece haber influenciado la actitud del Papa: la amenaza soviética.

3
LOS PRINCIPIOS DEL NUEVO ORDEN EUROPEO

Junio 1940 - Junio 1941

I. LA MEDIACIÓN DE PÍO XII Y LA AMENAZA SOVIÉTICA

El 28 de junio de 1940 Bergen envió a Ribbentrop el mensaje personal y secretísimo siguiente:

> El cardenal secretario de Estado me ha llamado hoy y me ha entregado el siguiente mensaje del Papa, pidiéndome que fuese remitido lo antes posible al Führer y canciller del Reich:
>
> El Santo Padre, emocionado al pensar en los innumerables duelos y en las ruinas irreparables a que dará lugar la próxima reanudación de las hostilidades, y con la única intención de llevar a cabo un esfuerzo supremo para salvaguardar a la humanidad y a la civilización, seguro de que la prolongación de la guerra podría engendrar otros conflictos y otras crisis y de que, por otra parte, todos los pueblos desean una paz justa y honorable, tiene la intención de dirigirse a los gobiernos de Alemania, Inglaterra e Italia, por su propia iniciativa, para rogarles estudien las posibilidades de un acuerdo que permitiera poner fin al conflicto. No obstante, antes de hacer esta gestión, el Santo Padre desea que Vuestra Excelencia pregunte confidencialmente a su gobierno qué acogida merecería por su parte tal invitación.
>
> Una gestión parecida ha sido efectuada ante el embajador de Italia. Una nota análoga será remitida al gobierno británico por medio del delegado apostólico en Londres, puesto que el ministro de Inglaterra ante la Santa Sede carece de medios de comunicación con su gobierno.
>
> El cardenal secretario de Estado destacó una vez más, verbalmente, que la tentativa de mediación era iniciativa del propio Papa…
>
> Le agradecería solicitara las instrucciones referentes a la respuesta que debe darse a esta petición.[1]

Desde hacía varios días, Hitler, por su parte, multiplicaba las gestiones destinadas a que Inglaterra aceptase un final de las hostilidades. El 14 de junio concedió una entrevista al periodista americano Karl von Wiegand, en la que declaró especialmente que no tenía ningún deseo de destruir a Gran Bretaña, ni siquiera de amenazar a su Imperio. Al mismo tiempo, los alemanes se dirigieron a varios mediadores, tales como el príncipe de Hohenlohe, Burckhardt, ex Alto Comisario de la Sociedad de Naciones en Dantzig, algunos diplomáticos suizos, etcétera.

Sin lugar a dudas la gestión del Papa reconoce como motivo el deseo de restablecer la paz, pero no deja de ser cierto que si Inglaterra hubiera accedido a firmar una paz en junio de 1940, la hegemonía alemana sobre la Europa continental hubiera quedado asegurada. Es posible que Pío XII hubiese previsto este peligro pero que, no obstante, decidiera apoyar los esfuerzos alemanes a causa de un peligro que le parecía aún más grave: una expansión de la Unión Soviética en Europa.

En el mismo instante en que Francia capitulaba, la Unión Soviética se anexionaba los países bálticos y, unos días más tarde, obligaría a Rumania a cederle Besarabia y Bucovina del Norte. El Papa comprendió, sin duda, que si el Reich continuaba esforzándose en derrotar a Gran Bretaña en una lucha que amenazaba ser larga y difícil, los soviéticos podrían aprovecharse de ella para extender todavía más su dominación por la Europa oriental. Tal vez no deba excluirse el hecho de que Pío XII creyera que una paz entre Berlín y Londres permitiría eventualmente al Reich volverse contra la Unión Soviética y librar al país del comunismo ateo (señalemos que no disponemos de ningún documento de 1940 que nos indique tal intención, y que esta idea es sólo una mera hipótesis por nuestra parte).

El 3 de julio, el nuncio Orsenigo tanteó el terreno en la Wilhelmstrasse: ¿se sabía algo acerca de la actitud inglesa con respecto al procedimiento del Papa? Weizsäcker contestó que sólo sabía lo que indicaban los comentarios oficiales ingleses, y que éstos parecían intransigentes. En cuanto a la actitud de Alemania, el

secretario de Estado evitó una respuesta directa y explicó que el Reich continuaba sus preparativos para atacar Inglaterra.[2]

El 19 de julio Hitler propuso oficialmente la paz a Inglaterra, en un gran discurso pronunciado ante el Reichstag. La respuesta británica no se hizo esperar: «Continuaremos la lucha —proclamó lord Halifax el 21 de julio— hasta que la libertad quede asegurada».

El 26 de julio Weizsäcker comunicó al nuncio la respuesta del Reich al mensaje de Pío XII:

> Creemos poseer suficientes informaciones con respecto a la eventual respuesta de Londres a los sondeos de la Curia para poder considerar dicha respuesta como negativa.
>
> La respuesta alemana está contenida, de hecho, en el discurso del Führer del día 19. La declaración de lord Halifax, en su alocución radiada del 21, confirma nuestra opinión en lo que se refiere a la obstinación del gobierno británico. Es evidente que Inglaterra desea la guerra, y la tendrá con todos sus horrores.
>
> El nuncio declaró que consideraba inexplicable la obstinación británica. En cambio, alabó la claridad de las palabras del Führer.
>
> Ahora —añadió—, nada más puede hacerse; para casarse se necesitan dos personas.[3]

La guerra continuó.

II. UNA PERSONALIDAD INSONDABLE

Se recordará que durante la audiencia de Año Nuevo, a finales del mes de diciembre de 1939, Pío XII había manifestado muy especial cordialidad para con los diplomáticos alemanes, a pesar de los inquietantes informes que llegaban desde Polonia. Hemos sugerido que con ello el soberano pontífice deseaba atenuar el posible efecto de la encíclica *Summi Pontificatus* al objeto de mantener el diálogo con el Reich. Los documentos que vamos a presentar a continuación no se explican tan fácilmente.

En el transcurso del verano y otoño de 1940 afluyen al Vaticano detalles referentes a nuevas detenciones de sacerdotes polacos.

El 20 de septiembre de 1940, Weizsäcker describe una entrevista sobre este tema con el nuncio apostólico:

> El nuncio me ha presentado hoy el siguiente asunto: según informaciones que a él han llegado, han tenido lugar recientemente, y en distintas ocasiones, detenciones de sacerdotes en diversas localidades de la antigua Polonia (ha hecho mención de Gnesen, Posen, Kutno, etc.). Al parecer, han sido encarceladas más de 200 personas. Muchas parroquias han quedado abandonadas. No había podido comprobar tales informaciones, pero temía que fuesen exactas. El motivo de tales detenciones le era desconocido. Había esperado que se tratara de medidas provisionales pero, según parece, los sacerdotes detenidos ya han sido trasladados a Dachau y a Oranienburg. Si estas noticias resultasen exactas, cosa que me pidió comprobase, agradecería que se le comunicaran los motivos de tales medidas. Preferiría suponer que se trata de medidas adoptadas por organismos subalternos y que no existen unas instrucciones generales.[4]

El 26 de noviembre un informe de la policía de seguridad del Reich confirmaba los detalles expuestos a Weizsäcker por el nuncio:

> Tengo el honor de comunicarle —escribe un funcionario de la Gestapo al ministro Luther— que en las regiones incorporadas del Este han sido detenidos hace algún tiempo varios sacerdotes católicos. Estas medidas no representan una acción general, sino diversas acciones especiales cuya ejecución resultaba urgente por motivos de seguridad. Únicamente han sido detenidos aquellos sacerdotes cuyas actividades eran hostiles al Estado o que, por su actitud demostrativa en favor de Polonia, trataban de perturbar el trabajo de reconstrucción emprendido por Alemania.
>
> Por dichas razones, las medidas adoptadas eran absolutamente necesarias para el mantenimiento del orden y la seguridad pública.
>
> Me interesa destacar también que, en las regiones afectadas, continúa ocupando sus puestos un número suficiente de sacerdotes católicos, de modo que las necesidades espirituales de las poblaciones alemanas católicas, así como polacas católicas, quedan por completo atendidas.[5]

El 11 de diciembre monseñor Orsenigo se dirigió una vez más a Weizsäcker para tratar la cuestión de los sacerdotes detenidos:

El nuncio me preguntó —escribe el secretario de Estado— si se había llevado ya a cabo el traslado a Dachau de los sacerdotes que se hallaban en diversos campos de internamiento. No pude facilitarle información alguna con respecto a este punto.

El nuncio observó de paso que, según tenía entendido, en Dachau existía una sala lo bastante vasta como para poder servir de capilla a estos sacerdotes. El nuncio mencionó este dato con satisfacción.[6]

En tales condiciones, el 16 de enero de 1941 el soberano pontífice recibió al embajador del Reich, con ocasión de la audiencia de Año Nuevo:

En el transcurso de la audiencia de Año Nuevo que el Papa me ha concedido hoy —escribe Bergen—, le he transmitido de nuevo y personalmente las felicitaciones del Führer y del gobierno del Reich.

Pío XII me pidió comunicase su sincero agradecimiento, y envió cordialmente sus deseos de prosperidad al Führer, al gobierno del Reich y a todo el pueblo alemán. Mencionó en particular al ministro de Asuntos Exteriores, complaciéndose en recordar su visita del año anterior. Durante la entrevista, que tuvo en conjunto un carácter privado, observé que, en mi opinión, tan sólo al terminar la contienda podría llevarse a cabo una revisión general de las cuestiones pendientes. El Papa hizo un gesto de asentimiento y afirmó que el ministro de Asuntos Exteriores se había pronunciado en este sentido.

Al terminar la audiencia presenté al Papa a los miembros de la Embajada; les saludó con la máxima amabilidad y seguidamente nos dirigió una breve alocución en alemán, expresando sus calurosas felicitaciones y recordando con alegría su larga estancia en Alemania, que para él seguía constituyendo uno de sus más agradables recuerdos.[7]

El 24 de marzo Bergen escribió a la Wilhemstrasse:

Amigos italianos influyentes llaman mi atención cada vez con mayor energía acerca de informaciones que se propagan aquí, hechas públicas al parecer por la emisora de Londres, según las cuales personas recluidas en asilos u hospitales de ancianos son exterminadas por medio de somníferos, por restricciones en su alimentación e, incluso, al ser sometidas a pruebas de gases de combate. Los miembros de sus familias reciben una urna llena de cenizas, o bien una conmovedora carta de la institución diciendo que, por desgracia, todos los medios de la ciencia

médica no han conseguido salvar la vida del enfermo. El número de víctimas se eleva hasta el presente a varios millares.

A principios de diciembre de 1940 el Santo Oficio publicó una decisión fechada el día 6, según la cual no estaba permitido «matar, por orden de una autoridad superior… a personas que hubieran sido puestas bajo el amparo de la comunidad…».[8]

Esta decisión venía claramente determinada por lo que, al parecer, estaba ocurriendo en Alemania.

Me llamó la atención, cuando presenté una protesta por cierta emisión de Radio Vaticano, una observación procedente de este organismo según la cual habían llegado al Vaticano noticias mucho más graves que no habían sido mencionadas por la radio ni por la prensa del Vaticano, por consideración a Alemania.[9]

El 21 de marzo el embajador del Reich en Lisboa informó:

El diario *A Voz* ha anunciado hoy, a título de información procedente del Vaticano, que setecientos sacerdotes católicos habían sido ejecutados en los campos de concentración de Oranienburg, Dachau, Buchenwald y Oswiecim (Auschwitz), y que otros tres mil más se hallaban aún en campos de concentración…[10]

La información es exacta. El 4 de marzo, en el mismo instante en que afluyen al Vaticano las informaciones referentes a la ejecución de millares de enfermos mentales y centenares de sacerdotes polacos, el embajador del Reich en Roma envía el siguiente informe personal a Ribbentrop:

El consejero artístico del intendente general Tietjen, doctor Erich von Prittwitz-Gaffron, acaba de visitarme para informarme de lo que sigue:

Ayer, día 3 de marzo, un enviado del Papa se presentó al intendente general Tietjen y le hizo saber que el Papa se alegraría extraordinariamente si al terminar la visita de la Ópera nacional de Berlín a Roma, fuese posible organizar un concierto de la Orquesta nacional en el Vaticano, en el transcurso del cual se ofrecería una transcripción orquestal de la última escena de *Parsifal*.El Papa indicó, a través de su intermediario, que conocía el nivel artístico de las realizaciones de la Ópera nacional desde sus tiempos de nuncio en Berlín, y que había

> tenido a menudo la oportunidad de admirar las grandes representaciones wagnerianas presentadas por el intendente general Tietjen…[11]

El 6 de marzo Ribbentrop da su consentimiento y el concierto pudo así celebrarse.

Tan sólo los archivos del Vaticano podrán revelar si los sermones de monseñor Galen, obispo de Münster —que en agosto de 1941 se alzó públicamente contra la ejecución de los enfermos mentales y obligó a Hitler a poner fin a dicha medida—, fueron pronunciados siguiendo instrucciones del Papa o se debieron únicamente a la iniciativa personal del obispo. Los archivos de la Wilhelmstrasse nada indican sobre este particular.

III. LA ACTITUD POLÍTICA DE LA SANTA SEDE EN LA PRIMAVERA DE 1941

El 15 de febrero de 1941, Ribbentrop escribió a Bergen:

> Un informe oficial que acabo de recibir contiene la siguiente observación: durante estos últimos tiempos, el Papa se ha manifestado en varias ocasiones de modo extraordinariamente optimista con respecto a las posibilidades de una victoria alemana. En el transcurso de entrevistas con la alta aristocracia italiana ha dado a entender, sin lugar a dudas, que todos los italianos debían acostumbrarse a la idea de una victoria cierta del Reich. Le ruego me remita un informe detallado sobre este asunto.[12]

Bergen responde a la mañana siguiente:

> En diversas ocasiones han llegado a la Embajada palabras interesantes del Papa, expresadas en el transcurso de conversaciones espontáneas durante recepciones oficiales… o durante audiencias privadas… En la medida en que ha sido posible comprobar tales frases, se observó en la mayoría de los casos que, por lo general, las afirmaciones objeto del informe habían sido desvirtuadas o sensiblemente transformadas por unas informaciones más imbuidas de fantasía que de objetividad. Me parece que las afirmaciones a las que usted alude han corrido idéntica suerte. Las considero poco probables en la forma (que usted me indica), no porque Pío XII dude de nuestra

> victoria final o porque pueda esperar lo contrario, sino porque como jefe supremo de los católicos de todo el mundo, se muestra particularmente prudente y reservado en sus comentarios relativos al desenlace de la contienda…
>
> Es indudable que nuestros extraordinarios éxitos militares y políticos no han dejado de impresionar profundamente al Papa y a los que le rodean; ello se manifiesta también en los comentarios de personas particularmente allegadas a Pío XII, que consideran la victoria del Reich en esta guerra como cosa hecha… Hay que tener también en cuenta que el Papa, a pesar de la neutralidad que le impone su posición, no deja de pensar y sentir como italiano, razón que bastaría para que jamás pudiera desear una derrota del Eje. Pero además, el Papa, en su fuero interno, no se siente tan cercano a ningún otro pueblo —exceptuando a los italianos — como al pueblo alemán, del que admira sin circunloquios sus grandes virtudes. Los reproches que nos dirige reconocen como único motivo unos problemas de tipo eclesiástico y religioso. Distinguirlo como «amigo de Francia», como suele suceder por parte alemana debido a ignorancia de la situación, resulta totalmente falso.
>
> Con toda su simpatía por las potencias del Eje, Pío XII teme que una destrucción total de nuestros enemigos o una duración excesiva de la guerra puedan aumentar el peligro de la expansión del bolchevismo con sus manifestaciones antirreligiosas.
>
> Por este motivo, Pío XII se esfuerza sin cesar en contribuir a un final de la guerra tan rápido como sea posible, pensando sin duda que en un momento dado él podrá desempeñar el papel de mediador, por lo menos entre bastidores. Es lógico que mediante expresiones imprudentes de simpatía por uno u otro bando eliminaría la posibilidad de desempeñar dicho papel.[13]

El informe de Bergen confirma las hipótesis que hemos propuesto para explicar la tentativa de mediación del Papa en junio de 1940; lo que, a partir de entonces, inquieta en particular a Pío XII es una posible extensión del bolchevismo gracias a la guerra. Por este motivo, desea contribuir cuanto antes al cese de las hostilidades, a pesar de que una paz firmada en 1940 o a principios de 1941 consagrase la hegemonía de la Alemania nacionalsocialista sobre el continente europeo.

Las consideraciones políticas del Papa, por claras que aparezcan a los ojos de Bergen, eran peor comprendidas en Estados Unidos.

El 24 de mayo de 1941, los servicios de información alemanes transmitieron a la Wilhelmstrasse el informe siguiente, redactado aproximadamente el día 10:

> En los medios políticos del Vaticano reina una seria inquietud con respecto a un cambio de correspondencia entre la Santa Sede y el arzobispo de Nueva York, quien ha recibido autorización para mantener de momento contactos entre el Vaticano y el gobierno americano con vistas a una maniobra en favor de la paz. El arzobispo exige al Vaticano que los beligerantes sean obligados a reconocer los principios etnográficos como bases para el trazado de nuevas fronteras en toda intervención en favor de la paz. Ésta sería también la condición señalada por el gobierno americano para una acción común; al igual que el arzobispo, la delegación polaca en el Vaticano ha declarado sin ambages que sólo una actitud muy clara por parte del Vaticano sobre este punto mantendría la autoridad del Papa sobre los católicos americanos y polacos y disiparía ciertas dudas con respecto a la independencia de la política de la Santa Sede, dudas forjadas por las expresiones ambiguas del Papa ante los acontecimientos de la guerra. En el Vaticano se guarda el más absoluto secreto acerca del intercambio de cartas con el arzobispo de Nueva York.[14]

El dilema ante el cual se hallaba la Santa Sede es evidente: desde el punto de vista anglosajón sólo se podía concebir la paz si Polonia, y tal vez Checoslovaquia, recuperaban su independencia. Ello significaba, en realidad, el respeto a los principios etnográficos. Era lógico que para el Reich, tales condiciones fuesen totalmente inaceptables y que el Papa no podía permitirse, con respecto a Alemania, la menor declaración en este sentido. Pero su silencio afectó cada vez más a su prestigio moral en Estados Unidos y otros países y, por este mismo hecho, se debilitaron sus posibilidades de mediación.

Un informe extraño, referente a las relaciones entre el Vaticano y los americanos, llegó a manos de los servicios de información militares alemanes en julio de 1941. El informe había sido redactado en el mes de junio, antes de dar comienzo la campaña de Rusia, por un agente que se hallaba en contacto con la Santa Sede:

Tittmann, representante del enviado especial americano en el Vaticano, ha tenido varias entrevistas con el Papa Pío XII hace varias semanas. Tittmann se ha lamentado ante el Papa de que el Vaticano observase una actitud acomodaticia frente a los dictadores. En esta misma ocasión sacó a relucir el hecho, poco conocido, de que desde antes de la guerra el Vaticano se hallaba en constantes dificultades financieras; después, los principales colaboradores —Países Bajos, Bélgica, Francia, Austria, España— suprimieron sus contribuciones. Por este motivo, desde la guerra, el Vaticano recibe regularmente una suma importante procedente de Estados Unidos, oficialmente designada como donativo de los católicos americanos pero sacada en realidad de los fondos secretos de Roosevelt. Tittmann esgrimió esas contribuciones financieras de Estados Unidos como un banquero que exigiera cuentas a su deudor. A pesar de la dureza del tono de Tittmann, el Papa respondió con moderación que el dinero americano era utilizado en gran parte para el sostenimiento de una red de agentes en diversos países. Era preciso comprender la actitud del Vaticano con respecto a Estados Unidos. Era inminente una guerra entre Alemania y Rusia. El Vaticano haría cuanto estuviera en su mano para apresurar esta guerra e incluso para alentar a Hitler prometiéndole un apoyo moral. Alemania vencería a Rusia, pero quedaría tan debilitada que entonces se le podría hablar en un tono muy distinto.

El Papa hizo las mismas declaraciones al doctor Papée, embajador de Polonia en el Vaticano, cuando éste se lamentó … de la falta de apoyo a la causa polaca por parte del Vaticano. El Papa indicó que una Alemania debilitada por la guerra contra Rusia podría ser obligada a restablecer la independencia de Polonia…[15]

Es inútil decir que este informe debe leerse con la mayor circunspección.

El 22 de junio de 1941, los alemanes lanzaban su ofensiva contra la Unión Soviética.

4
EL ATAQUE ALEMÁN CONTRA LA UNIÓN SOVIÉTICA, LA ENTRADA EN GUERRA DE ESTADOS UNIDOS, Y LA FASE INICIAL DEL EXTERMINIO DE LOS JUDIOS

Junio 1941 - Diciembre 1941

I. EL ATAQUE ALEMÁN CONTRA LA UNIÓN SOVIÉTICA

> Según comentarios de personalidades dirigentes de la secretaría de Estado, que me han sido comunicados por un hombre de confianza —escribía Bergen el 24 de junio de 1941—, la entrada de nuestras fuerzas en Rusia no ha cogido por sorpresa al Vaticano.
>
> 1) La extensión de la guerra a Rusia contribuirá considerablemente a la clarificación necesaria para una reorganización de Europa sobre unas bases nuevas. Hubiera podido temerse que el poderío del bolchevismo en Europa y en todo el mundo permaneciera intacto hasta el final de la guerra, e incluso saliera de ella incrementado mientras todas las demás fuerzas sociales pasaban por los mismos sufrimientos. Una derrota de la Unión Soviética conseguirá, sin duda alguna, un debilitamiento considerable del bolchevismo mundial.
>
> 2) La alianza entre Rusia y las «democracias» impide a éstas el pretexto de poder hablar de «una cruzada en favor del cristianismo». El Vaticano había rechazado ya, con anterioridad, este argumento destinado a justificar la contienda. En los medios allegados al Vaticano se ha acogido esta nueva fase de la guerra con un cierto alivio, y es seguida con particular interés.[1]

La actitud del Vaticano que Bergen describió apenas puede ponerse en duda; seguía la norma de las posturas adoptadas anteriormente por la Santa Sede ante el peligro bolchevique y la veremos confirmada repetidas veces por los documentos que seguirán. El tono negativo de la Santa Sede ante las democracias tampoco debe

extrañar, pues a partir de entonces éstas se convierten en aliadas (efectivas como Inglaterra, o potenciales como Estados Unidos) de la Unión Soviética. Pero ¿qué posición adoptaría oficialmente la Santa Sede?

Los alemanes podían vanagloriarse de una manifestación implícita de simpatía: hasta el 22 de junio de 1941, Radio Vaticano mencionaba a menudo, en términos más o menos velados, las angustias de la Iglesia en Polonia. En junio Bergen se quejó ante el Papa.[2] Desde el comienzo de la campaña de Rusia desaparece de las emisiones de Radio Vaticano toda alusión desfavorable al Reich. El 26 de junio Weizsäcker escribe:

> El nuncio me ha preguntado hoy si teníamos nuevas quejas contra la radio vaticana. He contestado que no.[3]

y el 3 de julio:

> El nuncio me ha preguntado hoy, una vez más, si durante estos últimos días la emisora del Vaticano nos había causado inconvenientes. Respondí que no había oído ninguna queja reciente contra la radio del Vaticano.[4]

Sin embargo, no se produjo una adopción de postura clara por parte de la Santa Sede en favor de la acción del Reich contra Rusia.

El 23 de agosto el encargado de negocios Menshausen analizó la actitud del Vaticano en un largo informe:

> Hasta la fecha, el Papa no ha adoptado en sus declaraciones públicas una postura directa con respecto la guerra contra la Unión Soviética: En cambio, es un hecho cierto que en su alocución por radio del 29 de junio (día de san Pedro y de san Pablo), hay un párrafo que se refiere directamente a la lucha contra el bolchevismo. En él se dice: «Es verdad que entre las tinieblas de la tempestad no faltan claros que elevan el alma hacia grandes y santas esperanzas: un valor generoso al servicio de la defensa de los fundamentos de la cultura cristiana y una firme esperanza en su triunfo…». Según se me informa de fuente autorizada, Pío XII ha querido expresar así la esperanza de que los grandes sacrificios que esta guerra exige no serían vanos y conducirían a la victoria contra el bolchevismo, según las voluntades de la Providencia. (Pío XI se había

expresado clara y definitivamente contra el bolchevismo ateo en su encíclica *Divini Redemptoris* del 18 de marzo de 1937).

Como adopción de postura abierta por parte de otras personalidades vaticanas, sólo se conoce una alocución: la que el arzobispo Constantini, secretario de la Congregación para la Propagación de la Fe, pronunció durante una ceremonia en la basílica de la Concordia (provincia de Venecia), a principios de este mes, y en la cual —según los comunicados de la prensa italiana— declaró en especial: «Ayer en tierras de España, hoy en la propia Rusia bolchevique, en este inmenso país donde parece como si Satanás hubiese hallado a sus representantes y a sus mejores colaboradores entre los dirigentes de la república, valerosos soldados pertenecientes también a nuestra patria libran el mayor de los combates. Esperamos de todo corazón que este combate nos aportará la victoria final y la destrucción del bolchevismo». Al terminar, Constantini pidió la bendición divina para los soldados italianos y alemanes que «en esta hora decisiva defienden el ideal de nuestra libertad contra la barbarie roja».

En cuanto a las razones que han obligado al Vaticano a observar cierta reserva, un artículo titulado «La Santa Sede ante la URSS» —aparecido el 2 de agosto en la revista fascista *Relazioni Internazionali*—, daba de ellas cierta explicación. Esta revista, publicada por el Instituto de Estudios de Política Internacional de Milán, es utilizada a veces como tribuna del Ministerio de Asuntos Exteriores italiano. En los medios diplomáticos y eclesiásticos locales se supone que el artículo en cuestión ha sido autorizado por las autoridades italianas competentes y redactado por una personalidad que conoce bien los pensamientos del Vaticano. Su contenido es idéntico a las informaciones que me ha transmitido un hombre de confianza próximo al Vaticano, antes de la publicación del artículo de referencia.

El autor parte de la afirmación de que, desde el inicio de las hostilidades contra la URSS, la prensa internacional se ha interesado considerablemente en averiguar cuál sería la actitud de la Santa Sede. A medida que las operaciones militares han ido evolucionando y con la formación en numerosos países de Europa de «una coalición de voluntarios contra el régimen bolchevique», la espera de una aclaración de actitud por parte del Vaticano ha pasado de los medios de la prensa a los medios políticos, e incluso al público en general. Esta expectación aumentó aún más con el anuncio oficial de que, con ocasión de la festividad de san Pedro y san Pablo, el Papa hablaría por radio sobre el tema «La Providencia Divina y los acontecimientos actuales».

La alocución radiada del 29 de junio, no obstante, no contuvo explicaciones específicas. De todos modos, se subrayó en los medios del Vaticano que los términos generales en que fue pronunciada la alocución indicaban «motivos y principios» que podían aclarar la actitud del Vaticano con respecto a la lucha contra la Unión Soviética.

Esta actitud se explicaba por «la reserva total, pero sin embargo atenta» que hasta entonces había sido la actitud habitual de la Santa Sede. Por consiguiente, dicha actitud no significaba en modo alguno una pasividad indiferente ni un titubeo determinado por la espera de acontecimientos decisivos.

La Iglesia romana había precisado ya, definitivamente, su actitud no sólo ante la «mística» bolchevique, sino con respecto al gobierno bolchevique y al Estado que ponía en práctica estas teorías. En su encíclica *Divini Redemptoris,*el Papa Pío XI no vaciló, hecho muy raro en los anales de la Iglesia, en condenar expresa y formalmente a un régimen y un gobierno: «Nos alzamos contra el sistema, contra sus creadores y sus propagadores, que han considerado a Rusia como el país indicado para aplicar con él su sistema preparado desde decenios antes, y desde el cual tratan de propagarlo incansablemente por todo el mundo».

Ello indica claramente que, desde el punto de vista de la Santa Sede, el bolchevismo está considerado como un mal que presenta un peligro para el mundo entero y cuya primera víctima, así como la base para su expansión en el mundo, es Rusia. Partiendo del punto de vista de la doctrina y de la tradición establecidas en la encíclica, se puede sacar la conclusión indiscutible de que la Santa Sede no sólo considera con benevolencia, sino que desea y alienta, el repliegue del bolchevismo ateo hasta su desaparición total.

En tales condiciones no puede escapar a nadie que la actitud reservada y prudente que el Vaticano ha adoptado ante el conflicto armado contra la URSS ha debido ser determinada por motivos y consideraciones esenciales.

Sin querer profundizar en cada detalle, cuyo conocimiento preciso sólo pertenece, al fin y al cabo, a las esferas superiores de la Iglesia, basta limitarse a las exigencias doctrinales y a las costumbres de la Iglesia para reconocer los puntos principales que indican la trayectoria seguida por el Vaticano con respecto a la actual guerra contra la URSS.

En los medios vaticanos se ha señalado que a menudo se hablaba de «cruzada». Es verdad que la participación espontánea de gobiernos y pueblos en el combate contra el bolchevismo podría recordar el movimiento cristiano y católico que emprendió, en la Edad Media, la

lucha armada contra el islam, pero esta definición no ha hallado eco alguno en las palabras del Papa. A pesar de que el combate contra la Unión Soviética tenga, desde luego, un aspecto ideológico e incluso religioso, la Santa Sede no podía considerarlo exclusivamente como tal (lo cual sería necesario para adoptar una posición por su parte), puesto que también se mezclaban intereses militares y políticos. A ello había que añadir que la Santa Sede, por grande que fuese su deseo de ver eliminada la peste bolchevique, no podía desear que esto tuviera lugar a cambio de una carnicería tan atroz.

El artículo concluía con las siguientes palabras: «Se destaca en el Vaticano que la actitud antibolchevique de la Santa Sede está demostrada y no puede ser puesta en tela de juicio; no obstante, hay que comprender las condiciones particulares que obligan al Santo Padre, por razón de su cargo y de sus tendencias universalistas, a mantenerse únicamente en un plano espiritual y religioso».[5]

El 12 de septiembre, Menshausen completó el informe enviado en agosto:

Para completar mi informe del 23 del mes pasado, referente a la actitud del Vaticano con respecto a la guerra contra la Unión Soviética —escribe Menshausen a Weizsäcker— me agradaría ofrecerle un breve resumen del ambiente que reina aquí, basándome en conversaciones con personas bien informadas e incluso influyentes:

Aparte de los argumentos incluidos en mi informe y que están, sobre todo, destinados a la opinión pública, hay motivo para creer que las informaciones que llegan al Vaticano referentes a la situación de la Iglesia en el Reich, han ejercido cierta influencia sobre la reserva observada por el Papa con respecto a nuestro combate contra la Rusia bolchevique. Algunas personalidades dirigentes del Vaticano, al ser interrogadas acerca de las razones de dicha reserva, han dejado entrever que si se tenía en cuenta la evolución de la situación en Alemania y en los territorios ocupados, había motivos para temer que la Iglesia católica y el cristianismo en general pudieran caer, por así decirlo, del fuego a las brasas después de la destrucción del bolchevismo. Si el Papa se expresara ahora en contra del bolchevismo, contra el cual la Santa Sede, de todos modos, había adoptado ya una posición de principio, tendría que adoptar también una postura contraria a «las medidas antirreligiosas y las tendencias hostiles al cristianismo» que se desarrollan en Alemania; las informaciones que llegan constantemente al Vaticano a este respecto

facilitan un material más que suficiente para justificar tal medida. El silencio del Papa es la mejor prueba de que desea evitar todo lo que pudiera perjudicar a Alemania.

Una personalidad muy al corriente del ambiente reinante en el Vaticano y allegada al gobierno italiano me ha expuesto durante una conversación de carácter confidencial los motivos de la reserva del Papa ante nuestro combate contra la Rusia bolchevique, en los términos siguientes:

Cuando las medidas contra la Iglesia se hacían cada vez más severas en el Reich, Pío XII creyó que debía romper su silencio.[6] Pero cuando estalló la guerra contra la Unión Soviética decidió abstenerse de las prevenciones que él juzgaba necesarias, para no perjudicar a Alemania y a sus aliados en una fase de la guerra que determinaría la suerte del mundo entero. Pero ir más lejos y adoptar abierto partido en el combate contra la Unión Soviética era algo que los propios alemanes habían hecho imposible.

Se me asegura de continuo que, en el fondo de su corazón, Pío XII se halla al lado de las potencias del Eje. A este respecto se llama la atención sobre las palabras que dirigió a Italia durante su alocución radiada del 29 de junio: «Contigo (Roma), Nos bendecimos a todo el pueblo italiano que, por la ventaja que posee de poder abrazar el centro de la unidad de la Iglesia, se halla manifiestamente revestido de una misión por la Providencia Divina». Por otra parte, hay indicaciones suficientes que permiten determinar la actitud del Vaticano: la alocución de una personalidad tan importante como el secretario de la Congregación para la Propagación de la Fe, el arzobispo Constantini (cuyos detalles esenciales he reproducido en mi anterior informe), adquiere en este caso un significado especial pues es imposible que haya sido pronunciada sin la aprobación de la Santa Sede. Lo mismo ocurre con las manifestaciones del clero italiano y con los innumerables artículos publicados en la prensa católica de toda Italia en los cuales se pone de relieve el significado de la lucha contra el bolchevismo, que pueden ser atribuidos a directivas del Vaticano y en particular de la Acción Católica.[7]

El segundo informe de Menshausen parece describir de modo bastante plausible la actitud adoptada por Pío XII. Es posible que el Papa deseara la victoria del Reich contra Rusia, y no es menos evidente la imposibilidad de una abierta actitud a favor de una Alemania que perseguía a la Iglesia, sobre todo si se tienen en

cuenta las reacciones que semejante postura hubiese provocado entre todos los católicos de los países ocupados, así como entre los católicos americanos.

Dos documentos basados en testimonios de origen español confirman la actitud del Papa con respecto al ataque alemán a la URSS. El 4 de octubre de 1941, Weizsäcker escribía:

> El embajador de España, recién llegado de Madrid, me ha comunicado por orden de Serrano Suñer el contenido de dos entrevistas idénticas, una de ellas con el nuncio en Madrid, la otra entre el nuncio en Vichy y el embajador español en dicha ciudad. Por consiguiente, dichas entrevistas son fruto de instrucciones precisas. Ambos representantes de la Curia declararon haber informado al Papa de que, al parecer, el Führer dijo a Franco en Hendaya que el Papa Pío XII era un enemigo del Führer. En caso de que tales palabras hubieran sido pronunciadas, o en el caso de que representaran la opinión del Führer, el Papa lo lamentaría sinceramente. El Papa tenía sentimientos amistosos hacia el Reich. Nada deseaba más vivamente para el Führer que una victoria contra el bolchevismo. Después de una derrota decisiva de la Unión Soviética, tal vez llegaría el momento de una posibilidad de paz. El Papa lamentaría que, en el preciso instante en que el Führer y el Tercer Reich llevaban a cabo tan grandes hazañas, circularan en Alemania opiniones tan poco fundamentadas en cuanto a su actitud. Suñer respondió inmediatamente al nuncio en Madrid que la información transmitida al Papa era falsa. Por el contrario, el Führer había dado a entender a Franco que concedía importancia a las buenas relaciones con la Curia, puesto que él tenía 40 millones de católicos dentro de las fronteras del Reich.[8]

El segundo documento, con fecha 17 de noviembre, es una continuación del precedente. Bergen escribe a la Wilhelmstrasse:

> El embajador de España en la Santa Sede, Yanguas Messía, llegado después de un permiso de cuatro meses y recibido en audiencia privada por el Papa, me ha contado que, siguiendo instrucciones de Franco, había confiado a Pío XII que las informaciones a él llegadas y según las cuales el Führer había declarado al Caudillo en Hendaya que Pío XII era un enemigo del Führer, eran falsas. El Papa replicó que se alegraba

sinceramente de esta noticia pues siempre había tenido no sólo la más viva simpatía por Alemania, sino también admiración por las grandes cualidades del Führer.[9]

II. LA ENTRADA DE ESTADOS UNIDOS EN LA GUERRA

A pesar de la reserva oficial que la Santa Sede mantiene con respecto al ataque alemán contra Rusia, los informes alemanes indican que los católicos americanos reprochan, al parecer, cada vez más a Pío XII una actitud que se asemeja a una complicidad con las potencias del Eje. El 18 de julio de 1941 el servicio de información del Reich transmitió el siguiente comunicado a la Wilhelmstrasse:

> En el Vaticano se sigue guardando en estricto secreto la desagradable polémica que ha tenido lugar entre el arzobispo de Nueva York y el cardenal Maglione… En una de sus cartas dirigidas al Vaticano, el arzobispo ha declarado en especial que el prestigio del Papa descendía en América a causa de la ambigüedad de sus declaraciones referentes a la responsabilidad de uno u otro de los bandos beligerantes, y que los católicos americanos no tenían ya confianza en el Papa a causa de su origen italiano. Se abrigaba la sospecha, no carente de fundamento, de que el Papa simpatizaba, a pesar de todo, con las ambiciones imperialistas de Italia y, por consiguiente, no podía mantener su autoridad espiritual sobre la multitud de creyentes en Estados Unidos. Parece ser que el secretario de Estado replicó que ni siquiera podía enseñar al Papa aquella injuriosa carta y que el arzobispo no sólo debía confiar en la santidad de las intenciones del Papa, sino incluso defender su autoridad ante los católicos americanos… El Papa adoptaba una posición muy clara en el conflicto… condenaba las agresiones de Alemania y su política anticatólica, pero al propio tiempo veía con desagrado la actitud de las naciones ricas, Inglaterra y Francia, que no estaban dispuestas a ceder a los pueblos jóvenes, Alemania e Italia, una parte del imperio colonial que el azar les había otorgado…
>
> El empeoramiento de las relaciones entre el Vaticano y los católicos americanos no puede ya permanecer oculto…[10]

En septiembre llegó al Vaticano, con una breve misión, Myron Taylor, enviado especial del presidente Roosevelt ante la Santa Sede, y se entrevistó varias veces con el Papa. Los diplomáticos alemanes acreditados en la Santa Sede admitieron hallarse sólo parcialmente informados de estas entrevistas. Menshausen creía que el presidente de Estados Unidos había tratado otra vez de obtener una toma de posición por parte de la Santa Sede en la guerra contra Hitler, y que al propio tiempo había intentado justificar la ayuda material prestada por Estados Unidos a la Unión Soviética, destacando que esta última acababa de restablecer la libertad religiosa.[11]

El 30 de septiembre el embajador del Reich en Madrid escribía a Berlín que el embajador de Japón en Madrid le había dado a conocer el contenido de las entrevistas entre el Papa y Taylor y le había comunicado que poseía pruebas documentales de sus informaciones:

> Durante su primera misión en Roma, Myron Taylor había hecho observar al Papa el paralelismo de los intereses de Estados Unidos y la Santa Sede, ya que ambos deseaban evitar una extensión de conflictos y querían restablecer la paz. En una nota fechada el 7 de enero de 1940, el Papa respondió, al parecer, que él era de la misma opinión y que una extensión del conflicto podía ser fatal para la fe y la civilización.
>
> Esta vez Myron había recibido posiblemente instrucciones de Roosevelt para que explicase al Papa los motivos por los cuales Estados Unidos se había visto obligado a intervenir parcialmente en el conflicto… Parece ser que el Papa no se mostró muy de acuerdo con esta actitud y que destacó, una vez más, que la extensión del conflicto equivaldría a la mayor de las catástrofes. Se alegraba, no obstante, de que Estados Unidos permaneciera neutral, pues sólo con esta condición podrían participar junto con la Santa Sede en el restablecimiento de la paz.
>
> El embajador de Japón repitió varias veces que esta información era absolutamente cierta.[12]

El 7 de diciembre de 1941 Japón atacó Pearl Harbor y Estados Unidos se vio arrastrado a la guerra. El día 11 Bergen escribió a Berlín:

> En los medios influyentes del Vaticano se critica severamente la actitud de Roosevelt. El presidente no sólo ha procurado extender el conflicto a otros países, sino que ha conseguido maniobrar de modo que su propio país entrara en guerra. Esta política es tanto más condenable si se recuerda que, en Navidad de 1939, el presidente había establecido contacto con el Vaticano basándose en un programa que, según sus propias declaraciones, tenía como objetivo impedir la extensión de la guerra y desarrollar por todos los medios las posibilidades de paz.[13]

El 15 de diciembre Bergen remitió un informe aún más explícito:

> La condena de la política americana por parte del Vaticano adquiere formas cada vez más vivas… Se expresa unánimemente la opinión de que desde un principio Roosevelt no había obrado con franqueza y había practicado un doble juego. Probablemente, este juicio ha debido ser influenciado en parte por la opinión de Galeazzi, jefe de los servicios económicos del Vaticano y uno de los confidentes más íntimos del Papa, que acaba de efectuar una breve estancia en Estados Unidos. Galeazzi se había expresado de modo muy negativo acerca de la situación imperante en EE. UU.; el país no se hallaba preparado en absoluto para sostener una guerra y las huelgas en los sectores industriales más importantes representaban un sabotaje contra la política de Roosevelt. La total falta de disciplina de los americanos contrastaba fuertemente con la seriedad de los ingleses.[14]

La actitud del Vaticano con respecto a la entrada de Estados Unidos en la contienda tuvo un epílogo que no carece de interés. En la conferencia de Río de Janeiro, en enero de 1942, Washington trató de arrastrar a todas las repúblicas sudamericanas a una ruptura de sus relaciones diplomáticas con el Eje. La maniobra norteamericana no obtuvo un éxito completo. El 21 de marzo de 1942 Bergen transmitió a la Wilhelmstrasse las siguientes informaciones sobre dicha cuestión:

> Acabo de enterarme muy confidencialmente de que la Santa Sede, probablemente impulsada por el gobierno italiano, ha ejercido una auténtica presión, por medio de sus nuncios, sobre los gobiernos que tomaron parte en la conferencia de Río, para convencerlos de que mantengan su neutralidad. Un comunicado de la United Press obligó al

delegado de la Santa Sede en Washington a publicar un mentís para no verse acusado de inmiscuirse y tomar posición en el conflicto.[15]

III. LA LEGISLACIÓN ANTIJUDÍA, LA CONCENTRACIÓN Y EL EXTERMINIO DE LOS JUDÍOS (FASE INICIAL)

Durante la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938, para «vengar» el asesinato del consejero de embajada Von Rath a manos de un joven judío polaco llamado Grynzpan, los nazis mataron a varias docenas de judíos, encerraron a más de 20.000 en campos de concentración e incendiaron cerca de 200 sinagogas. Fue la célebre *Kristallnacht* («Noche de los Cristales Rotos»). En toda la extensión del Gran Reich, *sólo una voz de sacerdote católico se alzó para protestar*: la de Lichtenberg, vicario general de la catedral de Santa Eduvigis en Berlín:

> Sabemos lo que ocurrió ayer, ignoramos lo que ocurrirá mañana; pero somos testigos de lo que sucede hoy: en el exterior (de esta iglesia) la sinagoga está ardiendo y también es la casa de Dios.[16]

Desde que Hitler había llegado al poder numerosos eclesiásticos alemanes se habían unido a las medidas antisemitas del nuevo régimen, otorgándoles a veces un apoyo activo.[17] Las leyes raciales fueron aceptadas por el episcopado del Reich y en 1935 el arzobispo de Friburgo, Gröber, pudo escribir:

> Cada pueblo carga con la responsabilidad del éxito de su existencia, y la absorción de una sangre totalmente extranjera representará siempre un riesgo para una nación que ha demostrado su valor histórico. Por consiguiente, no se puede negar a nadie el derecho de salvaguardar la pureza de su raza y elaborar las medidas necesarias para este fin. La religión cristiana se limita a exigir que los medios utilizados no sean contrarios a la ley moral y a la justicia natural.[18]

Cuando, menos de dos años después de comenzar la guerra, se adoptaron las primeras medidas importantes contra los judíos en los países occidentales sometidos directa o indirectamente a la

autoridad alemana, la actitud del clero católico varió considerablemente según el país e incluso según la diócesis.

En Francia se habían adoptado, a partir de 1940, varias medidas antijudías en la zona ocupada; la legislación de excepción adquirió carácter sistemático con el nombramiento, por el gobierno del mariscal Pétain, de un comisario de Asuntos Judíos llamado Xavier Vallat, el 29 de marzo de 1941. El 22 de julio el gobierno de Vichy decretó la «arianización» de las empresas judías y el control de los fondos pertenecientes a judíos.

El 31 de julio el rabino Kaplan, adjunto del Gran Rabino Weill, dirigió a Vallat una carta en la que trataba de demostrar que las medidas adoptadas contra los judíos eran contrarias a las exigencias del cristianismo. ¿Acaso Jesús y sus discípulos no eran judíos?, preguntaba el rabino. Parece como si la carta del rabino Kaplan hubiera causado algún embarazo en el seno del gobierno de Vichy, como lo demuestra la respuesta muy reservada de Jarnieu, jefe de gabinete de Vallat.[19] Consecuencia de ello fue que el 7 de agosto el mariscal Pétain pidió a Léon Bérard, su embajador en la Santa Sede, que se informara de la actitud del Vaticano sobre este asunto.

El embajador le contestó el día 2 de septiembre. Saliéndonos de nuestra norma habitual, sólo publicamos de este texto los párrafos que se ciñen más directamente a nuestro tema. La respuesta ha sido ya publicada.[20]

a) La Iglesia y el racismo

Existe una oposición fundamental e irreductible entre la doctrina de la Iglesia y las teorías «racistas». La Iglesia, que es universal por definición, profesa la unidad del género humano. Un mismo Redentor ha muerto por todos los hombres; el Evangelio se dirige y será anunciado «a toda criatura». Todo ser humano posee un alma inmortal, asistida por la misma gracia y destinada a la misma salvación que la de todos sus semejantes. Esto es lo que constituye su dignidad; aquí radica el fundamento de sus derechos cuya medida son sus propios deberes. Todas estas proposiciones resultan

incompatibles con una concepción que derive de la forma del cráneo y de la calidad de la sangre, las aptitudes y la vocación de los pueblos, incluso su religión, para establecer finalmente una jerarquía de razas, en la cúspide de la cual aparece una raza pura o real que es llamada «aria».

En su encíclica *Mit brennender Sorge*,del 14 de marzo de 1937, sobre el nacionalsocialismo y la situación del catolicismo en Alemania, Pío XI escribió: «Quien tome la raza o el pueblo, o el Estado o la forma del Estado, o los depositarios del poder, o cualquier otro valor fundamental de la comunidad humana —cosas todas ellas que ocupan en el orden terrenal un lugar necesario y honorable—, quien tome estas nociones para retirarlas de esta escala de valores incluso religiosos, y las divinice mediante un culto idólatra, invierte y falsea el orden de las cosas creado y dispuesto por Dios; quien esto haga se encuentra lejos de la verdadera fe en Dios y de una concepción de la vida que responda a esta fe…

… Por lo tanto, la Iglesia ha condenado al racismo del mismo modo que ha condenado el comunismo.

Sin embargo, de todas estas enseñanzas que afectan a las ideas racistas, no se puede ni mucho menos deducir que condene necesariamente toda medida particular adoptada por un determinado Estado contra la llamada raza judía. Su ideario comprende sobre este punto distinciones y matices que es conveniente señalar. Por consiguiente, el asunto debe ser tratado distintivamente».

b) La Iglesia, el problema judío y el antisemitismo

En vano se intentaría extraer del derecho canónico, de la teología o de las actas pontificales un conjunto de preceptos que pudiera parecerse a una legislación sobre el judaísmo y la religión judaica. Ni siquiera sería fácil hallar, sobre esta materia, un cuerpo doctrinal de límites bien perfilados.

El principio que aparece ante todo, y como el más cierto, es que para la Iglesia un judío al que ha sido administrado válidamente el bautismo deja de ser judío para mezclarse con el «rebaño de Cristo». De todos modos, no hay que precipitar la conclusión de que, para la Iglesia, la religión sea lo único que distingue a Israel entre las demás naciones. La Iglesia no considera en absoluto que los judíos constituyan una simple «familia espiritual» como las que forman entre nosotros, por ejemplo, los católicos y los cristianos «reformados». Reconoce que entre los rasgos distintivos de la comunidad israelí se cuentan particularidades no raciales, sino *étnicas.* Desde hace mucho tiempo, la Iglesia ha hecho esta distinción y siempre la ha tenido en cuenta.

Sabemos por la historia general que la Iglesia ha protegido a menudo a los judíos contra la violencia y la injusticia de sus perseguidores y que, al propio tiempo, los ha relegado a los guetos. Uno de sus más grandes doctores, santo Tomás de Aquino, ha dejado enseñanzas que detallan esta actitud. De modo incidental pero en términos muy claros ha hablado del problema judío en la *Suma Teológica*,pregunta 10 de la 11a, Hae. art. 9, 10, 11 y 12. He aquí un resumen de su doctrina: hay que mostrarse tolerante con los judíos en cuanto al ejercicio de su religión; que se hallen a salvo de las presiones religiosas; que no se bautice a sus hijos por la fuerza, sin el consentimiento de los padres. Por otra parte, y aunque proscribiendo toda política de opresión contra los judíos, santo Tomás no deja de recomendar que se adopten ante ellos las medidas indicadas para limitar su acción en el seno de la sociedad y para restringir su influencia. Sería irrazonable que en un Estado cristiano se les permitiera ejercer el gobierno, sometiendo con ello a su autoridad a los católicos. De aquí se deduce la legitimidad de prohibirles el acceso a las funciones públicas, y también la de no admitirlos más que en cierta proporción en las universidades (*numerus clausus*) y en las profesiones liberales.

c) Dificultades entre la Santa Sede e Italia a causa de la legislación fascista sobre los judíos

No sólo las medidas adoptadas por el gobierno fascista no han ido precedidas por ninguna negociación ni por ningún acuerdo con la Santa Sede, sino que han dado lugar a graves críticas por parte de la autoridad pontificia. Es muy importante determinar con precisión la naturaleza y el objeto de esta divergencia…

… La ley fascista sobre los judíos contiene disposiciones que afectan a las reglas jurídicas de la unión conyugal. Esta ley prohíbe, en determinadas condiciones, el matrimonio entre súbditos italianos «arios» y personas de raza judía, aunque éstas se hayan convertido a la religión católica. La Iglesia considera como perfectamente válidas no sólo las uniones entre católicos y judíos conversos y bautizados, sino también las uniones celebradas canónicamente entre católicos y judíos no conversos, siempre que en este último caso se haya obtenido de la autoridad eclesiástica un permiso llamado «dispensa». Esta innovación introducida en la legislación italiana hubiese motivado, por sí misma, la desaprobación del poder pontificio. Según una de sus tradiciones más antiguas y sólidas, éste considera que el matrimonio es en esencia un sacramento y que, por consiguiente, al estar situado en un plano espiritual debe regularse según la ley religiosa católica todo lo que afecte a la formación y validez del vínculo matrimonial.

Pero existía otra razón, más decisiva en el sentido práctico, para que la nueva ley fascista topase con una acogida desfavorable en el Vaticano. Al legislar a su modo sobre los matrimonios entre arios y no arios, el Estado fascista quebrantaba el Concordato establecido entre la Santa Sede e Italia el 11 de febrero de 1929. El artículo 24 de esta convención dispone: «El Estado italiano, deseando volver a dar a la institución del matrimonio, base de la familia, una dignidad de acuerdo con las tradiciones católicas de su pueblo, reconoce al sacramento del matrimonio, regulado por el derecho canónico, con efectos civiles».

… Queda bien claro que al adherirse a este contrato, que ostenta la firma de Mussolini, el Estado italiano renunciaba a la

«secularización» del matrimonio…

d) Contradicciones que pueden advertirse entre la doctrina católica y la ley francesa del 2 de junio de 1941 referente al estatuto de los judíos

Para mayor simplicidad y claridad, creo conveniente examinar ante todo dicha ley en sí misma y en su alcance práctico, o sea en aquellas de sus disposiciones que incluyan, interdicciones, inhibiciones y prohibiciones con respecto a los judíos. A menos que se hallen en situación de poder reclamar el beneficio de las derogaciones previstas en el texto, los judíos quedan excluidos de buen número de funciones públicas. Por otra parte, les está prohibido el ejercicio de ciertas profesiones (que se enumeran), y sólo se les admite en algunas otras según proporciones y límites determinados por decreto.

En principio, no hay nada en estas medidas que pueda dar lugar a críticas, desde el punto de vista de la Santa Sede. Ésta considera que al aplicar tales reglas, un Estado usa legítimamente de su poder y que la potencia espiritual no debe inmiscuirse, en esta materia, en la política interior de los Estados. Por otra parte, la Iglesia no ha profesado jamás que los mismos derechos debieran ser acordados o reconocidos a todos los ciudadanos. Nunca ha dejado de enseñar la dignidad y el respeto de la persona, pero es seguro que no interpreta tales cosas del mismo modo, rigurosamente hablando, que los herederos espirituales de Rousseau y de Condorcet. Para emitir este juicio bastaría con recordar todo lo que opone el dogma del pecado original a los que nos han sido legados por estos filósofos: bondad natural del hombre, progreso indefinido del espíritu humano, concepto individualista del derecho y de la organización política y social.

Queda por señalar que la ley de 2 de junio de 1941 tiene como punto de partida una definición jurídica del judío, en la que el legislador se refiere expresamente a la noción de «raza». Hay que indicar, además, que si se compara esta ley del 2 de junio con la del

3 de octubre, a la que abroga y reemplaza, se comprueba que el nuevo texto ha reducido el espacio y la parte ocupada por la idea de «raza». Si un judío demuestra que antes del 25 de junio de 1940 se ha adherido a la confesión católica o a la confesión calvinista o luterana, deja de ser «considerado como judío», siempre y cuando no tenga más de dos abuelos de raza judía. En este caso, la ley procura por tanto efectos jurídicos a la «conversión». Queda el hecho de que un israelí seguirá siendo considerado como judío si procede de un mínimo de tres abuelos de raza judía, o sea pertenecientes a la religión judaica, aunque se haya convertido y bautizado debidamente.

Hay que reconocer que existe contradicción entre la ley francesa y la doctrina de la Iglesia.

e) Alcance práctico de esta contradicción. Conclusión

> Acabo de señalar el único punto en que la ley del 2 de junio de 1941 se halla en oposición con un principio profesado por la Iglesia romana. No se deduce en absoluto de ello que el Estado francés se vea amenazado, no diré por un antagonismo como el que se produjo entre la Santa Sede y el gobierno fascista, sino ni siquiera por una censura o una desaprobación que la Santa Sede llegara a expresar en cualquier forma acerca del estatuto de los judíos.
>
> […] Como me ha manifestado en el Vaticano persona autorizada, no nos será impuesta querella alguna por el estatuto de los judíos. No obstante, los representantes de la Santa Sede me han expresado un doble deseo, con evidente interés de que ambos fueran expuestos al jefe del Estado francés:
>
> 1) Que no se añada a la ley de los judíos ninguna disposición que afecte al matrimonio. En este punto, precipitaríamos dificultades de orden religioso. Se registró fuerte emoción en el Vaticano cuando Rumania adoptó, en este punto capital, normas de derecho inspiradas o copiadas de la legislación fascista.
>
> 2) Que al aplicar la ley se tengan en cuenta los preceptos de la justicia y la caridad. He tenido la impresión de que mis interlocutores se referían en especial a la liquidación de los negocios en los que existieran intereses propiedad de judíos […].

El análisis de la actitud del Vaticano ante la legislación de excepción aplicada a los judíos, tal como lo presenta Léon Bérard, debe leerse con gran prudencia. Ciertamente, puede comprobarse que varios dignatarios de la Iglesia no supieron escapar a la tentación del antisemitismo; pero que, como da a entender Bérard, la Santa Sede hubiese concedido en 1941 una especie de asentimiento a medidas antisemíticas con la condición de que fueran mitigadas por la caridad, parece más difícil de probar.

Léon Bérard no cita el nombre de la personalidad vaticana que, según él, afirmó que la Santa Sede no veía ningún inconveniente en el estatuto de los judíos elaborado por Vichy. Esta omisión es tanto más extraña si se tiene en cuenta que la mención del nombre de un alto dignatario de la Iglesia habría tenido probablemente más efecto para tranquilizar la conciencia del mariscal que el análisis teológico al que se entrega el embajador.

Hechas estas reservas, hay que admitir no obstante que los últimos párrafos del informe de Bérard permiten echar una ojeada significativa a la actitud de la Santa Sede ante las legislaciones de excepción.

En el mismo momento en que Bérard transmitía a Vichy los detalles de lo que él creía ser la actitud de la Santa Sede con respecto a la legislación antijudía del gobierno francés, los comandos especiales alemanes entraron en acción contra las poblaciones judías de la Rusia ocupada por las fuerzas del Reich. En el otoño de 1941 fueron asesinados más de medio millón de judíos. En la misma época, quedó terminada la operación de concentración de más de dos millones de judíos en los guetos de Polonia. Todo estaba a punto para la «solución final».

¿Qué se sabe exactamente en la Santa Sede de lo que ocurre en el Este durante el otoño de 1941? Ningún documento lo revela. Cuanto más, puede decirse que el Vaticano sabía que los judíos eran deportados hacia el Este de Europa, pues esto parece haber sido del dominio público como lo indica la actitud de monseñor

Lichtenberg, que vamos a describir. Pero no se puede afirmar que la Santa Sede o Lichtenberg supieran más en aquella época.

El 11 de noviembre de 1941 el consejero Haidlen dirigía a Weizsäcker la siguiente nota:

> En relación con la detención del prelado Lichtenberg, el funcionario competente de la policía secreta del Estado me ha remitido los pormenores siguientes:
>
> En diversas ocasiones Lichtenberg ha rezado durante las plegarias públicas de la tarde por los judíos (y no solamente por los judíos bautizados), así como por los prisioneros de los campos de concentración y por los millones de seres humanos a los que la guerra ha privado de sus hogares. También ha admitido ser un decidido adversario del nacionalsocialismo y ha declarado que deseaba compartir la suerte de los judíos deportados al Este, para poder rezar allí por ellos.[21]

Un memorándum sin fecha ni firma, redactado probablemente por Woermann, viene a continuación del memorándum de Haidlen en el archivo del secretario de Estado. He aquí su contenido literal:

> Es posible que el nuncio venga a hablar de la detención del deán de la catedral de Santa Eduvigis, Lichtenberg. Como motivo de su arresto puede decirse que, coincidiendo con las recientes deportaciones de judíos, Lichtenberg ha pronunciado una plegaria por los judíos.[22]

Este último documento merece atención: su autor, previendo una pregunta del nuncio acerca del arresto de Lichtenberg, no trata de dar una excusa general, como «la manifestación de sentimientos hostiles al régimen» o «la incitación al desorden»; sugiere que se diga simplemente a monseñor Orsenigo, como cosa que cae por su propio peso, que Lichtenberg ha sido detenido por haber rezado en favor de los judíos. Al parecer, los alemanes pensaban que semejante respuesta bastaría a monseñor Orsenigo y, de hecho, al propio Papa.

En realidad, monseñor Orsenigo no llegó a plantear preguntas acerca de los motivos de la detención de Lichtenberg. Posteriormente, se limitó a solicitar que el proceso en curso contra Lichtenberg fuese acelerado a causa de la mala salud del sacerdote

encarcelado.[23] Lichtenberg falleció mientras era trasladado a Dachau.

A principios de diciembre Radio Londres hizo pública una información según la cual el nuncio de Berlín había recibido instrucciones para intervenir ante los alemanes sobre la cuestión de los malos tratos infligidos a los detenidos de los campos de concentración. Bergen desmintió esta noticia:

> El subsecretario de Estado monseñor Tardini, que acaba de enterarse de la información difundida por la emisora de Londres según la cual el nuncio en Berlín había recibido instrucciones sobre la cuestión de los campos de concentración de Polonia, ha declarado que esta información era falsa, escribió Bergen el 19 de diciembre.[24]

IV. LA EJECUCIÓN DE REHENES

El 5 de diciembre de 1941 Weizsäcker tuvo la entrevista siguiente con el nuncio Orsenigo:

> El nuncio aludió hoy al tema de los rehenes —escribe el secretario de Estado— para ver si una conversación con nosotros sobre la cuestión de las ejecuciones de rehenes, especialmente las que acaban de tener lugar en Serbia, podría resultar útil. Respondí al nuncio que entre todas las autoridades extranjeras que se habían ocupado de dicho asunto, la Curia se había comportado del modo más inteligente, en el sentido de que había vuelto a mencionar el tema después de lo que yo había dicho de pasada al consejero de la nunciatura Colli. Si la Curia se creía obligada a volver sobre el asunto, yo debería dar al nuncio las mismas respuestas que ya habían recibido Haití, Méjico y otros países.
>
> El nuncio expresó su total asentimiento a lo que yo acababa de decir y destacó que no había mencionado la cuestión ni quería mencionarla. Por otra parte, veía claramente que los Estados extranjeros que experimentaban la necesidad de intervenir, no se sentirían heridos en lo

más mínimo en sus sentimientos humanitarios si fuesen enemigos los que dieran motivo para efectuar tales gestiones.[25]

5
«LA SOLUCIÓN FINAL»

Fase 1942 - Principios 1943

En enero de 1942 los alemanes decidieron la «solución final» del problema judío, o sea el exterminio de todos los judíos residentes en las regiones sometidas a su dominio.[1] «La solución final del problema judío —precisa el protocolo de la conferencia de Wannsee— deberá aplicarse a unos 11 millones de personas».

I. INFORMACIONES LLEGADAS A LA SANTA SEDE A PRINCIPIOS DE I942

¿Qué supo concretamente la Santa Sede sobre la cuestión del exterminio de los judíos a partir del comienzo de 1942? Ésta es una de las preguntas esenciales a las que hubiéramos deseado contestar en nuestro estudio, pero los documentos de que disponemos no permiten rebasar todavía la fase de la conjetura. También en este punto cabe esperar que los archivos del Vaticano no tardarán en permitir que el investigador llegue a una respuesta definitiva.

Dos documentos, que son otros tantos indicios interesantes, dan la impresión de que a principios de 1942 tal vez la Santa Sede sospechara ya algo.

Hans Gmelin, miembro de la legación alemana en Bratislava, declaró bajo juramento en junio de 1948 que, en dos notas remitidas a monseñor Tuka —presidente del consejo eslovaco—, el nuncio apostólico en Eslovaquia le decía (en febrero de 1942) que era inexacto creer que los judíos eran enviados a Polonia para trabajar; en realidad, era para exterminarlos.[2]

El 9 de febrero Weizsäcker anota la siguiente entrevista con el nuncio Orsenigo:

> El nuncio me pidió que viera si se podían trasladar a Dachau los sacerdotes internados en el campo de concentración de Auschwitz. Por tratarse de él, un representante de la Curia, era sin duda una petición harto modesta.[3]

Es posible que el motivo de dicha petición fuese que el nuncio dispusiera de algunas informaciones referentes a la diferencia entre un «campo de concentración» (Dachau) 7 un «campo de exterminio» (Auschwitz).

II. LA INTERVENCIÓN DE LAS ORGANIZACIONES JUDÍAS

El 17 de marzo de 1942, después de una entrevista con monseñor Bernardini, nuncio apostólico en Berna, varios representantes de la Agencia judía, del Congreso Judío Mundial y de la Comunidad suiza-israelí, le remitieron la Carta y el compendio siguientes:

> Excelencia:
>
> Como continuación de la audiencia que Vuecencia tuvo a bien acordarnos ayer, nos permitimos remitirle en este pliego, tal como nos indicó, un breve compendio (por duplicado) sobre la situación de los judíos en los países de la Europa central y oriental.
>
> Nos tomamos la libertad de llamar su especial atención sobre el caso de Eslovaquia, Croacia, Hungría y de la Francia no ocupada, donde las medidas adoptadas o en curso pueden aún ser revocadas, o por lo menos suavizadas por una intervención de la Santa Sede, intervención que nos hemos permitido sugerir a Vuecencia.
>
> Aprovechamos esta oportunidad para expresarle nuestros sentimientos de profunda gratitud por la benevolente y comprensiva acogida dispensada a la delegación de las organizaciones judías que tuvo el privilegio de visitarle ayer.
>
> Le rogamos, Excelencia, que se sirva aceptar el testimonio de nuestra respetuosa consideración.[4]

Sigue el texto del compendio:

> 1. Las múltiples medidas dictadas por un antisemitismo violento y tomadas contra los judíos que habitan en Alemania y los territorios

anexionados por Alemania durante los últimos años, son más o menos conocidas por la opinión pública. Consisten en la exclusión absoluta de los judíos de todas las profesiones, oficios y actividad económica en general, o bien en su incorporación al sistema de trabajos forzados adoptado por necesidades de la guerra. Consisten también en la confiscación de casi todos sus bienes y, en innumerables casos, en persecuciones del orden de arresto, internamiento en campos de concentración, o expulsión en masa de los judíos, previamente despojados de todo cuanto poseen, hacia Polonia o a campos de concentración en Francia. A causa de la emigración forzada que tiene lugar desde el principio de la guerra y por el hecho de las privaciones y persecuciones por ellos sufridas, el número de judíos austríacos y alemanes ha pasado de unos 800.000 a unos 200.000.

Lo que queda de la población judía de la antigua Checoslovaquia, que habita en el Protectorado de Bohemia-Moravia y cuyo número se eleva a unas 70.000 personas, es víctima, desde la ocupación de dicho país, de medidas parecidas y en estos momentos está a punto de ser concentrada en bloque en un gueto establecido en Theresienstadt.

2. Análogas medidas, en algunos casos menos rigurosas pero en otros más rigurosas aún, han repercutido sobre los judíos de todos los países ocupados durante la guerra por el ejército alemán, como es el caso de Bélgica, Holanda, la zona ocupada de Francia, Yugoslavia, Grecia, Países Bálticos y, especialmente, Polonia, donde la concentración de las masas judías en guetos rodeados de murallas infranqueables ha creado una indecible miseria y ha provocado epidemias que, en estos momentos, diezman literalmente a estas poblaciones.

3. Siguiendo el ejemplo dado por Alemania, sus aliados han tomado el mismo camino y han introducido una legislación antisemita o desencadenado violentas persecuciones destinadas a la desposesión total o incluso al exterminio físico de los judíos. Tal es el caso de Rumania, de los Estados de reciente creación de Croacia y Eslovaquia y, hasta cierto punto, el de Hungría, donde actualmente se prepara la incorporación de todos los judíos de dieciocho a cincuenta años a unidades de trabajos forzados.

4. Entre los ejemplos más destacados que ilustran estas persecuciones, citaremos los siguientes:

a) El establecimiento en la Francia ocupada de campos de represalias en Drancy y Compiègne, cerca de París, donde unos 6.000 o 7.000 judíos detenidos en las calles o en sus domicilios el pasado mes de agosto, se

mueren literalmente de hambre y sirven de rehenes a las autoridades militares.

b) El establecimiento de campos de concentración en la Francia no ocupada, por ejemplo en Gurs, Récébédou, Noé, Vernet, Rivesaltes, etc., donde varias decenas de millares de judíos de todas las nacionalidades, que vivían ya en Francia o que se refugiaron aquí a consecuencia del avance de las tropas alemanas en Bélgica, han sido instalados —las mujeres y los niños separados de sus esposos y padres— en sórdidos barracones cercados con alambre de espino, donde vegetan desde hace más de dos años en una miseria inimaginable. Alemania ha mandado también a estos campos a 9.000 judíos alemanes establecidos desde hace siglos en la región de Bade y en el Palatinado.

Además de estos campos, hay también «compañías de trabajadores extranjeros» y «centros de reclasificación social» que, bajo diversas etiquetas, sirven para emplear en trabajos forzados a judíos, gran parte de los cuales sirvieron bajo la bandera francesa durante la guerra.

c) Entre las crueldades cometidas en los países ocupados por Alemania, citaremos el ejemplo de varios centenares de jóvenes judíos holandeses que, sin acusación alguna en su contra, fueron enviados a los campos de concentración de Buchenwald en Alemania y Matthausen en Austria, donde casi todos perecieron a las pocas semanas.

d) Aparte del exterminio lento y constante por el sistema del gueto en toda Polonia, millares de judíos han sido ejecutados por las tropas alemanas en Polonia y en la zona rusa ocupada por Alemania.

e) 18.000 judíos que se encontraban en Hungría (entre los cuales cierto número de judíos húngaros, los demás de otras nacionalidades) han sido expulsados por orden del gobierno y transportados en espantosas condiciones a Galitzia oriental, donde fueron entregados a las autoridades alemanas que los fusilaron a todos, con muy escasas excepciones.

f) A principios del año pasado, cuando tuvo lugar la insurrección de la Guardia de Hierro en Rumania, varios millares de judíos fueron asesinados en las calles de las ciudades rumanas. Sólo en Bucarest murieron casi 2.000 personas —intelectuales, funcionarios de instituciones judías, comerciantes e industriales bien conocidos—. Tuvieron lugar escenas terribles, particularmente en el matadero de Bucarest, donde la Guardia de Hierro arrastró a los judíos para sacrificarlos allí como si fuesen animales.

g) La mayor parte de los judíos de Bucovina, cuyo número se elevaba a 170.000, fueron obligados a abandonar sus residencias y trasladados, a

principios de invierno, en vagones descubiertos hasta Rusia. Al llegar a la frontera rusa, una cuarta parte había fallecido ya. Los supervivientes fueron obligados a caminar durante seis días en dirección a Mohilew. Los que no se encontraban en condiciones de andar fueron fusilados.

h) Cuando Besarabia fue ocupada de nuevo por las tropas alemanas y rumanas, 92.000 judíos fueron pasados por las armas. Un informe digno de fe dice a este respecto: en cada ciudad o pueblo, los judíos fueron reunidos en una plaza —hombres, mujeres, niños, ancianos, enfermos, incluso los enfermos que se hallaban internados en hospitales— y después de pasar varios días torturados y sin comer, fueron fusilados. Entre las víctimas figuraba el Gran Rabino de Kichinew.

i) En Croacia, donde después del desmembramiento de Yugoslavia había 30.000 judíos, varios millares de familias fueron deportados a islas desiertas de la costa dálmata, o encarcelados en campos de concentración. Después de algún tiempo, todos los judíos *varones* de Croacia (a imitación de lo ocurrido en Serbia, ocupada por Alemania) fueron enviados a campos de trabajo donde se les emplea en los trabajos de desecación y saneamiento y donde perecen en gran número a causa del trato inhumano y la falta de víveres y ropas. El gobierno croata no ha permitido siquiera que se les envíen socorros, y resulta casi imposible mantener contacto con los internados. Al mismo tiempo se envió a sus mujeres e hijos a otro campo donde soportan también las peores privaciones.

j) En Eslovaquia se promulgó el año pasado una legislación antisemita que regula todos los detalles de la vida judía, a imitación de la legislación alemana. A principios de este mes han estallado graves disturbios antisemitas. Al mismo tiempo, el gobierno ha promulgado nuevos decretos que apuntan hacia la «concentración» de toda la población judía de Eslovaquia, que asciende a 90.000 personas. Según informes recibidos estos últimos días, esta concentración deberá efectuarse en las siguientes condiciones: se autorizará a cada judío a llevar un traje, una camisa y un par de zapatos; todos los demás bienes serán confiscados por la Guardia Hlinka. Se han hecho preparativos para enviar, de aquí al 23 de marzo, a la población judía a campos o guetos cercanos a la frontera polaca. Es de temer que desde allí se les envíe al interior de Polonia, donde sufrirán la misma suerte que las multitudes judías expulsadas de Rumania.

5. Es preciso señalar que entre los judíos de Hungría, Rumania y Eslovaquia se encuentran varios centenares de familias que poseen visados de inmigración para Palestina o países americanos. Aparte de las

> gestiones que podrían emprenderse para una mejoría general de la suerte de las poblaciones judías perseguidas y amenazadas, es también del todo urgente intentar gestiones ante las autoridades competentes y, en especial (para el caso de la emigración a América), ante el gobierno italiano, con vistas a obtener los visados de tránsito o, eventualmente, los pasajes en convoyes especialmente organizados, para que los emigrantes puedan llegar a su puerto de embarque.[5]

Este documento, remitido sin duda al Vaticano por monseñor Bernardini, no hace más que confirmar las informaciones procedentes de otras fuentes que el principio del capítulo dejaba adivinar. Tal vez la Santa Sede se diese cuenta de que Alemania había emprendido una acción general que iba a extenderse rápidamente a todos los países sometidos a su dominación. ¿Cuál sería su reacción? En 1942, aparte de la intervención del nuncio en Eslovaquia, los documentos alemanes sólo revelan una intervención del nuncio apostólico en Francia ante el gobierno del mariscal Pétain y unas intervenciones de monseñor Orsenigo cuyo carácter describiremos más adelante.

III. LA DEPORTACIÓN DE LOS JUDÍOS DE FRANCIA

En el mes de julio de 1942 se inició la deportación de los judíos de Francia. Basta un documento para dar una imagen bastante precisa de la situación. El 6 de julio de 1942, el SS-Hauptsturmführer Dannecker envió a la Oficina central de seguridad del Reich el siguiente informe:

> Las conversaciones con el gobierno francés han dado los siguientes resultados:
>
> Todos los judíos apátridas de las zonas ocupadas y no ocupadas estarán preparados para la deportación. El presidente Laval ha propuesto que cuando tenga lugar la deportación de las familias judías de la zona no ocupada, se incluyan también en ella los niños judíos menores de dieciséis años. La cuestión de los niños judíos que permanecían en zona ocupada no era de su incumbencia…

> Para concluir, añado que con el fin de poner el asunto en marcha rápidamente sólo se ha podido tratar por el momento de los judíos apátridas y extranjeros. Cuando tenga lugar la segunda fase, nos ocuparemos de los judíos naturalizados en Francia desde 1919 o después de 1927.[6]

Fue entonces cuando, por mediación del nuncio, monseñor Valerio Valeri, la Santa Sede intervino ante el gobierno de Pétain para obtener una atenuación de las medidas previstas. El 18 de agosto de 1942 Bergen escribía:

> Según me entero de fuente estrictamente confidencial, la Santa Sede ha intervenido a través de su nuncio ante el gobierno de Vichy para conseguir una atenuación de las medidas adoptadas en Francia contra los judíos. Con ello el Vaticano ha dado su conformidad a las peticiones que, procedentes de diversos lugares, se le dirigían a este respecto. Sin embargo, no hay que conceder a esta iniciativa un significado más importante que a todas las demás iniciativas humanitarias emprendidas por el Vaticano en respuesta a distintas demandas, sea cual fuere el sitio de donde procedan.[7]

Diez días más tarde el embajador del Reich en París, Abetz, aportó los siguientes detalles complementarios:

> Las informaciones confidenciales llegadas a la Embajada en el Vaticano con respecto a una intervención del nuncio en Vichy y referentes a las medidas puestas en vigor en Francia contra los judíos, no están desprovistas de todo fundamento. Valerio Valeri ha abordado este problema en una entrevista con Laval, hace algunas semanas, aunque sin referirse a una instrucción de Roma. Laval se ha abstenido de toda reacción.
>
> Ayer Laval me hizo saber que el obispo de Toulouse había ordenado a los sacerdotes de su diócesis que protestaran enérgicamente desde sus púlpitos contra las deportaciones de judíos. Cuando Laval se enteró de ello, convocó inmediatamente a monseñor Rocco, sustituto del nuncio que se hallaba ausente, y le pidió del modo más correcto que llamara la atención del Papa y del cardenal secretario de Estado Maglione sobre el hecho de que el gobierno francés no toleraría esta intromisión de la Iglesia en los asuntos del Estado francés. Laval destacó en particular ante Rocco que si el clero llegaba a conceder asilo a los judíos destinados a

ser deportados en iglesias o monasterios, él no vacilaría en hacerlos salir de allí con ayuda de la policía. Además, las medidas antijudías no representaban ninguna novedad para la Iglesia, puesto que fueron los papas los primeros en introducir el uso del sombrero amarillo para designar a los judíos. La semana pasada, el mensaje del arzobispo de Toulouse sólo fue leído en algunas iglesias. La mitad de los sacerdotes, aproximadamente, no siguieron las instrucciones dadas… sino que, por el contrario, llamaron la atención de las prefecturas sobre las maniobras subversivas del arzobispo.[8]

Finalmente, el 14 de septiembre, Bergen comunicó a Berlín los últimos pormenores que acababa de saber acerca de este asunto:

Acabo de recibir de medios allegados al Vaticano la siguiente información confidencial: las medidas tomadas en Francia contra los judíos han provocado una intensa agitación en los medios católicos e intelectuales del país.

Cuando el gobierno de Pétain adoptó las primeras medidas antijudías al día siguiente del armisticio, gozó de una aprobación general. Se trataba entonces, esencialmente, de la expulsión de personas que habían huido de Polonia, Rumania y otros países, y que habían sido aceptadas por Francia sin distinción y con detrimento por su parte.

Ahora, en cambio, son los judíos franceses quienes son entregados a Alemania, tanto en la zona ocupada como en la libre. Estas medidas han sido criticadas por las autoridades eclesiásticas, en particular a causa del modo en que se llevan a cabo. Han protestado ya los arzobispos de París y de Lyon, y varios otros obispos. Dichas protestas se han dado a conocer a la población en la medida de lo posible y no siguen instrucciones del Vaticano.

El gobierno francés ha cursado la orden de detener a los sacerdotes que concedan asilo a los judíos destinados a la deportación o les ayuden a sustraerse a ella por cualquier medio. En consecuencia, varios sacerdotes de la diócesis de Lyon han sido ya detenidos, algunos de ellos porque difundían la protesta de su arzobispo y otros porque se negaban a entregar a los niños de raza judía que les habían sido confiados.

Las gestiones emprendidas por la Santa Sede ante el gobierno francés para obtener la atenuación de las medidas adoptadas contra los judíos no han conseguido resultados. Las informaciones que llegan al Vaticano causan una impresión considerable.[9]

Entre los clérigos franceses detenidos se encuentra el padre Chaillet, provincial de los Jesuitas de Lyon, acusado de haber ocultado a 80 niños judíos.[10]

Parte del episcopado y del clero francés había adoptado una actitud valerosa ante la persecución de los judíos. Ya en diciembre de 1941 monseñor Théas, obispo de Montauban, dirigía al rabino de su ciudad la Carta siguiente:

> … Las vejaciones y la brutal persecución de que son víctimas sus correligionarios provocan protestas de la conciencia cristiana y de todo lo que hay de honrado en la humanidad.
>
> Quiero asegurarle mi más viva simpatía y mis plegarias. Llegará la hora de la justicia divina. Tengamos confianza…[11]

El 14 de junio de 1942 el padre Dillard invitó a sus fieles, en plena iglesia de San Luis, en Vichy, a orar por los prisioneros de guerra, «pero también por los 80.000 franceses a los que se humilla obligándoles a ostentar una estrella amarilla». El padre Dillard murió en Dachau.[12]

El 30 de agosto, monseñor Saliège, arzobispo de Toulouse, hizo leer en todas las iglesias la Carta pastoral que Abetz mencionaba en su comunicado:

> Mis queridos hermanos:
>
> Existe una moral cristiana, existe una moral humana que impone deberes y reconoce derechos. Estos deberes y estos derechos proceden de la naturaleza humana.
>
> Proceden de Dios. Pueden ser violados, pero no hay mortal alguno que tenga poder para suprimirlos. Que niños, mujeres, padres y madres sean tratados como un vil rebaño, que miembros de una misma familia se vean separados unos de otros y embarcados rumbo a un destino desconocido, es un triste espectáculo cuya contemplación estaba reservada a nuestros días. ¿Por qué no existe ya el derecho de asilo en nuestras iglesias? ¿Por qué somos unos vencidos? Señor, tened piedad de nosotros. Nuestra Señora, rogad por Francia. En nuestra diócesis tienen lugar escenas espantosas en los campos de Noé y de Récébédou. Los judíos son hombres. Las judías son mujeres. Los extranjeros son hombres, las extranjeras son mujeres. No está todo permitido contra ellos, contra estos hombres y estas mujeres, contra estos padres y madres

de familia. Forman parte del género humano. Son hermanos nuestros como tantos otros. Un cristiano no puede olvidarlo. Francia, patria amada, Francia que llevas en la conciencia de todos tus hijos la tradición del respeto a la persona, Francia caballerosa y generosa, no dudo de que no eres responsable de estos horrores.

Recibid, hermanos míos, el testimonio de mi afecto y cariño.

Jules-Gérard Saliège, Arzobispo de Toulouse.[13]

El mismo día, monseñor Théas hizo leer la Carta siguiente:

> Hago pública la protesta indignada de la conciencia cristiana y proclamo que todos los hombres, arios o no arios, son hermanos porque han sido creados por Dios; que todos los hombres, sea cual fuere su raza o su religión, tienen derecho al respeto de los individuos y de los Estados. Y que las medidas antisemitas actuales constituyen un desprecio a la dignidad humana y una violación de los derechos más sagrados de la persona y de la familia.[14]

Se registraron entonces las protestas públicas de varios sacerdotes de la zona ocupada, tales como los párrocos de Saint-Lambert y Saint-Étienne-du-Mont, en París. He aquí, a título de ejemplo, el breve sermón pronunciado en agosto de 1942 por otro sacerdote parisiense, el párroco de Saint-Pierre-du-Gros-Caillou:

> ¿Me preguntáis cuál es la actitud de los católicos? Sabed que se ha hecho lo imposible para lograr atenuar lo que ya había sido previsto.
>
> Mi sermón será corto; sé que tal vez me valga el campo de concentración. Pero es mi deber volver a decirlo: el papa Pío XI ha condenado el racismo. Amén.[15]

No obstante, en la misma época, los obispos de Niza, Fréjus y Mónaco, así como los abades de Leyrins y Frigolet envían un mensaje para reafirmar su lealtad al mariscal y declarar que no se solidarizaban con unos cristianos malos patriotas cuya aparente preocupación por los judíos enmascara su falta de fidelidad al régimen.[16]

IV. GESTIONES DE LOS ALIADOS ANTE LA SANTA SEDE

El 8 de agosto de 1942 Gerhardt Riegner, representante del Congreso Judío Mundial en Ginebra, remitió a Nueva York, por medio de la Embajada de Estados Unidos en Berna, el siguiente mensaje:

> Recibido informe alarmante según el cual ha sido discutido en el estado mayor del Führer plan con vistas a exterminio de golpe de la totalidad de judíos en países controlados por Alemania, en cantidad de 3,5 a 4 millones, después de su deportación y concentración en el Este. Con ello cuestión judía resuelta definitivamente en Europa. Acción preparada para otoño. Medios de ejecución aún en discusión. Se habla de ácido prúsico. Al transmitir información con todas reservas, pues su exactitud no puede ser comprobada por nosotros, destaco se supone que el informador posee estrechos vínculos con las más altas autoridades alemanas y que sus informes son en general seguros.**[17]**

Éste fue el primer informe referente a la «solución final» propiamente dicha. Otras informaciones sobre las medidas de exterminio en curso en Polonia y Rusia, habían llegado a las capitales aliadas desde principios del verano de 1942. Fue entonces cuando los representantes de las democracias trataron de que el Vaticano tomara partido abiertamente.

El 30 de julio de 1942 Harold Tittmann, representante americano ante la Santa Sede en ausencia de Myron C. Taylor, envió el siguiente telegrama al Departamento de Estado:

> En mis recientes informes al departamento, he llamado la atención sobre el hecho de que la ausencia de toda protesta pública por parte de la Santa Sede contra las atrocidades nazis pone en peligro su prestigio moral y mina la fe en la Iglesia y en la misma persona del Santo Padre. En diversas ocasiones, he recordado oficiosamente este peligro al Vaticano; algunos de mis colegas han hecho lo mismo, pero sin éxito. La respuesta sigue siendo invariablemente que el Papa, en sus discursos, ha condenado ya los atentados contra la moral en tiempos de guerra y que mostrarse más específico no conseguiría otra cosa que empeorar la situación.
>
> Ayer, el embajador de Brasil ante la Santa Sede vino a verme para preguntarme si estaba dispuesto a unirme a una gestión concertada (no colectiva sino más bien simultánea) para persuadir al Papa de la

conveniencia de condenar públicamente y en términos específicos las atrocidades nazis en las regiones ocupadas por los alemanes. El señor Accioly me dijo que había recibido ya las instrucciones necesarias de su gobierno para tomar parte en dicha gestión y que trataba de obtener la cooperación de los representantes de Gran Bretaña, Polonia, Bélgica, Yugoslavia, y de tantos países sudamericanos como fuese posible. El embajador de Bélgica había dado ya su consentimiento y el ministro británico, así como el embajador de Polonia, habían telegrafiado pidiendo instrucciones. El embajador de Polonia ha añadido que tenía la impresión de que su gobierno había realizado recientemente gestiones en dicho sentido ante determinados gobiernos aliados.

Aunque tengo mis dudas acerca de poder convencer al Papa para que tome la iniciativa deseada, no veo qué perjuicios podría causar semejante gestión y creo servirá para reforzar los llamamientos individuales efectuados hasta la fecha.

Si el departamento considera interesante que tome parte en dicha gestión, agradeceré el envío de instrucciones lo antes posible.[18]

El 4 de agosto el secretario de Estado Cordell Hull respondió:

Si el embajador de Brasil trata de inducir al Papa a una condena pública de las atrocidades nazis en las regiones ocupadas por Alemania, y si usted está informado de dicha gestión, queda autorizado para efectuar una gestión independiente pero simultánea ante la secretaría de Estado del Vaticano e indicar la condena universal que estos increíbles horrores han provocado en el seno de todos los pueblos libres. Puede indicar igualmente el saludable efecto que obtendría tal condena por parte del Papa para frenar, aunque fuese parcialmente, los actos de las fuerzas nazis.[19]

Algunos días más tarde el subsecretario de Estado americano Sumner Welles describía así una entrevista que acababa de celebrar con el embajador de Inglaterra en Washington:

Sir Ronald Campbell ha venido a verme esta mañana, a petición suya.

El ministro ha declarado que el embajador de Inglaterra en el Vaticano había sido autorizado para dirigirse al cardenal secretario de Estado simultáneamente con otros representantes de las Naciones Unidas (por iniciativa del embajador de Brasil) para pedir que el Vaticano haga cuanto esté en su poder para condenar públicamente los asesinatos de

personas inocentes cometidos por los alemanes en territorios ocupados. Dije al ministro que el representante americano Tittmann había recibido ya la misma autorización.[20]

Visto lo cual, el 14 de septiembre Tittmann envió la siguiente nota al cardenal Maglione:

Siguiendo instrucciones de su gobierno, el encargado de negocios de Estados Unidos ante la Santa Sede tiene el honor de llamar la atención de Su Eminencia el cardenal secretario de Estado sobre el trato cruel e inhumano que las fuerzas de Hitler infligen a las poblaciones civiles en las regiones ocupadas por los alemanes. Y desea subrayar que estas increíbles atrocidades han sido universalmente condenadas y que esta condena universal ha sido expresada por todos los pueblos libres.

El encargado de negocios ha sido también autorizado por su gobierno para señalar que una condena similar de tales atrocidades por parte del Santo Padre podría contribuir a frenar un tanto los actos de las fuerzas del régimen nazi.[21]

Brasil, Gran Bretaña, Bélgica, Polonia, Uruguay y Yugoslavia enviaron a la secretaría de Estado notas redactadas en términos prácticamente iguales.[22] Unos días más tarde Myron C. Taylor hizo llegar al cardenal Maglione una nota mucho más explícita:

Ciudad del Vaticano, 26 de septiembre de 1942.

Mi querido cardenal Maglione:

Tengo el honor de llamar la atención de Vuecencia sobre el memorándum que acaba de recibir mi gobierno.

Lo que sigue se ha recibido de la oficina de Ginebra de la Agencia judía para Palestina en una Carta fechada el 30 de agosto de 1942. Dicha oficina ha recibido el presente informe de manos de dos testigos oculares de toda confianza (arios), uno de los cuales llegó de Polonia el 14 de agosto.

1) Está a punto de efectuarse la liquidación del gueto de Varsovia. Todos los judíos, sin distinción alguna, sea cual fuese su edad o sexo, son deportados del gueto por grupos, y ejecutados. Sus cadáveres se utilizan para la fabricación de grasas y los huesos para la fabricación de abonos. Incluso se desentierran algunos cadáveres con esta finalidad.

2) Estas ejecuciones en masa no tienen lugar en Varsovia, sino en campos especialmente preparados para este fin, uno de los cuales se

encuentra en Belzek. Unos 50.000 judíos han sido ejecutados en el mismo Lemberg, en el transcurso del pasado mes. Según otro informe, 100.000 han sido asesinados en Varsovia. Ya no queda ni un judío con vida en toda la región oriental de Polonia, incluida la Rusia ocupada. Se comunica que también ha sido exterminada la población judía de Sebastopol. Para no llamar la atención de los países extranjeros, la matanza de las poblaciones judías de Polonia no se ha efectuado de golpe.

3) Los judíos deportados de Alemania, Bélgica, Holanda, Francia y Eslovaquia son enviados al exterminio, en tanto que los arios deportados hacia el este de Holanda y Francia son efectivamente utilizados en trabajos.

4) Por el hecho de que matanzas de esta clase llamarían excesivamente la atención en el Oeste, procuran ante todo deportar a los judíos al Este, donde existen menos posibilidades de que personas del exterior se enteren de lo que pasa.

En el transcurso de estas últimas semanas se ha ejecutado ya a gran parte de la población judía deportada hacia Lituania y Lublin. Éste es probablemente el motivo de que no se haya autorizado a los deportados a mantener correspondencia con nadie. Gran número de refugiados alemanes han sido deportados a Theresienstadt. Sin embargo, este lugar es sólo una estación provisional y la gente allí concentrada está destinada a la misma suerte (que los demás).

5) Se han tomado medidas para proceder a nuevas deportaciones de acuerdo con el ritmo de las ejecuciones. Se ven a menudo caravanas de deportados transportados en vagones de ganado. En cada vagón viajan aproximadamente cuarenta personas…

Me sentiría particularmente agradecido si Vuecencia pudiera comunicarme si el Vaticano posee informaciones que tiendan a confirmar los detalles contenidos en este memorándum. Si tal fuese el caso, me agradaría saber si el Santo Padre tiene sugerencias referentes a las medidas prácticas mediante las cuales pudieran utilizarse las fuerzas de la opinión pública civilizada para impedir la continuación de tales atrocidades.**[23]**

El 6 de octubre, Tittmann informó al Departamento de Estado que otros países de la América Latina se habían unido a la iniciativa del embajador del Brasil, Accioly. El encargado de negocios añade:

Parece ser que los esfuerzos del señor Accioly cuentan con el apoyo total y activo de los Jesuitas.

Creo estar enterado de que el Papa concede seria atención al asunto y la impresión general es que va a decir algo en el momento oportuno. En el Vaticano, la opinión en cuanto al acierto de la gestión de Accioly parece estar dividida.

En apariencia, la Santa Sede está todavía convencida de que una denuncia abierta de las atrocidades nazis por parte del Papa, por lo menos en lo que a Polonia se refiere, sólo podría dar como resultado la muerte de muchas más personas.

Sin embargo, monseñor Montini me ha declarado que puede llegar el momento en que, a pesar de una perspectiva tan grave, la Santa Sede se vea obligada a hablar.

… Otro motivo, y tal vez el más importante de los que determinan la reticencia del Papa para denunciar las atrocidades nazis, es su temor de que si lo hace ahora, el pueblo alemán, en la amargura de la derrota, le reprochará más tarde haber contribuido a ella, aunque sea indirectamente. Se me ha indicado que precisamente esta clase de acusación había sido lanzada por los alemanes contra la Santa Sede, después de la última guerra, a causa de ciertas frases pronunciadas por Benedicto XV durante las hostilidades. Si se tiene en cuenta que Pío XII ha pasado largos años de formación en Alemania, no puede parecer inconcebible que se muestre particularmente sensible a esta clase de argumentos.[24]

El 10 de octubre de 1942 Tittmann transmitía la respuesta de la secretaría de Estado:

La Santa Sede ha contestado hoy a la Carta del señor Taylor referente a los sufrimientos de los judíos de Polonia con una declaración oficiosa y sin firmar que me ha sido entregada por el cardenal secretario de Estado —escribe Tittmann.

Después de dar las gracias al embajador Taylor por haber planteado la cuestión a la atención de la Santa Sede, la nota afirma que informes procedentes de otras fuentes y referentes a medidas severas tomadas contra personas no arias han llegado también al Vaticano, pero que hasta el momento no ha sido posible verificar su exactitud. No obstante —añade la nota— es hecho bien sabido que la Santa Sede utiliza todas las ocasiones que se presentan para atenuar los sufrimientos de los no arios.

Lamento —termina diciendo Tittmann— que la Santa Sede no se haya podido mostrar más alentadora, pero por la actitud del cardenal

> secretario de Estado era evidente que no tenía sugerencias prácticas que ofrecer. Creo posible que se extienda la opinión de que existen pocas esperanzas de poner freno a las atrocidades de los nazis como no sea mediante la fuerza procedente del exterior.[25]

El 17 de diciembre todas las naciones aliadas condenaron oficialmente el exterminio de los judíos por los nazis y anunciaron que los responsables no escaparían al castigo:

> A través de numerosos informes llegados de Europa, estos gobiernos (los gobiernos aliados) han llegado a la conclusión de que las autoridades alemanas, no contentas con negar los derechos humanos más elementales a las personas de raza judía de todos los territorios sometidos a su bárbara férula, ponen en práctica su intención, repetida a menudo por Hitler, de exterminar a la población judía de Europa. Los judíos de todos los países ocupados son trasladados a la Europa oriental en espantosas condiciones de horror y de brutalidad. En Polonia, donde ha sido instalado el principal matadero nazi, los guetos creados por los invasores alemanes se han quedado vacíos, a excepción de algunos trabajadores muy especializados necesarios para las industrias bélicas. Se extermina lentamente a las personas en buenas condiciones físicas mediante el trabajo en los campos. Se somete a los enfermos a la muerte por inanición o se les asesina deliberadamente en ejecuciones masivas. Se admite que el número de víctimas de estas sangrientas crueldades se eleva a varios centenares de miles de hombres, mujeres y niños totalmente inocentes.
>
> Los gobiernos aquí mencionados y el Comité nacional francés condenan con el máximo vigor esta política bestial de exterminio puesta en práctica a sangre fría, y declaran que tales acontecimientos sólo pueden reforzar la resolución de todos los pueblos amantes de la libertad de acabar con la bárbara tiranía hitleriana. (Estos pueblos) se reafirman en su solemne resolución de conseguir que los responsables de estos crímenes no escapen al castigo y de apresurar las necesarias medidas prácticas para llegar a este fin.[26]

El gobierno americano intentó entonces, una vez más, que la Santa Sede adoptase una posición clara. En vísperas de Navidad, Tittmann envió a Hull el siguiente despacho:

> En una reciente conversación con el cardenal secretario de Estado, me referí a la declaración común de la Sociedad de Naciones con respecto al exterminio masivo de los judíos en los territorios ocupados por Alemania y le pregunté si la Santa Sede no podía hacer nada en el mismo sentido. Me contestó, como anteriormente, que la Santa Sede no podía denunciar atrocidades específicas, pero que a menudo había condenado las atrocidades en general. Añadió que, privadamente, se hacía todo lo posible para remediar las desdichas de los judíos. Aunque deplorando los actos de crueldad sometidos a su atención, declaró que la Santa Sede no podía verificar los informes de los aliados referentes al número de judíos exterminados *et caetera*.
>
> Según ciertos rumores, en su mensaje de Navidad el Papa adoptará una actitud enérgica a este respecto, pero me temo que sea improbable todo cambio en cuanto a la expresión de las generalidades contenidas en sus últimos mensajes.[27]

Tal vez la Santa Sede obtuviese, a finales de 1942, un informe más concreto todavía que el de las organizaciones judías o el de los aliados: el informe del coronel de las S. S. Gerstein.

V. EL INFORME GERSTEIN

La obra teatral de Rolf Hochhuth, *El Vicario*,ha dado celebridad al personaje del coronel Kurt Gerstein, alistado en las S. S. para «ver» lo que ocurría y advertir al mundo.

En agosto de 1942, Gerstein, que acababa de asistir a unas operaciones de exterminio con gases, trató de ser recibido por el nuncio Orsenigo; su petición no fue atendida. Entonces comunicó un informe al consejero jurídico de monseñor Preysing, arzobispo de Berlín, rogando que fuera remitido a la Santa Sede.[28] No hay ninguna razón para creer que el texto no hubiera sido enviado a Roma.

El informe Gerstein de 1942 fue probablemente casi idéntico al que redactó en fecha de 4 de mayo de 1945, puesto que describe en ambos el mismo suceso; no obstante, en 1942 el coronel podía recordar los detalles con mayor precisión que tres años más tarde.

En cuanto a la veracidad de las afirmaciones de Gerstein, ningún historiador abriga serias dudas en contra de ellas.

No es ocioso reproducir aquí un breve extracto del informe de 1945 pues, teniendo en cuenta que la Santa Sede no ha desmentido hasta hoy haber recibido el informe Gerstein durante la guerra, se tiene derecho a suponer que un texto sensiblemente idéntico al que vamos a citar fue remitido al soberano pontífice a finales de 1942 por monseñor Preysing.

Gerstein se hallaba en el campo de Belzec:

> … Llegó un tren procedente de Lvov: 45 vagones con 6.700 personas, de las cuales 1.450 habían muerto ya. Detrás de las ventanillas enrejadas podían verse niños terriblemente pálidos y asustados, con los ojos llenos de angustia, hombres y mujeres. El tren entró en la estación; 200 ucranianos arrancaron las portezuelas y, con látigos de cuero, hicieron salir a la gente del interior de los vagones. Un altavoz daba instrucciones: despojarse de todas las ropas así como de las prótesis y gafas, etcétera. Entregar todos los objetos de valor en la taquilla, sin bonos ni recibos. Atar cuidadosamente los zapatos (para facilitar la recogida de las prendas), pues en aquel montón de más de 25 metros de alto nadie hubiera podido encontrar los pares. Las mujeres y las muchachas pasaron a la «peluquería» donde, de dos o tres tijeretazos, se les cortaban los cabellos que luego se metían en sacos para patatas.
>
> Un Unterscharführer-SS de servicio me dijo:
>
> —Son para hacer algo especial destinado a los submarinos.
>
> Entonces, empezó el desfile. Encabezados por una joven muy hermosa, hombres, mujeres y niños recorrieron la calle, completamente desnudos, sin prótesis. Yo me quedé junto al capitán Wirth en la rampa, entre las cámaras.
>
> Las madres oprimían a sus bebés contra el pecho mientras subían, titubeando; al fin, entraron en las cámaras de la muerte. Desde una esquina, un corpulento SS gritó a los desdichados con voz clara y pastoral:
>
> —¡No os ocurrirá nada malo! Únicamente es necesario respirar con gran fuerza dentro de las cámaras. Es para reforzar los pulmones, un medio para evitar las enfermedades y las epidemias.
>
> A la pregunta sobre cuál sería su suerte, respondió:
>
> —Como es natural, los hombres deberán trabajar, construir casas y calles. Las mujeres no serán obligadas a ello y se ocuparán de las tareas

domésticas y de la cocina.

Para algunos de aquellos desgraciados era una última y débil esperanza, lo bastante como para obligarles a caminar sin resistencia hacia las cámaras de la muerte. La mayoría sabía de qué se trataba, el olor les anunciaba su destino. Treparon por una pequeña escalera y lo vieron todo. Madres con sus hijitos oprimidos contra el pecho, niños de corta edad, personas adultas, hombres y mujeres, completamente desnudos. Vacilaban, pero al fin entraron en las cámaras de la muerte empujados por los que les seguían o por los látigos de cuero de los SS, la mayor parte de ellos sin decir palabra… Muchos rezaban sus oraciones. Yo rogué con ellos. Me refugié en un rincón e imploré a mi Dios y al suyo. Hubiera deseado entrar con ellos en las cámaras de gas, hubiera querido morir con su misma muerte. Después se hubiera descubierto en las cámaras de gas a un oficial SS de uniforme; se habría considerado un accidente y el asunto hubiera quedado archivado. Pero todavía no podía hacerlo. Ante todo, debía dar a conocer lo que vi allí. Las cámaras se llenaron. «Bien llenas» había ordenado Wirth. La gente estaba tan apiñada que se pisaban entre sí. ¡700 u 800 personas en 25 metros cuadrados, en 45 metros cúbicos! Los SS los oprimían unos contra otros, en la medida de lo posible. Las puertas se cerraron. Entretanto, los demás esperaban fuera, desnudos. Alguien me dijo:

—En invierno se hace lo mismo.

—Pero ¡esto puede causarles la muerte! —contesté yo.

—Para eso están aquí —replicó un SS.

Los gases de escape del Diesel tenían la misión de matar a los desdichados. Pero el motor no funcionó… Los hombres esperaron en las cámaras de gas. En vano. Se les oía llorar, sollozar… Después de 2 horas y 49 minutos —el reloj lo había registrado todo— el Diesel se puso en marcha. Hasta ese momento aún había hombres vivos en las cuatro cámaras, ¡cuatro veces 750 hombres en cuatro veces 45 metros cúbicos! Pasaron 25 minutos. Muchos habían muerto ya. Se podía ver a través de la ventanilla, pues una bombilla eléctrica iluminaba de vez en cuando el interior de las cámaras. Al cabo de 28 minutos, pocos quedaban con vida. ¡A los 32 minutos, habían muerto todos!

En su informe de 1945, Gerstein escribió:

Traté de poner al corriente al nuncio apostólico de Berlín. Me preguntaron si era militar. Después, la entrevista me fue denegada y fui obligado a abandonar la Embajada de Su Santidad… Lo he explicado a

> centenares de personas, entre ellas al doctor Winter, síndico del obispo católico de Berlín, rogándole que lo comunicara al Papa…[29]

Puede alegarse que aun en el caso de que el informe Gerstein llegase a la Santa Sede, era difícil que convenciese debido a la extraña personalidad de su autor. ¿Cómo creer a un SS que se declara hostil al régimen hasta el punto de divulgar tales secretos? ¿No se trataría de algún desequilibrado? En realidad, esta objeción no es muy plausible pues el informe Gerstein no hacía más que barajar y confirmar los informes de las organizaciones judías, los de los aliados y, por último, los de varios oficiales alemanes, uno de los cuales, por lo menos, había venido expresamente del frente ruso para comunicar al cardenal Faulhaber los hechos que él había presenciado.[30]

Señalemos finalmente que en una Carta fechada el 8 de noviembre de 1942, monseñor Sapieha, arzobispo de Cracovia, se lamentaba ante el gobernador general Frank de que habían sido utilizados trabajadores polacos para participar en el exterminio de los judíos.[31]

VI. EL MENSAJE DE PÍO XII EN LA NAVIDAD DE 1942

Harold Tittmann había escrito en diciembre de 1942 que «según ciertos rumores, el Papa adoptaría una actitud enérgica en su mensaje de Navidad, pero —añadía Tittmann— temo que sea improbable todo cambio en cuanto a la expresión de las generalidades contenidas en sus últimos mensajes».

En realidad, Pío XII dijo algo y, como indican los documentos que presentaremos a continuación, parece como si el Pontífice creyese haberse mostrado muy explícito. Es imposible reproducir aquí el texto completo de este largo mensaje de Navidad. Nos limitaremos a insertar la página 24 del texto de 26 páginas, donde aparece el fragmento en cuestión:

> ¿Desean, pues, los pueblos permanecer como testigos inactivos de un progreso (de la guerra) tan desastroso? ¿No convendría, más bien, que

sobre las ruinas de un orden público que ha dado pruebas tan trágicas de su incapacidad para asegurar el bien del pueblo, se unieran todos los corazones rectos y magnánimos en el voto solemne de no concederse ningún descanso hasta que, en todos los pueblos y todas las naciones de la tierra, se convierta en legión el número de aquellos que, decididos a devolver la sociedad al inquebrantable centro de gravitación de la ley divina, aspiran a dedicarse al servicio de la persona humana y de la comunidad ennoblecida en Dios?

> Este voto la humanidad lo debe a los innumerables muertos sepultados en el campo de batalla; el sacrificio de sus vidas en cumplimiento de su deber es el holocausto ofrecido por un orden social nuevo y mejor.
>
> Este voto la humanidad lo debe a esta multitud infinita, dolorosa, de madres, de viudas, de huérfanos, que han visto como les era arrebatada la luz, la fuerza, el apoyo de sus vidas.
>
> Este voto la humanidad lo debe a los innumerables exiliados que el huracán de la guerra ha arrancado de sus patrias y ha dispersado en tierra extranjera, y que podrían hacer suya la lamentación del profeta.
>
> *Este voto la humanidad lo debe a centenares de millares de personas que, sin ninguna culpa por su parte, por el único hecho de su nacionalidad o de su raza, se han visto abocadas a la muerte o a una progresiva extinción* [subrayado por el autor S. F.].
>
> Este voto la humanidad lo debe a estos miles y miles de no combatientes —mujeres, niños, enfermos, ancianos— a los que la guerra aérea, cuyos horrores hemos denunciado repetidas veces desde el principio, ha arrebatado sin distinción la vida, los bienes, la salud, las casas, los refugios de la caridad y la plegaria.

La alusión a aquellos que, por el solo hecho de su raza, se hallan abocados a la muerte o a una progresiva extinción, parece haber escapado a la mayor parte de los oyentes del Papa y a los alemanes en primer lugar; ninguno de los documentos de la Wilhelmstrasse dedicados al análisis del mensaje pontificio señala este punto.

Poco después de Navidad, Harold Tittmann tuvo una conversación con el Papa:

> En lo que se refiere a su mensaje de Navidad —escribe Tittmann— el Papa me ha dado la impresión de creer sinceramente que se había expresado con suficiente claridad para satisfacer a todos aquellos que últimamente habían insistido para que pronunciara algunas palabras

condenando las atrocidades nazis. Me ha parecido sorprendido cuando le he dicho que no todo el mundo opinaba lo mismo.

Me ha dicho que, en su opinión, resultaba evidente ante los ojos de todo el mundo que al hablar de centenares de miles de personas muertas o torturadas sin que se les pudiera imputar falta alguna, y a veces tan sólo a causa de sus orígenes raciales o de su nacionalidad, había aludido a los polacos, a los judíos y a los rehenes.

Me ha dicho que al hablar de estas atrocidades, no habría podido mencionar a los nazis sin mencionar igualmente a los bolcheviques y que, según creía, ello no habría agradado en lo más mínimo a los Aliados.

Ha manifestado su temor de que los relatos aliados sobre las atrocidades sean ciertos, pero indicándome con su actitud que, en su opinión, había alguna exageración destinada a fines propagandísticos. En conjunto, considera que su mensaje debería contar con una buena acogida por parte del pueblo americano, a lo que yo he contestado que estaba de acuerdo con él.[32]

Dadas las circunstancias, las palabras del Papa son de muy difícil interpretación; la frase «exageración con fines propagandísticos» no es muy clara si se tienen en cuenta los numerosos informes coincidentes llegados a la Santa Sede en 1942. En cuanto a las atrocidades bolcheviques mencionadas por el soberano pontífice, ¿a qué se refiere? El acontecimiento que acude a la memoria, por lo menos en el período de 1939 a 1944, es la matanza de los 30.000 oficiales polacos en Katyn, generalmente atribuida a los rusos. Pero las primeras noticias relativas a dicha matanza fueron difundidas por los alemanes, primeros interesados en su publicación, en abril de 1943, o sea varios meses después de la entrevista entre Tittmann y el Papa. Por consiguiente, es probable que el Papa no se refiriese a ningún hecho concreto y condenara a los bolcheviques en términos generales.

Mencionamos aquí de paso lo que, al parecer, se convirtió en la mayor preocupación de la Santa Sede a partir de 1943: la amenaza bolchevique.[33] Al referirse a unas atrocidades bolcheviques, probablemente difíciles de precisar en enero de 1943, y al invocar este argumento para explicar su silencio ante la matanza de judíos, el soberano pontífice podía dar quizá la impresión de que existía un

nexo entre este silencio y el temor ante la amenaza bolchevique. En efecto, condenar a los alemanes significaría debilitar el baluarte que el Reich constituía contra el bolchevismo. Evidentemente, sólo se trata de una hipótesis que ningún texto prueba de forma explícita.

Señalemos por último que disponemos ya de dos explicaciones distintas dadas por la Santa Sede como justificación de su silencio: la del cardenal Maglione, según la cual el Papa no podía denunciar atrocidades específicas, y la de Pío XII, quien dijo que sólo denunciaría las atrocidades alemanas si pudiese hacer lo mismo con respecto a las atrocidades bolcheviques. El Papa dio otras explicaciones en su Carta a monseñor Preysing en abril de 1943, y en su alocución al Sacro Colegio es el mes de junio del mismo año.

VII. CARTA DEL PAPA A MONSEÑOR PREYSING Y ALOCUCIÓN AL SACRO COLEGIO

El 30 de abril de 1943, el Papa dirigió a monseñor Preysing, arzobispo de Berlín, la Carta siguiente:

> Deseamos ante todo, venerable hermano, daros las gracias por las felicitaciones que Nos habéis dirigido, personalmente o en nombre de vuestro clero y de vuestra diócesis, en diferentes circunstancias, especialmente en diciembre con ocasión de las fiestas de fin de año, y en el aniversario de Nuestra elección al soberano pontificado. Sabemos de qué corazón fiel y lleno de un espíritu de fe proceden. Os agradecemos particularmente, y también a vuestros fieles, vuestras santas plegarias. En vuestra Carta del 27 de febrero último Nos asegurábais vuestras continuas oraciones, sabiendo perfectamente que «rara vez Dios había impuesto una carga tan pesada sobre las espaldas de un Papa al principio de su pontificado, con esta espantosa guerra mundial y todos los males y pecados que son su consecuencia». En verdad, hay que mostrar siempre prudencia cuando se quiere comparar el presente con el pasado, y no queremos subestimar en modo alguno las miserias y preocupaciones que han gravitado sobre las espaldas de Nuestros predecesores. Sin embargo, la sincera voluntad de Papa de caminar, con toda imparcialidad, delante de todas las potencias de este mundo en el vasto y trastornador conflicto que las opone y al mismo tiempo proteger cuidadosamente a la Santa

Iglesia contra sus consecuencias, rara vez ha constituido para la Santa Sede una prueba tan pesada como ahora. Pero lo que más preocupa son «todos los males y pecados que son consecuencia de la guerra», según vuestra justa expresión. La crueldad de la técnica bélica, que evoluciona de manera desenfrenada, convierte en insoportable la perspectiva de que esta matanza recíproca pueda durar aún largo tiempo. Día tras día llegan a Nos noticias de actos inhumanos que nada tienen que ver con las auténticas necesidades de la guerra y que Nos llenan de estupor y espanto. Sólo el recurso de la plegaria a un Dios que todo lo ve, junto al tabernáculo del Redentor, permite hallar la fuerza moral para remontar psíquicamente la impresión causada por tales actos.

La actitud nazi ante los esfuerzos del Papa para conseguir que la guerra sea menos inhumana

También vos habéis debido conocer la terrible experiencia de la guerra en esta forma tan penosa que son los bombardeos aéreos. Una vez más os decimos, y también a vuestros diocesanos, cuánto deploramos con vosotros la destrucción de la catedral de Santa Eduvigis a consecuencia de la última incursión contra Berlín. Los fieles deben saber que a diario Nos ofrecemos una oración y una bendición especiales para los que día a día, en uno u otro bando, son víctimas de los bombardeos aéreos. Hacemos cuanto está en Nuestro poder para atenuar los males de la guerra, y trabajamos sin cesar para que la población civil se vea respetada en lo posible, sin dejarnos desalentar por las débiles probabilidades de éxito. No es culpa Nuestra si la total equidad ante los problemas planteados por la guerra Nos obliga ahora, cuando es Alemania quien más debe sufrir bajo los bombardeos aéreos, a emprender una discreta mediación —independientemente del hecho de que las autoridades alemanas, a consecuencia de la presencia en Roma del arzobispo de Nueva York, o más bien a causa de rumores que han corrido referentes a su visita a Roma, han dado a conocer públicamente que Alemania no estaba interesada en los esfuerzos del Papa para lograr que la guerra sea más humana—. En Nuestras gestiones para humanizar la guerra, Nos tenemos igual solicitud para todas sus víctimas, para todos aquellos que sufren material o moralmente a causa de la contienda. Éstos, tanto en Alemania como en el resto del mundo, depositan su esperanza en Nuestra ayuda.

Hubiéramos deseado vivamente que Nuestro servicio de noticias de los prisioneros pudiera aprovechar tanto a Alemania como a los demás países. Este servicio se desarrolló por sí mismo hasta convertirse en lo que es actualmente a consecuencia de las peticiones de intervención presentadas a la Santa Sede, y a las que muy a menudo otras autoridades no hubiesen podido corresponder. Al igual que otras obras Nuestras de guerra —y damos por ello gracias a Dios—, ha podido hacer mucho bien. No acertamos a comprender qué motivo ha podido impulsar a las autoridades alemanas a prohibir el acceso del territorio alemán a las obras pontificias. Dicha prohibición se ha sentido particularmente aquí cuando se ha tratado de un millar de mensajes de prisioneros alemanes que han sido dirigidos a Nuestro servicio para ser enviados a sus familias en Alemania. Hemos conseguido por fin nuestro propósito, pero de un modo indirecto y con las mayores dificultades. Desde el otoño de 1942 llegan de Alemania, en número cada vez mayor, consultas con respecto a desaparecidos o prisioneros que se hallaban en el frente ruso, especialmente en Stalingrado. Estas gestiones reflejan una angustia impresionante. Por Nuestra parte, haremos cuanto podamos para obtener noticias de los prisioneros que se encuentran en Rusia, pero por desgracia, hasta la fecha, no hemos obtenido ningún resultado.

Las Cartas pastorales de los obispos alemanes

Os agradecemos, venerable hermano, las palabras claras y francas que, en diversas circunstancias, habéis dirigido a vuestros fieles y, a través de ellos, al público. Recordamos, entre otras, vuestras declaraciones del 28 de junio de 1942 sobre el concepto cristiano del derecho; las del domingo de Difuntos de noviembre último acerca del derecho de todo hombre a la vida y al amor; pensamos asimismo en vuestra pastoral de Adviento, que ha sido también adoptada en las provincias eclesiásticas del Oeste, sobre los derechos soberanos de Dios, los derechos del individuo y de la familia.

Nadie debe pretender que la valerosa actitud de los obispos pueda perjudicar a vuestra patria ante la opinión mundial, cuando reivindica ante su gobierno, los derechos de la religión, de la Iglesia y de la persona, en favor de aquellos que se hallan indefensos y oprimidos por la fuerza pública, tanto si las víctimas son o no hijos de la Iglesia. En vez de comprometer a vuestra patria, esta animosa defensa del derecho y de la

humanidad merecerá, para ella y para vosotros, el respeto de la opinión mundial, y podrá en el futuro revelarse benéfica.

Como Pastor supremo de los fieles, Nos tenemos la preocupación de que las convicciones y la fe de vuestros católicos permanezcan limpias del compromiso con unos principios y acciones contrarios a la ley de Dios y al espíritu de Cristo, y que incluso a menudo les hacen escarnio. Por no citar más que un ejemplo reciente, fue para Nos un consuelo enterarnos de que los católicos, en especial los de Berlín, habían dado pruebas de gran caridad ante los sufrimientos de los «no arios». Sea ésta ocasión de expresar Nuestro paternal reconocimiento y Nuestra profunda simpatía a monseñor Lichtenberg, que se halla en prisión.

Pero nos duele el pensar que progresivamente, y tal vez casi inconscientemente, estos conceptos puedan penetrar en la mentalidad de los católicos, particularmente en la de los jóvenes, por la fuerza de la costumbre y una incesante propaganda. Vos sabéis que la Santa Sede ha considerado las cuestiones litúrgicas planteadas ante vos como suficientemente importantes para que se hiciera eco de ellas. Reconocemos, no obstante, que concedemos una importancia mucho mayor a que las conciencias cristianas queden protegidas ante todos estos venenos que las amenazan. ¿De qué serviría embellecer aún más la liturgia de la Iglesia si, en lo exterior, el pensamiento y las acciones de los fieles se convirtieran, en sus vidas, en extraños a la ley y al amor de Cristo?

Los motivos de la reserva del Papa

En lo referente a las declaraciones episcopales, dejamos a los pastores que trabajan directamente sobre el terreno el cuidado de apreciar si, y en qué medida, el peligro de represalias y de coacciones, así como tal vez otras circunstancias debidas a la duración y a la psicología de la guerra, aconsejan la reserva —a pesar de las razones que pudiera haber para intervenir— con el fin de evitar males mayores. Éste es uno de los motivos por los cuales Nos mismo nos hemos impuesto límites en nuestras declaraciones. La experiencia que Nos tuvimos en 1942, dejando reproducir libremente documentos pontificios para uso de los fieles, justifica Nuestra actitud, en la medida que Nos podemos observar.

Os hemos hablado extensamente de estas cuestiones, no porque tengáis necesidad de nuestras exhortaciones para actuar, sino porque por una parte conocemos vuestro valor y vuestro gran celo con respecto al

honor de la Santa Iglesia, y por otra parte porque sabemos que juzgáis la situación con prudencia y sangre fría. Para el representante de Cristo, el sendero por el que debe caminar para mantener el justo equilibrio entre las contradictorias exigencias de su cargo pastoral, es siempre el más incómodo y pedregoso.

Estamos pensando en las medidas contra la Iglesia de las que Nos habéis informado en vuestra Carta: confiscación de bienes eclesiásticos, ocupación de vuestro seminario de Hedwigshoehe, limitación o prohibición del apostolado entre los polacos deportados en Alemania o de la enseñanza religiosa de los niños polacos; prohibición de celebrar matrimonios con polacos, etc. Todo esto, como siempre, no es más que parte de un vasto plan que trata de sofocar la vida de la Iglesia en el territorio donde se ejerce la autoridad alemana. Como sabéis, la más duramente afectada es la Iglesia católica de Warthegau. Nos sufrimos vivamente ante la incalificable desdicha de los fieles de esta región, tanto más cuando se da el caso de que todas las tentativas de intervención en su favor ante el gobierno se han estrellado contra una brutal negativa. Las consideraciones de que hemos hablado antes —y en el caso de la Warthegau, sobre todo el temor de que lo que aún subsiste allí de vida pastoral se vea amenazado a su vez— Nos han impedido hasta el presente denunciar abiertamente la situación planteada allí a la Iglesia.

Nos hallamos relativamente bien informados acerca de la situación y la suerte de los sacerdotes que se encuentran en campos de concentración, entre los cuales los polacos son con mucho los más numerosos. Si se presenta alguna posibilidad, convendría hacer saber a cada sacerdote y a sus compañeros de cautiverio que son objeto de Nuestra más profunda simpatía, que en estos tiempos de sufrimientos y crueldades, pocos destinos están tan cercanos a Nuestro corazón como el suyo, y que cada día rogamos mucho por ellos.

Tenemos ante Nos el texto del memorándum dirigido por el episcopado alemán al gobierno del Reich. Podéis ver ahora personalmente las escasas probabilidades de éxito que puede tener una súplica confidencial dirigida al gobierno. Sin embargo, esta memoria servirá en todo momento para justificar al episcopado ante el mundo después de la guerra.

La acción de la Santa Sede en favor de los judíos

Para los católicos no arios, así como para los de confesión judía, la Santa Sede ha ejercido, en la medida de sus responsabilidades, una acción caritativa en el plano material y moral. Por parte de los organismos de ejecución de Nuestras obras de socorro, esta acción ha requerido mucha paciencia y desinterés para responder a la expectación —podría decirse también a las exigencias— de aquellos que solicitaban ayuda, y también para solucionar las dificultades diplomáticas que se presentaban. No hablemos de las ingentes sumas que hemos tenido que desembolsar en moneda americana para el transporte marítimo de los emigrantes. Unas sumas que hemos dado de buena gana, pues esta gente era desdichada. Han sido dadas por el amor de Dios, y hemos obrado acertadamente al no esperar un reconocimiento aquí en la tierra. Sin embargo, ha habido organizaciones judías que han agradecido calurosamente a la Santa Sede sus operaciones de salvamento.

En Nuestro mensaje de Navidad, hemos dicho una palabra de lo que se está haciendo actualmente contra los no arios en los territorios sometidos a la autoridad alemana. Fue corto lo que dijimos, pero ha sido bien comprendido. Es superfluo decir que Nuestro amor y Nuestra solicitud paternales son hoy mayores con respecto a los católicos no arios o semiarios, criaturas de la Iglesia como los demás, en la hora del naufragio de su existencia exterior y cuando conocen la desdicha moral. Por desgracia, en el actual estado de cosas, no podemos aportarles más auxilio eficaz que el de Nuestra plegaria. Estamos decididos, sin embargo, según lo que las circunstancias indiquen o permitan, a elevar de nuevo Nuestra voz en su favor.

La educación nazi

Hemos oído estos días cosas muy consoladoras acerca de la fidelidad inquebrantable de los católicos alemanes a su fe y a su Iglesia. Aparte de todos los temas de inquietud y esperanza, el único interrogante grave que se plantea ante Nos en lo que se refiere al futuro es éste: después de haberse hallado completamente sometida a la influencia y a la educación de un sistema hermético, ajeno al cristianismo, fruto de la organización del partido y de las prescripciones ya conocidas del futuro *Volksgesetzbuch*, ¿cómo podrá la juventud católica, la generación que crece, guardar y transmitir intacta su fe católica? Sólo hallamos consuelo en esta promesa de las Escrituras: «Dios es fiel; no permitirá que seáis

tentados más allá de vuestras fuerzas. Junto con la tentación, os dará el medio para vencerla y la fuerza para resistirla» (I *Cor.*, 10-13).

En prenda de este «medio para vencerla», Nos os concedemos «bajo el signo de la cruz», como decíais en vuestra Carta pastoral del último «domingo del Papa», a vos, venerable hermano, a vuestros colaboradores en el apostolado y a todos vuestros diocesanos, con paternal afecto y de todo corazón, la Bendición apostólica implorada.[34]

Por último, el 2 de junio de 1943 Pío XII evocó el problema del exterminio de los judíos en un mensaje secreto al Sacro Colegio y, una vez más, explicó su gran reserva.

Evocando «las súplicas ansiosas de todos aquellos que, por razón de su nacionalidad o de su raza, se hallan abrumados por las más duras pruebas y a veces incluso destinados, sin culpa personal, a medidas de exterminio», añadió: «todas Nuestras palabras dirigidas a la autoridad competente sobre este asunto, así como todas Nuestras declaraciones públicas, deben ser seriamente sopesadas y medidas por Nos en el propio interés de las víctimas, para no hacer, contrariamente a Nuestras intenciones, más dura e insoportable su situación. Por lo menos, las mejoras aparentemente obtenidas no responden a la amplitud de la solicitud maternal de la Iglesia en favor de estos grupos particulares sometidos a la más atroz aventura. El Vicario de Cristo, que sólo reclamaba piedad y un retorno sincero a las normas elementales del derecho y la humanidad, se ha encontrado ante una puerta que ninguna llave puede abrir».[35]

En su Carta a monseñor Preysing, el soberano pontífice alude particularmente a la ayuda material dispensada por la Santa Sede a los judíos durante los primeros años de la guerra. Las informaciones de que se dispone sobre este punto son contradictorias y no permiten evaluar la amplitud de esta ayuda; los números y los detalles varían notablemente según los autores y éstos —tanto si se trata del P. Leiber como de Guenter Lewy u otros— no dan referencias de fuentes documentales precisas. Pero lo esencial de la Carta de Pío XII a monseñor Preysing, en lo que hace referencia al problema judío, no radica en este punto; lo que debe merecer toda la atención del lector es la explicación que da el

soberano pontífice sobre los motivos de su propia reserva, así como de la libertad de juicio dejada a los obispos.

Dentro del marco de este estudio no nos corresponde tratar de juzgar si las razones invocadas por el soberano pontífice para explicar la libertad de acción dejada a los obispos, así como su propia reserva, parecen o no válidas *a posteriori*. En cambio, ciertas precisiones pueden contribuir a facilitar el juicio de valor. Así, en lo que se refiere a la libertad de acción concedida a los obispos, la iglesia ortodoxa parece haber adoptado en la misma época una actitud distinta. Según informaciones facilitadas al gran rabino de Palestina, el patriarca ortodoxo de Constantinopla mandó a todos sus obispos, en los Balcanes y en Europa central, una nota en la que les apremiaba para que ayudasen a los judíos por todos los medios y proclamasen en las iglesias que ocultar a judíos era un deber sagrado.[36] Esto podría explicar quizá el hecho paradójico de que en un país esencialmente católico como Eslovaquia pudieran escapar de momento a la deportación más judíos gracias a una «conversión» a la religión ortodoxa que por una «conversión» a la religión católica.[37] Parece como si en este punto la actitud de cada obispo hubiese tenido una importancia considerable.

En lo que se refiere a las razones dadas por el Papa acerca de su reserva, las vemos de nuevo expresadas en su alocución al Sacro Colegio. Y este último texto da la impresión de que, antes de resignarse al silencio, el soberano pontífice se había dirigido a los alemanes pero sin poder obtener ni el más mínimo resultado: «El Vicario de Cristo… se ha encontrado ante una puerta que ninguna llave puede abrir».[38] Pero, aparte de las tres intervenciones del nuncio Orsenigo que mencionaremos más adelante, los archivos de la Wilhelmstrasse no contienen ningún documento que hable de una entrevista entre el Papa y uno de los embajadores del Reich o entre el secretario de Estado y los diplomáticos alemanes, acerca del problema judío. Es posible que monseñor Orsenigo se hubiera dirigido a Hitler sin intermediarios y que el protocolo de la entrevista haya desaparecido junto con la mayor parte de los expedientes de la cancillería del Reich.[39] Cabe esperar que si tal

entrevista tuvo lugar, los archivos del Vaticano no tardarán en revelarnos su contenido.

VIII. LAS INTERVENCIONES DE MONSEÑOR ORSENIGO

El 15 de octubre de 1942 Woermann escribía:

> El nuncio me ha informado hoy, con cierto embarazo y sin particular insistencia, que el Vaticano recibía numerosas peticiones de judíos deseosos de enterarse de la suerte corrida por familiares suyos obligados a abandonar su residencia habitual. Las consultas afectaban en particular a judíos de Francia y de Lemberg.
>
> He manifestado al nuncio que no podía facilitarle ninguna información a este respecto.
>
> El nuncio ha contestado entonces que enviaría un informe a Roma, indicando haber planteado aquí este asunto y que no había podido recibir ninguna información.[40]

La segunda intervención tuvo lugar unas semanas más tarde. El 6 de noviembre Weizsäcker anotó la siguiente entrevista con monseñor Orsenigo:

> El nuncio mencionó hoy, al marcharse, que le habían llegado rumores con respecto al recrudecimiento de las medidas relativas a los matrimonios mixtos [entre judíos y arios, S. F.]. El nuncio cree haber oído decir que en el futuro estos matrimonios mixtos serían anulados. Sin pretender invocar la actitud dogmática de la Iglesia católica, me pidió que prestara atención a esta eventual legislación.
>
> No proseguí la discusión sobre dicho asunto.[41]

La última intervención de monseñor Orsenigo tuvo lugar en agosto de 1943. El nuncio apostólico remitió al secretario de Estado Steengracht (que había sustituido a Weizsäcker) una nota verbal acerca de una tal Fanny Adler, una judía de setenta y cuatro años que se encontraba en Ámsterdam desprovista de todo medio de subsistencia y que solicitaba permiso para reunirse con su hijo en Londres. Steengracht relata la intervención del nuncio con las siguientes palabras:

> El nuncio ha venido a verme hoy y me ha transmitido una nota verbal, añadiendo enseguida que sabía que el asunto en cuestión no entraba dentro de su competencia y que se mostraría perfectamente de acuerdo si nada podía hacerse al respecto.[42]

En junio de 1943, cuando Pío XII se dirigió al Sacro Colegio, más de tres millones de judíos ya habían sido asesinados. Las cinco cámaras de gas de Auschwitz habían entrado en acción.

Ningún documento conocido hasta la fecha permite establecer un nexo seguro entre la reserva observada por la Santa Sede acerca del exterminio de los judíos a fines de 1942 y en 1943 y la evolución política antirreligiosa de los alemanes, así como la de la situación internacional durante el mismo período. Sin embargo, es esencial situar el problema judío en el contexto general de los acontecimientos que preocuparon al Vaticano en esta época. Tal será la meta de los dos próximos capítulos de nuestro estudio.

6
LA SANTA SEDE Y LA POLÍTICA ANTIRRELIGIOSA DEL REICH

1942 Verano - 1943

I. LAS PRIMERAS DIFICULTADES

Al ascender al supremo pontificado, Pío XII había esperado llegar a un *modus vivendi* con el Reich que pusiera punto final a las diversas maniobras antirreligiosas del gobierno de Berlín. Desde el inicio de la guerra, tales esperanzas se desvanecieron ante las medidas cada vez más duras adoptadas por los alemanes contra el clero y los fieles polacos.[1]

En el territorio del propio Reich, una serie de decisiones arbitrarias despojaron a la Iglesia de sus bienes. El 28 de noviembre de 1940 Weizsäcker escribió los detalles de una entrevista que a este respecto acababa de celebrar con el nuncio:

> El nuncio me ha presentado hoy, al igual que durante su última visita, gran número de quejas por el hecho de que, durante el traslado de poblaciones actualmente en curso,[2] numerosas instituciones religiosas, monasterios, etc., quedaban incautadas y a menudo debían ser totalmente evacuadas. Las informaciones que el nuncio había podido obtener, y que me leyó durante casi un cuarto de hora, se referían a la Prusia oriental y particularmente a Silesia. El 9 de este mes el cardenal Bertram se había dirigido a la Volksdeutsche Mittelstelle [organismo encargado de las poblaciones alemanas que vivían más allá de las fronteras del Reich, S. F.], el 10 al Reichsfuhrer SS [Himmler. S. F.], y al ministro del Reich Lammers el día 20, sin obtener en ningún caso la menor respuesta. El nuncio me ha pedido que interviniera ante las autoridades competentes para que se cursara una respuesta al cardenal Bertram.[3]

Cuando se inició la campaña de Rusia, Hitler, deseando probablemente evitar disensiones internas, dio orden de poner punto final a las confiscaciones de bienes eclesiásticos. El 7 de julio de 1941 Bormann, secretario del partido, dirigió a todos los Gauleiters la siguiente circular:

> El Führer ha ordenado:
>
> A partir de hoy debe cesar toda confiscación de la propiedad de las iglesias o de los monasterios. En ningún caso deben los Gauleiters tomar medidas por cuenta propia, ni siquiera cuando circunstancias especiales exijan la confiscación de bienes pertenecientes a las iglesias o a los monasterios, en el marco de las leyes existentes. Si un Gauleiter considera que las circunstancias exigen una acción por su parte, informará antes de ella al Führer por mediación mía.[4]

En el mes de agosto monseñor Galen, obispo de Münster, pronunció sus célebres sermones contra la eliminación de los enfermos mentales. El 30 de septiembre el jefe del departamento de asuntos vaticanos de la Wilhelsmstrasse escribió:

> A mi pregunta acerca de si en estos últimos tiempos se habían adoptado medidas contra el obispo de Münster, el especialista del Ministerio de Asuntos Religiosos me comunicó que cuando el obispo pronunció sus famosos sermones, el ministerio había sugerido a la Cancillería del Reich que le fuese retirado el permiso para ejercer su cargo en su diócesis. Pero el Führer ha decidido que, de momento, no se tomaría medida alguna contra el obispo de Münster.[5]

Cesó también la liquidación de enfermos mentales. En sus entrevistas, Hitler indicaba el mismo deseo de conciliación *mientras durase la guerra*.

> Tengo numerosas cuentas por ajustar —declaraba el 25 de octubre de 1941— en las que hoy no puedo pensar. Pero esto no significa que olvide. Lo que hago es registrar. ¡Ya llegará el día de sacar el gran libro!
>
> Carecería de sentido aumentar inútilmente las dificultades del momento. Es mejor actuar con toda la astucia posible. Cuando leo los discursos de un hombre como Galen, me digo que asestar alfilerazos no tiene interés y que de momento es mejor callarse.[6]

El 13 de diciembre, idénticas ideas:

> La guerra terminará un día. Consideraré entonces que la última tarea de mi vida será la de resolver el problema religioso. Sólo cuando llegue este momento, la vida de la nación alemana quedará definitivamente asegurada.[7]

Sin embargo, durante estas mismas semanas, las relaciones entre el Vaticano y el Reich volvieron a agravarse. Parece ser que la responsabilidad de ello incumbe esencialmente a Alfred Rosenberg, uno de los más fanáticos enemigos de la Iglesia católica entre los dirigentes nacionalsocialistas, que acababa de ser nombrado ministro responsable de los territorios liberados del Este (Unión Soviética).

El acceso a los territorios recientemente ocupados estaba prohibido a los sacerdotes católicos (excepción hecha de los capellanes castrenses) del Reich o de otros países.

Sin embargo, la Iglesia esperaba que su acción fuera autorizada en los territorios reconquistados al bolchevismo. En Berlín se creía saber que, desde hacía muchos años, se habían estado formando especialmente sacerdotes en el Collegium Russicum de Roma para una eventual actuación en la Unión Soviética liberada.[8] Pero lo inadmisible para la Santa Sede fue la derogación que los alemanes aceptaron de la prohibición en favor del clero ortodoxo; ningún sacerdote católico había sido autorizado a entrar en los nuevos territorios, mientras que más de 20 sacerdotes ortodoxos fueron admitidos. El nuncio se quejó enérgicamente a Weizsäcker el 11 de noviembre de 1941.[9] En el ministerio encargado de los territorios del Este se dio a Weizsäcker la siguiente explicación: sólo se ha autorizado la entrada de sacerdotes ortodoxos en algunos casos excepcionales. A diferencia de la religión ortodoxa, el catolicismo no ha sido nunca la religión de aquellas regiones. Por esta causa, no se concibe justificación alguna para una actuación del clero católico.[10]

Al no obtener resultado las gestiones directas, la Santa Sede utilizó los buenos oficios del embajador Attolico, y el 29 de

noviembre el diplomático italiano explicó a Bergen que el Reich debería ceder en este punto particular, toda vez que la cuestión rusa

> era el terreno sobre el que podría tener lugar un acercamiento entre la Iglesia y el Reich. La Iglesia era enemiga declarada del bolchevismo y en el combate contra éste los intereses de la Iglesia y del Reich eran idénticos. Si el Reich corregía las informaciones llegadas al Vaticano [referentes a la prohibición de la entrada de sacerdotes católicos en los territorios conquistados. S. E], la influencia sería considerable, particularmente en lo que al Papa se refería.[11]

II. LA SANTA SEDE Y LA POLÍTICA ANTIRRELIGIOSA DEL REICH A PRINCIPIOS DE 1942

El 24 de diciembre de 1941 el soberano pontífice aludió claramente en su mensaje de Navidad a la persecución de la Iglesia por los alemanes.

La advertencia implícita en el mensaje papal no pasó desapercibida al embajador Bergen quien, el 21 de febrero de 1942, decidió trazar un análisis exhaustivo de las relaciones entre el Reich y la Santa Sede:[12]

> La situación de la Iglesia católica en Alemania y la forma que adoptan las relaciones entre el Gran Reich alemán y la Santa Sede —escribe Bergen— ofrecen continuamente vivo interés para vastos medios de los países católicos, particularmente en Italia y España. Estos países ejercen una influencia considerable en la formación de la opinión pública en América Latina. Hasta la fecha, ni un solo representante diplomático se ha abstenido —a menudo incluso durante la visita inaugural o la presentación de cartas credenciales al Papa— de tratar de llevar la conversación a este tema y de obtener informaciones, con más o menos tacto. El embajador Attolico, recientemente fallecido, había hablado repetidas veces conmigo acerca de problemas de política religiosa, y con frecuencia me informó de las quejas y temores del Vaticano, dejando entender claramente su deseo de contribuir a una mejoría en las relaciones germano-vaticanas. Su predecesor Alfieri, actualmente embajador en Berlín, me recomendó también con ocasión de su visita de despedida… la rápida conclusión de un *modus vivendi* con la Curia, por

> lo menos mientras durase la guerra. En esa misma ocasión destacó que cualquiera que fuese la actitud de un individuo o de un Estado con respecto a la Iglesia católica, una persona inteligente no puede ignorar su poderío y su influencia considerables, ni prescindir del interés que representa el mantener buenas relaciones con ella, especialmente en los difíciles tiempos actuales. Contesté al embajador que yo también deseaba un arreglo, pero que me parecía más indicado esperar el final de la guerra para poder buscar seguidamente la solución al vasto y complejo nudo de asuntos pendientes en una atmósfera menos tensa. Un debate prematuro sobre cuestiones particulares tan sólo conseguiría dificultar las cosas.

Bergen destacaba después que los diplomáticos españoles, así como los representantes de otros numerosos países favorables al Eje, seguían con inquietud la evolución de la situación. Después de recordar brevemente la peligrosa tensión que se había producido entre la Santa Sede y el Reich durante el pontificado de Pío XI, el embajador de Alemania describe a grandes rasgos la actitud de Pío XII:

> Poco después de la coronación del Papa actual mencioné que, según una antigua profecía, Pío XII había recibido la apelación de «Pastor Angelicus» y que su deseo era el de pasar a la historia como un «gran papa», como León XIII, y más particularmente como el que proclama y trae la paz sobre una base de justicia, a modo de pacificador del mundo. Los primeros actos de su pontificado debían ser valorados desde este punto de vista.

Bergen recuerda entonces las distintas iniciativas en favor de la paz emprendidas por Pío XII en vísperas de la contienda (iniciativas que hemos mencionado en el primer capítulo de nuestro estudio), incluyendo su actuación durante la crisis polaca, tendiendo a mantener la paz mediante el retorno de Dantzig al Reich, así como sus llamamientos en favor de la paz lanzados desde el comienzo de las hostilidades, en particular en sus alocuciones de Navidad. El embajador describe a continuación la actitud del Papa con respecto a Alemania y cita los despachos enviados en 1939 a este respecto (despachos mencionados en el primer capítulo de nuestro estudio), y después añade:

> Pío XII ha vivido demasiado tiempo en Alemania, ha viajado durante demasiado tiempo por nuestro país, conoce demasiado bien su literatura, su historia y su arte, tiene demasiados vínculos personales con Alemania para que pueda temerse que se muestre reticente e incomprensivo ante la Alemania de hoy. Ya cuando era nuncio en Alemania, el Papa actual procuró establecer buenas relaciones entre la Iglesia y el Estado. Puesto que el establecimiento de buenas relaciones entre la Iglesia y el Estado en Alemania representaban la obra primordial del nuncio y cardenal Pacelli, es evidente que —ya Pío XII— hará cuanto esté en su mano para proseguir la realización de esta obra, incluso aunque tuviera que llevarla a cabo bajo otras formas.
>
> Las relaciones amistosas o incluso cordiales de Pío XII con diversas personalidades pertenecientes a países miembros del grupo de potencias hostiles a Alemania no deben constituir un motivo de desconfianza. La Santa Sede, y más en particular el Papa actual, procurará siempre, en la medida de lo posible, mantener buenas relaciones con todos los Estados. Esto es consecuencia del carácter supranacional de la Iglesia católica. Pero, por este mismo motivo, la diplomacia vaticana se empeña con firmeza en mantener los problemas de política religiosa aparte de la política de los intereses nacionales. En el Vaticano se concede gran importancia al hecho de que su actitud con respecto a Alemania se ha mantenido rigurosamente en estos términos. Pío XII seguirá en esta línea con especial dedicación. No existe ningún peligro de que influencias francesas, por ejemplo, puedan tener efecto sobre la cuestión religiosa en Alemania.

Sobre este punto, Bergen insistía en que la Santa Sede observaba una actitud de neutralidad reservada ante las distintas formas de gobierno, y menciona lo que el Papa dijo a este respecto en el Congreso Eucarístico de Budapest (tema que ha sido ya mencionado en un despacho de Bergen citado en el primer capítulo de esta obra). El embajador habla a continuación de las causas inmediatas de tensión entre la Santa Sede y el Reich y enumera la larga lista de quejas del Vaticano, que van desde la supresión de las escuelas confesionales o de los crucifijos en los lugares públicos de Baviera, hasta las medidas adoptadas contra la Iglesia de Polonia. Bergen cita entonces el mensaje de Navidad del Papa. He aquí los párrafos reproducidos por el embajador del Reich:

> En el marco de una nueva organización basada en los principios morales, no hay lugar para la persecución de la religión y de la Iglesia. De una fe viva en un Dios personal y trascendente brota un franco y resistente vigor moral que informa todo el decurso de la vida, pues la fe no es únicamente una virtud; es la puerta divina por la que entran en el templo del alma todas las virtudes que confieren al carácter su firmeza y su tenacidad en las pruebas por las que puedan pasar la razón y la justicia. Esto es válido en todos los tiempos, pero sobre todo cuando se exige, tanto del hombre de Estado como del último de los ciudadanos, el máximo de valor y de energía moral para reconstruir una Europa nueva y un mundo nuevo sobre las ruinas que el conflicto mundial ha acumulado por medio de la violencia, el odio y la división de las almas.

Después de haber evocado el pasaje de la alocución dedicado a las cuestiones sociales, Bergen pasa a citar la parte esencial del mensaje pontificio:

> Dios es testigo de que Nos amamos con igual afecto a todos los pueblos, sin ninguna excepción; y para evitar aunque sólo fuera la apariencia de obrar bajo el influjo de un sentimiento de imparcialidad, Nos hemos impuesto hasta ahora la mayor reserva; pero las disposiciones tomadas en contra de la Iglesia y los objetivos hacia los cuales tienden éstas son tales que Nos sentimos obligados a elevar la voz en nombre de la verdad para evitar también que sobrevenga, por desgracia, un conflicto entre los fieles.

Después de la cita, Bergen pasa al comentario y prosigue su despacho en los siguientes términos:

> Se sabe aquí que desde diversos ángulos fuerzas importantes actúan constantemente para impulsar al Papa a tomar partido de modo oficial contra Alemania, siguiendo el ejemplo de su predecesor, con el fin de denunciar y condenar las persecuciones contra la Iglesia en Alemania. Como fundamento de tal iniciativa se apoyan en las observaciones de Pío XI; el silencio del Papa podría ser interpretado, si no como un acuerdo, sí por lo menos como una incomprensible aceptación susceptible de crear conflictos graves en las conciencias de numerosos fieles. Cardenales y clérigos que rodean al Papa toman parte en esta maniobra. A pesar del considerable descontento creado por este hecho, el Papa se ha negado hasta la fecha a someterse a tales presiones.

> No obstante, según informaciones que llegan a mi poder, las continuas quejas referentes a la situación de la Iglesia en Alemania y en los países ocupados han deprimido considerablemente al Papa, y las proclamas que señalan la intención del partido de emprender una ofensiva general contra la Iglesia después de la terminación victoriosa de la guerra lo inquietan sumamente. Sin abandonar sus esperanzas de paz, empieza a adoptar disposiciones defensivas y a prepararse para un eventual combate.
>
> Teóricamente, las declaraciones (de Navidad) del Papa que afectan a la religión tienen un alcance general y van dirigidas en primer lugar contra el bolchevismo. No obstante, de un modo incomprensible, las declaraciones hechas últimamente por Stalin sobre la cuestión de la libertad religiosa en Rusia, declaraciones que Roosevelt ha repetido con alegría y ha explotado con fines propagandísticos, han tenido aquí el efecto de la morfina, y se comenta el contraste entre el permiso acordado a los Jesuitas polacos para establecerse en Moscú y la prohibición de entrada en Ucrania a los sacerdotes católicos y la supresión de los crucifijos en Baviera. Por lo tanto, no cabe duda de que las declaraciones papales [de Navidad, S. F.] van dirigidas igualmente a Alemania sin rodeos y como una llamada de atención, y tal vez también como una advertencia.

Bergen describe después cómo explotaba la propaganda enemiga las persecuciones religiosas atribuidas a Alemania. Entre los prelados italianos que no pueden olvidar que Alemania es el país de la Reforma, esta propaganda no deja de producir cierto efecto y varios de ellos son incapaces de comprender «la extraordinaria renovación que representa el ideario nacionalista». Termina su despacho con las palabras siguientes:

> Tal vez sea el Papa el único, entre las altas personalidades de la Iglesia, que trata de comprender a la nueva Alemania y hacerle justicia, pero como jefe de la Iglesia no puede sobrepasar los límites que le son impuestos. Si surge la necesidad, defenderá a su Iglesia y combatirá por ella sin temor, pero no será el gran Papa reformador que desearían, como he oído decir muy confidencialmente, incluso a católicos de aquí, y de los más creyentes.
>
> Las lecciones de la historia indican que el jefe de Estado con aspiraciones nacionales debe necesariamente, para hacer valer y defender los derechos y las necesidades vitales de su pueblo, entrar en conflicto

> con el papado político, universalista. Cuanto más fuerte y más seguro de sí mismo se sienta el gobierno, más violento será el conflicto. Después de la guerra, será inevitable y deseable un replanteamiento global de todos los problemas que tenemos con la Santa Sede. Pero, incluso en el caso de que sea posible llegar a un pacífico intercambio de puntos de vista con la Curia, no convendrá tratar de renovar acuerdos caducados como el del concordato, sino tratar de llegar a una solución nueva y radical.[13]

La intención de Bergen es clara: el embajador del Reich desea evitar un recrudecimiento de la tensión, impedir a su gobierno que adopte nuevas medidas antirreligiosas y, eventualmente, conseguir que los dirigentes nazis anulen algunas de las medidas ya tomadas. Para conseguir este fin, Bergen utiliza con gran habilidad un número impresionante de argumentos: la tensión entre el Reich y la Santa Sede —explica— inquieta a los aliados de Alemania, particularmente a los italianos y españoles, y sirve de excelente arma de propaganda para sus enemigos. Éste es uno de los argumentos relativos a política extranjera. Hay otro, todavía más convincente: la Curia, deja entrever Bergen, no puede trazar ya una distinción absoluta entre el Reich y la Unión Soviética en unos momentos en que las medidas antirreligiosas se agravan en el Reich mientras Moscú, en cambio, permite la práctica de una cierta libertad de culto. Ello equivale, por tanto, a correr el riesgo de perder el apoyo implícito de la Iglesia católica en la lucha contra el bolchevismo; en febrero de 1942, pocos días después de los primeros reveses graves de los ejércitos alemanes en el frente oriental, este argumento no carecía de peso para que su informe resultase aún más convincente, Bergen analiza hábilmente la actitud del Papa; el embajador no niega que el Papa haya sido y siga siendo un amigo de Alemania, pero a su alrededor van cobrando bríos los elementos antigermanos y el soberano pontífice, defensor ante todo de los intereses de la Iglesia, se verá obligado a adoptar una posición contra la política anticatólica del Reich si la situación sigue empeorando. La alocución navideña era una advertencia que convenía tener en cuenta. Por último, para apaciguar a los adversarios de la Iglesia, Bergen daba a entender, haciendo

referencia a la historia, que el día de las decisiones radicales llegará necesariamente, pero que sería prudente esperar el final de la guerra antes de reconsiderar globalmente las relaciones entre la Santa Sede y el Reich.

Como veremos, el informe de Bergen no dará resultado.

El 24 de febrero, Weizsäcker celebra una entrevista con monseñor Orsenigo:

> He preguntado hoy al nuncio —escribió el secretario de Estado— cuántos sacerdotes católicos se hallaban en el campo de concentración de Dachau. Me ha contestado que, a causa de la imposibilidad de establecer contacto con el campo, sólo podía dar una cifra aproximada que estimaba en unos 700 sacerdotes.**[14]**

El 3 de marzo de 1942 monseñor Preysing protestó abiertamente en la catedral de Berlín contra las diversas persecuciones que sufrían clero y fieles de su diócesis. El día 10 Weizsäcker se quejó ante Orsenigo de la iniciativa del obispo:

> En esta ocasión —anota Weizsäcker— dije claramente al nuncio que, según mis informes, él estuvo en la catedral durante la lectura de la carta pastoral.
>
> El nuncio me afirmó que, aunque aquel domingo estuvo en dicha iglesia, no se hallaba en ella ni durante el sermón ni durante la lectura de la carta pastoral. Ignoraba también que tuviera que ser leída dicha carta pastoral. Tan sólo después se enteró y leyó el texto de la carta.**[15]**

En junio de 1942, a consecuencia de una inexplicable decisión del Führer, la tensión se agravó.

III. LA ORDEN DE HITLER DEL MES DE JUNIO DE 1942 Y SUS CONSECUENCIAS

El 22 de junio Weizsäcker comunicó a Bergen una nueva orden del Führer:

> El Führer ha tomado la siguiente decisión en cuanto a las relaciones de Alemania con la Iglesia católica:
>
> 1) El Führer no desea el establecimiento de relaciones con la Iglesia católica sobre bases idénticas para el conjunto del Reich.
>
> 2) Alemania mantiene relaciones con el Vaticano únicamente para el antiguo Reich (*Altreich*), o sea la parte del Reich por la que se firmó el concordato de 1933.
>
> 3) Aunque el concordato haya sido sobrepasado en buen número de puntos, el Führer lo considera como oficialmente en vigor.
>
> 4) Puesto que el Vaticano ha hecho saber al gobierno alemán que mientras dure la guerra no puede reconocer ningún cambio territorial, ha excluido automáticamente la posibilidad de establecer vínculos oficiales con los territorios anexionados u ocupados después del mes de septiembre de 1939. El Führer desea que se apliquen las mismas condiciones a lo que antes era Austria, así como a los demás territorios anexionados antes de 1939.
>
> 5) Los representantes de Alemania serán los representantes oficiales del Reich en estos territorios […]; la Iglesia estará representada por sus delegados locales, cardenales, obispos, etc. Por lo tanto, no se autorizan relaciones diplomáticas o políticas con el Vaticano en dichos territorios. Consecuencia de ello es que el Ministerio de Asuntos Exteriores es el único organismo que mantiene relaciones con el Vaticano.

Weizsäcker comentó entonces la decisión del Führer: su resultado evidente es que si el nuncio en Berlín o la Curia de Roma se dirigen a los representantes del Reich para asuntos que afecten a lugares más allá de las fronteras del antiguo Reich, los diplomáticos alemanes deberán negarse a discutirlos. Sin embargo, Weizsäcker destaca que, en las respuestas a las peticiones del nuncio o de la Curia, no se hará referencia a la orden del Führer, sino que se recordará simplemente la nota de la Curia de 18 de enero de 1942, en la que no se reconocen mientras dure la guerra las alteraciones territoriales ocurridas, y fundamentar la negativa a la discusión como una consecuencia lógica de dicha nota. Las personalidades eclesiásticas de los territorios situados fuera de las fronteras del antiguo Reich no estarán autorizadas para tratar con las autoridades alemanas locales a título de representantes del Vaticano.[16]

El 4 de julio el Führer explica con detalle a sus íntimos el significado de las medidas que acaba de tomar:

> En el caso de que nuestro actual representante en el Vaticano dejase vacante su puesto, creo que no habría, en absoluto, razón alguna para reemplazarlo. Las relaciones entre Alemania y el Vaticano se basan en el concordato del Reich, y este concordato ha seguido el mismo camino de los concordatos establecidos entre el Vaticano y los diversos Estados alemanes. Por consiguiente, ha caducado en resumidas cuentas a partir del momento en que dichos Estados han quedado integrados en el Reich. Es un hecho que los concordatos particulares han permanecido siempre en vigor y que el concordato con el Reich no les ha servido más que de confirmación y garantía. En mi opinión, la consecuencia jurídica de la supresión de la soberanía de los Estados alemanes y la transferencia de ésta al Reich es que nuestras relaciones con el Vaticano se han hecho superfluas.
>
> Teniendo en cuenta la marcha de la guerra, yo no he traducido aún esta lógica a los hechos. No obstante, no he mostrado ningún apresuramiento cuando el Vaticano ha tratado de extender la validez del concordato a los territorios recientemente incorporados al Reich. En la actualidad no existe ningún acuerdo formal que regule la situación de la Iglesia, por ejemplo, en el Sarre, en los Sudetes, en el Protectorado de Bohemia y Moravia, en la provincia de Dantzig y Prusia oriental, en Warthegau, en gran parte de Silesia, así como en Alsacia y Lorena. En todas estas regiones, las relaciones con la Iglesia dan lugar a un *modus vivendi* a nivel local. Por consiguiente, si el nuncio trata de intervenir ante el ministro de Asuntos Exteriores con la intención de ejercer una influencia cualquiera sobre la situación religiosa en los nuevos territorios del Reich, basta con despedirlo. Se trata de hacerle comprender que en ausencia de un concordato particular, los asuntos eclesiásticos en cada una de estas regiones sólo deben ser tratados entre representantes del Reich y el miembro más prominente del clero local. Naturalmente, hubiera sido preferible que fuese Lammers quien precisase esto al nuncio pero, por desgracia, la Wilhelmstrasse, siempre a la caza de nuevas competencias, se ha dejado desorientar en este asunto, que no es de su incumbencia. ¡A ver cómo salen ahora estos señores del atolladero!
>
> En lo que se refiere a la evolución de las relaciones entre el Estado y la Iglesia, resulta satisfactorio desde nuestro punto de vista que en casi la mitad del Reich dichas relaciones estén fundamentadas en acuerdos particulares que ignoran las trabas del concordato. Esta ausencia de una

reglamentación uniforme sirve a nuestros propósitos. En efecto, sólo puede ayudarnos a sanear el estatuto de nuestras relaciones con la Iglesia. Ésta trata siempre de explotar nuestro punto débil; por lo tanto, en una reglamentación válida para todo el Reich, se pronunciará por el concordato que le resulte más favorable de entre todos los que han sido firmados. Lo cual significa que todo el Reich se alineará en este supuesto con la región más atrasada, o sea con la que más favorece al adversario. Como compensación, nuestros Gauleiters pueden marcar un tanto a nuestro favor en las reglamentaciones regionales, en función del grado de emancipación de la población…[17]

Las profundas razones que movieron a Hitler a tomar su decisión en este preciso momento son de difícil comprensión. Es poco probable que el Führer hubiera sido impulsado por el único deseo de reaccionar contra la nota del Vaticano del 18 de enero de 1942, en la que se declaraba que la Santa Sede no podría reconocer ningún cambio mientras durase la guerra. La decisión de Hitler es aún más incomprensible si se tiene en cuenta que iba a provocar una tensión creciente entre el Vaticano y el Reich en el preciso momento en que el desenlace de la contienda parecía más incierto que nunca.

El 9 de octubre de 1942 Bergen dirigió a Berlín el siguiente despacho:

Monseñor Fericano, que substituye al subsecretario de Estado monseñor Tardini actualmente en vacaciones, ha pedido hoy al consejero Menshausen que pasara a visitarlo y le ha entregado, en nombre del cardenal secretario de Estado, una nota, destacando que hacía referencia a las condiciones religiosas en el Wartheland. [Parte anexionada de Polonia, llamada también Warthegau. S. F.].

Menshausen contestó brevemente que Fericano debía hallarse sin duda al corriente de la decisión que el secretario de Estado Weizsäcker había comunicado al nuncio, según la cual y por motivos que fueron explicados en la misma ocasión, las discusiones con la Curia quedaban a partir de entonces limitadas a problemas que afectasen al antiguo Reich, o sea al territorio del Reich en el momento de la firma del concordato en 1933.

He aquí el texto de la nota redactada en papel sin membrete:

Las condiciones religiosas en el territorio designado con el nombre de Wartheland son, desde hace largo tiempo, objeto de serias inquietudes

cada vez mayores. Poco a poco, han sido eliminados casi todos los miembros del episcopado. El clero ha quedado reducido a un número de eclesiásticos del todo insuficiente, puesto que en gran parte ha sido deportado o expulsado del país. Se ha prohibido la formación de nuevos sacerdotes. La educación católica de la juventud está sometida a las más extremas dificultades; las órdenes femeninas han sido disueltas; el cuidado de las almas tropieza con infranqueables obstáculos; se han cerrado numerosas iglesias; las instituciones católicas intelectuales y caritativas han quedado destruidas. Los bienes de la Iglesia han sido confiscados.

En agosto y en septiembre de 1941 el nuncio apostólico en Alemania ha remitido al ministro de Asuntos Extranjeros notas detalladas exigiendo el restablecimiento de una libertad de culto conveniente en el Warthegau. No obstante, la situación ha empeorado. […]

Si, como es de temer, la situación se agrava aún más a consecuencia de nuevas medidas de la administración del Reichsstathalter, la Santa Sede se verá obligada, conforme a sus deberes, a abandonar la reserva que ha observado hasta el presente, a pesar de su repugnancia ante tal medida.

El Vaticano, 8 de octubre de 1942.

[…]

Teniendo en cuenta la observación final de la nota, hay que esperar a que la Santa Sede dé a conocer abiertamente sus quejas ante la situación religiosa en la Wartheland en caso de nuevas medidas por nuestra parte a este respecto. No quisiera dejar de recordar en esta ocasión la información confidencial que remití en mi telegrama N.° 197 del 29 de julio de 1942,[18] según la cual el Papa preparaba una encíclica que contenía alusiones a las condiciones religiosas imperantes en Alemania.[19]

Este despacho constituye un documento de considerable importancia. En una nota enviada al representante del Reich, el cardenal secretario de Estado dio a entender que el Vaticano abandonaría su reserva pronunciándose públicamente contra las medidas antirreligiosas adoptadas por los alemanes en Polonia. En definitiva, el soberano pontífice se abstiene de toda protesta oficial, pero no deja de ser cierto que la amenaza ya ha sido proferida. Estamos en el otoño de 1942, en el momento en que llegaban al Vaticano las noticias acerca del exterminio de los judíos. No debe

excluirse que durante estos mismos meses o a principios de 1943, tuviese lugar una intervención del nuncio ante Hitler sobre la cuestión de los judíos, como hemos sugerido ya al analizar la alocución de Pío XII al Sacro Colegio en junio de 1943.

Los archivos del Vaticano podrían aclararnos este punto, puesto que los de la Wilhelmstrasse sólo mencionan las intervenciones de monseñor Orsenigo cuyo carácter hemos anotado ya. ¿Acaso Pío XII, dándose cuenta de que su amenaza de protesta por la cuestión polaca no había surtido efecto alguno, había llegado a la conclusión de que todo llamamiento público o privado a los alemanes no servía para nada? ¿Juzgó, por este hecho, que era inútil amenazar a los nazis con una protesta por la cuestión del exterminio de los judíos? En tal caso, las frases pronunciadas en el transcurso de la alocución al Sacro Colegio podrían ser fácilmente interpretadas del modo siguiente: «Hemos implorado el retorno a la justicia y a la misericordia (en el caso de los polacos) y Nos hemos hallado ante una puerta que ninguna llave podía abrir. Por este hecho, hemos comprendido que toda protesta privada o pública por el asunto de los judíos sólo podría acarrear males aún más graves».

La amenaza de la Santa Sede parece inquietar al embajador Bergen. El 11 de octubre éste reanuda una vez más los argumentos expuestos en su análisis del 21 de febrero.[20] El 13 de enero de 1943 Ribbentrop contesta:

> Puede deducirse de su informe telegráfico del 12 de octubre de 1942 que el Vaticano explotaba en los medios diplomáticos, particularmente entre los enviados italianos y españoles, la tesis según la cual ciertas medidas alemanas provocaron un recrudecimiento de la tensión entre el Reich y la Santa Sede en el transcurso del año pasado. A pesar de que tales afirmaciones del Vaticano no concordaran con los hechos, me abstuve de encargarle a usted que les saliera al paso mediante gestiones diplomáticas especiales. Entretanto, parece como si el Vaticano hubiera decidido, por su parte, no convertir en hechos sus advertencias de entonces, pues nada me indica que la Santa Sede trate de formar un frente contra nosotros utilizando el argumento de pretendidas intenciones nuestras de actuar todavía con más severidad contra la Iglesia. Le ruego, no obstante, que me confirme este punto a través de sus propias

observaciones. En todo caso, si el Vaticano vuelve a pretender en el futuro que unas medidas alemanas contra la Iglesia han conducido a un empeoramiento de las relaciones germano-vaticanas, le ruego que refute enérgicamente tal afirmación y aproveche la ocasión para destacar los puntos siguientes:

1) Desde el comienzo de la guerra, en Alemania no ha ocurrido nada que pueda ser interpretado como una intención por parte de Alemania de provocar una agravación de nuestras relaciones con el Vaticano…

2) Si el Vaticano interpreta como un empeoramiento de las relaciones entre nosotros el hecho de que hayamos limitado nuestras discusiones diplomáticas con la Santa Sede a los problemas de los territorios que constituían el antiguo Reich, él es el responsable de esta situación dado que en su nota del 18 de enero de 1942 se ha negado a reconocer los cambios territoriales acontecidos durante los últimos años. El gobierno del Reich no ha hecho más que sacar las conclusiones impuestas por esta postura del Vaticano.

3) La reserva observada por las autoridades alemanas indica claramente que nosotros no tenemos la intención de agravar la situación de las relaciones con el Vaticano. Pero si, por el contrario, el Vaticano amenazara o incluso emprendiera una acción contra Alemania a nivel político o propagandístico, es evidente que obligaría al gobierno del Reich a reaccionar de modo adecuado. En este caso, al gobierno del Reich no le faltarían ni medios eficaces ni posibilidades de tomar medidas concretas contra la Iglesia católica. El gobierno del Reich espera no verse obligado a emplear tales medios y que el Vaticano comprenda que es de mutuo interés evitar un empeoramiento en las relaciones germano-vaticanas.[21]

La respuesta de Bergen del 15 de enero no indica con claridad si el embajador del Reich ha llamado la atención de sus interlocutores de la Curia sobre las amenazas del ministro. En su opinión, el Papa no hará nada para dificultar aún más las relaciones entre la Santa Sede y el Reich, a menos que una iniciativa alemana le obligase a abandonar su reserva en razón de las «obligaciones de su cargo». Es evidente que el embajador trata de calmar a Ribbentrop y de evitar una ruptura cuyas consecuencias podrían ser desastrosas para la Iglesia y también para el Reich.[22]

El 24 de enero el ministro de Asuntos Exteriores del Reich contesta a Bergen:

Según su telegrama del 15 de enero, llego a la conclusión de que, a juzgar por sus observaciones, no hay actualmente indicio para suponer que el Vaticano tiende a provocar un empeoramiento de las relaciones con el Reich. En caso de que esta suposición se viera confirmada, tampoco por parte alemana se tiene la intención de provocar una mayor tensión. Sin embargo, si algunos síntomas le permitieran comprender que el Vaticano tiene la intención de abandonar su reserva y tomar posición en contra de Alemania, en el plano político o en el propagandístico, habría llegado el momento de dar a conocer del modo más claro posible, de acuerdo con mis instrucciones del 13 de enero, que un recrudecimiento de la tensión de las relaciones entre Alemania y el Vaticano no se manifestaría nunca unilateralmente y con desventaja para Alemania, sino que, con certeza mucho mayor, al gobierno del Reich no le faltarían ni medios de propaganda eficaz ni posibilidades de medidas concretas para devolver cada golpe que el Vaticano tratara de asestar a Alemania. Le ruego que permanezca siempre atento a ello y lo comunique aquí en el momento indicado.[23]

Ante la intratable actitud del ministro, Bergen advierte el 25 de enero que, en caso necesario, Pío XII no se dejaría intimidar y recuerda una conversación que sostuvo con el cardenal Pacelli en 1937, en el transcurso de la cual y aunque manifestando un deseo de cooperación, éste declaró que si se entablaba una pugna entre la Iglesia y el Reich, el Reich saldría perdiendo. Volviendo a los problemas actuales, Bergen añade:

Pío XII es tan poco accesible a las amenazas como nosotros mismos. En caso de un combate impuesto a la Iglesia, cuenta con la posible defección de numerosos católicos, pero está íntimamente convencido de que la mayoría restante… mantendrá fielmente su fe y que el clero… estará dispuesto a los mayores sacrificios. A pesar de todo… (el Papa) desearía evitar el combate, aunque sólo fuera para ahorrar un terrible conflicto de conciencia a millones de católicos. Además, el Papa demuestra gran comprensión ante los argumentos razonables y no se mostrará impermeable a la idea fundamental, contenida en su instrucción del 13 de enero, de que es de mutuo interés el evitar un empeoramiento en las relaciones germano-vaticanas.[24]

La ruptura abierta, que la menor iniciativa alemana podía provocar a partir de entonces, no tuvo lugar. Los alemanes no cedieron nada de sus posiciones e infligieron a la Santa Sede una derrota, simbólica desde luego, pero que de todos modos señaló el final del combate.

El 18 de marzo Weizsäcker comunicó a Bergen el incidente que acaba de enfrentarle con el nuncio Orsenigo:

> El 15 de marzo —escribe el secretario de Estado— el nuncio me trajo una carta cerrada, dirigida por el cardenal secretario de Estado Maglione al ministro de Asuntos Exteriores del Reich.
>
> He rogado hoy al nuncio que viniera a visitarme y le he devuelto la carta añadiendo, según las instrucciones recibidas, las siguientes observaciones:
>
> Puesto que el ministro de Asuntos Exteriores no estaba accesible (en el momento de ser entregada la nota), he abierto la carta que el nuncio me había entregado cerrada, después de marcharse él, y he visto que se trataba de la presentación de quejas referentes a los territorios de Warthegau y del Gobierno general…

Una vez más, Weizsäcker explicó al nuncio las razones por las cuales el gobierno del Reich no estaba dispuesto a discutir con el Vaticano acerca de unos territorios que se hallaban más allá de los límites del antiguo Reich. En su informe a Bergen describe entonces la continuación de su entrevista con el nuncio. Explica a Orsenigo que:

> teniendo en cuenta que la carta del cardenal secretario de Estado prescindía sencillamente de la posición del gobierno del Reich y se refería de nuevo a las condiciones religiosas existentes en Warthegau y el Gobierno general, yo no podía remitirla al ministro de Asuntos Exteriores; el nuncio debía recoger de nuevo la carta.
>
> El nuncio se mostró muy molesto ante estas explicaciones. Me dio a entender que recoger la carta representaba para él un fracaso personal que le sería reprochado muy seriamente en Roma…

Monseñor Orsenigo trató entonces de convencer a Weizsäcker de que la carta no representaba un documento diplomático corriente que él, como nuncio, entregaba al secretario de Estado, sino que

entraba en el dominio más vasto de la actuación general de la Iglesia católica. Se trataba de una toma de posición indirecta por parte del Papa, que rebasaba el nivel de las comunicaciones diplomáticas ordinarias. Weizsäcker se apresuró a replicar que si el nuncio deseaba presentar la carta de este modo, sólo conseguiría que la negativa adquiriese mayor gravedad:

> Tal como la cosa se presentaba en aquel momento, no afectaba a la persona del Papa y no había rechazo por parte del ministro de Asuntos Exteriores. Lo que yo le estaba sugiriendo consistía tan sólo en recoger tranquilamente la carta que, de este modo, era como si no hubiera existido, y fuera de allí nadie se enteraría de nada…

El nuncio retiró la carta y seguidamente dio a entender a Weizsäcker que, probablemente, sus días en Berlín «están contados». El secretario de Estado terminó su despacho a Bergen subrayando que «el asunto queda aquí (en Berlín) bajo el sello del más estricto secreto».

> Si le hablan de ello, haga como si no estuviese enterado de nada.[25]

Monseñor Orsenigo permaneció en su puesto.

Cabe preguntarse por qué la Santa Sede dio en esta ocasión pruebas de una moderación tan total. Vienen a la mente dos hipótesis: es posible que, como en años anteriores, el soberano pontífice vacilase ante una demostración de fuerza que hubiera podido separar de Roma a los católicos alemanes.

Hay otra posibilidad que no debe excluirse: corría la primavera de 1943, los Aliados habían desembarcado en África del Norte en noviembre de 1942 y las fuerzas alemanas de Túnez no tardarían en rendirse. Pero, sobre todo, los ejércitos del Reich habían capitulado en Stalingrado. La derrota alemana era ya una posibilidad, y era de prever un avance victorioso de los soviéticos hacia Europa oriental y central. Los documentos alemanes que citaremos en el próximo capítulo dan la impresión de que, para el Vaticano, el peligro bolchevique prevalecía entonces sobre cualquier otra consideración

y que, como el Reich era el único baluarte contra la amenaza soviética, nada debía debilitarlo.

7
LA EVOLUCIÓN DE LA SITUACIÓN INTERNACIONAL Y LA AMENAZA BOLCHEVIQUE (1942-1943)

A partir de la primavera de 1943, el temor a una bolchevización de Europa parece dominar las consideraciones políticas de la Santa Sede. Sin embargo, Pío XII no adoptó jamás públicamente una posición contra la Unión Soviética. Las persecuciones religiosas en los países sometidos a Alemania fueron una razón probable de su actitud; otra la constituirían las eventuales reacciones de los pueblos sometidos al yugo alemán y las de los países aliados.

Los primeros temores del Vaticano se manifestaron cuando se hizo evidente que el Reich no conseguiría vencer a la Unión Soviética.

I. LA RESISTENCIA SOVIÉTICA (1942)

El 1 de abril de 1942 Bergen escribía:

> En relación con el artículo aparecido el 15 de febrero en *La Crítica Fascista* bajo el título «La Iglesia y la crisis mundial», en el que se reprocha al Vaticano no haber adoptado una posición contra el bolchevismo, me entero de que el cardenal Pizzardo ha declarado al embajador de Italia que el Vaticano tomaría de buena gana posición en contra del bolchevismo, pero que no podía hacerlo en las actuales circunstancias sin tener en cuenta al mismo tiempo lo que ocurría en Alemania. Puesto que la Santa Sede no deseaba mencionar tales cosas por consideración a Alemania, debía abstenerse de adoptar en público una postura en contra del bolchevismo.[1]

Pero cualquiera que fuese la reticencia del Vaticano ante una pública adopción de postura, sus opciones quedaron determinadas, no obstante, por la actitud fundamental que había adoptado. El

silencio con respecto a «lo que ocurre en Alemania» lo dictaba la necesidad de mantener el bastión esencial contra la expansión soviética, bastión representado a partir de entonces por el Tercer Reich.

El 27 de diciembre de 1942 Bergen fue recibido en audiencia privada por el Papa con ocasión del intercambio de felicitaciones de Año Nuevo; el mismo día transmitió a Weizsäcker lo esencial de su entrevista con el soberano pontífice:

> Después del cambio de felicitaciones de Año Nuevo y de terminar la parte oficial de la audiencia, el Papa me ha retenido para una prolongada conversación en privado. El Papa ha evitado espontáneamente tocar temas políticos o cuestiones de política religiosa y sólo ha expresado su asentimiento a mis observaciones con oportunos gestos de cabeza. Lo mismo ha ocurrido cuando he destacado el histórico significado que representaba para el mundo entero el heroico combate de Alemania en el Este, el peligro del bolchevismo al que ingleses y americanos querían hacer entrega de Europa, la ridícula proclamación de Stalin sobre el asunto de la libertad religiosa, etcétera. Asimismo, el Papa se declaró explícitamente de acuerdo conmigo cuando, aludiendo al célebre fresco de Rafael *El Papa León Magno conteniendo a Atila*,observé que las hordas de Stalin no respetarían Roma, a diferencia de los jinetes de Atila, y muy probablemente tampoco respetarían la iglesia de San Pedro ni la ciudad del Vaticano.[2]

II. DESPUÉS DE STALINGRADO

El 31 de enero de 1943 los ejércitos alemanes del mariscal Paulus capitularon en Stalingrado. En el Vaticano, todo el mundo se dio cuenta de que, a partir de entonces, las potencias del Eje corrían peligro de perder la guerra. El 10 de marzo Weizsäcker relató una entrevista que acababa de celebrar con el ministro de Finlandia:

> El ministro de Finlandia me ha comunicado hoy unas conversaciones sostenidas con su colega Griepenberg, ministro de Finlandia en el Vaticano.

Al parecer, Griepenberg le dijo que en el Vaticano se tenía la impresión de que las fuerzas de las potencias del Eje se agotaban más rápidamente que las de sus enemigos, y de que el tiempo no trabajaba en favor del Eje.[3]

A partir de entonces, parece como si el Vaticano tuviera interés en lograr una paz por separado entre las potencias anglosajonas y el Eje. Esta eventualidad es bastante aleatoria, habida cuenta de la declaración de los Aliados el 27 de enero de 1943 exigiendo una capitulación incondicional de las potencias del Eje y de Japón. No obstante, esta paz por separado parecía tanto más necesaria a la Santa Sede si no se olvida que, desde comienzos de año, se creía saber que habían tenido lugar contactos secretos entre alemanes y rusos:

En los medios del Vaticano —escribe Bergen el 4 de mayo— circulan rumores referentes a sondeos con vistas a una paz, que al parecer han tenido lugar estos últimos meses en Suiza entre representantes del Reich y de la Unión Soviética.

Se dice que las negociaciones fracasaron a causa de las exageradas pretensiones de los soviéticos, que reclamaban Besarabia, Silesia oriental y la parte de Polonia que habían ocupado anteriormente. Parece ser que los sondeos se han vuelto a iniciar basándose en nuevas condiciones propuestas por Alemania.[4]

Tales rumores eran en parte exactos. Los contactos no tuvieron lugar en Suiza sino en Suecia, por mediación del coronel japonés Uchigawa y de la señora Kollontaï, embajadora de la Unión Soviética en Estocolmo. Por el lado alemán, el principal instigador de estos sondeos era Ribbentrop, al parecer a espaldas de Hitler.

Es probable que la Santa Sede ignorase los detalles concretos de los contactos germano-rusos de principios de 1943, pero la perspectiva de un nuevo pacto germano-soviético, por vaga que fuese, tenía que alentar necesariamente todos sus esfuerzos en favor de un arreglo entre el Reich y las potencias occidentales.

Los detalles que se poseen hasta el momento sobre las tentativas de mediación de la Santa Sede en 1943 son confusos. Por consiguiente, no reproduciremos aquí los informes muy

contradictorios que existen sobre esta cuestión, limitándonos a señalar las indicaciones relacionadas con lo que fue, muy probablemente, la intención del Vaticano.

El 19 de mayo de 1943 Alfieri, embajador de Italia en Berlín, se entrevistó con Steengracht, nuevo secretario de Estado alemán que acababa de reemplazar a Weizsäcker (este último ocupó muy pronto su nuevo puesto de embajador ante el Vaticano). Alfieri, que también había sido embajador de Italia ante la Santa Sede, había conservado estrechos contactos con la Curia. Después de mencionar la entrevista de Klessheim entre el Führer y el Duce, el diplomático italiano empezó a hablar de la «idea europea»:

> Por iniciativa propia, Alfieri empezó a hablar de la idea europea y destacó que se podría reforzar el bloque antibolchevique mediante una declaración apropiada sobre la futura suerte de los pueblos de Europa. Estaba convencido de que no sería difícil impulsar al Papa a hacer un gesto que pudiera ser interpretado como un apoyo aportado al frente antibolchevique. Para ello, sólo sería necesario suspender momentáneamente ciertas medidas tomadas en el país [en Alemania, S. F.] contra la Iglesia.
>
> Contesté al embajador —escribe Steengracht— que desde nuestra última entrevista nada se había cambiado a este respecto y que nosotros estábamos reuniendo todas nuestras fuerzas para asestar un golpe decisivo al bolchevismo. Yo temía que una iniciativa del Papa pudiera ser interpretada en el sentido de que nosotros estuviéramos dispuestos a aceptar la paz, cuando él sabía que nuestra política tendía únicamente a una victoria sin compromiso.
>
> Alfieri contestó que él no había hablado de una iniciativa de paz por parte del Papa, pero que el Papa se hallaba animado por un profundo patriotismo con respecto a Italia y, como le había dicho repetidas veces, sentía gran simpatía por Alemania. Para facilitar la lucha de las potencias del Eje, estaría dispuesto, sin duda, a contribuir a la movilización de las fuerzas antibolcheviques europeas mediante una iniciativa apropiada…[5]

El 5 de julio, el nuevo embajador del Reich ante la Santa Sede, el exsecretario de Estado Ernst Weizsäcker, presentó sus cartas credenciales a Pío XII. Después de la ceremonia oficial, el soberano

pontífice concedió a Weizsäcker una audiencia privada que éste relató del modo siguiente:

> El Papa me confió sus saludos y buenos deseos para el Führer y recordó la visita del ministro de Asuntos Exteriores al Vaticano; seguidamente, en el transcurso de nuestra entrevista, abordó tres temas:
>
> 1) Sus sentimientos de reconocimiento por los años que había podido pasar en Alemania, en calidad de nuncio, así como su invariable simpatía por Alemania y el pueblo alemán.
>
> 2) Las relaciones germano-vaticanas: El Papa mencionó en primer lugar el hecho de que el concordato con el Reich había sido fruto de un deseo expresado por Alemania. Después, desgraciadamente, se habían desarrollado unas relaciones que parecían dificultar, hasta nueva orden, la solución de los problemas pendientes entre Alemania y el Vaticano. Yo confirmé este modo tan moderado de presentar las cosas como el correspondiente a mi propio concepto de la situación. El Papa afirmó que, sin duda alguna, más adelante, las actuales dificultades acabarían resolviéndose.
>
> 3) La situación general: Este tema me dio ocasión para valorar plenamente la acción alemana contra el bolchevismo.
>
> El Papa habló de sus propias experiencias con los comunistas en Múnich, en el año 1919. Condenó la poco inteligente fórmula de nuestros enemigos que exigían una «rendición incondicional». Al propio tiempo declaró que, de inmediato, no existía base alguna para una tentativa concreta con vistas a restablecer la paz. Respondí que mi gobierno no esperaba nada parecido.
>
> La entrevista, que duro casi media hora, fue conducida por el Papa sin aparente apasionamiento, pero con un matiz de apresuramiento que se convirtió en un reconocimiento de intereses comunes con el Reich cuando se abordó el tema de la lucha contra el bolchevismo.
>
> Nos pusimos de acuerdo para que el contenido de esta entrevista fuese considerado totalmente confidencial.[6]

La importancia de este documento es evidente: por primera vez, el Papa parece dejar entrever que existe una comunidad de intereses entre el Vaticano y el Reich en el combate contra el bolchevismo.

III. EL DESEMBARCO ALIADO EN SICILIA Y EL PROBLEMA DE LA PROTECCIÓN DE ROMA

La amenaza comunista persistía y, como veremos, siguió siendo la preocupación esencial de la Santa Sede. Sin embargo, no pueden silenciarse por completo las preocupaciones que parecieron provocar en el Vaticano la extensión del campo de batalla a tierras italianas, así como la amenaza de bombardeos aéreos masivos que gravitaba sobre la Ciudad Eterna. Por otra parte, tales problemas se vinculaban indirectamente con el temor al comunismo: el caos y la miseria que podrían provocar los combates y bombardeos alentarían los movimientos de extrema izquierda entre la población italiana. Pero, además, el Vaticano tenía que seguir manteniendo estrechas relaciones tanto con los Aliados como con los alemanes, con el objetivo de que los beligerantes dejaran a Roma en paz, en la medida de lo posible. También en este punto la Santa Sede creía conveniente tener en cuenta la necesidad de mantener unos contactos tan correctos como fuera posible con el Reich, para obtener de los alemanes la conformidad a las condiciones exigidas por los anglosajones para evitar el bombardeo de Roma.

El 13 de mayo de 1943 las fuerzas del Eje capitularon en Túnez. El 10 de julio los aliados desembarcaban en Sicilia. El mismo día Roosevelt dirigió un mensaje al Papa:

> En el momento en que este mensaje llegue a Vuestra Santidad, las tropas inglesas y americanas habrán desembarcado en suelo italiano. Nuestros soldados llegan para liberar a Italia del fascismo y de todos sus malhadados símbolos, así como para expulsar a los opresores nazis que infestan su territorio…[7]

Según Weizsäcker, el mensaje del presidente americano fue mal acogido por la Santa Sede. El 12 de julio el embajador del Reich escribió a Berlín:

> El telegrama dirigido por Roosevelt al Papa con motivo del desembarco de las tropas americanas en Sicilia ha causado escaso placer en el Vaticano. Un subsecretario me ha dicho hoy que este telegrama, y

particularmente su difusión por las agencias de prensa, era un acto propagandístico al que procedía juzgar más severamente aún si se tenía en cuenta que se trataba de una reincidencia. Se excluía por completo toda reacción.[8]

El día 14 Weizsäcker describió más ampliamente el ambiente en el Vaticano después del desembarco aliado en Sicilia:

> Hubiera podido creerse —escribe el embajador— que la extensión de la zona de combate a suelo italiano causaría cierta agitación en el Vaticano. Sin embargo, nada puede observarse, por lo menos exteriormente. El diario oficioso del Vaticano [*L'Osservatore Romano*,S. F.] se abstiene sistemáticamente de publicar la más mínima información referente a la situación militar y lleva su reserva hasta el extremo de no mencionar siquiera, hasta el momento, los combates de Sicilia.
>
> Es evidente que tales acontecimientos no pueden dejar indiferente al Vaticano. No se olvide que la cúspide de la jerarquía eclesiástica está compuesta casi por completo de italianos quienes, en gran parte, reaccionan consecuentemente ante los acontecimientos. El telegrama de propaganda de Roosevelt no cambia nada esta situación […].
>
> Durante la audiencia privada que me concedió… al día siguiente del desembarco anglo-americano, el Papa utilizó, refiriéndose a la situación en Sicilia, la palabra «inquietud», pero en seguida cambió de tema…[9]

El 19 de julio, día del encuentro de Hitler y Mussolini en Feltre, Roma sufrió su primer bombardeo. No corresponde a nuestro temario relatar aquí las innumerables gestiones efectuadas por el Vaticano ante los Aliados y los alemanes para evitar que la capital italiana se viera sometida a la misma suerte que las principales ciudades del Reich.[10] Ante los alemanes, la Curia trató de obtener la evacuación de los puestos de mando situados en los arrabales de la ciudad y particularmente la del cuartel general del mariscal Kesselring. Estas gestiones obtuvieron tan sólo un éxito parcial. Pero, cualquiera que fuese su resultado, había en ello una razón más para que la Santa Sede no acometiera frontalmente a los alemanes en este período.

IV. LA CAÍDA DE MUSSOLINI, EL GOBIERNO BADOGLIO Y EL ARMISTICIO POR SEPARADO CON ITALIA (25 DE JULIO-3 DE SEPTIEMBRE DE 1943)

El 25 de julio de 1943, después de más de veinte años de poder, Mussolini fue destituido de sus funciones por el rey y detenido después. Los elementos hostiles al Duce en el seno del Gran Consejo fascista, aliados con la Corte y con una parte del ejército, realizaron este asombroso golpe de Estado sin combatir. El gobierno fascista se derrumbó en un solo día. Se sabe que, mediante De Gasperi, el Vaticano estaba al corriente de los planes de uno de los grupos hostiles al Duce,[11] pero ningún documento permite sugerir que la Santa Sede hubiese alentado u obstaculizado en lo más mínimo la conspiración.

El rey nombró al mariscal Badoglio jefe del nuevo gobierno. El mariscal proclamó que Italia seguiría combatiendo al lado del Reich pero, en cuanto subió al poder, trató, de acuerdo con el rey y los miembros de su gabinete, de apartar a Italia de la guerra.

El 27 de julio Weizsäcker comunicó las primeras reacciones del Vaticano:

> En la Secretaría de Estado del Vaticano —escribe el embajador— no se creía todavía el domingo que el Duce dejara el campo libre. Ahora, ante el hecho consumado, el Vaticano muestra con respecto al Duce, particularmente como signatario de los acuerdos de Letrán de 1929, más respeto que la propia Roma. El cambio es considerado como un acontecimiento de extraordinario alcance.
>
> Acabo de visitar precisamente al cardenal secretario de Estado Maglione… El cardenal me ha preguntado con gran interés cuál era la reacción alemana ante los acontecimientos de Roma. He respondido que la guerra continuaba sin que se pudieran tener en cuenta los sucesos interiores de Italia. Fue sencillo advertir en esta ocasión que el cardenal no creía seriamente en la proclama de Badoglio: «La guerra continúa».
>
> Maglione me afirmó además que todavía no había tenido noticias, de modo directo, del nuevo gobierno italiano. Acababa de pedir a D’Ajeta [jefe de gabinete de Ciano, S. F.] que viniera a verle para enterarse de lo que pretendía el gobierno italiano. No deseaba recibir al propio Ciano.

El cardenal declaró también que, sin invitación por parte del gobierno italiano, él, y más particularmente aún el Papa, no harían nada en lo referente a la cuestión de la paz. Evidentemente, Italia debía tener en cuenta los intereses de Alemania.

Es probable que esta afirmación de Maglione permita definir con bastante precisión la actitud de la Curia. Ésta desea la paz; le agradaría que esta paz fuese dictada por la moderación y estaría dispuesta a ofrecer de buena gana su mediación. Cree que el camino, cerrado hasta el presente, puede haber quedado expedito por la partida del Duce…[12]

En realidad, los informes referentes a la política deseada (ya que no la llevada a cabo) por la Santa Sede durante la efímera existencia del gobierno Badoglio, ofrecen en su conjunto escasa claridad. Se sigue reconociendo como enemigo principal al comunismo, pero se titubea en cuanto a los medios para combatirlo. Un armisticio separado por parte de Italia debilitaría al Reich pero, en cambio, la prosecución de la guerra por parte de Italia ofrecería el riesgo de favorecer la extensión del comunismo en la península. A pesar de estas dificultades, ciertos informes alemanes pueden dar la impresión, como se verá más adelante, de que, durante el mes de agosto de 1943, la Santa Sede había elaborado planes bastante concretos.

El 31 de julio, el embajador del Reich en París remitió las siguientes informaciones a la Wilhelmstrasse:

Según comunica el ministro Von Krug [embajador ante el gobierno de Vichy. S. F.], el presidente Laval le ha hecho saber, fundándose en una entrevista entre uno de sus colaboradores y el nuncio Valerio Valeri, que en el Vaticano predominaba una fuerte tendencia a conseguir una aproximación entre las potencias del Eje y los anglo-americanos, con vistas a una lucha común contra el bolchevismo.

El ministro Von Krug se enteró seguidamente de que el colaborador del presidente Laval había preguntado al nuncio si el Papa consideraba que una cooperación con la Rusia bolchevique era aún posible. Al parecer, el nuncio respondió inmediatamente que las posibilidades de una cooperación ruso-vaticana acaso podrían volver a considerarse dentro de 1.000 años. El Papa estaba muy inquieto ante la posibilidad de una eventual victoria de la Unión Soviética y se esforzaba por todos los medios en conseguir una paz entre Inglaterra y Alemania. Esperaba que

Inglaterra reconociera que era una potencia europea y por este mismo hecho responsable de la preservación de la cultura cristiana en Europa. **[13]**

El 3 de agosto Weizsäcker se refirió en un despacho al contenido de una carta del subsecretario de Estado, monseñor Montini, que no ha podido ser hallada. El embajador escribe, entre otras cosas:

No cabe ninguna duda de que la carta del subsecretario de Estado Montini expresa ciertas opiniones que son corrientes en el Vaticano. En el Vaticano se juzga muy amenazada la situación de Italia. Ya no se cree en una victoria de Italia o del Eje. El deseo del Vaticano es que Italia «salga bien parada de la guerra».

Efectivamente, existen las más serias inquietudes con respecto al bolchevismo. El Papa ha advertido de los peligros que éste representaba en el transcurso de la alocución que dirigió a los obreros italianos el 13 de junio del corriente año. El texto de la alocución fue distribuido por la Iglesia en forma de octavillas en las fábricas donde predomina el comunismo. También deseo recordar las anteriores advertencias del arzobispo de Milán, monseñor Schuster.

Me he enterado de que el Vaticano dispone de considerable material documental relacionado con el reciente impulso de la propaganda comunista en todos los niveles de la población, incluso entre los soldados; esta propaganda tiende a la toma del poder por parte del proletariado.[14]

Sin conocer el texto de la carta de monseñor Montini a la que se refiere Weizsäcker, parece poder deducirse de la primera frase del despacho que el subsecretario de Estado era probablemente de los que se mostraban favorables a un armisticio de Italia por separado.

En cuanto al brote de agitación comunista, las noticias remitidas por Weizsäcker eran exactas en gran parte. De hecho, la acción del partido comunista italiano se había manifestado desde el mes de junio de 1941, cuando hizo su reaparición el diario *L'Unità*.En marzo de 1943, los comunistas organizaron en Turín un vasto movimiento huelguístico y, después de la desaparición del régimen fascista, su influencia en las ciudades industriales del norte de Italia creció rápidamente.

El 4 de agosto Weizsäcker añadía algunos elementos referentes a la actitud del Vaticano con respecto al gobierno Badoglio:

> Por razones de política interior, el Vaticano se muestra reservado con respecto al gobierno Badoglio. La pretendida libertad que éste ha prometido ha abierto de tal modo la puerta a los movimientos comunistas que en Roma se han podido distribuir octavillas atacando a la Iglesia y al Papa. Una de estas octavillas, que yo he tenido entre las manos, se burla de las manifestaciones de compasión del Papa ante las víctimas del bombardeo de Roma por los americanos, critica al Papa (Pío XI, predecesor del Papa actual) que llamó a Mussolini «hombre providencial», etc.
>
> … El hecho es que la Iglesia está inquieta. Para ella, el comunismo ha sido y sigue siendo el enemigo más peligroso, en política interior y en política exterior. Se me ha asegurado que el gobierno americano ha sido puesto en guardia por el Vaticano contra una presión excesiva sobre Italia, pues en este caso el gobierno Badoglio correría peligro de inclinarse hacia la izquierda. En lo que al gobierno inglés se refiere, uno de los colaboradores más cercanos al Papa me aseguró que Inglaterra se hallaba plenamente consciente del peligro soviético, pero que en las condiciones actuales no podía expresar libremente su opinión.**[15]**

El 18 de agosto una nueva nota de París transmitía informaciones recogidas por el embajador Von Krug, «de fuente muy segura». Según Von Krug:

> El arzobispo de París, cardenal Suhard, ha expresado su deseo de visitar al Papa para explicarle que el ejército alemán y la Iglesia eran los únicos escudos capaces de proteger a Europa contra el comunismo. Por lo tanto, todo debía ser puesto en práctica para ayudar a vencer a los ejércitos alemanes del Este.
>
> El Vaticano se esforzaba no sólo en conseguir un armisticio, sino la paz entre los anglosajones e Italia. La condición de esta paz parece que consistiría en que los anglosajones no ocupasen Italia y que las tropas alemanas se retirasen libremente. Esta paz debería ser un primer paso hacia una unidad de acción entre los anglosajones y los alemanes para crear un frente unido euroamericano y cristiano contra Asia.**[16]**

Confirma las informaciones transmitidas por Von Krug un despacho de Lisboa con fecha del 24 de agosto:

> El embajador de Portugal ante el Vaticano, Corneiro Pacheco, ha llegado a Lisboa y ha sido recibido por el cardenal patriarca —escribe Huene, embajador del Reich—. Según me entero muy confidencialmente, le ha entregado un mensaje del cardenal secretario de Estado que menciona la necesidad de reemprender la acción en favor de la paz y sobre todo de alentar a los sacerdotes para que actúen a través de la prensa y por todos los medios a su disposición para combatir al comunismo…
>
> Según me entero por otro conducto, el embajador Pacheco ha comunicado que el Papa realizaba los mayores esfuerzos, por medio de sus delegados en Inglaterra y Estados Unidos, para obtener una paz honorable para Italia, a base de una retirada de los beligerantes del suelo italiano. Espera conseguirlo antes de septiembre y cree que a continuación se formará una coalición occidental para combatir la anarquía y el bolchevismo.**[17]**

La concordancia de las informaciones procedentes de París y Lisboa da la impresión de que, durante algún tiempo, el Vaticano esperó tal vez convencer a los anglosajones y a los alemanes para llegar a un acuerdo sobre una «desmilitarización» de Italia y, sobre la base de este acuerdo parcial, iniciar seguidamente un acercamiento más vasto que culminaría en una coalición de las potencias occidentales contra la Unión Soviética…

Las coincidentes informaciones facilitadas por los documentos alemanes se ven confirmadas en parte por el informe dirigido en julio de 1944 a un prelado de Londres por su corresponsal en el Vaticano. Según dicho informe, parece ser que Pío XII envió a uno de sus más inmediatos colaboradores, el arquitecto Enrico Pietro Galeazzi, en misión a Nueva York, a finales de agosto de 1943, para impulsar al gobierno americano, por mediación del cardenal Spellmann, a mostrar comprensión con respecto a Alemania y preparar con ello un acercamiento entre los anglosajones y el Reich. **[18]**

En la misma época, parece que la Santa Sede definió una vez más su actitud con respecto al Reich y la Unión Soviética en un documento extraordinariamente importante del que el embajador

Weizsäcker asegura haber podido enterarse «casualmente» en septiembre, pero que debió de ser redactado en julio o agosto, mientras el gobierno Badoglio se hallaba aún en funciones:

> Casualmente —escribe el embajador—, he podido enterarme de tres documentos reveladores de la actitud política del Papa. Los tres documentos proceden sin excepción del período posterior al 5 de julio [fecha de la caída de Mussolini, S. F.].
>
> El primero consiste en una intervención de la Curia ante el gobierno Badoglio, en favor de los antiguos fascistas perseguidos. En el segundo, la Curia interviene por orden del Papa en favor del Duce y de su familia, y ello con mención específica de los nombres de veinte miembros, por lo menos, de la familia. No obstante, entre éstos faltan los nombres del conde Ciano y Edda Ciano.
>
> El tercer documento es de particular interés; contiene un informe del cardenal Maglione dirigido al gobierno italiano y referente a los peligros que amenazan al mundo. Maglione declara que la suerte de Europa depende de una resistencia victoriosa de Alemania en el frente soviético. El ejército alemán es la única barrera posible (*Baluardo*)contra el bolchevismo. Si ésta se derrumba, la suerte de la cultura europea está echada.**[19]**

La nota del cardenal Maglione parece confirmar el punto de vista de la Santa Sede de que, a partir de entonces, la resistencia victoriosa de los ejércitos alemanes en el Este era esencial para la salvaguarda de Europa. Una vez más, tan sólo los archivos del Vaticano podrían ilustrarnos acerca de la formulación precisa de esta nota.

Los documentos alemanes que hemos citado y que citaremos apoyan, en número impresionante, la tesis que el cardenal secretario de Estado expuso, al parecer, al gobierno italiano.

La intervención del Papa en favor de Mussolini y de los miembros de su familia, excepción hecha de los Ciano, no deja de tener también su interés. Desde principios de 1943 Ciano había sido embajador de Italia en el Vaticano; parece ser que durante este período trató de establecer contacto con los aliados con vistas a un armisticio por separado de Italia, y que preparó la conspiración contra Mussolini. Sin embargo, su larga colaboración con

Mussolini, su suegro, no le puso al abrigo de eventuales medidas del gobierno Badoglio;[20] por lo tanto, una intervención del Papa en su favor no sería inútil. La abstención del soberano pontífice podría indicar que éste condenaba implícitamente las actividades políticas y diplomáticas de Ciano durante los meses de su estancia en el Vaticano.

El 3 de septiembre Weizsäcker envió a Berlín una nota aún más explícita referente a la actitud política de Pío XII:

> Dispongo de continuas pruebas —escribe el embajador del Reich— de que la política angloamericana irrita en extremo al Vaticano, pues se considera a los representantes de la misma como los furrieles del bolchevismo. La inquietud del Vaticano ante la suerte de Italia y Alemania va en aumento. Un diplomático que mantiene relaciones particularmente estrechas con el Vaticano me afirmaba ayer que el Papa condenaba todos los planes que tendían a un debilitamiento del Reich. Un obispo, miembro de la Curia, me ha dicho hoy que, en opinión del Papa, una Alemania fuerte era absolutamente esencial para la Iglesia católica. Por el texto confidencial de la entrevista de un periodista político italiano con el Papa, me entero de que a la pregunta «¿qué opina del pueblo alemán?», el Papa contestó al parecer: «Es un gran pueblo que, en su batalla contra el bolchevismo, no sólo se sacrifica por sus amigos sino también por sus actuales enemigos. No puedo creer que el frente del Este llegue a hundirse». Basándose en esta misma actitud, el Papa ha advertido y criticado a los angloamericanos en su alocución del 1 de septiembre. Lo esencial de la alocución está claro y apunta directamente a nuestros enemigos occidentales.[21]

El mismo día en que Weizsäcker envió su despacho, los italianos firmaron secretamente un armisticio con los Aliados; el 8 de septiembre la radio americana anunció las condiciones del mismo. El día 9 entraron en Roma las primeras tropas alemanas.

V. LAS PRIMERAS SEMANAS DE LA OCUPACIÓN ALEMANA DE ROMA

En el Vaticano se lamentó sin duda alguna la necesidad de una ocupación de la Ciudad Eterna por las fuerzas del Reich; pero, por lo menos, el peligro comunista estaba momentáneamente conjurado en la parte de Italia ocupada entonces por los alemanes. Por consiguiente, la atención de la Santa Sede se dirigió hacia el Este de Europa:

> Es interesante observar —escribe Weizsäcker el 24 de septiembre— que los acontecimientos de Italia, que tienen lugar ante los ojos de todos, se consideran aquí [en el Vaticano. S. F.] menos importantes que los del frente del Este. Se teme en el Vaticano que, bajo el peso de los acontecimientos del Este, Alemania se decida en última instancia a lanzarse en brazos de los rusos. La tesis según la cual los gobiernos alemán y ruso están ya en contacto no se les quita de la cabeza.
>
> También sigue en pie el sueño del Vaticano de que las potencias occidentales aún tendrán tiempo para reconocer donde se hallan sus verdaderos intereses y actuarán al unísono con los alemanes para salvar del bolchevismo a la cultura europea…[22]

También el 24 de septiembre el nuncio Orsenigo expresaba al secretario de Estado Steengracht la necesidad de una acción conjunta del Reich y del Vaticano contra el comunismo:

> El nuncio me ha visitado hoy —escribe Steengracht el 24 de septiembre— y me habló espontáneamente de las tristes condiciones en que se hallaba Italia después de la capitulación de Badoglio, y después, del peligro general que el comunismo representaba para el mundo. Yo le hablé de las bandas comunistas armadas que se habían formado en Milán y en Turín y destaqué que sólo con una rápida acción por nuestra parte podría evitarse el caos comunista en Italia.
>
> El nuncio declaró entonces, de modo espontáneo, que sólo Alemania y el Vaticano —la primera en el plano material y el segundo en el espiritual— eran capaces de oponerse al peligro bolchevique. Añadió que lo que Stalin hacía al nombrar obispos ortodoxos no era más que una comedia y una superchería. Era lamentable que las confesiones cristianas no católicas concedieran el título de obispo a toda clase de funcionarios, despojando con ello de toda dignidad a dicho título…[23]

Unos días más tarde Weizsäcker informó también acerca de la actitud negativa del Vaticano con respecto a las medidas favorables a la religión adoptadas por Stalin:

> Como en el caso de la disolución del Komintern —escribe el embajador del Reich—, el Vaticano considera la nueva política religiosa de Stalin como una iniciativa de oportunismo político dictada por los aliados y que puede ser anulada cualquier día. La actitud fundamentalmente hostil del Vaticano ante la Unión Soviética no está influenciada por la política eclesiástica de Stalin; política que obstaculiza, además, el deseo de la Iglesia romana de volver a convertir a Rusia en una nación católica…[24]

El 3 de octubre los alemanes se enteraron de que el Vaticano consideraba que la ofensiva rusa en los Balcanes amenazaba con proseguirse victoriosamente.[25] El día 8 Weizsäcker trató de resumir una vez más lo esencial de las opciones políticas de la Santa Sede ante una situación mundial cada vez más amenazadora:

> Desearía presentar —escribe el embajador del Reich— algunos elementos característicos de entrevistas que he sostenido recientemente con personalidades encargadas de la política exterior del Vaticano.
>
> Uno o dos días después del 25 de julio, pregunté al subsecretario de Estado monseñor Tardini:
>
> —¿Qué haría usted ahora si fuese Badoglio?
>
> Tardini:
>
> —No hubiese aceptado el cargo.
>
> Yo:
>
> —Pero ¿y si yo le nombrase ahora para el mismo?
>
> Tardini:
>
> —En este caso dimitiría.
>
> Otro me dijo que el ministerio Badoglio estaba formado por francmasones y que era imprevisible hasta qué punto podía inclinarse a la izquierda.
>
> Otro sacerdote (jesuita) me declaró que la Iglesia se había entendido bien con el fascismo. En el transcurso de los últimos años, su lucha contra el comunismo en Italia casi había sido demasiado fácil.
>
> He comunicado ya que el Papa había intervenido ante el gobierno Badoglio en favor de un trato conveniente para el Duce y su familia. Intervino asimismo para proteger a los fascistas perseguidos.

> A partir del 8 de septiembre estos señores del Vaticano, casi todos ellos italianos, se sienten molestos cuando se les habla de su compatriota Badoglio. Un prelado de la Curia me ha dicho últimamente que Badoglio les había abochornado a todos.
>
> Después de la caída del Duce y también más tarde, tras la traición de Badoglio, el cardenal secretario de Estado Maglione me declaró que de buena gana haría cualquier cosa en favor de la paz, pero nunca por Italia solamente, como tampoco haría nada por Alemania sola sin haber obtenido el acuerdo de Japón. La Curia no deseaba participar en la disolución de nuestro pacto. Los documentos publicados por el gobierno británico demuestran que la Curia no se ha visto mezclada en las negociaciones del armisticio de Badoglio.
>
> Sería superfluo reproducir las expresiones de antibolchevismo que oigo a diario.
>
> En efecto, la hostilidad con respecto al bolchevismo es la base fundamental de la política exterior del Vaticano. Todo lo que sirve para la lucha contra el bolchevismo es bueno para la Curia. La alianza de los angloamericanos con la Unión Soviética le parece odiosa, y consideran el mantenimiento de esta alianza como un estúpido rasgo de obstinación cuya única consecuencia es la prolongación de la guerra. La Curia juzga como solución ideal una coalición de las potencias occidentales con Alemania; en todo caso, desea una Alemania fuerte como barrera esencial contra la Rusia soviética. Fuera de esto, la Curia deja en segundo plano sus sentimientos italianos. Se juega ahora el todo por el todo…[26]

La amenaza comunista en Roma preocupaba también a la Santa Sede. El 14 de octubre el cardenal secretario de Estado habló de ella a Weizsäcker:

> El cardenal Maglione me ha hablado hoy del peligro comunista que amenazaba al clero de Roma si, en caso de pasar la ciudad de manos alemanas a manos británicas, las fuerzas de la policía y la autoridad pública se mostrasen ineficaces…[27]

En este ambiente, comenzó la acción alemana contra los judíos de Roma.

8
LA DEPORTACIÓN DE LOS JUDÍOS DE ROMA Y DE ITALIA

Octubre 1943 - Diciembre 1943

Antes de abordar los acontecimientos que señalaron la deportación de los judíos de Roma y de Italia, es necesario que examinemos muy brevemente la teoría según la cual el Papa temía una acción alemana contra el Vaticano en caso de protesta por parte de éste contra las medidas antijudías de los germanos. Puede sugerirse además, *a priori*, que el temor de tal eventualidad no influyó sobre el silencio de Pío XII, ya que este silencio persistió cuando en junio de 1944 comenzó la deportación de los judíos de Hungría, estando ya Roma y el Vaticano bajo la protección de las tropas aliadas. Sin embargo, expondremos brevemente los hechos tal y como éstos podían conocerse en el Vaticano en octubre de 1943 (e incidentalmente las intenciones alemanas), para contestar a la objeción de que entre octubre de 1943 y junio de 1944 los motivos del silencio del Papa podían haber variado.

I. LOS ALEMANES Y LA CIUDAD DEL VATICANO

En varios libros de memorias escritos después de la guerra, se mencionan planes alemanes referentes a un secuestro del Papa. Es difícil saber si los nazis elaboraron un plan de este género, pues ningún documento hace referencia al mismo. Por el contrario, los documentos de la Wilhelmstrasse del otoño de 1943 parecen indicar lo contrario. Antes de examinarlos, recordemos la célebre diatriba de Hitler contra el Vaticano, el 26 de julio de 1943.

El Führer acababa de enterarse de la suerte de Mussolini y se hallaba en un estado de considerable excitación. Se estudió la

ocupación de Roma por tropas aerotransportadas. A este respecto, Hewel, representante de Ribbentrop en el cuartel general, preguntó:

> —¿Decidimos la ocupación de las salidas del Vaticano?
>
> —No tiene importancia —responde Hitler—, entraré enseguida en el Vaticano. ¿Cree usted que el Vaticano nos preocupa? Lo tomaremos al primer golpe. En primer lugar, se encuentra allí todo el cuerpo diplomático. Esto es lo esencial y me tiene sin cuidado. Arrancaremos de allí, por la fuerza, a esos canallas, a ese grupo de indeseables… Después, cuando la cosa esté hecha, presentaremos excusas…[1]

Como puede verse, Hiüer pronosticaba, en un momento de extrema agitación, su deseo de entrar en el Vaticano, de «arrancar» de allí a los diplomáticos extranjeros que habían preparado la caída de Mussolini… y de retirarse presentando excusas. Incluso bajo los efectos del disgusto provocado por el arresto de Mussolini, Hitler no hablaba de una ocupación del Vaticano y menos aún de una acción contra el clero o el Papa. Por otra parte, todo esto no es sino la reacción ante los acontecimientos del momento. Cuando Italia capituló en septiembre y los alemanes entraron en Roma, su actitud era muy distinta.

El 10 de septiembre, mientras aún tenían lugar combates esporádicos en las calles de la capital italiana, Weizsäcker informó a Berlín de que el cardenal Maglione le había rogado una vez más que las fuerzas del Reich respetasen la ciudad del Vaticano y sus dependencias. Weizsäcker añadía en su despacho que habían quedado interrumpidos sus propios enlaces con el comandante de las fuerzas alemanas.[2] Algunas horas más tarde, se restableció la comunicación.

El 17 Ribbentrop preguntó a Weizsäcker si era verdad, como indicaba una agencia de prensa, que el Papa se había negado a recibir a un representante del mariscal Kesselring, comandante en jefe de las fuerzas alemanas en Italia.[3] A la mañana siguiente, el embajador puntualizó los hechos: Kesselring no había solicitado en ninguna ocasión audiencia al Papa ni había pedido tampoco que ninguno de sus enviados fuese recibido por el sumo pontífice.[4] Dos días más tarde, el representante del Reich escribía:

La ocupación alemana de Roma no amenaza en absoluto la soberanía del Vaticano. No hemos ocupado la emisora del Vaticano, puesto que se halla en el interior de la Ciudad del Vaticano. La ocupación alemana no obstaculiza en lo más mínimo la misión apostólica del Papa. A ningún italiano se le impide ir a la basílica de San Pedro. La Curia es objeto de todos los miramientos.

Es lógico que la Curia hubiera preferido que la guerra respetase Roma. La ocupación de Roma por las tropas alemanas es motivo de pesar para el Vaticano. Cuando, durante los primeros días de la ocupación, se procedió a numerosas requisas de automóviles, la Embajada tuvo que emplearse a fondo para evitar la incautación de los automóviles del Vaticano. Se ha asegurado la circulación entre la Ciudad del Vaticano y las diferentes dependencias vaticanas enclavadas en Roma, así como con las oficinas de la Curia en la capital. El aprovisionamiento del Papa y de los habitantes de la Ciudad del Vaticano quedó interrumpido durante los combates… También en este aspecto, la Embajada intervino con éxito. Es verdad que no ha podido ser restablecido hasta la fecha el enlace postal y telegráfico entre el Vaticano, los obispos de Italia y los centros extranjeros con los que el Vaticano carece de comunicación directa, pero la Embajada procura remediar la situación… en la medida que lo permitan las necesidades militares.[5]

Entretanto, la propaganda aliada seguía explotando la presencia de soldados alemanes a las puertas del Vaticano. El 1 de octubre Roosevelt declaró que «los ejércitos aliados avanzan hacia el norte, a modo de cruzada, para liberar a Roma, al Vaticano y al Papa».[6] Ribbentrop se decidió a reaccionar y el 4 de octubre telegrafía a Weizsäcker:

Teniendo en cuenta el hecho de que Roosevelt explota las informaciones según las cuales tenemos al Papa prisionero y hemos ocupado el Vaticano, y que trata ya de hacernos responsables de todas las destrucciones que puedan tener lugar en Roma o en el territorio vaticano, me parece esencial proclamar la decisión alemana de respetar la Ciudad del Vaticano por todos los medios, de modo que podamos oponernos seguidamente y con eficacia a toda propaganda enemiga.

Le ruego, por consiguiente, que obtenga una audiencia con el Papa lo antes posible y llame su atención sobre las calumnias de los enemigos. Le pido que sugiera, aprovechando esa ocasión, que nosotros consideraríamos justo que la Curia ayudase a dar a conocer la verdad,

anunciando por sí misma cuál es la situación. Tal aclaración tendría una validez muy especial si procediese de labios del propio Papa…

Ribbentrop permitió entonces que su embajador entregase oficialmente al cardenal secretario de Estado la siguiente declaración:

… Alemania reafirma que la soberanía y la integridad territorial de la Ciudad del Vaticano serán respetadas y que las tropas alemanas que se encuentran en Roma se comportarán en consecuencia. Además, por parte alemana se promete hacer cuanto sea necesario para que la Ciudad del Vaticano quede al margen de los combates.[7]

El 9 de octubre Weizsäcker fue recibido en audiencia por el Papa. Pío XII manifestó ante todo su satisfacción por la actitud de la Embajada en algunos casos en que los intereses del Vaticano entraron en conflicto con las necesidades de las tropas alemanas que ocupaban Roma.

El Papa conoce perfectamente las calumnias que nuestros enemigos, y actualmente Roosevelt en particular, esparcen en lo referente a la actuación de nuestras tropas en Roma —escribe Weizsäcker en su informe del día 9—. En consecuencia, el Papa ha expresado sin vacilar su acuerdo con el texto de la declaración que yo le presenté, siguiendo sus instrucciones (de Ribbentrop), pero no tengo la impresión de que el Papa se disponga a hacer una declaración oficial personal… El Papa sugirió que lo más sencillo sería que la Curia hiciera referencia a nuestra declaración de este día.

Respondí que mis instrucciones consistían en pedir que la Curia hiciera una declaración por sí misma, para precisar la verdad.

El Papa lo consideró factible pero, en su opinión, menos eficaz; pues, en este último caso, sólo se podría hablar del pasado, en tanto que si la declaración alemana —que debía ser interpretada como una promesa— se vinculaba a una declaración del Vaticano, indicaría igualmente una intención con respecto al futuro y ello le concedería una importancia aún mayor…

Weizsäcker respondió que debía pedir instrucciones a su gobierno.[8]

Es difícil seguir el relato de las negociaciones entre la Santa Sede y los alemanes relativos a la forma que convendría dar a una declaración indicando que las fuerzas del Reich no habían violado la soberanía del Vaticano y que la Curia había recibido también seguridades a este respecto de cara al futuro. Recordemos asimismo que en el momento en que el Vaticano recibía garantías por vía diplomática, obtenía otras suplementarias a través de diversos intermediarios oficiosos en contacto con el mando alemán: el padre Pfeiffer, el padre Leiber y, particularmente, monseñor Kaas, cuyo sobrino era un oficial alemán destinado en Roma, así como también el hijo de Von Gerlach, amigo suyo.[9]

Como resultado de estas diversas negociaciones, Radio Vaticano emitió el 19 de octubre de 1943 el siguiente comunicado:

> Para poner fin a los rumores desprovistos de fundamento, difundidos particularmente en el extranjero y referentes a la actitud de las tropas alemanas con respecto a la Ciudad del Vaticano, el embajador de Alemania ante la Santa Sede ha declarado en nombre de su gobierno que Alemania, de acuerdo con la política seguida hasta la fecha y respetando las instituciones de la Curia romana, así como los derechos soberanos y la integridad de la Ciudad del Vaticano, está dispuesto a respetarlos igualmente en el futuro. La Santa Sede, reconociendo que las tropas alemanas han respetado a la Curia romana y a la Ciudad del Vaticano, ha tomado nota de estas garantías.[10]

Puede sugerirse, pues, que en octubre de 1943, la Santa Sede no parecía temer una acción alemana contra el Vaticano y, menos aún, contra la persona del propio soberano pontífice.[11]

II. LA DEPORTACIÓN DE LOS JUDÍOS DE ROMA

El 6 de octubre de 1943 Moellhausen, cónsul del Reich en Roma, envió a Ribbentrop el despacho «ultrasecreto» (*supercitissime*)siguiente:

> El *Obersturmbannführer* Kappler [representante de la policía especial S. F.] ha recibido órdenes de Berlín para apoderarse de los 8.000 judíos

que viven en Roma y deportarlos al norte de Italia, donde deberán ser liquidados (*wo sie liquidiert werden sollen*).El comandante de la ciudad de Roma, general Stahel, me ha comunicado que sólo autorizaría tal acción en el caso de que fuese llevada a cabo con el acuerdo del ministro de Asuntos Exteriores. Personalmente, soy de la opinión de que sería mejor emplear a los judíos en los trabajos de fortificación, como en Túnez, y así lo propondré, de acuerdo con Kappler, al mariscal Kesselring.[12]

A la mañana siguiente Moellhausen dirigió un nuevo despacho a Ribbentrop:

Continuación de mi telegrama del 6.

El mariscal Kesselring ha pedido al *Obersturmbannführer* Kappler que, de momento, posponga para más tarde la acción prevista contra los judíos. Sin embargo, caso de emprenderse alguna acción, preferiría utilizar a los judíos capaces de trabajar en las obras de fortificación de Roma.[13]

La respuesta de Berlín no se hizo esperar. El día 9 el consejero de legación Thadden telegrafió a Moellhausen:

Por orden del Führer, los 8.000 judíos que viven en Roma deben ser trasladados a Matthausen como rehenes. El ministro de Asuntos Exteriores le pide que en ningún caso se inmiscuya en este asunto y que lo deje en manos de los SS.[14]

¿Por qué estas vacilaciones de Moellhausen, de Stahel y de Kesselring? ¿Se trataba de un repentino gesto de compasión? Es muy poco verosímil. Pero se sabía que numerosos judíos se habían refugiado en los claustros y en las iglesias, y se temía que esta vez el Papa, como obispo de Roma, no pudiera abstenerse de elevar su voz. El daño psicológico que esta protesta produciría a la causa del Reich sería infinitamente grave. ¿Valía la pena correr este riesgo a cambio del exterminio de los 8.000 judíos de Roma?

Es probable que en Berlín se creyese que el Papa no intervendría. La acción se inició la noche del 15 al 16 de octubre. Fueron detenidos 1.259 judíos y, el 18 de octubre, 1.007 fueron deportados a Auschwitz.

El peligro de una intervención del Papa fue real durante varios días. El 16 de octubre monseñor Hudal, rector de la iglesia alemana de Roma, envió la siguiente carta al general Stahel:

> Acabo de ser informado por un alto dignatario del Vaticano, próximo al Santo Padre, que las detenciones de judíos de nacionalidad italiana han comenzado esta mañana. En interés de las buenas relaciones que hasta el presente han existido entre el Vaticano y el alto mando militar alemán —lo que debe atribuirse en primer lugar a la intuición política y a la generosidad de corazón de Vuestra Excelencia, y que algún día quedará inscrito en la historia de Roma— estimaría en gran manera se dignase dar la orden de poner fin inmediatamente a estos arrestos en Roma y sus alrededores; de lo contrario, temo que el Papa se vea obligado a adoptar abiertamente una postura contra esta maniobra, lo que serviría a los enemigos de Alemania como arma contra nosotros, los alemanes.[15]

A la mañana siguiente Weizsäcker confirmó las informaciones transmitidas por monseñor Hudal:

> Puedo confirmar la reacción del Vaticano ante la deportación de los judíos de Roma, tal como ha sido descrita por monseñor Hudal. La Curia está particularmente sorprendida por el hecho de que esta medida haya tenido lugar, por así decirlo, ante las ventanas del Papa. Tal vez la reacción se viera atenuada si los judíos fuesen empleados en trabajos forzados en territorio italiano.
>
> Los medios de Roma que nos son hostiles explotan este acto para obligar al Vaticano a salir de su reserva. Se dice que en las ciudades francesas en las que han ocurrido idénticas cosas los obispos han tomado claramente posición. Por consiguiente, como jefe de la Iglesia y obispo de Roma, el Papa no podía hacer menos que aquéllos. Ya se empieza a hacer comparaciones entre el Papa actual y el Papa considerablemente más enérgico que fue Pío XI.
>
> No cabe duda de que la propaganda de nuestros enemigos en el extranjero aprovechará esta ocasión para provocar una tensión entre la Curia y nosotros.[16]

No obstante, el 28 de octubre Weizsäcker anunció a Berlín que el peligro había pasado. El Papa no protestaría:

A pesar de las presiones ejercidas sobre él desde diversos lados —escribe Weizsäcker—, el Papa se ha negado a dejarse arrastrar a toda declaración demostrativa contra la deportación de los judíos de Roma. Aunque debe tomar en consideración que su actitud le será reprochada por nuestros enemigos y por los medios protestantes de los países anglosajones por motivos de propaganda anticatólica, en esta delicada cuestión ha hecho todo lo posible para no dificultar las relaciones entre el gobierno alemán y las autoridades alemanas en Roma. Dado que ya no se deben emprender nuevas acciones contra los judíos de Roma, puede considerarse como liquidada esta cuestión desagradable para las relaciones germano-vaticanas.

Por parte del Vaticano, existe en todo caso un síntoma de que así es, en efecto. En su número del 25-26 de octubre, el *Osservatore Romano* ha publicado en lugar muy destacado un comunicado oficioso acerca de la actitud caritativa del Papa, en el cual puede leerse, en un estilo recargado y nebuloso que caracteriza al órgano del Vaticano, que la solicitud del Papa abraza a todos los hombres, sin distinción de nacionalidad, religión *o raza* [subrayado en el texto. S. E]. La constante y multiforme actividad del Papa en este aspecto se había prodigado aún más, recientemente, a causa del aumento de los sufrimientos de tantos desgraciados.

Resulta aún menos necesario protestar contra esta publicación si se tiene en cuenta que su texto —cuya traducción le adjunto— sólo muy escasas personas lo interpretarán como alusivo a la cuestión judía.[17]

Weizsäcker adjuntó a su carta el texto del siguiente artículo del *Osservatore Romano*:

Osservatore Romano del 25-26 de octubre de 1943 número 250. *La actividad caritativa del Santo Padre*.

El eco de la catástrofe que la prolongación de la guerra amplifica sin cesar llega al Santo Padre de modo más apremiante y desgarrador que nunca.

Después de que el Papa hubo intentado en vano, como es sabido, evitar la guerra, advirtiendo a los dirigentes de las naciones los peligros de un recurso a la violencia que hoy aparece con todo su horror, no ha dejado de emplear todos los medios a su disposición para aliviar unos sufrimientos que no son sino las consecuencias de esta terrible conflagración mundial.

Después de agravarse tantos padecimientos, la actitud caritativa, universal y paternal del Santo Padre se ha incrementado todavía más y no

> reconoce fronteras, nacionalidades, religiones ni razas.
>
> La actividad constante y multiforme de Pío XII se ha prodigado aún más, recientemente, a causa del aumento de los sufrimientos de tantos desgraciados…

Sigue el artículo expresando la esperanza de una próxima paz y de un mundo mejor.[18]

III. LA DEPORTACIÓN DE LOS JUDÍOS DE ITALIA

La acción alemana contra los judíos no tarda en extenderse a todo el norte de Italia, pero sin gran éxito. La mayoría de los 35.000 judíos que habitaban en esta región consiguieron ocultarse; las autoridades italianas locales, tanto laicas como eclesiásticas, ayudaron a los judíos a encontrar refugio. La república fascista de Salò promulgó entonces una nueva ley, con fecha del 1 de diciembre de 1943, según la cual todos los judíos que viviesen en Italia deberían ser encerrados en campos de concentración y sus bienes confiscados. Esta ley quedó sin gran efecto, pero provocó en cambio una reacción del *Osservatore Romano*.Weizsäcker captó perfectamente la diferencia cuando el 3 de diciembre señalaba que mientras el Vaticano se había abstenido de toda reacción cuando eran alemanes quienes tomaban medidas, criticaba cuando los autores eran italianos.[19]

El 3 de diciembre de 1943 Koester, cónsul del Reich en Venecia, relató lo más importante de una entrevista que uno de sus amigos acababa de celebrar con el cardenal patriarca de la ciudad:

> Una personalidad que tiene relaciones amistosas conmigo ha sido recibida por el patriarca para sostener una conversación, con la evidente intención de que el contenido de dicha conversación me fuese transmitida y, por mediación mía, llegara a instancias más elevadas —escribe Koester.
>
> El patriarca indicó que el modo como era tratada en Venecia la cuestión judía le causaba grave preocupación. La noche anterior, los fascistas extremistas habían detenido en sus casas a numerosos judíos pobres, viejos y enfermos, mientras los judíos ricos gozaban de

privilegios y seguían paseándose en libertad, siempre y cuando no hubieran huido de Venecia. Esta injusticia lo inquietaba considerablemente y veía como única solución que las medidas contra los judíos fueran emprendidas por las autoridades alemanas, pues entonces, por lo menos, la justicia quedaría garantizada equitativamente para todos. Es sabido que el principal deseo del patriarca es que todos los judíos, así como los medio judíos, fueran encerrados en un gueto. La Iglesia católica no podía seguir asistiendo a lo que ocurría [las detenciones, S. E] sin tomar partido contra el gobierno fascista actual que ejecutaba tales actos o los aceptaba.

El patriarca destacó además que Alemania era la única defensa contra un bolchevismo que cada vez se acercaba más y que, debido a ello, existía sin lugar a dudas una comunidad de intereses entre Alemania y el Vaticano. Por desgracia, el Vaticano no podía manifestarse abiertamente en este punto, pues se sabía que ciertas personalidades dirigentes alemanas defendían ideas paganas (*idee pagone*),de lo contrario, la Iglesia declararía sin vacilar que Alemania era la única potencia que podía salvar a Europa, y con ella al Vaticano, del bolchevismo.

Durante los cuarenta y cinco días de la república de los traidores de Badoglio, la Iglesia se había dado perfecta cuenta de que los círculos francmasones y judíos eran los que manejaban en realidad los hilos con el consiguiente y serio peligro para la Iglesia.

Finalmente, el patriarca repitió una vez más la opinión, muy extendida aquí, de que la mejor solución estribaría en que la administración volviera a ser puesta en manos de los alemanes, quienes trabajarían en cooperación con los medios italianos dignos de confianza. **[20]**

IV. UNA ENTREVISTA CON EL PAPA SOBRE EL REICH Y LA SITUACIÓN INTERNACIONAL

El 16 de diciembre de 1943 Kaltenbrunner, jefe de la policía y de los servicios de seguridad del Reich, remitió a Ribbentrop un largo informe de uno de sus agentes, referente a «la actitud del Papa con respecto a la situación internacional y al Estado nacionalsocialista». He aquí el texto completo:

Un agente digno de confianza y muy experimentado, bien relacionado con el Papa desde los tiempos en que éste era nuncio en Múnich y en Berlín, estuvo en Roma entre el 14 y el 19 de noviembre de 1943 como correo especial del nuncio y cumpliendo una misión para el cardenal Bertram. En el transcurso de la hora de conversación que le concedió, Pío XII expresó a este agente las siguientes opiniones referentes a la situación internacional actual y a la actitud del Vaticano con respecto al Reich:

La conversación versó al principio sobre el bombardeo del Vaticano, y el Papa declaró que «la investigación aún no había terminado, pero no podía imaginar que uno de los beligerantes estuviera mezclado en el asunto».[21] Dejó entrever claramente, además, que no pensaba abandonar Roma e irse al norte de Italia ni tampoco al extranjero.

Como complemento a estas observaciones del Papa, nuestro agente nos comunica que, según la opinión generalmente aceptada en el Vaticano, el bombardeo fue organizado por los medios fascistas extremistas. Se considera también probable que dichos medios hayan recibido la ayuda de los SS.

Pasando a la situación en Italia, el Papa habló de los rumores que circulaban en Alemania, según los cuales parecía como si el Vaticano hubiese sido informado de antemano de los acontecimientos que provocaron la caída de Mussolini y que incluso había tomado parte activa en ellos. Nuestro agente también había recibido el encargo del cardenal Bertram de sugerir al Papa que exigiera un mentís por parte del gobierno del Reich. El Papa negó con gran energía que la Santa Sede se hubiera visto envuelta en cualquier forma, activa o pasiva, en el derrocamiento de Mussolini y declaró que él mismo había quedado tan sorprendido por los acontecimientos de Roma como todos los demás romanos. Es verdad que, desde hacía largo tiempo, había tenido la impresión de «que las cosas no podían continuar de aquel modo». También él consideraba la posibilidad de pedir al gobierno del Reich que se manifestara en contra, por medio de un mentís oficial, de las acusaciones constantemente renovadas según las cuales él era responsable de la evolución de los acontecimientos en Italia, cualquiera que fuese esta supuesta responsabilidad.

Seguidamente, el Papa dio a entender que no estaba de acuerdo en lo más mínimo con el gobierno Badoglio, y particularmente con la negativa del rey a abandonar el trono.[22] Indicó que la situación se deslizaba cada vez más hacia la izquierda, en especial en el sur de Italia, y a

consecuencia de la resistencia del rey a dejar su trono expresó su inquietud con respecto al futuro de la dinastía. Declaró textualmente:

«Comprobamos con gran inquietud que la influencia francmasónica se refuerza constantemente en la nueva organización de los asuntos en el sur de Italia y que el comunismo aumenta su influencia en toda Italia e incluso en Roma. Informaciones realmente amenazadoras nos han llegado del Sur, pero también de las ciudades industriales del norte de Italia (Bolonia, Milán, Turín y Génova). Nos tememos lo peor en el caso de que Alemania se viera obligada a evacuar dichas regiones».

En respuesta a la petición transmitida por el cardenal Bertram de que el soberano pontífice diera su opinión con respecto a la situación internacional y, en particular, sobre su probable evolución, el Papa se expresó en los siguientes términos:

«Teniendo en cuenta el creciente poderío material de sus enemigos, así como la multiplicación de frentes, la guerra estaba ya perdida para Alemania. Era probable que los acontecimientos políticos y militares se precipitaran en el transcurso de las semanas y meses siguientes. En vista de la actitud de las potencias enemigas con respecto a Alemania, no creía que ésta pudiera obtener una paz ni tan siquiera aceptable. Él siempre se había esforzado en restablecer la paz, desde el comienzo del conflicto, mucho más de lo que era creencia general. Seguía con la mayor inquietud la evolución interior de Alemania. Creía saber que, también allí, el comunismo reforzaba considerablemente su posición, y consideraba en particular como un grave peligro la presencia de los 12,5 millones de trabajadores extranjeros».

Sobre la cuestión de los bombardeos (*Terrorangriffe*), el Papa declaró con profunda emoción:

«Nos le autorizamos explícitamente para decir a todos que el pueblo alemán ha estado siempre particularmente cercano a Nuestro corazón y que ahora, Nuestra particularísima solicitud se dirige al pueblo alemán, sometido a tan gran prueba, más que a todas las demás naciones. Hemos dado una prueba exterior de Nuestra gran simpatía por Alemania interrumpiendo siempre Nuestras audiencias privadas para no hacer esperar a los miembros de la Wehrmacht que deseaban acudir a Nos.

»Nos hemos esforzado constantemente en ayudar al pueblo alemán puesto a prueba por los terribles bombardeos. Que cada uno esté convencido de que Nos hacemos cuanto está en Nuestro poder para ayudar en la medida que Nos permite la situación».

Como había hecho ya a menudo durante entrevistas con otros agentes, el Papa habló finalmente del peligro que el bolchevismo

representaba para el mundo y dio a entender que, en aquellos momentos, tan sólo el nacionalsocialismo constituía un baluarte contra el bolchevismo.

Declaró que, en verdad, ciertas tendencias del nacionalsocialismo lo inquietaban, pero que la Iglesia había deseado siempre un arreglo y lo deseaba entonces, particularmente en interés de los pueblos, y que había demostrado su deseo de llegar a un entendimiento con el nacionalsocialismo firmando el concordato. Mas tenía la impresión de que la otra parte (el Reich) no deseaba seriamente adoptar una actitud nueva con respecto a la Iglesia. El nuevo representante de Alemania ante el Vaticano se hallaba personalmente animado por la mejor voluntad y era manifiesto que realizaba grandes esfuerzos, pero él (el Papa) tenía la impresión de que Weizsäcker no disponía de mucho apoyo en Berlín y que, por este motivo, no podía solucionar gran cosa. Acontecimientos tales como la actitud poco benevolente de las autoridades alemanas con respecto a la Iglesia en el Tirol meridional, indicaban que, incluso entonces, en lo fundamental, existían pocos indicios de una voluntad de cooperación. Sin embargo, todo ello no impediría aceptar una mano que se tendiera en son de paz. La Iglesia era un instrumento de paz y de perdón.

Por último, el Papa habló de la política religiosa del bolchevismo y declaró que el nombramiento del patriarca Sergio era tan sólo una maniobra muy hábil de Stalin. No obstante, esto lo ligaba igualmente —y de modo considerable— y, ante la Rusia oficial, la Iglesia quedaba en una situación un poco difícil.

Para completar la conversación que acaba de ser relatada, se puede señalar también que otro de nuestros agentes dignos de confianza ha conversado recientemente con el arzobispo Gröber, de Friburgo; acerca de la actitud actual del Papa, este último ha hecho las siguientes observaciones:

«El Papa se encuentra prisionero en un conflicto de conciencia extraordinariamente difícil en relación con su actitud ante la situación actual del mundo, particularmente en lo que se refiere al nacionalsocialismo y al bolchevismo. Incluso en el supuesto de que el régimen ruso se viese obligado a mantener en el futuro la libertad religiosa y que un trabajo asiduo permitiese a la Iglesia católico-romana obtener éxitos en Rusia, todas estas consideraciones tropezarían, no obstante, con una profunda desconfianza del Papa con respecto a la sinceridad de Stalin, de quien no cabe creer ni una sola palabra.

»Pero, por otra parte, ciertos crímenes de los nazis (esterilización, eutanasia, etc.) dificultaban que el Papa llegara a una aproximación con el nacionalsocialismo. A pesar de estos “crímenes”, el Papa esperaba todavía que bajo ciertas condiciones —y en beneficio del nacionalsocialismo, a causa de la presente situación— sería posible llegar a unos contactos leales con el Reich y el nacionalsocialismo. La opinión personal de Gröber era que convenía abrir los ojos del Papa e influenciarlo de manera que no se dejase llevar por Hitler y el nacionalsocialismo».[23]

9
LA DEPORTACIÓN DE LOS JUDÍOS DE HUNGRÍA

1944

El 19 de marzo de 1944 las tropas alemanas ocuparon Hungría. El 25 de marzo el regente Horthy colocó al frente del nuevo gobierno a Sztojay, un hombre consagrado a la causa de los alemanes. A principios de mayo comenzaron las deportaciones de judíos. En un informe fechado el 25 de mayo de 1944, el consejero de legación Von Thadden describió lo ya realizado, así como los planes futuros de deportación:

> … Me he enterado de que hasta el 24 (de mayo) al mediodía, unos 116.000 judíos habían salido ya con dirección al Reich. Otros 200.000 están internados y esperan ponerse en camino… El 7 de junio comenzarán las operaciones de concentración en las provincias situadas al norte y noroeste de Budapest. Otros 250.000 correrán pronto la misma suerte… Según las previsiones, estas medidas afectarán a un total de un millón de judíos en números redondos (y tal vez un poco más)… Todas estas operaciones deberán quedar terminadas a finales de julio (comprendiendo los embarques hacia Alemania).**[1]**

A principios de junio los acontecimientos militares se precipitaron: los rusos reanudaron su ofensiva en Polonia y Rumania, los anglosajones desembarcaron en Normandía y el 6 de junio Roma caía en poder de los Aliados.

I. LA NOTA DEL NUNCIO, MONSEÑOR ANGELO ROTTA, Y LOS TEMORES DE LA WILHELMSTRASSE

Algunos días después de iniciarse las deportaciones en Hungría, el 15 de mayo de 1944, el nuncio apostólico en Budapest, monseñor

Angelo Rotta, hizo llegar al Ministerio de Asuntos Exteriores húngaro la nota siguiente:

> El gobierno húngaro se dispone a deportar 100.000 personas. Todo el mundo sabe lo que significa en realidad esta deportación.
>
> La nunciatura apostólica considera deber suyo protestar contra tales medidas. No es por un falso sentimiento de compasión, sino en nombre de millares de cristianos, que piden de nuevo al gobierno húngaro que no continúe su guerra contra los judíos más allá de los límites prescritos por las leyes de la naturaleza y los mandamientos divinos y que evite toda acción contra la cual la Santa Sede y la conciencia de todo el mundo cristiano se verían obligadas a protestar.[2]

La nota del nuncio Rotta tiene particular importancia por el mismo hecho de que constituye la primera protesta oficial de un representante de la Santa Sede contra las deportaciones de judíos.

El contenido de la nota fue remitido sin duda a la Wilhelmstrasse y parece que la amenaza de protestas públicas incluida en la misma inquietó a los alemanes durante algún tiempo, como lo indica un intercambio de telegramas entre Berlín y el representante del Reich en Budapest, Veesenmayer.

El 1 de junio de 1944 el jefe del departamento de prensa de la Wilhelstrasse, Schmidt, dirigió a Steengracht el siguiente memorándum (retransmitido a Veesenmayer):

> Un excelente informe sobre las actividades antijudías en curso en Hungría y sobre las que se están preparando, me informa de que se prevé una acción masiva para el mes de junio contra los judíos de Budapest.
>
> La acción prevista suscitará considerable agitación en el extranjero y dará lugar, sin duda, a violentas reacciones. Nuestros enemigos hablarán de asesinato y de caza del hombre, y tratarán de excitar a la opinión pública de sus países y de los países neutrales mediante la difusión de noticias alarmantes…

Schmidt sugería entonces la adopción de diversas medidas para dar la impresión de que los judíos eran saboteadores y que organizaban actividades militares contra las fuerzas del Reich.[3]

Veesenmayer replicó que estas medidas de diversión le parecían superfluas pues hasta la fecha de redacción de su telegrama, el 8 de junio de 1944, no había tenido lugar ninguna reacción pública en el extranjero, a pesar de la evidencia de las medidas previstas contra los judíos de Budapest. Escribía:

> Las medidas de evacuación efectuadas hasta el presente en Hungría no han suscitado, que nosotros sepamos, vivas reacciones en el extranjero. Lo mismo ocurrirá, sin duda alguna, con la acción contra los judíos de Budapest, pues desde hace tiempo se sabe que tendrían lugar, también en Budapest, las operaciones de instalación en gueto…[4]

II. LA CARTA PASTORAL DEL CARDENAL PRIMADO DE HUNGRÍA

Durante el mes de junio los judíos de Budapest, conscientes de la suerte que les espera, hicieron distribuir por la ciudad millares de ejemplares de una octavilla clandestina dirigida a los cristianos de Hungría, y que comenzaba del modo siguiente:

> A los cristianos de Hungría:
>
> En esta hora final de su trágico destino, los judíos de Hungría se dirigen suplicantes a los cristianos de Hungría. Se dirigen a aquellos con los que comparten la existencia desde hace un milenio, tanto en la desgracia como en la felicidad, en esta tierra en la que reposan sus antepasados.
>
> Hemos callado cuando éramos despojados de nuestros bienes, cuando perdimos nuestra dignidad humana y nuestro rango de ciudadanos. Ni siquiera nos resolvimos a emprender esta última gestión cuando nos vimos expulsados de nuestros hogares. Pero se trata ahora, pura y simplemente, de nuestras vidas. E incluso —nos duele escribirlo aquí— no se trata ya únicamente, por desdicha, de la vida de sólo una parte de los judíos húngaros…
>
> En nombre de nuestros niños, de nuestros ancianos, de nuestras mujeres indefensas, en nombre de todos los que nos vemos acechados por una muerte cierta y atroz, dirigimos esta súplica a la sociedad cristiana de Hungría…[5]

El 29 de junio de 1944 el cardenal primado de Hungría, monseñor Seredi, redactó y ordenó publicar la siguiente carta pastoral:

> No negamos —escribía el cardenal primado de Hungría— que numerosos judíos hayan ejercido una influencia destructiva y maléfica sobre la vida económica, social y moral de Hungría. También es cierto que los demás no han protestado contra los actos de sus correligionarios. No dudamos de que la cuestión judía debe ser arreglada de un modo legal y justo. Por consiguiente, no nos oponemos a las medidas tomadas, puesto que el sistema financiero del Estado está en juego. No protestamos contra la eliminación de la nociva influencia de los judíos. Por el contrario, deseamos que desaparezca. Pero equivaldría a descuidar nuestros deberes morales y episcopales no llamar la atención contra todo golpe asestado a la justicia, contra los sufrimientos infligidos a nuestros compatriotas húngaros y fieles de nuestra Iglesia católica, por el solo hecho de su origen.
>
> No hemos podido obtener los arreglos deseados, a saber, el cese de la limitación ilegal de los derechos civiles y, en particular, el de las deportaciones. Sin embargo, puesto que tenemos confianza en el espíritu cristiano y en los sentimientos humanitarios de los miembros del gobierno, no hemos abandonado toda esperanza a pesar de los ínfimos resultados obtenidos hasta la fecha. Por esta razón, no habíamos hecho ninguna proclamación, adoptando entretanto todas las medidas posibles para conseguir nuestro objetivo.
>
> … Nos damos cuenta, no obstante, con gran consternación, de que a pesar de nuestros esfuerzos todas las negociaciones sobre los puntos más importantes se han revelado hasta el presente casi ineficaces. Por esto rechazamos solemnemente toda responsabilidad acerca de las consecuencias… Rogad y trabajad por todos nuestros compatriotas húngaros y particularmente por nuestros hermanos católicos, nuestra Iglesia católica y nuestra amada Hungría.[6]

III. INTERVENCIÓN DE LOS GRANDES RABINOS DE PALESTINA ANTE LA SANTA SEDE

Todo el mundo judío siguió con angustia los acontecimientos de Hungría.

Desde 1943 el comité ejecutivo de la Agencia judía de Palestina se mantuvo en estrecho contacto con el delegado apostólico de la Santa Sede en Estambul, monseñor Roncalli (el futuro Papa Juan XXIII). Éste no regateó esfuerzo alguno para socorrer a los judíos de Europa central y de los Balcanes; parece ser que envió incluso mensajes de aliento a los nuncios de los países balcánicos, como puede dar a entender la nota que le dirigió el 25 de marzo de 1944 M. Barias, delegado de la Agencia judía en Estambul:

> Excelencia:
>
> Me ha conmovido profundamente su acogida de hoy así como los sentimientos llenos de humanidad que manifiesta con respecto a nuestro desdichado pueblo en estos momentos fatales. Con gran satisfacción me he enterado de que tendrá usted la bondad de dirigirse telegráficamente a la Santa Sede, así como a los delegados apostólicos en Bucarest y Budapest, pidiéndoles que empleen su influencia en tales asuntos, según hablamos en nuestra entrevista.
>
> Me he permitido, Excelencia, dar parte de lo que antecede al ejecutivo de la Agencia judía, así como al Gran Rabino, doctor Herzog… [7]

El 22 de mayo de 1944 los grandes rabinos de Palestina, Herzog y Uziel, dirigieron al soberano pontífice, por mediación de la delegación apostólica en El Cairo, un telegrama pidiendo su intervención urgente contra las deportaciones de Hungría:

> Rogamos se transmita al Vaticano angustia inexpresable terrible catástrofe abatiéndose ahora sobre 1,5 millones de judíos en países balcánicos especialmente Hungría donde creada situación idéntica a Polonia para resto pueblo Israel en Europa ocupada por nazis punto. Nos dirigimos a Vuestra Eminencia para pedir utilice su gran influencia cuanto antes para con nación húngara con objeto impedir plan infernal extermine sus judíos punto. Ojalá pueda Su Santidad despertar jefes temporales y espirituales dirigidos por cardenal arzobispo para efectuar supremo esfuerzo destinado salvar judíos en general y particularmente ayudarles abandonar Hungría punto. Dios bendiga a Su Santidad y podamos ver pronto cumplimiento profecía tierra será llenada conocimiento de Dios así como agua cubre fondo de los mares amén.
>
> Herzog Uziel, Grandes Rabinos, Palestina.[8]

Prosiguió el traslado de los judíos húngaros a Auschwitz. Más de 437.000 fueron deportados entre el 9 de junio y el 9 de julio de 1944.[9]Fue entonces cuando Herzog, gran rabino de Palestina, solicitó ser recibido por el Papa.

Los esfuerzos del gran rabino Herzog para conseguir ser recibido por el Papa tropezaron, al parecer, con bastante reticencia por parte del Vaticano. En julio de 1944 Jacob Herzog, hijo y secretario del gran rabino, envió a Isaac Ben-Zwi, miembro del Ejecutivo de la Agencia judía,[10] la carta siguiente:

> Siguiendo su petición le informo de las negociaciones que han tenido lugar con los representantes del Vaticano y con el Vaticano directamente para obtener una audiencia del Papa en favor de los grandes rabinos (Herzog y Uziel).
>
> 1) El 2 de Tamuz (julio) conversé con el secretario de la delegación apostólica en Jerusalén y le comuniqué el deseo de los grandes rabinos de ir a Roma con este objeto. Le participé las últimas informaciones procedentes de Hungría y la petición y la súplica de los grandes rabinos de ser recibidos por el Papa para poder expresarle la angustia de todo el pueblo judío y decidir las medidas concretas de salvamento que procedía adoptar. El secretario hizo transmitir inmediatamente nuestra petición al representante del Vaticano en El Cairo para que éste la remitiera al Vaticano.
>
> 2) El 8 de Tamuz el directorio de la Agencia judía nos informó de que el comité de salvamento había tomado una decisión positiva relativa al viaje de los grandes rabinos. El día 9 vi otra vez al secretario de la delegación del Vaticano y le expuse el carácter de urgencia de este viaje; el secretario telegrafió otra vez a El Cairo para conocer el curso de los acontecimientos.
>
> 3) El 11 de Tamuz los grandes rabinos telegrafiaron al arzobispo Spellman, en Nueva York, le informaron de la petición que habían cursado al Vaticano, y le pidieron que fuese también a Roma para la cuestión del salvamento de los judíos. El mismo día el gran rabino Herzog telegrafió al cardenal de Irlanda pidiéndole que interviniese para apresurar la audiencia solicitada. Hasta hoy, no se ha recibido respuesta alguna a estos dos telegramas.

4) El 15 de Tamuz el secretario de la delegación del Vaticano me telefoneó para informarme de que había recibido un telegrama de El Cairo diciendo que el delegado del Vaticano se había marchado a Roma a causa de asuntos urgentes y que, antes de su partida, había pedido que se informara al gran rabino de que él mismo presentaría en Roma la petición de audiencia de los grandes rabinos. El secretario me dijo suponía que el delegado llegaría a Roma el día 16. También él se marchaba a El Cairo; apenas recibiera noticias de Roma me avisaría por teléfono.

5) El mismo día los grandes rabinos telegrafiaron al secretario de Estado del Vaticano y le anunciaron que el delegado palestino le presentaría su petición en el transcurso de los próximos días. Rogaron al secretario de Estado que apresurase el asunto en la medida de lo posible, teniendo en cuenta las últimas informaciones.

6) El 23 de Tamuz telegrafiamos al secretario de la delegación del Vaticano, que se hallaba aún en El Cairo, para expresarle nuestro asombro por no haber recibido todavía respuesta a nuestra petición, y le rogamos que recordase el asunto al Vaticano.**[11]**

El 5 de septiembre de 1944 el gran rabino Herzog fue convocado a El Cairo para entrevistarse allí con monseñor Hughes, delegado del Papa para Egipto y Palestina. El protocolo de su entrevista se reproduce a continuación *in extenso*:

El gran rabino: He recibido el telegrama anunciándome su llegada a El Cairo y me he apresurado a venir a verle.

Monseñor Hughes: Estoy muy contento de recibir a Vuestro Honor y tengo para usted un mensaje importante y especial.

El gran rabino: Vuestra Eminencia sabe que el Ministerio de Asuntos Exteriores británico se ha declarado dispuesto a solucionar los problemas técnicos de mi viaje al Vaticano. No he partido hacia el Vaticano porque he recibido un telegrama del cardenal secretario de Estado Maglione (cuya defunción deploro) diciéndome: «Referente a su proposición de viaje a Roma, monseñor Hughes regresará pronto (de Roma) con una respuesta definitiva. Deseo informarle de que monseñor Hughes ha concedido una atención especial y activa a todos los problemas que Vuestro Honor ha expuesto a la atención del Santo Padre. Se han adoptado medidas y, como resultado, la situación general ha mejorado. Monseñor Hughes regresará pronto y transmitirá a Vuestro Honor una información completa».

Monseñor Hughes: Al llegar a Roma, transmití la petición de visita de Vuestro Honor al Santo Padre en persona y a la secretaría de Estado, como había prometido hacer. Después de consultas en las cuales fue considerable la influencia del cardenal Maglione, quien recordó haber visto a Vuestro Honor durante el primer año de la guerra, yo preparé un telegrama invitando a Vuestro Honor para que viniese. Lo presenté a ratificación y en el último instante fue retenido. El motivo era que el Santo Padre temía que tal vez el viaje de Vuestro Honor al Vaticano con objeto del salvamento del pueblo de Israel impulsara a los alemanes a vengarse en los restos del judaísmo europeo. Visité al Santo Padre en compañía del delegado británico para las cuestiones de los refugiados en Italia, el ministro Clifford J. A este respecto puedo asegurar a Vuestro Honor que este ministro es un verdadero santo; trabaja día y noche para salvar al pueblo de Israel, posee informaciones detalladas acerca de lo que ocurre en los territorios ocupados y se le ve a menudo en la secretaría de Estado del Vaticano con planes de salvamento. La destrucción del judaísmo europeo ha convertido a este hombre, antaño alegre, en un ser sumido en la angustia, y la sonrisa no se refleja jamás en su rostro. Debo decir a Vuestro Honor que en el transcurso de la entrevista, una expresión extraña apareció en el semblante del Santo Padre —nunca había visto yo una expresión parecida, que reflejase tan intenso sufrimiento—. El Santo Padre dijo: «Debemos hacer cuanto esté en nuestro poder para salvar al pueblo de Israel. Pero cada paso debe ser calculado con mucha prudencia, pues yo no podría soportar la idea de que nuestra actividad tuviera una consecuencia inversa y acarreara la muerte de aún más judíos». El Santo Padre me ha pedido, en particular, que me entrevistara con Vuestro Honor y que le diera una explicación completa. Vuestro Honor sabe que nada está más lejos de la verdad que la hipótesis según la cual el Santo Padre no deseaba verle. El ministro inglés Clifford es de la misma opinión que el Santo Padre.

El gran rabino: Doy las gracias al Papa; comprendo perfectamente su punto de vista y lo acepto. Dígame todo lo que se sepa acerca de la situación.

Monseñor Hughes: Cuando fuimos informados del comienzo de las deportaciones en Hungría, el Santo Padre emprendió gestiones ante el gobierno húngaro. No poseo todos los detalles de las negociaciones entre el gobierno húngaro y nosotros, pero puedo afirmar a Vuestro Honor que el asunto ha sido preparado por el propio Santo Padre, con toda su prudencia y comprensión diplomática. Nos hemos alegrado mucho al enterarnos de que las deportaciones han cesado. Puedo informar a

Vuestro Honor de la situación en Italia, donde muchos judíos han sido salvados por la Iglesia.

Cuando los alemanes asumieron el mando en el país, se dieron órdenes a todos los monasterios para que ocultasen a los judíos. En Roma, por ejemplo, mis hermanos, los Hermanos Blancos, poseen un monasterio en el que viven cuatro sacerdotes; en este monasterio, hemos tenido escondidos a 32 judíos durante todo un año. Fue un acto de la Providencia que no se registrase este monasterio, pues era inverosímil que el servicio de información alemán no se diera cuenta de que, durante un año, se estuviesen facilitando alimentos para treinta y seis personas a un lugar donde debían vivir cuatro. En el convento de las hermanas de la Iglesia británica se ocultaron docenas de judíos; un día se presentaron unos oficiales alemanes y exigieron la entrega de los judíos. La madre superiora se negó a ello y declaró que aquel convento se hallaba bajo la protección personal del Santo Padre y que estaba prohibido que nadie pudiera entrar allí sin su autorización. Con gran asombro por su parte, los alemanes salieron del convento, discutieron unos instantes en el exterior y se marcharon definitivamente. Pero en otro convento irlandés, los alemanes se obstinaron en proceder a un registro; el edificio sólo tenía una puerta y cuando los alemanes la franquearon, el terror se apoderó de las docenas de judíos que estaban escondidos en el piso superior. Un sacerdote alemán salvó la situación haciendo pasar a los soldados de sala en sala, desorientándoles y consiguiendo con ello que abandonaran el edificio sin incidentes. Podrían explicarse numerosos hechos de esta índole. Los alemanes tenían la lista completa de los sacerdotes que habían organizado la ayuda a los judíos. Todos estos sacerdotes se ocultaron en el recinto del Vaticano y no salieron de allí hasta que Roma fue tomada por los aliados. Vuestro Honor sabe perfectamente que gran número de judíos han sido ocultados en el mismo seno del Vaticano y particularmente en Castelgandolfo, sede de verano del Santo Padre. Los alemanes se vengaron en el norte de Italia y ejecutaron a varios sacerdotes que habían ayudado a esconder a los judíos. Las atrocidades cometidas por los alemanes sobrepasan toda imaginación y he podido comprender el sentido de las informaciones que el ministro británico me confió acerca de las cámaras de la muerte en Polonia cuando visité personalmente la cámara de torturas en Roma, donde se arrojaba a los judíos por el solo hecho de ser judíos. También pasaron por ella numerosas personas no judías, porque eran antinazis. Lo más terrible es que la derrota no mueve a los alemanes a poner fin a sus atrocidades,

incluso sabiendo que ello les costará caro, y por este motivo el Santo Padre exige la mayor prudencia en las operaciones de salvamento.

El gran rabino: Agradezco de todo corazón al Papa y a la Iglesia la ayuda que me han prestado y me gustaría saber si tiene usted más noticias procedentes de otros países.

Monseñor Hughes: Me he ocupado principalmente del problema húngaro, pero puedo decir a Vuestro Honor, muy confidencialmente, que numerosos sacerdotes alemanes a los que el Santo Padre deseaba conferir el nombramiento de obispo, no recibieron la conformidad de las autoridades alemanas porque se habían opuesto a las atrocidades. Los alemanes obligaron al nuncio de Kovno a marcharse a causa de su enérgica actitud contra el exterminio de los judíos. Existen en el Vaticano expedientes enteros abarcando toda la situación y referentes al trabajo considerable que se ha efectuado para salvar al pueblo de Israel. No poseo todos los detalles, pero cuando Vuestro Honor visite el Vaticano le serán mostrados todos los documentos.

El gran rabino: Quisiera presentarle algunas sugerencias referentes a lo que queda del judaísmo húngaro. Según nuestras informaciones, las deportaciones continúan, aunque con menos amplitud que antes; por otra parte, los caminos de salida han sido cerrados y el hecho es que el único medio de salvar a los judíos es ahora el de una influencia procedente del interior que consiguiera hacer cesar las atrocidades. La influencia más importante sería la del Papa. Sugiero, por lo tanto, que el Papa se dirija públicamente al pueblo húngaro y le exija poner obstáculos a la deportación; que declare en público que toda persona opuesta activamente a la deportación recibirá la bendición de la Iglesia, en tanto que toda persona que colabore con los alemanes será maldita.

Monseñor Hughes: Transmitiré la sugerencia de Vuestro Honor al Santo Padre. Creo que el Santo Padre temerá que un llamamiento público al pueblo húngaro pueda impulsar a los alemanes a liquidar al resto de los judíos. Los alemanes son aún lo bastante fuertes en Hungría para hacer tal cosa, incluso contra la voluntad de los húngaros. A juzgar por lo que nosotros sabemos, gran parte de Hungría quedará comprendida en el reducto interior que los alemanes defenderán hasta el fin.

El gran rabino: Comprendo su argumento, pero si el Papa considera oportuna mi sugerencia, le agradecería que la recordase. Puede llegar el momento en que un llamamiento de este género sea útil y en que no haya ya peligro de venganza.

Monseñor Hughes: Vuestro Honor tiene razón en esto y transmitiré la sugerencia.

El gran rabino: Esta mañana hemos recibido un telegrama de Suiza, según el cual los gobiernos de Suecia y de Suiza han intervenido ante el gobierno húngaro para exigir que no se reanuden las deportaciones. No cabe duda de que ha tenido lugar una intervención similar por parte del Papa.

Monseñor Hughes: Vuestro Honor puede estar absolutamente seguro de que el Santo Padre hace todo cuanto es posible, pero no se muestra favorable a la publicidad. Interviene en el momento y lugar más favorables.

El gran rabino: Deseo pedir también una intervención del Papa en Eslovaquia, donde algunos miembros del gobierno son católicos y donde quedan aún millares de judíos.

(Monseñor Hughes escribe la petición). El gran rabino presentó seguidamente la misma demanda para los judíos de Polonia y de otros países y sugirió que en Hungría, como en los demás países, el Papa diera una orden semejante a la que había cursado en Italia para que se escondiera a los judíos (por lo que sabemos, la Iglesia de Eslovaquia oculta a los judíos).

Monseñor Hughes: ¿Vuestro Honor desea presentar otras peticiones?

El gran rabino: Con su permiso, preguntaré a mi hijo si desea sugerir alguna otra cosa. [El hijo del gran rabino era también su secretario. S. F.].

I. D. Herzog: Ha mencionado usted que en Roma se salvaron varios judíos en un monasterio a consecuencia de la declaración de la madre superiora según la cual dicho monasterio se hallaba bajo la protección personal del Papa. ¿No sería posible que en los lugares donde se ha escondido, o donde serán escondidos judíos, en Hungría o en cualquier otra parte, se utilizara el mismo argumento? Por otra parte, ¿no se podría anunciar al gobierno húngaro que el Papa toma bajo su protección los campos donde están concentrados los judíos? Desde luego, se podría hallar una vía diplomática para hacer tal cosa.

Monseñor Hughes: Esta sugerencia merece toda nuestra atención y la transmitiré inmediatamente al Santo Padre, aunque hasta la fecha se haya prohibido a los sacerdotes la entrada en los campos donde había judíos; no obstante, se trata de una sugerencia importante.

El gran rabino: Si los obispos húngaros fuesen a los campos y anunciaran públicamente que si los judíos seguían siendo deportados también ellos irían a la muerte, creo que sería difícil que los alemanes prosiguieran sus deportaciones.

> *Monseñor Hughes*: Los obispos de Francia y de otros países han realizado esta clase de demostraciones. Cuando los alemanes iniciaron las deportaciones, salieron a las calles con la estrella amarilla prendida en sus hábitos. Ello causó una impresión considerable y, en numerosos lugares, imposibilitó la deportación. Pero, en el caso de la proposición de Vuestro Honor referente a Hungría, Vuestro Honor comprenderá que para realizarlo sería necesaria una «unidad de acción».

Al finalizar la entrevista, el gran rabino rogó que se transmitiera al Papa el agradecimiento del pueblo de Israel y su esperanza de que no dejaría de actuar para salvar al pueblo de Israel. El gran rabino añadió que las actividades de la Iglesia destinadas a salvar al pueblo de Israel aumentarían la irradiación de la religión en el mundo y expresó el deseo de que cuando visitase el Vaticano se le facilitaran todos los detalles, con el fin de que pudieran ser inscritos en la historia del pueblo de Israel.

El domingo 10 de septiembre de 1944 por la mañana, el gran rabino envió la carta siguiente a monseñor Hughes, quien se disponía a partir para Roma:

> Me marcho de El Cairo esta mañana y deseo agradecerle una vez más la ayuda que ha prestado y sigue prestando a una de las cosas más sagradas: la salvación de los restos de nuestro pueblo torturado. Al mismo tiempo quisiera pedirle suplicase a Su Eminencia que interviniera en su favor ante los aliados. Si Su Eminencia el Papa hiciera comprender también a los representantes del gobierno alemán que seguir torturando a los supervivientes del pueblo judío haría cada vez más difícil todo gesto por parte de la humanidad civilizada en beneficio de ellos, tal vez ello podría impedirles que aniquilaran por completo a los que han sobrevenido a la persecución. Estoy convencido de que el Papa comprenderá la utilidad de esta sugerencia y obrará en consecuencia.
>
> Los ojos del pueblo de Israel y de la humanidad que aspira a la libertad están vueltos hacia el Papa en estos momentos críticos. Todas nuestras sugerencias se hallan en sus manos para que, de acuerdo con su prudencia, pueda utilizarlas en el momento y del modo que él juzgue más oportunos. Tenemos la fe y la certeza de que el Papa no permanecerá indiferente ante la mayor tragedia que ha conocido la historia. Que Dios guíe sus pasos.

Le ruego que me comunique inmediatamente toda respuesta del Vaticano.[12]

Ciertas explicaciones de monseñor Hughes son exactas: es verdad, por ejemplo, que en el instante en que el delegado apostólico conversaba con el gran rabino Herzog, las deportaciones habían cesado de momento en Hungría. A principios de julio de 1944, después de nuevos éxitos de las tropas soviéticas, el regente Horthy ordenó a Sztojay que impidiese el traslado de los judíos que aún quedaban en Budapest hacia el Reich o Polonia. Entretanto, el Papa había intervenido ante Horthy, y lo mismo habían hecho el rey de Suecia y el presidente de la Cruz Roja Internacional. Por desgracia, no se conoce el texto de la intervención de Pío XII, ni siquiera su fecha exacta.[13] Las deportaciones se reanudaron en octubre, cuando los alemanes ya habían obligado a Horthy a dimitir, llevándoselo a Alemania, y formado un gobierno de nacionalsocialistas húngaros (los cruces flechadas) bajo la presidencia de Sza’lasi.

En cambio, otros elementos de las declaraciones de monseñor Hughes son más difíciles de interpretar: el delegado apostólico cita, por ejemplo, a los obispos franceses que, para protestar contra las deportaciones, salieron a la calle ostentando la estrella amarilla y con ello consiguieron impedir el traslado de judíos hacia el este. Sin embargo, nunca tuvo lugar tal manifestación de obispos franceses y monseñor Hughes no podía ignorarlo. (En cuanto al gran rabino, es evidente que no podía juzgar la exactitud de estos detalles). Por otra parte, las afirmaciones del delegado apostólico con respecto a los numerosos eclesiásticos alemanes que se habían opuesto a Hitler son, por lo menos, exageradas.

Sin embargo, lo que más llama la atención en la lectura de esta entrevista es la insistencia de monseñor Hughes en cuanto a los casos particulares de salvamento de judíos en Italia, que relata con abundantes detalles, mientras trata de soslayar —prometiendo someter el asunto al Papa— toda proposición concreta del gran rabino para una acción de salvamento en un plano más general.

Según los documentos que conocemos, parece como si la Santa Sede no hubiera tenido en cuenta las proposiciones concretas del gran rabino de Palestina.

Al terminar este estudio que sólo pretende ser un análisis de documentos, no podemos ofrecer una respuesta definitiva a las preguntas suscitadas por la política de la Santa Sede ante el III Reich durante la guerra, ya que únicamente disponemos de documentos parciales.

Baste indicar que, en lo referente a dos puntos importantes, los textos alemanes concuerdan de modo impresionante: por una parte, parece como si el soberano pontífice hubiese sentido por Alemania una predilección que no da la impresión de haber sido atenuada por la naturaleza del régimen nazi y que no se desmintió hasta el año 1944; por otra parte, Pío XII temía una bolchevización de Europa más que cualquier otra cosa y esperaba, al parecer, que la Alemania hitleriana, eventualmente reconciliada con los anglosajones, constituiría el baluarte fundamental contra todo avance de la Unión Soviética hacia el oeste.

Partiendo de estos dos elementos de juicio, fuertemente apoyados por los textos alemanes, cabe plantearse cierto número de preguntas relativas al silencio del Papa ante el exterminio de los judíos. No obstante, en el estado actual de la documentación, las respuestas sólo podrían ser hipotéticas. Por consiguiente, nos abstendremos de establecer un nexo, que ningún documento demuestra de modo irrefutable, entre las dos afirmaciones que anteceden y el silencio de la Santa Sede.

Tal vez nos baste recordar que, *según los documentos*,disponemos de cuatro explicaciones ofrecidas por el soberano pontífice o por su secretario en lo que a su silencio concierne.

Según el cardenal Maglione, el soberano pontífice no podía condenar atrocidades específicas, en tanto que Pío XII hacía

observar que no podría condenar las atrocidades alemanas sin condenar las atrocidades bolcheviques.

En su carta a monseñor Preysing, el soberano pontífice escribió que si no abandonaba su reserva era para evitar males aún más graves.

Por último, en su alocución al Sacro Colegio del mes de junio de 1943 y reanudando el mismo argumento, Pío XII añadió una nueva razón para guardar silencio (expresada con menos claridad): la inutilidad de todas las gestiones efectuadas ya ante los alemanes.

Señalemos también que los archivos de la Wilhelmstrasse que hemos podido consultar no contienen gestiones de la Santa Sede ante los alemanes acerca de los judíos, con la excepción de tres intervenciones de monseñor Orsenigo cuya naturaleza hemos indicado. Sin embargo, como hemos señalado ya, es posible que hubieran tenido lugar intervenciones registradas en documentos alemanes hoy desaparecidos.

Finalmente, al leer los documentos alemanes se plantean inevitablemente dos preguntas:

—¿Cómo puede concebirse que, incluso a finales de 1943, el Papa y los más altos dignatarios de la Iglesia desearan una resistencia victoriosa de los alemanes en el Este, y con ello dieran la impresión de aceptar un mantenimiento, aunque fuese temporal, de toda la máquina de exterminio nazi?

—¿Cómo explicar las manifestaciones de particular predilección que el soberano pontífice seguía prodigando a los alemanes, en el mismo año 1943, a pesar de conocer la naturaleza del régimen hitleriano?

Estas preguntas han de quedar forzosamente sin respuesta.

Al comprobar tales lagunas, el historiador queda limitado a esperar la urgente publicación de los documentos que le faltan, y en particular los documentos de los archivos vaticanos, para permitir que acontecimientos y personajes sean restituidos a una justa perspectiva.

NOTA FINAL

El libro de Saul Friedländer cala hondo por sí mismo; en su introducción, notable por su claridad y ponderación, el autor ha explicado con precisión la naturaleza de sus fuentes, su método, los límites de su tema y sus resultados. El lector habrá descubierto fácilmente que los documentos inéditos reproducidos en la obra revisten el mayor interés. Se ha visto que su interpretación de los textos era prudente y, a la vez, firme, a veces ingeniosa hasta el punto de dilucidar por medio del razonamiento una fórmula oscura o hasta hoy mal interpretada, como ocurre por ejemplo con la frase clave de la alocución del 2 de junio de 1943: «El Vicario de Cristo… se encontró entonces ante una puerta que ninguna llave podía abrir».

Al propio tiempo, el autor es el primero en admitir que los textos no lo significan todo, ¡cuántas palabras, cuántos actos sobre todo, escapan a los documentos, especialmente en una época en la que el secreto o el disimulo permitían a menudo salvar la vida del prójimo! Un sencillo ejemplo de las precauciones intelectuales que deben adoptarse para utilizar un libro como éste: refiriéndose a la suerte de los judíos en Francia, S. Friedländer evoca, basándose en *L'Action française*,de Eugen Weber, un despacho enviado por los prelados del Midi al mariscal Pétain. Entre ellos figura el obispo de Fréjus. Y, no obstante, poco nos costaría reunir testimonios sobre la ayuda incalculable y valerosa que monseñor Gaudel aportó a los judíos refugiados en su diócesis. Pero como esta ayuda no ha sido objeto de ningún documento, el lector de la presente obra corre el riesgo de emitir un juicio severo sobre el obispo.

Friedländer está en lo cierto al recomendar ya desde el principio a su lector otros dos estudios: el valioso libro, grave y sereno, de Jacques Nobécourt, *Le Vicaire et l'Histoire*;y el volumen —terriblemente preciso— de Guenter Lewy, *The Catholic Church and Nazi Germany*,cuya traducción sería muy deseable. *Pío XII y el III Reich* los completa en puntos esenciales. Son tres las obras

importantes que han aparecido en el mismo año sobre temas similares, sin hablar de las múltiples publicaciones alemanas de los años 1963 y 1964; ¿de dónde procede el interés de los investigadores y del público por las relaciones entre el catolicismo y el nacionalsocialismo?

Es evidente que la obra teatral de Rolf Hochhuth ha llamado la atención de modo harto espectacular sobre el comportamiento observado entre sí por dos entidades que están de moda en los años sesenta por motivos opuestos: la Alemania hitleriana (porque, veinte años después de finalizado el horror, la joven generación desea saber, tanto en Francia como en Alemania, «como pudo ocurrir aquello») y la Iglesia romana (porque la actuación del Papa Juan XXIII ha atraído hacia ella la atención a la vez apasionada, benévola y exigente del mundo no católico).

El lector o el espectador de *El Vicario* seguramente habrá podido leer *Pío XII y el III Reich* buscando en dicha obra la confirmación o la denegación de las tesis de Hochhuth. Habrá releído en su contexto ciertos documentos como el informe de Weizsäcker acerca de la débil protesta del Papa contra la deportación de los judíos de Roma. Habrá comprobado que el nuncio Orsenigo se sentía aún mucho menos inclinado a defender seriamente a los perseguidos ante el gobierno del Reich de lo que suponía Hochhuth. Habrá encontrado de nuevo a Gerstein, aunque permanecen numerosos puntos oscuros sobre la suerte de su informe al Vaticano.[1] Habrá comprobado que la defensa contra el bolchevismo constituía, efectivamente, una preocupación dominante para el Papa, debido en parte a sucesos vividos en Múnich en 1919, sobre los cuales Jacques Nobécourt ha llamado justamente la atención. Sin sorpresa por su parte, habrá visto confirmar que los años pasados en Alemania como nuncio marcaron la actitud de Pío XII y que, como obispo de Roma e italiano viviendo en Italia, la situación italiana y la suerte de su país no dejaron de influenciar sus análisis y su actitud.

Los documentos publicados por Saul Friedländer dan una certeza casi completa de que en el Vaticano se especuló con la idea

de una inversión de las alianzas, o por lo menos con una paz por separado en el oeste. Hay un texto que evoca con fuerza el mensaje radiofónico que el almirante Doenitz, sucesor de Hitler, dirigiría a los alemanes el 1 de mayo de 1945: «Nuestro Führer, Adolf Hitler, ha caído… Había reconocido desde un principio el espantoso peligro del bolchevismo y había dedicado su existencia a combatirlo… Luchando personalmente para oponerse al ascenso de la marea bolchevique, se batía además por Europa y por toda la civilización… Por lo tanto, los angloamericanos no prosiguen ya la guerra en interés de sus naciones, sino únicamente para favorecer la extensión del bolchevismo en Europa». Pero tan sólo unos días más tarde, hablando de una conversación con Churchill, un diplomático americano manifestaba: «Le declaré con franqueza que, después de haberle oído fulminar con tanta violencia contra la amenaza de una dominación soviética y contra la extensión del comunismo en Europa… yo me preguntaba si estaba dispuesto a declarar ante el mundo que él, como primer ministro, y con él el pueblo británico habían cometido un error al no apoyar a Hitler».[2] Desde el tratado franco-soviético de 1935 hasta la entrada de la República Federal Alemana en la Alianza Atlántica, pasando por el pacto germano-soviético de 1939 y la gran coalición formada contra Hitler después del 21 de junio de 1941, las fluctuaciones han sido tales que es preferible evitar los juicios tajantes sobre las actitudes y los hombres.

Se ha visto, en fin, en *Pío XII y el III Reich*,cuáles son las explicaciones más verosímiles para el hecho discutido con más apasionamiento desde la primera representación de *El Vicario*: el silencio, o casi silencio, del Papa ante las atrocidades nazis. Pero deben plantearse otras preguntas que Friedländer, en su esmero de historiador que presenta unos documentos, apenas ha rozado, y cuyos perfiles nosotros desearíamos esbozar. ¿Qué respuesta da la Iglesia católica al interrogante «¿Quién es mi prójimo?». ¿Cómo define el mal que ella debe combatir en la sociedad política? ¿Tiene el derecho, tiene el deber de intervenir en esta sociedad en nombre de una moral?

«Nadie es extraño al corazón de la Iglesia… Todo lo que es humano Nos afecta». En 1964 estas frases de Pablo VI en *Ecclesiam suam* no provocan asombro alguno. Pero tales fórmulas no han sido puestas en práctica en todo momento. Tampoco resultan siempre de fácil aplicación. De 1935 a 1945 la Iglesia católica tal vez no considerase a ningún alemán como extraño a su corazón, pero hizo una seria distinción entre los alemanes católicos y los demás. Todos los documentos coinciden en presentar a la Iglesia cooperando con el régimen hitleriano y no mostrando verdaderas distancias más que en la medida en que católicos o catolicismo se veían atacados por aquél. En el momento en que el concordato imponía a los obispos, en julio de 1933, un juramento de obediencia al gobierno, éste había abierto ya campos de concentración y perseguido a comunistas, socialistas y judíos.

Es verdad que la Iglesia se comportaba entonces del mismo modo que la inmensa mayoría de los alemanes y de las fuerzas organizadas en Alemania; cada uno, desde los sindicatos obreros a los Cascos de Acero, dejaba aplastar al vecino diciéndose que él sería respetado. Tal es la idea que expresó el pastor Niemöller en un mensaje de 1946 a sus hermanos protestantes, en el que recordó que él había sido mandado a un campo en 1937, diciéndoles: «Los campos habían sido inaugurados en 1933 y los que eran enviados a ellos eran comunistas. ¿Quién se preocupó por ello?… Hasta más tarde no se arremetió contra la Iglesia como tal». Peor aún: había judíos que se distanciaban de otros judíos. «Se trataba de debilidad sentimental cuando los judíos alemanes no se decidían a actuar contra los judíos del Este con la dureza que constituía un deber evidente para todo alemán», escribió el secretario general de la Unión de los judíos nacionalistas alemanes.[3]

Sin embargo, actuar como todo el mundo no es razón suficiente para obrar de un modo discutible. Y no puede dejar de chocar la persistencia del mismo tema en todos los documentos: hay que defender a los católicos ante todo. La vigorosa protesta de monseñor Galen contra la «eutanasia», plenamente coronada por el éxito, ¿habría sido tan clara si no hubiera afectado a los católicos?

Le viene a uno la tentación de creerlo así al observar la distinción tan poco táctica que se hizo siempre entre los judíos bautizados, o sea convertidos en católicos, y los no bautizados. En Alemania la Iglesia defendía ante todo a los católicos, y la protección de los católicos alemanes parece haber constituido una preocupación esencial para el Papa, paralizado en cuanto a la defensa de otros hombres por el temor de represalias contra el rebaño del que se consideraba, más particularmente, el pastor.

Pero los católicos de Alemania no fueron unos simples rehenes. Saul Friedländer tiene razón cuando escribe: «Alentados por sus propios obispos, fieles en su gran mayoría al nacionalsocialismo, es probable que los católicos alemanes se hubiesen desviado de Roma si Pío XII hubiera condenado abiertamente la agresión hitleriana». Esta comprobación sugiere dos observaciones.

En primer lugar, tanto Friedländer como Lewy ponen en evidencia una estrecha interdependencia entre las actitudes de los fieles, las de la jerarquía alemana y las del Vaticano. Ahora bien, si recordarles a los católicos alemanes sus obligaciones cristianas era susceptible de provocar su apartamiento de Roma, ¿no será que su fidelidad era más sociológica que religiosa? En otras palabras, cuando se trataba de oponerse a la guerra o, más tarde, a las atrocidades masivas, ¿no prefirió el Vaticano conservar en el seno de la Iglesia a católicos que formaban parte del catolicismo por su bautismo y obediencia, pero no por su moral y comportamiento?

¿No es verdad que sobre este punto la Iglesia ha cambiado desde hace veinte años? ¡Piénsese en la lucha de los obispos del Sur de Estados Unidos contra una parte de sus fieles a causa de la segregación! ¡Piénsese sobre todo en la actitud del episcopado francés durante la guerra de Argelia! Cuando monseñor Duval, arzobispo de Argel, tomaba la defensa, en contra de la inmensa mayoría de sus fieles, de los musulmanes víctimas de la represión, no daba la misma definición del prójimo que los obispos alemanes o la Santa Sede durante los años del hitlerismo.

En segundo lugar, los católicos alemanes eran en su mayor parte alemanes antes que católicos o, más exactamente, para ellos y para

sus obispos el prójimo era en primer término aquellos que pertenecían a la misma patria antes que aquellos que formaban parte de la misma Iglesia, o que todos los hombres en general. Desde luego, no es éste un fenómeno específicamente alemán. El quincuagésimo aniversario de 1914 evoca todo un florilegio de citas episcopales en las que Dios queda adherido a la causa nacional. Pero el caso de Alemania fue original por partida doble. Por una parte, los crímenes que debían denunciarse eran los de los jefes de la nación, y no los cometidos en nombre de otro pueblo; nunca se sabrá bastante en Francia, a pesar de que la guerra de Argelia haya abierto los ojos de muchos, hasta qué punto resulta difícil luchar por la pureza moral de la Patria cuando esta lucha redunda en detrimento de su poderío físico. Por otra parte, Nobécourt y Lewy han demostrado cómo los obispos alemanes participaban, más que los prelados de otros países, en los mitos de la colectividad nacional.

Lo mismo ocurría con el antisemitismo. También en este punto hay que evitar caer en un excesivo antigermanismo. Jules Isaac y Léon Poliakov han acumulado pruebas de la existencia de un antiguo y permanente antisemitismo cristiano. ¡Cuantos ejemplos en Francia! Cuando *La Croix*, al hablar de los hombres afectados por el «Yo acuso», escribía el 16 de enero de 1898: «No creen en Dios, pero creen en Zola», demostraba claramente que, *a priori*, consideraba a Dreyfus como algo más que «su prójimo»: lo consideraba como un católico, susceptible, incluso, de ser víctima de una injusticia.[4]

En cuanto al período de la ocupación alemana, si se relee con emoción (en la obra de Friedländer) la admirable carta pastoral del cardenal Saliège, se entera uno no sin consternación, dos páginas antes, del telegrama de Otto Abetz que dice: «La semana pasada el mensaje del arzobispo de Toulouse sólo fue leído en algunas de las iglesias. La mitad, aproximadamente, de los sacerdotes no siguieron las instrucciones dadas… sino que, por el contrario, llamaron la atención de las prefecturas sobre las maniobras subversivas del arzobispo».

Pero el antisemitismo no había impregnado a una mayoría del clero y del episcopado como fue el caso en Alemania desde antes del ascenso de Hitler al poder. Sea cual fuere el valor de los testimonios que muestran a sacerdotes tratando y considerando a los judíos como sus prójimos, la lectura de las citas acumuladas por Lewy es abrumadora de veras. Hay en las mismas textos terribles de personalidades, por otra parte respetables y respetadas, tales como el cardenal Faulhaber o el padre jesuita Gustav Gundlach. Hubiese sido necesario que el Papa ejerciera una presión considerable sobre la jerarquía alemana para que ésta entrase verdaderamente en combate para defender a los judíos, para demostrar a los judíos el «afectuoso respeto» de que habla *Ecclesiam suam*.

¿En combate contra quién? ¿En nombre de qué valores? La respuesta es menos sencilla de lo que puede parecer a primera vista. La preocupación de la Iglesia de condenar sólo si se ven amenazados los fieles (en calidad de tales) o si es atacada ella misma, parece asombrosa cuando se piensa en las víctimas. Pero es posible otro enfoque. Recojamos una vez más la enseñanza pontificia más reciente. «Para ella, nadie es un enemigo —dice *Ecclesiam suam*—, a menos que desee serlo por su parte… Nuestra queja es más bien gemido de víctimas que sentencia de jueces». ¿Es misión de la Iglesia denunciar el crimen? Hay que andar con cautela en cuanto a la respuesta. Desde luego, cierto modo de limitar la protesta a un aspecto muy particular de la moral católica es bastante desagradable; por ejemplo, cuando el 15 de marzo de 1940 —como leemos en uno de los documentos de este libro— el nuncio pidió que «los sacerdotes muertos (en el campo de Sachsenhausen) no fuesen incinerados, pues la incineración era fundamentalmente contraria a las normas de la Iglesia», sin mencionar, en cambio, las condiciones de la vida en el campo.

Pero la Iglesia no puede atacar los crímenes de unos y callarse los de otros. Si, como nosotros creemos, el Papa hubiese denunciado públicamente los exterminios de Auschwitz o de Treblinka, tendría que haber hecho lo mismo con las matanzas

como el bombardeo de Dresde,[5] la destrucción de Hiroshima, las deportaciones y los asesinatos colectivos cometidos por el gobierno soviético, cuya amplitud fue revelada por Kruschev en 1956, pero cuya existencia era conocida por lo menos tanto como la de las atrocidades hitlerianas. Querer que la Iglesia juzgue a aquellos que hacen sufrir hasta a los niños, equivale también a reprocharle a título retrospectivo no haber levantado la voz cuando los patronos del siglo XIX hacían trabajar diez horas diarias a pequeñuelos de cuatro años.

Sin embargo, en el caso de la Alemania hitleriana la propia jerarquía ha reconocido omisiones católicas. El 23 de agosto de 1945 la Asamblea de los Obispos reunida en Fulda publicó una declaración que trazaba el balance de existencia del catolicismo alemán bajo el régimen hitleriano. Los dignatarios de la Iglesia recordaron el tiempo en que habían «intervenido en favor de los derechos de la persona» o habían «rechazado las usurpaciones del Estado en la vida de la Iglesia». Expresaron su reconocimiento a los padres que habían «intervenido valerosamente en favor de la escuela católica». Al propio tiempo afirmaron con pesar: «Muchos alemanes, incluso entre nuestras filas, se han dejado engañar por las falsas doctrinas del nacionalsocialismo, han asistido con indiferencia a los crímenes contra la libertad y la dignidad humanas, muchos han prestado ayuda con su actitud a los criminales, muchos se han convertido en criminales ellos mismos. Una pesada responsabilidad gravita sobre los que habrían podido impedir tales crímenes con su influencia y que no sólo no lo han hecho sino que han posibilitado estos crímenes y con ello se han declarado solidarios de los criminales».

El texto es menos claro de lo que parece después de una primera lectura. ¿Se hallan comprendidos parte de los obispos entre aquellos «que habrían podido impedir tales crímenes con su influencia»? Sea como fuere, la declaración de Fulda constituye un acto de arrepentimiento, solemnemente renovado diecisiete años más tarde, en vísperas de la apertura del Concilio. ¿Puede decirse que un nuevo hitlerismo hallaría un episcopado más alerta y más resuelto?

En 1960, con ocasión de la Cuaresma, los obispos y comisionados episcopales de la Alemania del Este difundieron una carta pastoral: *El cristiano en un medio ateo*.Uno de los títulos de sus párrafos rezaba: «No participéis directa y expresamente en actos contrarios a la conciencia cristiana». En ella se leía: «Si no podéis ejercer un oficio determinado sin desviaros de la Iglesia o sin llevar una existencia contraria a los preceptos cristianos, debemos aconsejaros, con el corazón apesadumbrado, que vale más que renunciéis a esta profesión». Jamás la Iglesia había hablado de este modo entre 1933 y 1945, ni siquiera pensando en los católicos alistados en las SS.

¿Por qué hoy y no ayer? En parte, porque no cabe duda de que la Iglesia condenaría públicamente unos nuevos hornos crematorios, pero no es necesariamente sensible a los atentados menos graves contra el ser humano o, mejor dicho, porque su orden de prioridad en la gravedad de los atentados no es siempre el mismo que el de la Carta de los Derechos del Hombre. El ateísmo debe ser combatido antes que la dictadura.

No hay en ello nada de asombroso y, sin embargo, tocamos un elemento fundamental de los problemas planteados por los documentos de Saul Friedländer. La Iglesia arremete contra el totalitarismo esencialmente porque es totalitario, o sea porque se inmiscuye en el dominio religioso y en la vida privada. La doble condena de 1937, la del nazismo con la encíclica *Mit brennender Sorge* y la del comunismo con *Divini Redemptoris*,alcanzaba ante todo al paganismo de uno y al ateísmo del otro, ambos militantes y atentatorios contra la libertad religiosa y los derechos del creyente y del padre de familia. La supresión de las libertades públicas, el monolitismo político e incluso el empleo de la coacción contra los oponentes, pasan a segundo plano. ¿Cómo podría ser de otro modo, ya que los valores puestos de relieve por el siglo XVIII y expresados por las declaraciones de derechos americana y francesa son, sin duda, evangélicos pero en su conjunto poco conformes con la tradición católica? La libertad de conciencia y la negativa a recurrir

a la fuerza contra el adversario no forman parte de la herencia de la Iglesia romana.

Cuando tuvo lugar la deportación de los judíos romanos, monseñor Hudal, rector de la Iglesia alemana de Roma, trató de defenderlos lo mejor que pudo. Los textos reproducidos por Saul Friedländer se leen con emoción. Pero este mismo obispo es el que escribía en 1937 «que los muros del gueto fueron demolidos en el siglo XIX por el Estado liberal en primer lugar, y no por la Iglesia», y que «los principios del Estado moderno (basado en la igualdad de todos ante la ley) fueron creados por la Revolución francesa y no son los mejores desde el punto de vista de la cristiandad y de la nacionalidad».[6] En 1933 Pío XI firmó el Concordato porque creía que el ejercicio del poder borraría las diferencias entre Hitler y Mussolini, suponiendo que el primero sería fiel discípulo del otro. El error acerca de la naturaleza del nacionalismo era profundo, pero lo que aquí importa es que el fascismo a la italiana era aceptable.

¿Y por qué no tenía que serlo? La Iglesia desea ser neutral en los regímenes políticos. Si la separación entre el dominio de Dios y el dominio del César tiene un sentido, ¿no es éste el de la organización del Estado? Los adversarios de la Iglesia se suman en este punto a la enseñanza pontificia: ¡que Roma no se mezcle en el funcionamiento de la sociedad política! Más bien se le reprocha que no se abstenga lo bastante. Se le niega, incluso entre algunos de sus fieles, toda competencia para intervenir en la actuación de los gobernantes y en el comportamiento de los gobernados. Cuando el 28 de marzo de 1933 los obispos alemanes levantaron la interdicción que pesaba sobre el nacionalsocialismo, cuando recomendaron a sus fieles lealtad para con la autoridad legal y rechazo de toda conducta ilegal o subversiva, ¿acaso hacían sino ratificar la decisión de los electores del 5 de marzo y el voto del Reichstag del 23? Hablar de distinta forma, ¿acaso no hubiera sido inmiscuirse en el dominio del César?

No obstante, su decisión es criticada, ante la Iglesia y en el seno de la misma, por los mismos hombres y las mismas fuerzas que se erigen en campeones de la separación de los dominios. La

contradicción es cierta, incluso si por rutina pasa desapercibida porque se desearía que tal o cual régimen fuese motivo de excepción y sometido a los ataques de la Iglesia. Dicha contradicción se debe a una dificultad insoslayable: el gobierno de los hombres se funda, explícita o implícitamente, en determinados valores o en la negativa a determinados valores; la Iglesia, por su parte, no se arroga solamente una fe, sino también unos valores que deben traducirse en acción. La estricta separación de competencias supondría que tales valores no tienen nada en común con los del mundo político. Evidentemente, no es así. Es imposible que no se produzcan tales coincidencias, pero cuando aparece una de ellas no resulta evidente para todo el mundo. Podrá considerarse, contrariamente a los obispos alemanes de entonces, que desde 1933 el régimen hitleriano amenazaba valores católicos porque había hombres que eran perseguidos y las cárceles se llenaban. La Iglesia tiene el derecho de pensar, al contrario que muchos de sus adversarios, que la legislación sobre la escuela o sobre el matrimonio afecta a valores no menos importantes del dominio religioso. Los conflictos sobre la legitimidad de los silencios o de las intervenciones de la Iglesia son inevitables.

¿Intervenciones contra quién? ¿Contra tal o cual acto de los gobernantes, contra el gobierno, contra el régimen? ¿Había que protestar, ante el nacionalsocialismo, contra actos particulares, o condenar al Estado hitleriano en su conjunto, en su misma naturaleza? Y en este caso, ¿cuáles habrían sido las consecuencias para los católicos alemanes? ¿Hubiera sido necesario lanzarlos a la desobediencia y a la revuelta? No podemos tratar aquí de cuestiones cuya dificultad es mucho mayor de lo que a menudo se comenta fuera de la Iglesia, o incluso en su seno.[7] Observemos simplemente hasta qué punto el respeto a la autoridad pública, inspirado por la separación de dominios, prepara mal a la Iglesia para la conducción de la rebelión, consecuencia inevitable de la condenación global. A veces, el resultado es una situación sin salida. En sus célebres sermones del verano de 1941, monseñor Galen, obispo de Münster, se levantó contra el poder de la Gestapo

y contra las detenciones arbitrarias. Pero afirmó también: «Nosotros, los cristianos, no hacemos revoluciones. Continuaremos cumpliendo con nuestro deber… Seguiremos batiéndonos contra el enemigo exterior; contra el enemigo que se halla en medio de nosotros y que nos tortura y azota: nosotros no podemos combatir con armas».

El clero de Alemania pagó un duro tributo a la barbarie hitleriana. Solamente en Dachau, los americanos hallaron a 326 sacerdotes internados. Y no eran sino los supervivientes. Pero entre los miembros de la resistencia alemana, aquellos a quienes inspiraba una fe católica no hallaron ningún aliento en la Iglesia como estructura; todo lo más, había que negarse a ejecutar unos actos concretos, pero en ningún caso derribar al régimen por la violencia. Pero ¿es que se puede derribar de otra forma a un régimen totalitario?

En 1871 el papado tuvo la suerte de perder los territorios cuyo gobierno convertía al Santo Padre en un jefe de Estado como los demás. Gracias a ello, su fuerza moral se ha reforzado considerablemente.[8] Pero, incluso a partir de este momento, la Iglesia católica no es ni puede ser una potencia puramente espiritual, si se entiende por ello una potencia que actúe aparte de toda estructura y sin influencia sobre la esfera política. La Iglesia no es solamente una organización, pero es de todos modos una organización. A este título se inserta en la vida social de los países donde se halla presente, y ¿quién trazará un límite preciso entre lo social y lo político? A este respecto, la Iglesia está también presente en la vida internacional. Por si fuera poco, ha creado responsabilidades concretas a su jefe. Además, aun en el caso de que la catolicidad no animase al Papa, incluso si la presencia de estructuras eclesiásticas careciera de importancia en la vida de las naciones, la mayor parte de los actos, palabras y silencios del soberano pontífice, no verían disminuida su dimensión política, puesto que los valores que él defiende son aceptados, rechazados o discutidos por la sociedad política.

Resumiendo la obra de Hochhuth, Bertrand Poirot-Delpech escribió en *Le Monde*:«Habiéndose convertido en Creón el sucesor de Antígona, han surgido otras Antígonas». Esto es desconocer que el Papa, cargado de responsabilidades derivadas de la organización interna de la Iglesia y de las inevitables repercusiones políticas de su actuación, es necesariamente Creón y Antígona al mismo tiempo. Y es evidente que los archivos diplomáticos reflejan mucho más las preocupaciones de Creón que el grito de Antígona.

Sin embargo, leyendo el libro de S. Friedländer y evocando seguidamente la evolución de la Iglesia después de 1945, cabe señalar un cambio. En las preocupaciones pontificias, el diálogo de Creón con otros Creones ocupa menos lugar que la preocupación de suscitar Antígonas en todas partes, es decir cristianos que sientan menos la preocupación de defender estructuras o derechos propiamente católicos que la de dar testimonio, con su actuación entre todos los hombres, de los valores de los que su fe les ha hecho portadores.

Antes de llegar a una conclusión y juzgar hay que dirigirse a uno mismo una llamada de atención. No hay que ceder a la tentación —S. Friedländer lo hace a veces, a pesar de toda su probidad— de racionalizar en exceso las ideas, la voluntad y el comportamiento de un hombre o de un institución. Cuando la situación presenta exigencias contradictorias, cuando ninguna solución es aceptable y ningún gesto carece de consecuencias nefastas, la vacilación, el tanteo y la incertidumbre son más probables que la prosecución de una política fijada de una vez por todas, claramente definida e inquebrantablemente seguida.

Saul Friedländer ha querido hacer una simple presentación de documentos. Las reflexiones que su libro sugiere, los problemas documentos plantean, nos obligan a considerar su título excesivamente modesto. Como contribución a la historia, *Pío XII y el III Reich* constituye también una aportación a la comprensión realidad política y moral de hoy.

ALFRED GROSSER

Notas

[1] Pierre Blet, Angelo Martini y Burkhart Schneider, eds., *Actes et documents du Saint Siegè relatifs à la Seconde Guerre mondiale*, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1965. <<

[2] En lo que se refiere a la política del Vaticano hacia Croacia, véase Cario Falconi, *The Silence of Pius XII*, Londres, 1970, que continúa siendo el estudio más concienzudo sobre este tema. Véase también Menachem Shelach, «The Catholic Church in Croatia, the Vatican and the Murder of the Croatian Jews», *Holocaust and Genocide Studies 4*, n.º 3 (1989), pp. 323 y ss. <<

[3] Tittman a Hull, *FRUS*, 19 de octubre de 1943. **<<**

[1] Jacques Nobécourt, *Le Vicaire et L'Histoire*, ediciones du Seuil, París, 1964; Guenter Lewy, *The Catholic Church and Nazi Germany*, McGrawHill, Nueva York, 1964. <<

[2] Nota de Muhs, 6-8-1937, *Documents on German Foreign Policy*, serie D (en adelante DGFP), vol. I, p. 997. <<

[3] Después de su elección, Pío XII recordó a Bergen sus «amistosas relaciones, que datan ya de casi treinta años atrás», cf. *infra* p. 24. <<

[4] El cardenal secretario de Estado. *(N. del A.)*. <<

[5] Carta de Bergen a Weizsäcker, 6-4-1943, Staatssekretär: Vatikan, Auswärtiges Amt, Bonn, Manuscrito (en adelante: StS: V, AA, Bonn [MS]). <<

[6] Erich Kordt, *Nicht aus den Akten*, Union Deutsche Verlagsgesellschaft, Stuttgart, 1950, p. 179 sq. <<

[1] Memorándum de Du Moulin, 3-3-1939, StS: V, AA, Bonn (MS).
<<

[2] Guenter Lewy, *op. cit.*, cap. 3. <<

[3] Tel. de Bergen a Berlín, 16-10-1933, DGFP (C, II), p. 3 sq. <<

[4] Tel. de Bergen a Berlín, 12-10-1934, *ibid.* (C, III), p. 478. **<<**

[5] Guenter Lewy, *op. cit.*, p. 188. <<

[6] Es innecesario añadir que, como secretario de Estado, el cardenal Pacelli contribuyó a la redacción de esta encíclica (cf. también, sobre este tema, el *Osservatore della Domenica*, 28-6-1964). <<

[7] Tel. de Bergen a Berlín, 23-7-1937, DGFP (D, I) p. 990. <<

[8] Memorándum de Weizsäcker, 8-4-1938, *ibid.*, p. 1031. <<

[9] Galeazzo Ciano, *Journal politique 1939-1943*, ediciones de la Baconniére, Neuchâtel, 1946, t. I. p. 46. Anotemos, sin embargo, que la prensa alemana se mostraba hostil al cardenal Pacelli. Es posible que durante algún tiempo hubiera divergencias de opinión entre Goebels y Ribbentrop acerca de la actitud probable del secretario de Estado de Pío XI, con respecto al Reich, si era elegido Papa. <<

[10] Tel. de Bergen a Berlín, 5-3-1939, n.º 26, DGFP (D, IV), p. 598. <<

[11] Texto citado en la obra de Alberto Giovanetti, *L'action du Vatican pour la Paix*, 1939-1940, Fleurus, París, 1963, p. 34. <<

[12] *Ibid.*, p. 34. <<

[13] Tel. de Bergen, n.º 29, 11-3-1939, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[14] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 25, 13-3-1939, DGFP (D, IV) p. 600. <<

[15] Tel. de Bergen a Berlín, 17-3-39, DGFP (D, VI), p. 2. <<

[16] *Ibid*. <<

[17] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 37, 22-3-1939, DGFP (D, VI), p. 74. <<

[18] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 26, 6-4-1938, DGFP (D, I) p. 1031.
<<

[19] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 41, 25-4-1939, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[20] Memorándum de Weizsäcker, n.º 383,25-1943, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[21] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 71, 21-4-1939, DGFP (D, VI), p. 300. El informe de Bergen parece confirmado por la actitud del *Osservatore Romano*. El órgano oficioso de la Santa Sede, en un editorial fechado el 19 de abril, se limita a reproducir las reacciones de la prensa de diversos países ante el mensaje de Roosevelt, concediendo considerable espacio a las reacciones hostiles de Berlín y Roma y adjudicando solamente unas pocas líneas a la positiva acogida de Londres y París. <<

[22] Alberto Giovanetti, *op. cit.*, p. 51. <<

[23] Memorándum de Hewel, 10-5-1939, DGFP (D, VI), p. 426 sq. <<

[24] Tel. de Halifax a Osborne, 5-5-1939, *Documents on British Foreign Policy*, Tercera Serie, v, p. 435 (en adelante DBFP). **<<**

[25] Citado por Jacques Nobécourt, *op. cit.*, p. 136. <<

[26] Estas instrucciones no han podido ser halladas. **<<**

[27] Carta de Bergen a Ribbentrop, 9-6-1939, DGFP (D, VI), pp. 690-691. <<

[28] Tel. de Woermann a Bergen, 20-6-1939, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[29] Tel. de Bergen a Woermann, n.º 55, 20-6-1939, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[30] Alberto Giovanetti, *op. cit.*, p. 88. <<

[31] Subrayado por el embajador alemán. <<

[32] Tel. de Moltke a Berlín, n.º 125, 23-6-1939, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[33] Tel. de Percy Loraine a Halifax, 7-7-1939, DBFP, Tercera Serie, VI, p. 293. <<

[34] Tel. de Osborne a Halifax, 8-7-1939, *ibid.*, p. 303. **<<**

[35] Josep Beck, *Dernier Rapport*, *Politique Polonaise*, 1926-1939, Neuchâtel, 1951, p. 213. <<

[36] Tel. de Osborne a Halifax, 30-8-1939, DBFP, Tercera Serie, VII, p. 403. <<

[37] Jean Szembek, *Journal 1933-1939*, Pión, París, 1952, p. 499. <<

[38] Memorándum de Weizsäcker, 30-8-1939, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[1] Tel. de Woermann a Bergen, n.º 69, 6-9-1939, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[2] François Charles-Roux, *Huit ans au Vatican 1932-1940*, Flammarion, París, 1947, p. 339. <<

[3] Tel. de Bergen a Woermann, n.º 83, 7-9-1939, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[4] Guenter Lewy, *op. cit.*, p. 238. **<<**

[5] Alberto Giovannetti, *op. cit.*, p. 123. **<<**

[6] Carta de Heydrich (firmada por Müller) a Lammers, 10-11-1939, Archivos de la Cancillería del Reich, Bundesarchiv, Coblenza (MS). <<

[7] Memorándum de Woermann, 29-11-1939, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[8] Tel. de Menshausen a Berlín, n.º 157, 31-12-1939, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[9] Tel. de Menshausen a Berlín, n.º 159, 1-1-1940, *ibid.*, (MS). **<<**

[10] Cf. En especial Ulrich Von Hassel, *Vom Andern Deutschland*, Atlantis Verlag, Zúrich, 1946, p. 140. Véase también Nobécourt, *op. cit.*, p. 193 sq. <<

[11] Memorándum sin firmar, 11-3-1940, DGFP (D, VIII), p. 896 sq. <<

[12] Alberto Giovanetti, *op. cit.*, p. 177. <<

[13] Camille M. Cianfarra, *The War and the Vatican*, Burns, Oates and Washburne, Londres, 1945, p. 209 sq. <<

[14] Alberto Giovanetti, *op. cit.*, p. 142 sq. <<

[15] Paul Duclos, *Le Vatican et la Seconde Guerre Mondiale*, Pédone, París, 1955, p. 59. <<

[16] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 43, 11-5-1940, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[17] Tel. de Magkensen a Berlín, n.º 874, 135-1940, *ibid.*, (MS). <<

[18] Memorándum de Woermann, 19-5-1940, DGFP (D, IX), p. 378. <<

[19] Dino Alfieri, *Deux dictateurs face à face*, Cheval Ailé, Ginebra, 1948, p. 30 y ss. <<

[20] Paul Duclos, *op. cit.*, p. 58 sq. <<

[21] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 50, 18-5-1940, StS; V, AA, Bonn (MS). <<

[22] No ha sido posible hallar una referencia de esta emisión citada por Bergen. <<

[23] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 56, 22-5-1940, *ibid.*, (MS). <<

[24] Paul Duclos, *op. cit.*, p. 61. <<

[25] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 63, 27-5-1940, DGFP (D, IX) p. 144. <<

[26] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 64, 29-5-1940, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[27] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 77, 8-6-1940, *ibid.*, (MS). <<

[28] Memorándum de Woermann, 10-6-1940, *ibid.*, (MS). <<

[29] Carta del cardenal Tisserant al cardenal Suhard, 11-6-1940, descubierta por los alemanes durante el saqueo del palacio arzobispal de París y remitida por Heydrich a Lammers el 25-9-1940; descubierta en los archivos de la Cancillería del Reich, depositada en el Bundesarchiv de Coblenza por el profesor E. Jackel, y publicada por primera vez en su artículo «Zur Politik des Heiligen Stuhls im Zweiten Weltkrieg», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, enero de 1964. <<

[30] Memorándum de Weizsäcker, 15-3-1940, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[31] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 75, 6-6-1940, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[1] Tel. de Bergen a Ribbentrop, n.º 87, 28-6-1940. DGFP (D, X) p. 49. <<

[2] Memorándum de Weizsäcker, 3-7-1940, StS: AA, Bonn (MS). <<

[3] Memorándum de Weizsäcker, 26-7-1940, *ibid.*, (MS). **<<**

[4] Memorándum de Weizsäcker, n.º 721, 20-9-1940, StS: V, Bonn (MS). <<

[5] Memorándum del Departamento IV A 4a, de la SIPO a Luther, 26-11-1940 StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[6] Memorándum de Weizsäcker, 11-12-1940, *ibid.*, (MS). <<

[7] Tel. de Bergen, n.º 4, 16-1-1941, StS: AA, Bonn (MS). <<

[8] La decisión del Santo Oficio a la que alude Bergen está fechada el 2 de diciembre (y no el 6) y su redactado es el siguiente: «Está prohibido matar, por órdenes de la autoridad pública, a personas que no hayan cometido ningún crimen punible con la pena de muerte, pero que, por el solo hecho de padecer una enfermedad física o psíquica, no puedan ser ya útiles a la nación o puedan ser consideradas incluso como una carga y un obstáculo para el desarrollo vigoroso de la comunidad». *Acta Apostolicae Sedis*, 1940 p. 553. Señalemos, sin embargo, que ese texto no fue publicado por el *Osservatore Romano* ni difundido por la emisora Radio Vaticano. Las actas están redactadas en latín. **<<**

[9] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 19, 23-3-1941, DGFP (D, XII), p. 347. <<

[10] Tel. de Huehne a Berlín, n.º 535, 21-3-1941, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[11] Tel de Mackensen a Ribbentrop, n.º 481, 4-3-1941, Sts: V, AA, Bonn (MS). <<

[12] Tel. de Ribbentrop a Bergen, n.º 58, 15-2-1941, *ibid.*, (MS). <<

[13] Tel. de Bergen a Ribbentrop, n.º 9, 15-2-1940, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[14] Informe de Inf. III, n.º 139, 24-5-1941, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[15] Memorándum de Amt Ausland/Abw III, n.º 2.143, 12-7-1941, Pol I M, AA, Bonn (MS). <<

[1] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 40, 24-6-1941, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[2] Carta de Bergen a Berlín, 22-6-1941, DGFP (D XII) p. 1082. <<

[3] Memorándum de Weizsäcker, 26-6-1941, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[4] Memorándum de Weizsäcker, 3-6-1941, *ibid.*, (MS). <<

[5] Carta de Menshausen a Berlín, 23-8-1941, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[6] La personalidad citada por Menshausen alude probablemente a las medidas adoptadas por los alemanes contra la Iglesia de Polonia, una de cuyas partes (el Warthegau) había sido anexionada al Reich (de donde la frase «las medidas… en el Reich»). Los archivos de la Wilhelmstrasse no indican nada más acerca de las intenciones que, al parecer, tuvo Pío XII de salir de su reserva en 1940 o a principios de 1941; los archivos vaticanos podrían aclararnos este punto. <<

[7] Carta de Menshausen a Weizsäcker, 12-9-1941, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[8] Memorándum de Weizsäcker n.º 666, 4-10-1941, *ibid*. (MS). **<<**

[9] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 98,17-11-1941, *ibid.*, (MS). **<<**

[10] Inf. III, 18-7-1941, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[11] Tel. de Menshausen a Berlín, n.º 57, 12-9-1941, *ibid.*, (MS). **<<**

[12] Tel. de Stohrer a Berlín, n.º 3.383, 30-9-1941, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[13] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 113, 11-12-1941, *ibid.*, (MS). <<

[14] Tel. de Bergen a Berlín, 15-12-1941, *ibid.*, (MS). **<<**

[15] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 61, 21-3-1942, *ibid.*, (MS). <<

[16] Alfons Erb, *Bernhard Lichtenberg: Domprobst von St. Hedwig zu Berlin*, Berlín, 1949, p. 43. <<

[17] Guenter Lewy, *op. cit.*, capítulo 10. **<<**

[18] *Ibid.*, p. 275. <<

[19] Véase sobre este tema, Raoul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, Quadrangle Books, Chicago, 1961, p. 398 sq. <<

[20] J. Nobécourt, *op. cit.*, anexos. **<<**

[21] Memorándum de Haidlen a Weizsäcker, 11-11-1941, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[22] Memorándum sin firma ni fecha, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[23] Memorándum de Weizsäcker, 10-3-1942, *ibid.*, (MS). **<<**

[24] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 119, 18-12-1941, *ibid.*, (MS). **<<**

[25] Memorándum de Weizsäcker, n.º 798, 5-12-1941, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[1] Las fuentes de este capítulo proceden en su mayor parte de los archivos sionistas y de documentos americanos, pero también de importantes documentos alemanes. <<

[2] Declaración jurada de Hans Gmelin, 15 junio 1948, NG. 5291. <<

[3] Memorándum de Weizsäcker, n.º 68, 9-2-1942, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[4] Carta de Lichtheim y de Riegner a Bernardini, 18-3-1942, Archivos Sionistas de Jerusalén (MS). <<

[5] *Ibid*. (MS). <<

[6] Documento citado por Léon Poliakov, *Le IIIe Reich et les juifs*, Gallimard, París, 1959, p. 325. <<

[7] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 212, 18-8-1942, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[8] Tel. de Adetz a Berlín, n.º 3.732, 28-8-1942, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[9] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 232, 14-9-1942, *ibid*. (MS). **<<**

[10] Citado por Léon Poliakov, *op. cit.*, p. 417. <<

[11] Jacques Nobécourt, *op. cit.*, p. 212. <<

[12] Citado por Poliakov, *op. cit.*, p. 418. <<

[13] Citado por Poliakov, *op. cit.*, p. 418. <<

[14] Citado por Jacques Nobécourt, *op. cit.*, p. 213. <<

[15] Archivos Sionistas, Jerusalén (MS). <<

[16] Eugen Weber, *L’Action française*, Stock, París, 1964, p. 507. <<

[17] Archivos del Congreso Judío Mundial, Ginebra (MS). <<

[18] Tel. de Tittmann a Washington, 30-7-1942, *Foreing Relations of the United States 1942* (en adelante FRUS), III, pp. 772-773. <<

[19] Tel. de Hull a Tittmann, 4-8-1942, *ibid.*, p. 773. **<<**

[20] Memorándum de Sumner Welles, 18-8-1942, *ibid*. <<

[21] Memorándum de Tittmann a Maglione, 14-9-1942, *ibid.*, p. 774.
<<

[22] Tel. de Tittmann a Hull, 14-9-1942, *ibid*. <<

[23] Carta de Myron C. Taylor al cardenal Maglione, 26-9-1942, *ibid.*, p. 775 sq. <<

[24] Tel. de Tittmann a Washington, 6-10-1942, *ibid.*, p. 776 sq. <<

[25] Tel. de Tittmann a Hull, 10-10-1942, *ibid.*, p. 777 sq. **<<**

[26] Texto en el *US State Departament Bulletin*, 1942, p. 1009. <<

[27] Tel. de Tittmann a Hull (remitido por Harrison el 26-12-1942), FRUS 1942 (I), p. 70 sq. <<

[28] «Augenzeugenbericht zu den Massenvergasungen», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte I* (1953), p. 193. <<

[29] Hemos recurrido a la traducción del informe Gerstein utilizado en la obra ya citada de L. Poliakov y J. Wulf, p. 113 sq. <<

[30] Cf. el texto de Thomas Dehler en la obra de Fritz J. Raddatz (hrsg.) *Summa injuria, oder dürfte der Papst schweigen?* Reinbek bei Hamburg, 1963 p. 231. <<

[31] Carta citada por Léon Poliakov en «The Vatican and the Jewish Question», *Commentary*, noviembre de 1950, p. 442. Señalemos, como hizo Poliakov, la terrible ambigüedad de la frase de monseñor Sapieha. <<

[32] Tel. de Tittmann a Hull, 5-1-19.3, FRUS, 1943 (II). <<

[33] Cf. *infra*, capítulo séptimo. <<

[34] El texto de esta Carta ha sido publicado en la *Documentation catholique* del 2-2-1964. <<

[35] El texto de la alocución ha sido publicado en la obra de Alexis Curvers *Pie XII, le Pape outragé*, Laffont, París, 1964, p. 139. <<

[36] Zalman Shragai, *Le voyage de sauvetage du Grand-Rabbin Herzog*, Jerusalén, 1947, p. 6 (en hebreo). <<

[37] Ravoul Hilberg, *op. cit.*, p. 466. <<

[38] Para otra posible explicación de esta frase véase *infra*, p. 158. <<

[39] El padre Riquet alude a una entrevista de este género en el *Osservatore della Domenica* del 28 de junio de 1964, pero sin citar su exacta procedencia. <<

[40] Memorándum de Woermann, 15-10-1942, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[41] Memorándum de Weizsäcker, n.º 659, 6-11-1942, *ibid*. (MS). <<

[42] Memorándum de Steengracht, n.º 376, 5-8-1943, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[1] Véase *supra*, capítulos II y III. <<

[2] Numerosos alemanes eran trasladados desde territorios polacos o bálticos, así como desde el Tirol meridional, a regiones con una población esencialmente alemana. <<

[3] Memorándum de Weizsäcker, n.º 861, 28-11-1940, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[4] Instrucción del Führer (firmada por Bormann), 7-7-1941, *ibid.*, (MS). <<

[5] Memorándum de Haidlen, 30-9-1941, *ibid.*, (MS). **<<**

[6] Adolf Hitler, *Libres Propos sur la Guerre et la Paix*, París, Flammarion, 1954, t. I, p. 89 sq. <<

[7] *Ibid.*, p. 140. <<

[8] Memorándum de Haidlen, 15-10-1941: V, AA, Bonn (MS). <<

[9] Memorándum de Weizsäcker, 11-11-1941, *ibid.*, (MS). <<

[10] Memorándum de Fischer, 4-12-1941, *ibid.*, (MS). <<

[11] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 107, 29-11-1941, *ibid*. (MS). <<

[12] Los principales pasajes de la alocución papal serán citados en el despacho de BERGEN. <<

[13] Carta de Bergen a Berlín, 21-2-1942, StS: V, Bonn (MS). <<

[14] Memorándum de Weizsäcker, n.º 109, 24-2-1942, *ibid.*, (MS). <<

[15] Memorándum de Weizsäcker, n.º 150, 10-3-1942, *ibid.*, (MS). <<

[16] Tel. de Weizsäcker a Bergen, 22-6-1942, StS: V, AA, Bonn (MS). No hemos encontrado la nota de la Curia del 18 de enero de 1942 en los archivos de la Wilhelmstrasse. <<

[17] Adolf Hitler, *op. cit.*, t. II, p. 187 sq. <<

[18] Este documento no ha sido hallado. *(N. del A.)*. **<<**

[19] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 263, 9-10-1942, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[20] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 263, 9-10-1942, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[21] Tel. de Ribbentrop a Bergen, n.º 123, 13-1-1943, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[22] Tel. de Bergen a Ribbentrop, n.º 12, 15-1-1943, *ibid*. (MS). <<

[23] Tel. de Ribbentrop a Bergen, n.º 181, 24-1-1943, *ibid.*, (MS). <<

[24] Tel. de Bergen a Ribbentrop, n.º 29, 25-1-1943, *ibid.*, (MS). <<

[25] Tel. de Weizsäcker, n.º 29 a Bergen, 18-3-1943, StS: V, AA, Bonn (MS). Véase también la descripción de este incidente en la obra de Ernst von Weizsäcker, *Errinerungen*, Paul List Verlag, Múnich, 1950, pp. 352-353. <<

[1] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 77, 1-4-1942, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[2] Tel. de Bergen a Weizsäcker, n.º 347, 27-12-1942, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[3] Memorándum de Weizsäcker, n.º 158, 10-3-1942, *ibid.*, (MS). <<

[4] Tel. de Bergen a Berlín, n.º 167, 4-5-1943, *ibid.*, (MS). <<

[5] Memorándum de Steengracht, n.º 264, 19-5-1943, StS: Italien, AA, Bonn (MS). <<

[6] Tel. de Weizsäcker a Berlín, n.º 271, 5-7-1943, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[7] *Keesing's Contemporary Archives*, p. 5866. <<

[8] Tel. de Weizsäcker a Berlín, n.º 287, 12-7-1943, StS: V, AA, Bonn (MS): Los documentos americanos indican igualmente el embarazo que el mensaje de Roosevelt causó a la Santa Sede (tel. de Tittmann a Hull, 12-7-1943, FRUS, 1943, II, p. 928); sin embargo, Pío XII contestó al presidente americano limitándose a subrayar la neutralidad del Vaticano (*ibid.*, p. 931). <<

[9] Tel. de Weizsäcker a Berlín, n.º 289, 14-7-1943) *ibid.*, (MS). <<

[10] El lector podrá hallar numerosos detalles sobre esta cuestión en las memorias de Raffaele Guariglia, *La Diplomatie difficile*, Plom, París, 1955, p. 183 sq. Véase también FRUS, 1943, II, p. 910 sq. <<

[11] F. W. Deakin, L’Axe brisé, Stock, París, 1964, p. 265. De Gasperi es el futuro primer ministro de la República italiana (NDLE). <<

[12] Tel. de Weizsäcker a Berlín, n.º 320, 27-7-1943, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[13] Tel. de Schleier a Berlín, n.º 5.121, 31-7-1943, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[14] Tel. de Weizsäcker a Berlín, n.º 335, 3-8-1943, StS: Italien, AA, Bonn (MS). <<

[15] Tel. de Weizsäcker a Berlín, n.º 339, 4-8-1943, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[16] Tel. de Schleiex a Berlín, n.º 5.523, 18-8-1943, *ibid.*, (MS). <<

[17] Tel. de Huene a Berlín, n.º 2.929, 24-8-1943, *ibid.*, (MS). <<

[18] 18. Documento publicado por el *Journal de Genève*, el 27-7-1964. <<

[19] Tel. de Weizsäcker a Ribbentrop, n.º 65, 23-9-1943, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[20] La actitud de Ciano siguió siendo ambigua hasta el último momento. Después de subir Badoglio al poder, Ciano intentó marcharse de Italia. A finales de agosto, Badoglio estudió la oportunidad de su detención, reclamada por numerosos enemigos del fascismo. Fue entonces cuando el yerno de Mussolini aceptó la «protección» alemana, que le costó la vida. <<

[21] Tel. de Weizsäcker a Berlín, n.º 395, 3-9-1943, StS: V, AA, Bonn (MS). Parece que Weizsäcker exagera el alcance de la alocución del soberano pontífice. Pío XII reclamaba, como había hecho anteriormente, el rápido restablecimiento de una paz dictada por la moderación cf. *Acta Apostolicae Sedis*, 1943, p. 279. Hay que reconocer que esta petición era incompatible con la capitulación incondicional exigida por los Aliados. <<

[22] Tel. de Weizsäcker a Berlín, n.º 72, 24-9-1943, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[23] Memorándum de Steengracht, n.º 425, 24-9-1943, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[24] Tel. de Weizsäcker a Berlín, n.º 88, 28-9-1943, *ibid.*, (MS). <<

[25] Tel. de Moellhausen, n.º 157, 3-10-1943, *ibid.*, (MS). <<

[26] Tel. de Weizsäcker a Berlín, 7-10-1943, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[27] Tel. de Weizsäcker a Berlín, 14-10-1943, *ibid.*, (MS). <<

[1] Helmut Heiber (hrsg.), *Lagebesprechungen im Führerhauptquartier*, Deutsche Verlag-Anstalt, Stuttgart, 1962, p. 171. Citamos la traducción de Jacques Nobécourt. <<

[2] Tel. de Weizsäcker a Berlín, n.º 2, 10-2-1943, StS: V, AA, Bonn (MS). <<

[3] Tel. de Sonnleithner a Weizsäcker (sin número), 17-9-1943, *ibid.*, (MS). <<

[4] Tel. de Weizsäcker a Ribbentrop, n.º 43, 18-9-1943, *ibid.* (MS).
<<

[5] Tel. de Weizsäcker a Ribbentrop, 22-9-1943, *ibid.*, (MS). <<

[6] *Koesing's Contemporary Archives*, p. 6035. <<

[7] Tel. de Ribbentrop a Weizsäcker, 4-10-1943, *ibid.*, (MS). <<

[8] Tel. de Weizsäcker a Ribbentrop, n.º 115, 8-10-1943, *ibid.*, (MS). <<

[9] *Journal de Genève*, 27-7-1964, doc. cit. <<

[10] *Keesing’s Contemporary Archives*, p. 6166. <<

[11] Los documentos americanos indican que, cuando las fuerzas alemanas entraron en Roma, se temió en la Santa Sede una acción de los nazis contra el Vaticano; pero, poco después, el correcto comportamiento de los ocupantes tranquilizó a la Curia. Tel. de Tittmann a Huli, n.º 202, 25-10-1943, FRUS, 1943, II, 951. <<

[12] Tel. de Moellhausen a Ribbentrop, n.º 192, 6-10-1943, StS: Italien, AA, Bonn (MS). <<

[13] Tel. de Moellhausen a Ribbentrop, n.º 201, 7-10-1943, *ibid.*, (MS). <<

[14] Tel. de Thadden a Moellhausen, n.º 372, 9-10-1943, Inland 11 g; Juden in Italien, AA, Bonn (MS). <<

[15] Tel. de Gumpert a Berlín, n.º 330, 16-10-1943, Inland 11 g: Juden in Italien, AA, Bonn (MS). <<

[16] Tel. de Weizsäcker a Berlín, n.º 147, 17-10-1943, Inland 11 AB: Juden in Italien, AA, Bonn (MS). <<

[17] Carta de Weizsäcker a Berlín, 28-10-1943, *ibid.*, (MS). <<

[18] Texto unido a la carta de Weizsäcker del 28-10-1943, *ibid.*, (MS). <<

[19] Tel. de Weizsäcker a Berlín, n.º 301, 3-12-1943, *ibid.*, (MS). <<

[20] Carta de Koester a Berlín, 7-12-1943, Inland II AB: Juden in Italien, AA Bonn (MS). <<

[21] El 5 de noviembre de 1943, un avión no identificado había arrojado unas bombas sobre la Ciudad del Vaticano. <<

[22] El Papa alude al gobierno instaurado en la parte sur de Italia, liberada por los Aliados. <<

[23] Informe de Kaltenbrunner a Ribbentrop, 16-12-1943, Inland II g: Heiliger Stuhl, AA, Bonn (MS). <<

[1] Informe de Von Tadden, 25-5-1944. Documento de Núremberg, NG4.225. El número de judíos residentes entonces en Hungría era de 767.000. Antes de acabar la guerra, los nazis exterminaron a más de 500.000. <<

[2] Raoul Hilberg, *op. cit.*, p. 539. <<

[3] Memorándum de Schmidt a Steengracht, 1-6-1944, documento de Núremberg, NG-24 24. <<

[4] Tel. de Veesenmayer a Berlín, n.º 1.622, 8-6-1944, documento de Núremberg, NG-2.260. <<

[5] Documento citado en la obra de Jeno Lévai, *Eichmann en Hongrie*, Ediciones Pannonia, Budapest, 1961, p. 116 sq. <<

[6] Raoul Hilberg, *op. cit.*, p. 539-540. <<

[7] Nota de M. Barias a monseñor Roncalli 25-3-1944, Archivos Sionistas, Jerusalén (MS). Los archivos sionistas contienen gran número de documentos referentes a la incesante actividad del nuncio Roncalli en favor de los judíos. Señalemos, de todos modos, que, al parecer, monseñor Roncalli declaró que todo lo que hacía en este aspecto se debía a instancias del Papa. **<<**

[8] Tel. de Herzog y Uziel a Pío XII, 22-5-1944, *ibid.*, (MS). **<<**

[9] Raoul Hilberg, *op. cit.*, p. 547. <<

[10] El futuro presidente del Estado de Israel (NDLE). <<

[11] Carta de J. Herzog a Ben-Zwi, julio de 1944, Archivos Sionistas, Jerusalén, (MS). <<

[12] Memorándum sin fecha ni firma, Archivos Sionistas, Jerusalén (MS). <<

[13] Según un documento presentado en el proceso de los colaboradores de Eichmann, el 9-9-1964, el Papa envió un mensaje a Horthy el 25-61944. <<

[1] Sobre este punto, podrá completarse la lectura de la presente obra consultando a Franz (Helmut), *Kurt Gerstein*, *Aussenseier des Widerstands der Kirche gegen Hitler*, EVZ Verlag, Zúrich 1964, p. 110. <<

[2] Citado por el almirante Leahy, *J’était là*, Pión, 1950, p. 449. <<

[3] *Berliner Tageblatt* del 4 de junio de 1933. Citado en nuestra obrita *Hitler, la presse et la naissance d'une dictature*, A. Colin, 1959, pp. 201-202. Acerca de esta organización judía y de las tentativas judías para llegar a un arreglo con Hitler, cf. ahora Ball-Kaduri (Kurt Jakob), *Das Leben der Juden in Deutschland 1933*, Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt, 1963, p. 227. <<

[4] Citado por Boussel (Patrice), *L'affaire Dreyfus et la presse*, A. Colin, 1960, p. 167. <<

[5] El lector para quien horror sea sinónimo de alemán puede leer el libro de David Irving, *La destruction de Dresde*, 13 février 1945, R. Laffont, 1964, 312 g. <<

[6] *Die Grundlagen des Nationalsozialismus: eine ideegeschichtliche Untersuchung von katholischer Warte*, Leipzig y Viena, 1937, pp. 75 y 88. Citado por Lewy, p. 281. (Citamos de la traducción inglesa). <<

[7] El examen más reciente del problema visto desde el lado católico ha sido realizado con gran profundidad por el R. P. Heckel. *Le Chretien et le Pouvoir*. *Legitimité*, *résistance*, *insurrection*, Ed. du Centurión, 1962, p. 175. <<

[8] Lo mismo ocurrió, sin duda, en lo referente a la separación de la Iglesia y el Estado en Francia, el año 1905; una de las desdichas de la jerarquía alemana y de la Santa Sede fue su dependencia del Estado alemán convertido en hitleriano. <<